

***SICARIO:  
la venganza***

***Barry Eisler***

«Lo tiene todo: un argumento deslumbrante, una inteligente caracterización y muchísima originalidad»

**Lectulandia**

John Rain, el asesino a sueldo, el hombre que mata a cambio de dinero pero mantiene unas rígidas normas que le impiden aceptar según qué encargos, se ha retirado a Osaka para esperar a que amainen las consecuencias de sus últimos trabajos. Sin embargo, pronto será llamado de regreso a Tokio para que se encargue de una nueva víctima, un mafioso contrario a los intereses de los amigos de Rain. Como siempre, tendrá que parecer un accidente.

La muerte de este primer mafioso no hace sino despertar un reguero de pólvora en las amplísimas redes de la corrupción económica y política de Japón. En contra de su intención, Rain no podrá retirarse y olvidarse de su trabajo durante un tiempo, sino que deberá seguir haciendo lo que ha hecho desde que terminó la guerra de Vietnam: matar, matar por encargo, y tratar al mismo tiempo de salvar su cada vez más amenazado entorno. Todo ello mientras le seguimos por los prostíbulos, los clubes de «jazz» y los bares de Tokio en un desesperado periplo.

**Lectulandia**

Barry Eisler

# **La venganza del sicario**

**John Rain - 2**

ePub r1.0

Titivillus 31.05.2019

Título original: *Hard Rain*  
Barry Eisler, 2004  
Traducción: Marcelo Covián

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1



---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

# Índice de contenido

Cubierta

La venganza del sicario

## PRIMERA PARTE

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

## SEGUNDA PARTE

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

## TERCERA PARTE

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Nota del autor

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

Para Emma

*Tú haces cantar mi corazón*

Los brotes vespertinos del cerezo:  
Vuelvo a guardar el tintero en mi kimono por  
última vez.

*Poema mortuorio*  
del poeta KAISHO, 1914



## *PRIMERA PARTE*

De no haber sabido  
Que ya  
Estaba muerto,  
Habría llorado  
Mi pérdida de vida.

Últimas palabras de OTA DOKAN,  
experto en artes marciales y poeta, 1486

## Capítulo 1

U

na vez superada la gran ironía de la situación, uno se da cuenta de lo recomendable que puede llegar a ser liquidar a un tipo en medio de su gimnasio.

El objetivo era un *yakuza*, un fanático de las máquinas de musculación llamado Ishihara que todos los días hacía ejercicios en un gimnasio de su propiedad en Roppongi, uno de los distritos de esparcimiento de Tokio. Tatsu me había dicho que debía parecer una muerte por causas naturales, como todas las otras veces; de modo que me alegré de estar trabajando en un entorno donde alguien podía caerse redondo de un aneurisma letal debido al esfuerzo físico, o sufrir una desafortunada caída sobre una barra de acero, o tener un trágico percance mientras utiliza una de esas complicadas máquinas de ejercicios.

Incluso una de estas eventualidades podía quedar inmortalizada en las advertencias que los abogados corporativos exigen colocar en la siguiente generación de equipamiento deportivo, a fin de informar al público acerca de un nuevo uso inadecuado del aparato del que no se hace responsable el fabricante. A lo largo de los años, mi trabajo me ha convertido en el anónimo destinatario de esos elogios legales: uno, en un puente que atraviesa las aguas contaminadas del río Sumida, en el que se ahogó cierto político en 1982 («Atención: No encaramarse a estas barras»); otro, diez años más tarde, después de la electrocución acuática de un banquero inusualmente diligente, en la caja de los secadores de pelo («Atención: No usar bajo la ducha»).

El gimnasio también era conveniente, ya que no tendría que preocuparme de las huellas digitales. En Japón, donde la vestimenta es un pasatiempo nacional, un levantador de pesas no practicaría su deporte favorito sin ponerse elegantes guantes de cuero, así como un político nunca escondería un soborno en la ropa interior. En Tokio la primavera había comenzado calurosa, lo que anunciaba, según decían, una buena temporada de flores de cerezo... ¿y dónde pasaría más desapercibido alguien que llevara guantes que en un gimnasio?

En mi trabajo, pasar desapercibido representa la mitad del éxito. La gente emite señales en forma de lenguaje corporal, modo de andar, vestimenta,

expresión facial, postura, actitud, forma de hablar o gestos que indican de dónde provienen, qué hacen y quiénes son. Lo más importante es ver si encajan. Porque si no encajas, el objetivo te reconocerá, y después, no podrás acercarte a él lo suficiente para llevar a cabo tu cometido. O un policía incorrupto te descubrirá y le tendrás que dar muchas explicaciones. O un equipo de contravigilancia te identificará, y entonces —¡felicidades!— pasarás a ser tú el objetivo.

Pero si prestas atención, empiezas a comprender que las señales de identificación son una ciencia, no un arte. Observas, imitas y conquistas. Con el tiempo, puedes seguir a distintos objetivos en entornos sociales muy diferentes mientras permaneces anónimo en todos ellos.

El anonimato no me resultó fácil en Japón, ya que mi procedencia era un asunto de dominio público y motivo de pullas en la escuela. Pero hoy día, no se me ve ni una señal de caucásico en la cara, a menos que alguien dé el chivatazo de dónde se puede encontrar. A mi madre norteamericana no le habría importado. Siempre quiso que me integrara en Japón, y se alegraba de que los rasgos japoneses de mi padre hubieran prevalecido en esa batalla genética inicial por la dominación. Y la cirugía plástica que me hice cuando regresé a Japón tras mi paso por las Fuerzas Especiales americanas en Vietnam completó en gran parte el trabajo que habían empezado el azar y la naturaleza.

La historia que le contarían mis señales al *yakuza* era simple. Había empezado a verme en el gimnasio desde hacía poco tiempo, pero obviamente yo estaba en excelente estado físico. De modo que no era el típico tipo de mediana edad que decide hacer pesas para tratar de recuperar el físico perdido de sus tiempos de estudiante. La explicación más probable podía ser que trabajaba para una compañía que me había trasladado a Tokio, y si me había buscado un piso cerca de Roppongi (tal vez en Minami-Aoyama o Azabu), yo debía de ser alguien razonablemente importante y bien remunerado. El hecho de que a estas alturas de mi vida me dedicara a las pesas probablemente hacía pensar en aventuras con mujeres más jóvenes, para quienes un físico joven podía reparar las inevitables consecuencias emocionales que produce el acostarse con un hombre mayor, en lo que en el fondo no sería más que un intercambio de sexo e ilusión de inmortalidad a cambio de bolsos Ferragamo y todas las compensaciones implícitas en semejantes relaciones. Todo lo cual podía llegar a comprender y hasta respetar el *yakuza*.

De hecho, mi reciente presencia en el gimnasio del *yakuza* no tuvo nada que ver con un traslado: más bien se trataba de un viaje de negocios. Después

de todo, yo estaba en Tokio para realizar un trabajo. Cuando lo acabara, me iría. Había hecho algunas cosas que habían generado cierta hostilidad cuando vivía allí, y la gente involucrada podía estar buscándome todavía, pese a que ya había pasado un año, de modo que una breve estadía era lo único que sensatamente me podía permitir.

Hacía un mes que Tatsu me había entregado un *dossier* sobre el *yakuza* y me había convencido de que aceptara el trabajo. Por el contenido, había llegado a la conclusión de que el objetivo no era más que un matón de la mafia, pero sabía que tenía que ser mucho más si Tatsu lo quería eliminado. No había hecho preguntas. Sólo quería conocer los detalles que me ayudarían a acercarme. El resto carecía de importancia.

El *dossier* incluía el número del teléfono móvil del *yakuza*. Se lo había pasado a Harry, quien, como buen *hacker* compulsivo que era, había irrumpido hacía tiempo en los centros de control de la red digital de los tres proveedores japoneses de telecomunicaciones. Los ordenadores de Harry seguían los movimientos en la red del teléfono digital del *yakuza*. Cada vez que el teléfono sonaba en la torre que cubría la zona alrededor del gimnasio del *yakuza*, Harry me avisaba.

Esa noche, el mensaje había llegado justo después de las ocho, mientras yo me encontraba leyendo en mi habitación del hotel New Otani, en Akasaka-Mitsuke. Sabía que el gimnasio cerraba a las ocho, de modo que si el *yakuza* aún estaba trabajando, era muy posible que estuviera a solas: justo lo que yo había estado esperando.

Mi ropa de deporte ya estaba en la bolsa, y salí al cabo de pocos minutos. Cogí un taxi a corta distancia del hotel porque no quería que ningún portero oyera o recordara adónde iba, y cinco minutos más tarde, me bajé en la esquina de Roppongi-dori y Gaienhigashi-dori en Roppongi. No me gustó nada usar una ruta tan directa, ya que hacía difícil detectar si me estaban siguiendo, pero tenía poco tiempo para hacer lo planeado y decidí que valía la pena arriesgarse.

Hacía más de un mes que vigilaba al *yakuza* y conocía sus hábitos. Sabía que le gustaba variar el horario de sus ejercicios: a veces llegaba al gimnasio a primera hora de la mañana; a veces, por la noche. Debía de pensar que lo imprevisible de su horario dificultaría que lo pillaran desprevenido.

En parte, tenía razón. Lo imprevisible es la clave para llegar a ser un objetivo escurridizo, pero debe aplicarse tanto al tiempo como al espacio. Medidas a medias como las de este tipo te pueden proteger de alguna gente durante algún tiempo, pero no te salvarán a medio plazo de alguien como yo.

Es curioso que la gente tome medidas de seguridad adecuadas, incluso férreas, en algunos aspectos al tiempo que se mantiene vulnerable en otros: como poner la doble cerradura en la puerta de entrada y sin embargo dejarse las ventanas abiertas de par en par.

A veces, el miedo causa este fenómeno. El miedo no tanto a los peligros, sino más bien a las consecuencias en la vida de un objetivo escurridizo. Una protección seria exige destruir los vínculos con la sociedad; vínculos que la mayoría de la gente necesita más que el pan. Hay que renunciar a los amigos, a la familia, a los romances. Caminas por el mundo como un fantasma, separado de la gente que te rodea. Si murieras, digamos, en un accidente de autobús, acabarías enterrado en un modesto cementerio municipal como cualquier ser anónimo; nada de flores, nada de cortejo fúnebre. Es natural, incluso hasta deseable, tener miedo de que nos suceda algo así.

En otras ocasiones, se pone en funcionamiento una especie de negación. Rutas en zigzag, intensos chequeos de seguridad, un continuo diálogo interior que consiste en: «Si yo fuera el perseguidor, ¿qué haría?»; todo esto requiere aceptar que allí fuera hay gente con la motivación y los recursos necesarios para acortar tu estancia en la tierra. Esta idea resulta muy inquietante para la mente humana; tanto que hasta a los soldados que se encuentran en plena batalla les produce un enorme estrés. Mucha gente, la primera vez que se pone a tiro, experimenta un terrible *shock*. «¿Por qué trata de matarme a mí?, —se preguntan—. ¿Qué le he hecho?»

Piénsalo. ¿Alguna vez miraste en el armario o debajo de la cama cuando estabas solo en casa para asegurarte de que no había ningún intruso escondido? Y si realmente creías que el Hombre del Saco andaba por allí, ¿te habrías comportado del mismo modo? Por supuesto que no. Pero es más cómodo creer en el peligro sólo en abstracto y actuar a medio gas. Eso es la negación.

Además, siempre está la desidia. ¿Quién tiene el tiempo o la energía necesarios para, cada vez que usa el coche, inspeccionarlo en busca de explosivos? ¿Quién puede permitirse un rodeo de dos horas para llegar a un sitio al que se puede llegar en diez minutos? ¿Quién deja de entrar en un restaurante porque las únicas sillas disponibles dan a la pared y no a la entrada?

Son preguntas retóricas, pero sé lo que hubiera contestado Crazy Jake. «Los vivos, —hubiera dicho—, y los que pretenden seguir estándolo.»

Lo que lleva a una fácil racionalización, común entre la gente que, como es mi caso, ha acabado con vidas ajenas. «Si realmente él hubiera querido

vivir —dice la racionalización—, yo no habría podido acabar con él. Él no se hubiera permitido esa debilidad que le resultó fatal.»

La debilidad del *yakuza* fue su afición a las pesas. Quién sabe la motivación: una historia de abusos infantiles que más tarde le hizo querer parecer un tipo fuerte; un intento por superar un sentimiento de incapacidad provocado por el hecho de tener un físico ligeramente más menudo que un blanco; alguna tendencia homosexual como la de Mishima. Tal vez se tratara de los mismos impulsos que le llevaron a ser un gángster.

Sin duda, su obsesión no tenía nada que ver con la salud. De hecho, era evidente que el tipo abusaba de los esteroides.

Tenía el cuello tan ancho que se podía quitar una corbata por la cabeza sin necesidad de aflojar el nudo, y lucía un acné tan severo que la iluminación incandescente del gimnasio, destinada a mostrar el máximo efecto de su musculatura, producía pequeñas sombras sobre el paisaje agrietado de su cara. Posiblemente sus testículos tenían el tamaño de una pasa de uva, y su presión sanguínea bombeaba salvajemente el corazón agotado.

También le había visto estallar en una especie de violencia abrupta e injustificada que constituye otro síntoma de abuso de esteroides. Una noche, alguien a quien nunca había visto (sin duda un socio del gimnasio al que le gustaba el sitio y pensaba que codearse con gángsters reputados le convertía también a él en un tipo duro) empezó a quitar algunas de las numerosas pesas que había en la barra que acababa de usar el *yakuza*. Éste se había alejado de la barra, probablemente para darse un descanso, y el recién llegado debía de haber pensado erróneamente que había acabado. El tipo era también bastante grande, y su colorida camiseta sin mangas mostraba el pecho y los brazos de un levantador de pesas.

Alguien tendría que haberle prevenido, pero los socios del gimnasio no eran exactamente buenos samaritanos interesados en ayudar al prójimo, sino mayoritariamente *chinpira*, jóvenes *yakuzas* de bajo nivel y aspirantes a gángsters. De cualquier modo, hay que ser un poco estúpido para empezar a desmontar una barra como la usada por el *yakuza* sin antes pedir permiso. Es posible que allí hubiera ciento cincuenta kilos, o quizá más.

Alguien le dio un ligero codazo al *yakuza* y se lo hizo notar. El *yakuza*, que se había puesto en cuclillas, se levantó y rugió: «¡*Orya!*», lo bastante fuerte como para que vibrara el cristal cilindrado del frente de la sala rectangular. «¡¿Qué coño haces?!»

Todo el mundo se conmovió como si hubiera habido una explosión; también el recién llegado, que había estado tan en Babia un momento antes.

Aún lanzando insultos, el *yakuza* avanzó directamente hacia el banco de pesas, usando la voz (instintiva o premeditadamente) para desorientar a la víctima.

Todo en el *yakuza*, sus palabras, el tono, sus movimientos y actitud, anunciaba: «¡Ataque!» Pero el otro hombre estaba demasiado paralizado, ya fuera por miedo o por negación de la realidad, como para apartarse de la línea de ataque. Y aunque tenía en una mano una pesa de diez kilos con bordes considerablemente más duros que el cráneo del *yakuza*, no hizo más que abrir la boca, tal vez sorprendido, o tal vez para pedir unas disculpas ciertamente inútiles.

El *yakuza* lo atropelló como un rinoceronte, dándole con el hombro en el estómago. Vi que el hombre trató de soportar el impacto, pero al no apartarse, su intento fue casi en vano. El *yakuza* lo empujó contra la pared y entonces le lanzó una serie desenfrenada de golpes a la cabeza y el cuello. El hombre, ahora bajo estado de *shock* y con el piloto automático puesto, dejó caer la pesa, levantó los brazos y trató de protegerse de los golpes, pero el *yakuza*, aún rugiendo, superó la intentona y siguió pegando. Vi que un puñetazo conectaba con el lado izquierdo del cuello del hombre, sobre la superficie de la carótida, y el hombre empezó a derrumbarse mientras su sistema nervioso compensaba el golpe recibido con una reducción de presión sanguínea en el cerebro. El *yakuza*, plantado con los pies bien separados como si tuviera un hacha y estuviera cortando troncos, continuó golpeando la cabeza y el cuello de su víctima. El hombre cayó al suelo, pero retuvo conciencia suficiente como para acurrucarse y protegerse hasta cierto punto del aluvión de puntapiés que recibió.

Jadeante y con una retahíla de insultos, el *yakuza* se agachó y atrapó el tobillo derecho del postrado entre su enorme bíceps y el antebrazo. Por un instante pensé que le iba a aplicar una llave *jiu-jitsu* y tratar de romperle algo, pero en cambio, se enderezó y procedió a arrastrar el cuerpo del hombre hasta la entrada del club y luego hasta la calle.

Volvió un momento más tarde, solo, y tras tomarse un rato para recuperar el aliento, volvió a su sitio en el banco sin mirar a nadie. Todos volvieron a lo que estaban haciendo: los socios, porque no les importaba; los clientes, porque estaban con los nervios de punta. Fue como si nada hubiera ocurrido, aunque el silencio que había en la sala indicaba que no era así.

Una parte de mi cerebro registró lo sucedido en la lista de activos del *yakuza*: fuerza bruta, experiencia con la violencia y conocimiento de los principios del ataque continuo. Entre sus debilidades, noté falta de

autocontrol, poco aliento después de una pelea breve y unilateral, y daño relativamente mínimo pese a la ferocidad del ataque.

A menos que fuera casi un psicópata, lo que era bastante improbable, sabía que ahora el *yakuza* se debía de sentir ligeramente incómodo por lo que podría pensar la gente sobre su arrebato de ira. Aproveché la oportunidad para acercarme a su banco y preguntarle si necesitaba ayuda.

—*Warui na* —me dijo, agradecido por el alivio que le representaba este simple intercambio.

—*Iya* —repliqué. De nada. Me puse encima de él y le ayudé a colocar la barra. Noté que estaba moviendo ciento cincuenta y cinco kilos. Lo hizo dos veces, la segunda con un poco de ayuda de mi parte. Aún estaba lleno de adrenalina por el reciente altercado y tomé nota de las limitaciones que su fuerza mostró en este ejercicio.

Le ayudé a volver a colocar la barra en el soporte vertical, y luego silbé entre dientes como deferencia ligeramente teatral a su fortaleza. Me fui al pie del banco mientras él se sentaba y me decía que si volvía a necesitar ayuda, me la pediría. Sacudió la cabeza en brusco agradecimiento y yo empecé a alejarme.

Me paré como considerando si debía añadir algo más, y luego volví a acercarme a él.

—Ese tipo tendría que haberse asegurado de que usted había acabado de hacer ejercicios —le dije en japonés—. Alguna gente carece de modales. Usted le ha dado una lección.

Volvió a sacudir la cabeza encantado con mi astuta evaluación del importante servicio social que había hecho al pulverizar a un idiota inofensivo, y supe que no le incomodaría llamarme cuando necesitara un asistente.

Ojalá lo hiciera esa noche. Me moví rápidamente por Gaienhigashi-dori, pasé los peatones en la concurrida acera ignorando la cacofonía del tráfico y el ruido de los camiones y de los revendedores de entradas, y utilicé el cromo y los cristales que encontraba a mi alrededor para ver si alguien me seguía. Giré a la derecha justo antes del edificio Roi Roppongi; luego, otra vez a la derecha en la calle del gimnasio, donde hice una pausa detrás de una aglomeración de bicicletas aparcadas, y, de espaldas a la discordante fachada rosa de la cafetería Starbucks, volví a constatar que nadie me seguía. Pasaron unos jóvenes con ganas de fiesta, que, concentrados en divertirse, no prestaron atención al hombre quieto en las sombras. Nadie apareció en mi radar. Al cabo de unos instantes, me encaminé al gimnasio.



Las instalaciones ocupaban la planta baja de un grisáceo edificio comercial rodeado por herrumbrosas escaleras de incendios y lleno de cables de alta tensión que se aferraban a la fachada como una pútrida vegetación. Enfrente había un aparcamiento lleno de Mercedes con ventanillas de cristal ahumado y neumáticos de alto rendimiento: el símbolo de posición social de la elite del país y de sus criminales, todos imitándose entre sí y compartiendo cómodamente los placeres nocturnos de los chabacanos bajos fondos de Roppongi. La calle sólo estaba iluminada por el brillo indiferente de una farola en arco, con la base engalanada con folletos que hacían publicidad de los innumerables servicios sexuales del barrio; pero en las sombras de su propia luminosidad, la farola parecía el cuello alargado de algún pájaro antediluviano que mudara sus plumas enfermas y rizadas.

Las cortinas estaban bajas en los ventanales del gimnasio, pero vi aparcada delante la Harley-Davidson del *yakuza*, una V-Rod de aluminio anodizado que, rodeada de bicicletas, parecía un tiburón entre peces. Al lado de los ventanales estaba la puerta de entrada. Intenté abrirla, pero estaba cerrada con llave.

Retrocedí unos pasos hasta la ventana y golpeé en el cristal. Un momento después, se apagaron las luces. «Bien hecho», pensé. Tuvo que apagar las luces para poder ver desde las sombras sin ser visto desde afuera. Esperé sabiendo que me observaba y que examinaba la calle.

Volvieron las luces y un instante después, apareció el *yakuza* en la entrada del edificio. Llevaba unos pantalones grises de gimnasio y una camiseta blanca junto con los guantes obligatorios de los levantadores de pesas. Obviamente, lo había pescado en medio del entrenamiento.

Abrió la puerta mirando si había algún peligro en la calle, sin darse cuenta del único peligro que tenía delante de sus narices.

—*Shimatterun da yo* —me dijo. El club está cerrado.

—Lo sé —le dije en japonés, mostrando las palmas en gesto de súplica—. Esperaba que hubiera alguien. Iba a venir más temprano, pero estuve atareado. ¿Piensa que puedo pasar para unos pocos ejercicios? El tiempo que usted esté aquí; ni un minuto más.

Vaciló, luego se encogió de hombros y volvió a entrar. Lo seguí.

—¿Cuánto tiempo se quedará? —pregunté, dejando caer la bolsa y quitándome los pantalones caquis, la camisa azul y la americana color azul marino. Ya me había puesto los guantes, como siempre hacía antes de entrar en el club, pero el *yakuza* no se había percatado del detalle—. Lo digo para poder programar mis ejercicios.

Fue a la sección de flexiones.

—Cuarenta y cinco minutos; tal vez una hora —dijo.

Flexiones. Lo que hacía normalmente después de levantar pesas.  
«Mierda.»

Me puse los pantalones cortos y una sudadera y empecé a calentar con flexiones de brazos y otros ejercicios gimnásticos mientras él hacía las flexiones. Noté que, según el esfuerzo que hiciera, el precalentamiento podía resultarme útil. Ésa era una pequeña ventaja, pero no di nada por hecho.

Cuando acabó, le pregunté:

—¿Ya ha estado en el banco?

—Aa. —Sí.

—¿Cuánto levantó esta noche?

Se encogió de hombros, pero noté un ligero resoplido que me avisaba de que su vanidad entraba en juego.

—No mucho. Ciento cuarenta kilos. Podría haber hecho más, pero con tanto peso es mejor contar con un asistente.

«Perfecto.»

—Yo le hago de asistente.

—No, ya he terminado.

—Vamos, haga otra serie. Me inspira. ¿Qué está levantando? ¿El doble de su peso? —Mi cálculo por lo bajo fue deliberado.

—Más.

—Mierda, ¿más que el doble de su peso? A eso me refiero; ni siquiera me acerco a eso. Hágame un favor, haga una serie más y me inspirará. Yo le hago de asistente, ¿de acuerdo?

Vaciló, se encogió de hombros y se encaminó al sitio de los bancos.

La barra ya tenía los ciento cuarenta kilos que había levantado anteriormente.

—¿Piensa que puede levantar ciento sesenta? —pregunté con tono de duda.

Me miró y pude ver en sus ojos que su ego ya estaba en funcionamiento.

—Puedo hacerlo.

—De acuerdo, esto tengo que verlo —dije, levantando dos discos de diez kilos y colocándolos en las puntas de la barra. Me puse detrás del banco y agarré la barra con ambas manos—. Hágame saber cuándo está listo.

Se sentó al pie del banco, con los hombros hacia fuera, y giró el cuello de lado a lado. Movié los brazos adelante y atrás, y oí una serie de espiraciones cortas y enérgicas. Entonces, se echó de espaldas y cogió la barra.

—Levante cuando yo diga tres —dijo.

Asentí con la cabeza.

Hizo varias exhalaciones más. Entonces, empezó:

—Uno... dos... ¡tres!

Le ayudé a coger la barra en el aire y a equilibrarla sobre su pecho. Miraba la barra como si lo enfureciera; hundió el mentón en el cuello preparándose para el esfuerzo.

La dejó bajar controlando el descenso, pero permitiéndose coger ímpetu suficiente para asegurarse un buen rebote en su enorme torso. A medio camino del levantamiento, la barra casi se detuvo suspendida entre la fuerza de gravedad y el poderío de sus músculos cargados de esteroides, pero prosiguió su ascenso tembloroso hasta que se enderezaron los codos. Le temblaban los brazos del esfuerzo. No había modo de que lograra otro levantamiento.

—Uno más, uno más —le urgí—. Vamos, usted puede hacerlo.

Hizo una pausa y me preparé para animarlo más. Pero sólo se estaba preparando mentalmente para el esfuerzo. Aspiró aire rápidamente dos o tres veces, y luego bajó la barra hasta su pecho. La levantó a pocos centímetros del impacto, luego unos pocos más a resultas del empujón que dio, pero un segundo después empezó a bajar inexorablemente.

—*Tetsudatte kure* —gruñó. Ayuda. Pero estaba sereno, a la espera de mi asistencia.

La barra siguió bajando y se depositó sobre su pecho.

—*Oi tanomu* —volvió a decir, esta vez tajante.

En cambio, yo empujé hacia abajo.

Los ojos se le salían de las órbitas, buscando los míos.

Entre el peso de la barra, los discos y la presión que yo hacía, ahora se enfrentaba a casi doscientos kilos.

Me concentré en la barra y su torso, pero en mi visión periférica veía sus ojos hinchados en un principio de confusión y luego de miedo. No emitió ningún sonido. Yo continué concentrado en presionar impasiblemente hacia abajo.

Con los dientes apretados, el mentón casi hundido en el cuello, echó el resto tratando de levantar la barra. *In extremis*, pudo quitarse el peso del pecho. Puse un pie en los apoyos horizontales que había al final del banco y usé esa palanca para añadir más peso a la barra, que volvió a reposar sobre su pecho.

Sentí un temblor en las pesas cuando sus brazos empezaron a sacudirse de agotamiento. Una vez más, la barra volvió a descender.

De repente, me sorprendió el olor a excrementos. Su sistema nervioso, desesperado, interrumpía las actividades corporales no esenciales, entre las que se hallaba el control del esfínter, y dirigía todas las energías disponibles a sus músculos.

La partida sólo duró un momento más. Sus brazos empezaron a temblar con mayor violencia y sentí que la barra bajaba hundiéndose en su pecho. Se oyó un ligero bufido cuando dejó escapar el aliento por la nariz y los labios apretados. Sentí su mirada en mi cara, pero mantuve la atención en el torso y en la barra. Aún así, no hizo ningún sonido.

Pasaron unos segundos; luego, unos pocos más. Su posición no cambió. Yo esperé. Se le empezó a azular la piel. Seguí esperando.

Finalmente, dejé de presionar y solté la barra.

Aún tenía los ojos fijos en mí, pero ya no percibían nada. Di un paso atrás, saliendo de su campo de visión, e hice una pausa para observar la escena. Parecía lo que por poco no era: un adicto al levantamiento de pesas, solo y ya de noche, trata de hacer más de lo que puede, queda atrapado bajo la barra, se sofoca y muere. Un insólito accidente.

Me volví a vestir de calle, recogí la bolsa y me dirigí a la puerta. A mis espaldas, sonaron unos ruidos parecidos a los chasquidos de yesca seca. Me volví por última vez y me di cuenta de que el ruido lo había producido la rotura de algunas costillas. No cabía la menor duda: el tipo estaba acabado. Sólo quedaba el apretón convulsivo a la barra, como si sus dedos se negaran a creer lo que ya había aceptado su cuerpo.

Pasé al vestíbulo a oscuras y esperé a que la calle estuviera despejada. Entonces, salí a la acera y me adentré en las sombras.

## Capítulo 2

**M**e alejé a pie de la zona por una serie de calles secundarias y cortando por callejones estrechos, en lo que podía parecer una serie de atajos para llegar a mi destino, pero que de hecho era algo pensado para obligar a un perseguidor o equipo de perseguidores a dejarse ver. Con unas pocas excepciones deliberadas, todos mis movimientos de detección de vigilancia están acompañados por un comportamiento aparentemente normal de simple transeúnte. Si me siguen porque una organización se ha interesado en mí, pero aún no puede confirmar quién soy, no voy a revelar mi identidad actuando de un modo que no sea el de un ciudadano común y corriente.

Al cabo de media hora, estuve seguro de que no me seguía nadie y bajé el ritmo de mis pasos. Me encontré moviéndome en un largo semicírculo en sentido contrario a las agujas del reloj, que sin yo saberlo del todo me conducía al Aoyama Bochi, el inmenso cementerio que se extendía como un verde vendaje triangular a lo largo del centro de los barrios de moda del oeste.

En el lado norte de Roppongi-dori, pasé por una pequeña colonia de habitantes de cartones, una estación de paso de vagabundos cuyas vidas, en cierto sentido, son tan anónimas y displicentes como la mía. Dejé en el suelo la bolsa de gimnasia que llevaba, sabiendo que ésta y sus contenidos de ropa deportiva y guantes de pesas serían rápidamente distribuidos y asimilados por los demacrados mendigos del vecindario. Al cabo de pocos días, quizá horas, los restos descartados del último trabajo perderían toda señal de sus orígenes, y cada uno sería un artículo ignoto y descolorido entre almas ignotas y descoloridas, la flor y nata de la soledad y la desesperación que recalca de tanto en tanto en el punto ciego de Tokio y de allí cae al olvido.

Libre de la carga que portaba, proseguí mi camino, esta vez yendo en círculo al este. Bajo un paso elevado situado en Nogizaka, al norte de Roppongi-dori, vi a media docena de *chinpira* vestidos con la chillona ropa de cuero de los moteros, de cuclillas en semicírculo y con sus largas motos aparcadas en la acera. Me llegaron fragmentos de su conversación, que rebotaban en la pared de cemento que tenía a mi derecha; las palabras eran ininteligibles, pero las voces eran tan roncacas como los tubos de escape de sus máquinas. Probablemente estaban colocados con *kakuseizai*, la metanfetamina

que se había convertido en la droga japonesa de moda desde que el gobierno la distribuyera entre soldados y obreros en la Segunda Guerra Mundial, y de la cual estos *chinpira* eran sin duda traficantes y consumidores. Esperaban a que el zumbido inducido por la droga en sus músculos y cerebros alcanzara el grado óptimo, y a que se hiciera más tarde y la noche más seductoramente oscura, antes de emerger de su guarida de cemento y contestar a la llamada de neón de Roppongi.

Vi que tomaban nota de mi presencia: una figura solitaria que se acercaba desde la punta sur de lo que en realidad era un túnel estrecho. Consideré cruzar la calle, pero un vallado metálico situado justo en el medio me imposibilitó la maniobra. Podría haber vuelto sobre mis pasos y tomar simplemente otra dirección. Esa imposibilidad me hizo más difícil no reconocer que me encaminaba al cementerio.

Cuando estuve a tres o cuatro metros, uno de ellos se puso de pie. Los otros continuaron en cuclillas, atentos a toda diversión que se les pudiera presentar.

Ya había notado la ausencia de las cámaras de seguridad, que cada año se hacían más omnipresentes en calles y metros. A veces tenía que sacudirme la sensación de que me buscaban específicamente a mí.

—*Oi* —exclamó el que se había puesto en pie. Eh.

Eché una rápida mirada por detrás para asegurarme de que estábamos solos. De nada serviría que alguien viera lo que haría si estos idiotas se me cruzaban en el camino.

Sin alterar el paso o la dirección, miré a los ojos del *chinpira* con expresión uniforme. Le hice saber que no sentía miedo ni buscaba pelea, que lo había hecho muchas veces antes y que si esa noche él estaba en busca de aventuras, lo mejor era que las buscara en otra parte.

La mayoría de la gente, en especial aquellos que están poco habituados a la violencia, comprenden estas señales y optan por reaccionar de un modo que favorezca sus posibilidades de supervivencia. Pero al parecer, ese tipo era demasiado estúpido o estaba demasiado cargado de *kakuseizai*. O pudo haber interpretado mi mirada inicial hacia atrás como una señal de miedo. Fuera lo que fuera, ignoró la advertencia que le había hecho y empezó a interponerse en mi camino.

Reconocí el procedimiento: me estudiaba para ver si era una víctima propiciatoria. ¿Permitiría que me obligara a bajar a la calzada y al tráfico? ¿Me arrugaría y acobardaría en el proceso? De ser así, él sabría que yo era un

objetivo fácil, y entonces intensificaría sus acciones, llegando probablemente a la violencia.

Pero yo prefiero la violencia súbita. Dejándolo a mi derecha, lo pasé con la pierna izquierda, pero casi al mismo tiempo le descargué la derecha y luego lo barrí para levantarle las piernas con un *osoto-gari*, una de las llaves más básicas y poderosas del judo. Simultáneamente, me di la vuelta para el otro lado y lancé el brazo derecho contra su cuello, empujando la parte superior de su cuerpo en la dirección opuesta a las piernas. Por un instante, quedó suspendido en posición horizontal sobre el sitio donde había estado. Entonces, lo arrojé sobre la acera, levantándole el cuello en el último momento para que el impacto en la cabeza no fuera excesivo. No quería un difunto. Llama demasiado la atención.

La secuencia había durado menos de dos segundos. Reemprendí la marcha y continué mi camino como antes, con la mirada hacia delante pero los oídos entrenados hacia atrás, listos para cualquier sonido que indicara persecución. Éste no se produjo, y a medida que se ampliaba la distancia, me permití una sonrisita. No me gustan los matones: constituyeron una parte demasiado grande de mi infancia a ambos lados del Pacífico. Tenía la sensación de que pasaría largo tiempo antes de que a cualquiera de esos *chinpira* se le ocurriera disputarle el paso a algún otro peatón.

Seguí adelante, cortando a la izquierda, al este del cementerio; luego, en Gaiennishi-dori, aproveché el viraje que siempre hago para supervisar la zona a mis espaldas mientras compruebo el tráfico. Ahora el cementerio estaba a mi derecha, pero no había acera en ese lado de la calle, de modo que permanecí en la izquierda hasta que estuve delante de la escalinata de piedra, entre la plaza verde de los muertos y la ciudad llena de vida. Me quedé mirando la escalinata largo rato. Finalmente, decidí que el impulso al que casi había sucumbido era ridículo, tal como había pensado varias veces en el pasado. Me di media vuelta y caminé lentamente por la calle, volviendo sobre mis pasos.

Como siempre después de terminar un trabajo, era consciente de la necesidad de estar entre otra gente, de encontrar un poco de alivio en la ilusión de que formo parte de la sociedad en que me muevo. Unos pocos metros más adelante, entré en el restaurante Monzoon, donde podía disfrutar de la cocina del sudeste asiático y de los sonidos anodinos de las conversaciones.

Elegí una mesa un tanto retirada de la fachada al aire libre del restaurante, delante de la calle y de la entrada, y pedí una comida sencilla de tallarines de

arroz con verduras. Aunque era tarde para cenar, casi todas las mesas estaban ocupadas. A mi izquierda, estaban los restos de una pequeña fiesta oficinesca: unos pocos hombres jóvenes con las corbatas desabrochadas e idénticos trajes azules; con ellos, dos mujeres bonitas y más elegantes que los hombres, que asumían con toda naturalidad el papel tradicional de la mujer japonesa de servir la comida y la bebida, y de mantener la conversación. Detrás de ellos, una pareja solitaria —chicos de instituto o de la universidad—, inclinados uno hacia el otro y cogidos de las manos sobre la mesa. El chico hablaba con las cejas levantadas como si sugiriera algo; la chica se reía y decía que no con la cabeza. Al otro lado, un grupo de varones norteamericanos, vestidos más informalmente que los demás comensales, hablaban en apropiada voz baja mientras les brillaba ligeramente la piel a la luz de las lámparas de mesa.

Era casi surrealista encontrarme otra vez en un restaurante o en un bar después de acabar un trabajo, con la mente dejándose ir aliviada una vez se había calmado el torrente de adrenalina. La sensación no era nueva, pero el contexto la volvía tan extraña como extraño sienta un traje usado de oficina cuando se asiste a un funeral.

Había pensado que todo había terminado después de ajustar cuentas con Holtzer, el ex jefe de la delegación en Tokio de la CIA. Se me había acabado la cobertura, y fue hora de reinventarme a mí mismo, no por primera vez. Había pensado en Estados Unidos, tal vez en irme a la Costa Oeste, a San Francisco, a algún sitio donde hubiera una gran población asiática. Pero me habría resultado difícil establecer una nueva identidad en América sin el tipo de trabajo preliminar que había realizado en Japón largo tiempo atrás. Además, si la CIA pensaba en cobrarse lo de Holtzer, les sería más fácil buscarme en su propio territorio. Quedarme en Japón equivalía a lidiar con Tatsu, pero el interés de éste por mi persona nada tenía que ver con venganzas, de modo que me pareció el menor de los males.

Tuve que sonreírme ante la idea. Había comprendido que el peligro que representaba Tatsu para mí, si bien ciertamente era menos grave que la posibilidad de que algún contratista de la CIA con suerte me pusiera a dormir para siempre, era mucho más insidioso.

Me había seguido la pista hasta Osaka, la segunda ciudad de Japón, tras mi desaparición de Tokio. Me había alquilado un piso en un alto edificio de apartamentos llamado Belfa, en Miyakojima, al noroeste de la ciudad. Belfa estaba habitado por una cantidad suficiente de empleados corporativos de paso como para que un recién llegado no llamara la atención. Era también el hogar de familias con hijos pequeños, el tipo de gente que no es consciente de



la composición social de su barrio y cuya presencia hace que sea difícil montar una vigilancia eficaz u organizar una emboscada exitosa.

Al principio, añoré Tokio, donde había vivido durante dos décadas, y me desalentó encontrarme en una ciudad que el habitante medio de Tokio habría descalificado sensatamente como un lugar atrasado a todo nivel excepto en pura expansión urbana. Pero Osaka acabó conquistándome. Su ambiente, aunque menos refinado y cosmopolita que el de Tokio, también carece de pretensiones. A diferencia de Tokio, cuyo centro de gravedad financiero, cultural y político es tan poderoso que a veces la ciudad puede sentirse autosatisfecha y hasta caer en el solipsismo, Osaka se compara constantemente con otras localidades, en especial con su prima mayor del noreste, y siempre sale victoriosa en materia de cocina, en visión para los negocios y en bondad humana. Descubrí algo atractivo en esta competición por la supremacía. Quizá no poseemos los modales refinados (léase amanerados), ni el más poderoso aparato político (léase corrupto), parece declararle Osaka a un Tokio que ni siquiera escucha, pero tenemos un corazón más grande. Con el paso del tiempo, empecé a preguntarme si la ciudad no tendría razón.

Una noche me di cuenta de que Tatsu me seguía cuando iba al Overseas, un club de *jazz* de Honmachi que me gustaba. Aunque no me di por enterado, lo había reconocido de inmediato. Tatsu es rechoncho y de baja estatura, y tiene una manera muy característica de mover los hombros de lado a lado cuando camina. De haber sido otro el perseguidor, lo habría parado e interrogado. De no ser eso posible, eliminado.

Pero ya que era Tatsu quien me seguía, supe que no representaba un peligro inminente. Como jefe departamental del Keisatsucho, el FBI japonés, ya podría haberme apresado de haberlo querido. «Que se vaya al demonio», decidí. Akiko Grace, la joven pianista que había electrizado el mundo del *jazz* japonés con su primer disco, *From New York*, actuaba esa noche, y yo quería verla. Si Tatsu deseaba acompañarme, por mí encantado.

Tatsu llegó a la mitad de la actuación. Grace tocaba «*That Morning*», una pieza melancólica de *Manhattan Story*, su segundo disco. Lo miré mientras él hacía una pausa en la entrada y echaba una mirada a las mesas. Podría haberle hecho una seña, pero él sabía dónde buscar.

Se abrió paso hasta mi mesa y se sentó a mi lado como si encontrarme allí fuera la cosa más natural del mundo. Como de costumbre, vestía un traje oscuro que le quedaba como un tiro. Me saludó con un movimiento de cabeza que devolví y luego seguí escuchando a Grace.

Ella estaba de espaldas a nosotros con un traje de lentejuelas doradas y hombros al descubierto que brillaba bajo los focos, azules y fríos como relámpagos en la noche. Al mirarla, pensé en Midori, aunque tanto por contraste como por asociación. La actitud de Grace era más *funky*, más movida, con acercamientos más laterales al piano, y su estilo en general era más suave, más contemplativo. Pero entonces se animó con temas como «*Pulse Fiction*» y «*Delaney Street Blues*», y dio la misma sensación de estar poseída por el instrumento, como si el piano fuera un demonio y ella, su enardecida amanuense.

Recordé la actuación de Midori, que vi desde las sombras del Village Vanguard de Nueva York, sabiendo que sería la última vez. He visto otras pianistas desde entonces. Siempre es un placer triste, como hacer el amor con una hembra hermosa pero no amada.

La actuación llegó a su fin y Grace y su trío abandonaron el escenario, pero el público no dejó de aplaudir hasta que volvieron con un bis de «*Bemsha Swing*», de Thelonious Monk. Probablemente aquello disgustó a Tatsu. No estaba allí para gozar del *jazz*.

Después del bis, Grace pasó al bar. La gente se arremolinó para darle las gracias, pedirle que firmara los discos que habían traído y luego seguir adelante con lo que les deparara la noche.

Cuando la gente en derredor se hubo ido, Tatsu se dirigió a mí.

—El retiro no te hace ningún bien, Rain-san —me dijo con su modo antipático de hablar—. Te estás ablandando. Cuando estabas en activo, no podría haber dado contigo tan fácilmente.

Tatsu rara vez pierde tiempo con formalidades. Las conoce, pero no puede con ellas. Es una de las cosas que siempre me han gustado de él.

—Pensé que querías que me retirara —dije.

—De la relación con Yamaoto y su organización, sí. Pero entonces pensé que podía haber la posibilidad de que trabajáramos juntos. Tú conocías mi trabajo.

Hablaba de su interminable cruzada contra la corrupción japonesa, detrás de la cual estaba su gran enemigo Yamaoto Toshi, político y maestro de la manipulación, el hombre que había sobornado a Holtzer, quien por un tiempo también había sido mi jefe.

—Lo siento, Tatsu. Con Yamaoto y la CIA tras mis pasos, las cosas estaban demasiado calientes. Aunque hubiera querido, no te habría servido de mucho.

—Me dijiste que te pondrías en contacto conmigo.

—Cambié de opinión.

Asintió con la cabeza y dijo:

—¿Sabes que pocos días después de nuestro último encuentro, William Holtzer murió de un ataque cardíaco en el garaje de un hotel situado en una zona residencial de Virginia?

Recordé la forma en que Holtzer había dicho «Yo era el topo... Yo era el topo...» cuando pensó que me iba a morir. Recordé también cómo en Vietnam me había puesto en contra de mi colega Crazy Jake, y cómo más adelante se regodeaba en ello.

—¿Por qué lo preguntas? —dije con voz serena.

—Al parecer, su muerte fue una sorpresa para la gente que le conocía del centro de inteligencia —siguió diciendo, ignorando mi pregunta—, ya que Holtzer acababa de cumplir los cincuenta y estaba en perfecto estado físico.

«No lo suficiente para trescientas sesenta unidades de energía electrónica en un desfibrilador modificado», pensé.

—Es para pensárselo. Nunca se tiene el cuidado suficiente —dije tomando un sorbo del Dalmore de doce años que estaba bebiendo—. Yo tomo una aspirina infantil al día. Hace años se publicó un artículo sobre ésta en el *Asahi Shinbum*. Decía que reduce enormemente la posibilidad de un ataque al corazón.

Guardó silencio, luego se encogió de hombros y dijo:

—No era un buen hombre.

¿Era su manera de decirme que sabía que yo había liquidado a Holtzer, pero que no le importaba? De ser así, ¿qué iba a pedir a cambio?

—¿Cómo te enteraste de todo esto? —le pregunté.

Bajó la vista a la mesa, y luego me miró.

—Algunos colegas del señor Holtzer, de la delegación de la CIA en Tokio, se pusieron en contacto con la policía metropolitana. Les preocupaba menos el hecho de la muerte que la manera en que sucedió. Daba la sensación de que creían que tú lo habías matado.

No dije nada.

—Querían que la policía metropolitana ayudara a localizarte —continuó diciendo—. Mis superiores me informaron de que debía ofrecerles toda la colaboración.

—¿Por qué necesitan tu ayuda?

—Sospecho que a la Agencia le han ordenado que intente eliminar parte de la corrupción que paraliza la economía japonesa. A Estados Unidos le

preocupa que si la situación se agrava, se colapsen las finanzas de Japón. Eso provocaría un efecto dominó y ciertamente una recesión mundial.

Comprendí el interés del Tío Sam. Todo el mundo sabía que a los políticos les interesaba más asegurarse una parte del pastel de los contratos amañados de las empresas públicas y los sobornos de los *yakuza* que resucitar una economía moribunda. Se olía la podredumbre desde lejos.

Tomé otro sorbo del Dalmore.

—¿Por qué crees que están interesados en mí?

Se encogió de hombros.

—Tal vez sólo sea una cuestión de venganza. Tal vez forme parte del esfuerzo anticorrupción. Después de todo, sabemos que Holtzer pasaba informes de inteligencia identificándose como el asesino de «causas naturales» que estaba detrás de las muertes de numerosos soplones y reformadores japoneses. O tal vez se trate de ambas razones.

«Típico de Holtzer», pensé. Atribuirse los méritos en un informe mientras usa el tema para sus propios fines. Recordé su aspecto cuando lo dejé desplomado y exánime en un coche alquilado en aquel aparcamiento de Virginia, y sonreí.

—No te noto muy preocupado —dijo Tatsu.

Me encogí de hombros.

—Por supuesto que me preocupa. ¿Qué les dijiste?

—Que por lo que sabía, estabas muerto.

«Aquí viene.»

—Bien hecho.

Esbozó una sonrisa y entreví un poco del bastardo artero y subversivo que me había caído tan bien en Vietnam, donde nos conocimos cuando le apoyaba uno de los precursores del Keisatsucho.

—No tan bien hecho, en realidad. Somos viejos amigos, después de todo. Los amigos deben ayudarse de tanto en tanto, ¿no crees?

Sabía que estaba en deuda con él. Le debía el que me hubiera permitido escapar después de que yo le tendiera una emboscada a Holtzer en el exterior de la base naval de Yokosuka, pese a todos los años que él había intentado en vano sonsacarme información. Ahora despistaba a la Agencia y yo volvía a estar en deuda con él.

Por supuesto, las deudas eran sólo parte del juego. También había una amenaza implícita. Pero él sentía una cierta debilidad por mí que no le permitía ser demasiado directo. De otra manera, hubiera dejado de lado todo este interludio sobre nuestra vieja amistad y me habría dicho que si no

cooperaba, daría mi nombre y señas actuales a mis viejos amigos de la CIA. Lo que podía hacer con gran facilidad.

—Pensé que me querías retirado —volví a decir sabiendo que ya había perdido.

Se sacó del bolsillo superior un sobre de papel Manila y lo colocó sobre la mesa.

—Se trata de un trabajo sumamente importante, Rain-san —dijo—. Si no lo fuera, no te pediría este favor.

Sabía lo que encontraría en el sobre. Un nombre. Una fotografía. Señas del trabajo y residencia. Debilidades conocidas. La insistencia en las «causas naturales» estaría implícita, o bien se encargaría él de decírmelo.

No hice ningún gesto de ir a coger el sobre.

—Hay una cosa que debo saber antes de aceptar este encargo —le dije.

Asintió con la cabeza.

—Quieres saber cómo te encontré.

—Exacto.

Lanzó un suspiro.

—Si comparto esta información contigo, ¿qué te impediría volver a desaparecer, esta vez con más éxito?

—Probablemente, nada. Por otro lado, si no me lo dices, no hay ninguna posibilidad de que esté dispuesto a trabajar contigo en el asunto que contenga ese sobre. Depende de ti.

Se tomó su tiempo, como si considerara los pros y los contras; pero Tatsu siempre anticipa varios movimientos posibles, y yo sabía que seguramente había previsto esta contingencia. La vacilación era puro teatro hecho con la intención de convencerme de que yo había conseguido algo valioso.

—Los registros de Aduanas —dijo por último.

No me sorprendió especialmente. Yo sabía que existía el riesgo de que Tatsu se enterara de la muerte de Holtzer y creyera que yo había estado detrás. De suceder esto, él podría conocer mis movimientos entre la última vez que me vio en Tokio y el día que murió Holtzer en Virginia, menos de una semana después. Pero el asesinato de Holtzer había sido importante para mí y me había preparado para pagar un precio por esa satisfacción. Tatsu simplemente se presentaba con esa cuenta pendiente.

Guardé silencio y él prosiguió al cabo de un momento.

—Un individuo que viaja con el nombre y el pasaporte de Fujiwara Junichi partió de Tokio a San Francisco el 30 de octubre pasado. No hay

constancia de que haya regresado a Japón. La hipótesis más lógica es que haya permanecido en Estados Unidos.

En cierto sentido, fue así. Fujiwara Junichi es mi nombre japonés de nacimiento. Cuando me enteré de que Holtzer y la CIA habían descubierto mi residencia en Tokio, supe que ese nombre estaba quemado y que no podía volver a usarlo. Viajé a Estados Unidos para matar a Holtzer con el pasaporte de Fujiwara, y luego lo retiré de la circulación; regresé a Japón con una nueva identidad que había preparado con antelación. Esperaba que cualquiera que me buscara se despistaría con esta falsificación y llegaría a la conclusión de que me había instalado en Estados Unidos. La mayoría de la gente se lo habría creído, pero no Tatsu.

—Por alguna razón, no puedo imaginarte viviendo en Estados Unidos — continuó diciendo—. Parecías... tan cómodo en Japón. No creí que estuvieras dispuesto a marcharte.

—Supongo que habrás pensado en algo más.

Se encogió de hombros.

—Me pregunté: si mi viejo amigo no se ha ido realmente de Japón, sino que sólo quiso hacerme creer que lo había hecho, ¿qué podría haber hecho? Habría regresado con una nueva identidad. Se habría instalado en otra ciudad, ya que en Tokio era demasiado conocido.

Hizo una pausa, y reconocí el empleo de una triquiñuela de nigromante mediante la cual la parte que debe dar información, en realidad la sonsaca de forma inteligente. Hasta ahora, Tatsu sólo había ofrecido sugerencias y generalidades, y yo no le iba a rellenar los espacios en blanco confirmando o negando lo que decía.

—Tal vez habría usado el nuevo nombre para volver al país y para instalarse —dijo un momento después.

Pero yo no había usado el mismo nuevo nombre para regresar e instalarme. Hacerlo hubiera ofrecido un nexo demasiado obvio para cierto perseguidor. Tatsu no debía estar seguro de eso y, tal como sospeché, esperaba saber más haciéndome reaccionar. Si yo metía la pata y confirmaba que había usado el mismo nombre, me diría que por esa razón me había podido localizar, evitando de ese modo decirme cómo lo había hecho de verdad y dejando intacta mi vulnerabilidad, quizá para aprovecharse de ella más adelante.

De modo que no dije nada y, en cambio, puse cara de ligero aburrimiento.

Me miró; se le subieron ligeramente las comisuras de la boca, que dibujaron una media sonrisa. Era su modo de reconocer que yo sabía lo que se

llevaba entre manos, que era inútil seguir por ese camino y que ahora iría al grano.

—Fukuoka era demasiado pequeña —dijo—. Sapporo, demasiado lejana. Nagoya, demasiada cercana a Tokio. Hiroshima era posible porque tiene buen ambiente, pero la región de Kansai era más probable porque no está tan lejos de Tokio, del que supuse que tampoco querías alejarte demasiado. Eso significaba Kioto; posiblemente, Kobe. Pero lo más probable era Osaka.

—Porque...

Se encogió de hombros.

—Porque Osaka es grande, tiene vida y más espacio para esconderse. Y una población en constante crecimiento, de modo que un recién llegado no llama la atención. También conocía cuánto te gusta el *jazz*, y Osaka es famosa por sus clubes.

Podía haber sabido que Tatsu daría importancia a los clubes. Durante la época Taisho, de 1912 a 1926, el *jazz* emigró de Shanghai a Kansai, la región occidental de Honshu, la principal isla de Japón, en la que se encuentra Osaka. En los distritos de Soemoncho y Doton-dori se construyó una serie de salones de baile y de música en directo, y en los cafés se tocaba *jazz*. El legado continúa vigente en locales como Mr. Kelly's, Overseas, Royal Horse y, por supuesto, el Osaka Blue Note, y no puedo negar que la presencia de esos sitios pesó en mi decisión.

Yo ya había reconocido que, por las mismas razones expuestas por Tatsu, Osaka podía resultar una opción de algún modo predecible. Sin embargo, también había descubierto que no estaba dispuesto a privarme de las ventajas de vivir en una ciudad. Cuando era más joven, podría haber renunciado a esas comodidades en nombre de la seguridad personal. Pero vi que mis prioridades cambiaban con la edad, y esto, más que cualquier otra cosa, dejaba bien claro que ya era hora de abandonar el juego.

Tatsu, conociéndome como me conocía, no tuvo mayores dificultades en considerar Osaka como la ciudad de mi residencia, pero eso no fue óbice para que no señalara cómo lo había conseguido.

—Impresionante —le dije—, pero todavía no me has explicado cómo me localizaste en una ciudad de casi nueve millones de habitantes.

Levantó un poco la cabeza y me miró directamente.

—Rain-san —dijo—, comprendo que deseas saberlo. Y te lo contaré. Pero es importante que esta información no trascienda, porque de ser así, quedaría perjudicada la eficacia contra el crimen de la Policía Metropolitana. ¿Puedo confiarte esta información?

La pregunta, así como las revelaciones correspondientes, tenían el propósito de demostrar que yo también podía confiar en él.

—Sabes que puedes —le dije.

Asintió con la cabeza.

—En los últimos diez años o así, los gobiernos municipales y administrativos han instalado de forma independiente cámaras de seguridad en distintos lugares públicos, tales como estaciones de metro y cruces peatonales. Hay pruebas concretas, sobre todo a raíz de la experiencia en Gran Bretaña, de que esas cámaras evitan la realización de delitos.

—Las he visto.

—Puedes ver algunas. No todas. En cualquier caso, las cámaras no son propiamente el asunto principal. Lo que importa es lo que está detrás de ellas. Después del suceso del 11 de septiembre en Estados Unidos, la Policía Metropolitana llevó a cabo una importante iniciativa para conectar estas redes informales de cámaras con una central de base de datos que utiliza un avanzado *software* de reconocimiento facial. El *software* lee los rasgos difíciles u oscuros: la distancia entre los ojos, por ejemplo, o los ángulos precisos del triángulo formado por las puntas exteriores de los ojos y el centro de la boca. Cuando la cámara coincide con una foto de la base de datos, envía automáticamente una alarma a las autoridades pertinentes. Lo que empezó siendo una medida de disuasión psicológica es ahora una importante y potente herramienta contra la delincuencia.

Había oído hablar de la existencia de ese *software* del que hablaba Tatsu. Estaba siendo probado en ciertos aeropuertos y estadios, en especial en Estados Unidos, como un medio para identificar probables terroristas. Pero por lo visto, las primeras pruebas no daban grandes resultados; aunque tal vez se tratara de un método de desinformación. En cualquier caso, yo no sabía que Japón estuviera tan avanzado en relación con esa tecnología.

—¿Están las cámaras conectadas al Juki Net? —pregunté.

—Es posible —dijo con su seco modo de hablar.

El Juki Net, un tremendo programa de datos centralizados de espionaje, se puso en marcha en agosto de 2002, tal vez inspirado en la Iniciativa de Información Total del Departamento de Defensa norteamericano. Juki Net asigna a cada ciudadano un número de identificación de once dígitos, y relaciona ese número con el nombre, el sexo, las señas y la fecha de nacimiento de la persona. El gobierno sostiene que no se añade ninguna otra información. Pocos se lo creen, y ya ha habido abusos.



Me lo pensé. Tal como había señalado Tatsu, si la noticia se hacía pública, la eficacia de la red de cámaras quedaría en entredicho. Pero había más.

—¿No se produjeron protestas por la aparición de Juki Net? —pregunté.  
Asintió.

—Sí; como debes saber, el gobierno introdujo Juki Net sin aprobar una ley de privacidad al respecto. Los intentos posteriores de hacerlo no han sido convincentes. En Suginami-ku hay un boicot. Los no residentes tratan ahora de establecerse en ese barrio para escapar del control del sistema.

Entonces comprendí por qué al gobierno le preocupaba tanto mantener en secreto la conexión de Juki Net con la red de cámaras de seguridad. Al fin y al cabo, aunque se sepa que está ahí, evitar la vigilancia del vídeo es un infierno; otro peligro sería pasar inadvertidamente información a los criminales. Sin duda, el problema real era el miedo del gobierno a las protestas que seguramente tendrían lugar si el público se enteraba de que el anunciado alcance del sistema era en realidad la punta del iceberg. Si las cámaras estaban conectadas al Juki Net, la gente pensaría con toda razón que se encontraba a merced del Gran Hermano.

—No se puede culpar a la gente por no confiar en el gobierno al respecto —dije—. La pasada primavera, leí que habían pillado al Ministerio de Defensa creando una base de datos, que incluía las opiniones políticas, sobre la gente que había solicitado material bajo la nueva ley de Libertad de Información.

Esbozó una triste sonrisa.

—Cuando la noticia se hizo pública, alguien intentó eliminar las pruebas.

—Lo leí. ¿No trató el PLD de suprimir un informe de cuarenta y dos páginas sobre lo sucedido?

Esta vez la sonrisa fue amarga.

—Los cargos del Partido Liberal Democrático implicados en esta maniobra fueron castigados, por supuesto. Se les congelaron las pagas.

—He ahí un buen elemento de disuasión contra futuros abusos —dije riéndome—. En especial, cuando los untaron con el doble de lo que ganaban.

Se encogió de hombros.

—Como policía, me alegro de la existencia de Juki Net y del uso de las cámaras de seguridad como herramientas en la lucha contra el crimen. Como ciudadano, me parece espeluznante.

—Entonces, ¿por qué debo guardar el secreto? Da la impresión de que con unas pocas filtraciones se obtendrían buenos resultados.

Movió la cabeza de lado a lado, como atónito de que mi conclusión pudiera ser tan simplista.

—Si se produjeran esas filtraciones en el momento inadecuado —dijo—, serían tan inútiles como una potente carga explosiva colocada en el sitio equivocado.

Me decía que tenía algo más en mente. También me pedía que no hiciera preguntas.

—Por tanto, usaste esta red para encontrarme —dije.

—Sí. Guardé las fotos que te tomaron en la sede central de la policía cuando te detuvieron tras el incidente en el exterior de la base naval de Yokosuka. Bajé las fotos en el ordenador para que la red pudiera buscarte. Di instrucciones a los técnicos para que concentraran sus esfuerzos en Osaka. Aún así, debido a que el sistema dio muchísimos positivos falsos, tardamos mucho tiempo y empleamos muchos recursos para solucionar el problema. Hace casi un año que te busco, Rain-san.

Tomé conciencia, por lo que me decía, de que el incesante progreso tecnológico me obligaría a volver a la existencia nómada que había adoptado entre Vietnam y mi regreso a Japón, cuando erré por la tierra sin identidad y pasando de un conflicto mercenario a otro. La idea no fue nada placentera. Había cumplido mi condena por Crazy Jake y no quería repetir la experiencia.

—El sistema no es perfecto —continuó diciendo—. Hay numerosas lagunas en la cobertura, por ejemplo, y da demasiados positivos falsos. Aún así, con el tiempo, pudimos identificar ciertos rasgos comunes en tus movimientos. Una alta incidencia de ocasiones en que se te vio en Miyakojima, por ejemplo. A partir de allí, fue muy fácil verificar los registros de la administración local en busca de nuevos residentes y, eliminando las pistas falsas, descubrimos tu dirección. Con el tiempo, pudimos seguirte lo bastante cerca como para que yo viajara a Osaka y te siguiera esta noche hasta aquí.

—¿Por qué no fuiste directamente a mi apartamento?

Sonrió.

—La vivienda es siempre el lugar más vulnerable porque representa el punto débil en una emboscada. Y yo no quisiera sorprender a un hombre como tú donde se siente más vulnerable. Pensé que sería más saludable encontrarte en un territorio neutral donde me pudieras ver venir, ¿ne?

Asentí dándole la razón. Si eres un probable objetivo para un intento de secuestro, de asesinato, o de cualquier tipo de emboscada, los malos sólo pueden dar contigo donde saben que te encontrarán. Lo más probable es que

sea fuera de tu casa o de tu lugar de trabajo; o en algún punto intermedio donde pueden asegurarse de que pasarás: tal vez un puente entre tu casa y la oficina, o algo por el estilo. Esos puntos débiles son donde debes estar más atento a cualquier señal de peligro.

—Pues bien —dijo, levantando ligeramente una ceja—, ¿me viste?

Me encogí de hombros.

—Sí.

Volvió a sonreír.

—Sabía que lo harías.

—O me podrías haber llamado —dije.

—En cuyo caso, podías volver a desaparecer al oír mi voz.

—Es cierto.

—Dentro de todo, éste ha sido el mejor modo.

—Tal como lo hiciste —dije—, mucha gente se habrá enterado. Gente de tu organización, quizá también de la CIA.

Podría haber dicho algo para insinuar que semejante falta de seguridad era culpa mía, por no haberme puesto en contacto con él tal como había prometido. Pero ése no era el estilo de Tatsu. Tenía interés en este asunto, así como yo lo tenía en el mío, y no me habría culpado por desaparecer, del mismo modo que no esperaba que yo le culpara por haberme encontrado.

—No ha habido en esto ninguna mención de tu nombre —me dijo—. Únicamente una fotografía. Y los técnicos encargados de verificar los parecidos con las que proporciona el sistema no conocen las razones de la búsqueda. Para ellos, tú eres simplemente uno de los muchos delincuentes que busca la Policía Metropolitana. Y he tomado otras medidas con respecto a la seguridad, como venir solo esta noche y no informar a nadie de mis movimientos.

Era peligroso que Tatsu admitiera algo por el estilo. De ser verdad, yo podría resolver casi todos mis problemas liquidándolo. Una vez más, me demostraba que confiaba en mí y que a cambio yo podía confiar en él.

—Estás corriendo muchos riesgos —dije mirándolo.

—Siempre lo hago —dijo devolviéndome la mirada.

Se produjo un largo silencio. Entonces, dije:

—Nada de mujeres. Nada de niños. Tiene que ser un hombre.

—Lo es.

—No puede haber nadie más implicado en esto. Tú trabajas conmigo; es una exclusiva.

—Sí.

—Y el objetivo debe ser importante. Su desaparición no puede servir como mensaje para nadie. Tiene que lograr algo concreto.

—Lo hará.

Habiendo establecido mis tres reglas, era hora de hacerle saber las consecuencias de su incumplimiento.

—Sabes, Tatsu, que aparte de las razones profesionales, y me refiero al combate o a un contrato, sólo hay una cosa que me impulsa a matar.

—La traición —dijo para mostrarme que entendía perfectamente.

—Sí.

—La traición no va con mi naturaleza.

Me reí porque era la primera vez que oía a Tatsu decir algo ingenuo.

—Está presente en toda naturaleza —le dije.

Habíamos elaborado un sistema por el que nos podíamos comunicar con seguridad; incluía códigos simples y acceso a un protegido tablero de anuncios electrónico que yo seguía usando para los mensajes sensibles. Le había dicho que volvería a contactar con él más adelante, pero ahora me pregunté si eso sería necesario. Tatsu se enteraría del accidente del *yakuza* por fuentes independientes y sabría que yo ya había cumplido el contrato. Además, cuanto menos contacto con Tatsu, mejor. Seguro que teníamos una historia en común: respeto, e incluso afecto; pero resultaba difícil creer que nuestra comunión de intereses iba a durar. Al final, esa comunión, o su inexistencia, sería lo único importante. Una triste conclusión, en muchos aspectos. No hay mucha gente en mi vida, y ahora que las cosas habían salido bastante bien, me di cuenta de que había disfrutado de mi último encuentro con ese viejo amigo e instrumento de perdición.

Estaba asimismo triste, ya que me obligaba a admitir algo que había estado evitando: tendría que irme de Japón. Me había preparado para esa contingencia, pero fue un revulsivo tener que aceptar que había llegado la hora. Si Tatsu sabía dónde encontrarme, y llegaba a creer que yo estaba otra vez en activo de un modo que perjudicaba su lucha contra la corrupción en Japón, le sería fácil hacer que me detuvieran. Por el contrario, si yo aceptaba sus reglas, le sería fácil dejarse caer de tanto en tanto y pedirme un «favor». De una manera u otra, controlaría mi vida, y eso yo ya lo había vivido. No quería que se volviera a repetir.

Sonó mi busca; lo abrí y vi una secuencia de seis dígitos. Era Harry, que quería que lo llamara.

Terminé de comer y le pedí la cuenta al camarero. Eché una última mirada al restaurante. Se había ido la mesa de oficinistas. Los norteamericanos aún

estaban, y el ruido de fondo de su conversación seguía animado y entusiasta. La pareja todavía estaba allí; la postura del joven era tenazmente vigilante y la joven continuaba esquivándolo con risitas.

Me sentí bien de estar otra vez en Tokio. No quería irme.

Salí del restaurante, pero hice una pausa para gozar del aire fresco de Nishi-Azabu. Mis ojos barrían reflexivamente la calle. Pasaron unos pocos coches; todo estaba tan tranquilo como el cementerio de Aoyama, inquietante, a oscuras y llamándome en silencio desde el otro lado de donde yo me encontraba.

Volví a contemplar las escalinatas y me imaginé subiendo por ellas. Luego giré a la izquierda y seguí el semicírculo inverso a las manecillas del reloj que había iniciado horas antes.

## Capítulo 3

Llamé a Harry desde un teléfono público en Aoyama-dori.

—¿Estás en una línea segura? —preguntó al reconocerme la voz.

—Razonablemente segura. Un teléfono público. Un lugar apartado. —El lugar importaba, porque el gobierno vigila ciertos teléfonos públicos, los cercanos a comisarías y embajadas, por ejemplo, y los de los vestíbulos de los grandes hoteles adonde suelen acudir los perezosos para sus conversaciones «privadas».

—Aún estás en Tokio —dijo—. Llamando desde un teléfono de pago en Minami-Aoyama.

—¿Cómo lo sabes?

—Monté un dispositivo para ver el número y la localización de las llamadas que llegan a mi apartamento. Es lo que el teléfono de emergencias utiliza en Estados Unidos. No se puede bloquear.

«Harry», pensé sonriendo. Pese a sus ropas de empollón y a su incipiente calvicie, pese a ser en el fondo un niño con cuerpo de persona mayor para quien la informática no era más que un videojuego mejorado, Harry podía resultar peligroso. El favor que le había hecho hacía tantos años atrás, cuando le salvé el culo ante un grupo de marines borrachos que buscaban una víctima propiciatoria japonesa, había dado un dividendo impresionante.

Y sin embargo, pese a todos mis esfuerzos, también podía llegar a ser pasmosamente ingenuo. Yo jamás le contaría a nadie lo que me acababa de decir. No se concede una ventaja como ésa.

—La Agencia de Seguridad Nacional no tendría que haberte dejado ir, Harry —le dije—. Eres la peor pesadilla para cualquier fanático de la privacidad.

Se rió, pero con cierta incertidumbre. Harry nunca sabe cuándo le estoy tomando el pelo.

—Ellos se lo perdieron —dijo—. De cualquier manera, tenían demasiadas normas. Es mucho más divertido trabajar para una de las cinco grandes consultoras. Tienen tantos problemas que ni se molestan en supervisar lo que hago.

Algo inteligente de su parte. De cualquier modo, no podrían haberle seguido la pista.

—¿Qué sucede? —pregunté.

—En realidad nada. Quise ponerme en contacto contigo mientras pudiera. Tenía la sensación de que, habiendo acabado tu trabajo aquí, te irías pronto.

—Supongo que tienes razón.

—¿Está... terminado?

Hace tiempo que Harry es consciente de lo que hago, pero comprende que eso no se puede preguntar. Y debía saber lo que significaba cuando me contactó esa tarde, a instancias mías, para decirme con toda precisión dónde y cuándo podría encontrar al *yakuza*.

—Terminado —contesté.

—¿Eso significa que no estarás mucho más por aquí?

Sonreí, absurdamente emocionado por su tono abatido.

—No mucho más. Íba a llamarte antes de irme.

—¿De veras?

—Sí. —Miré el reloj—. ¿Qué haces?

—La verdad es que me estaba levantando.

—Por todos los santos, Harry, son casi las diez de la noche.

—He tenido un horario muy raro últimamente.

—Te creo. Veamos. ¿Por qué no nos encontramos para tomar una copa? Para ti, puede ser el desayuno.

—¿Qué tienes en mente?

—Espera un segundo. —Cogí las Páginas Amarillas de Tokio de debajo del teléfono y hojeé la sección de restaurantes hasta que encontré el sitio que buscaba. Entonces, conté cinco nombres hacia delante según nuestro código, sabiendo que Harry contaría cinco hacia atrás respecto del que yo le dijera. No es que nadie fuera a estar oyendo,— diablos, no podía ni imaginarme quién podría estar escuchando si Harry no lo quería, —pero no era cuestión de arriesgarse. Yo le había enseñado a usar una defensa de varios niveles. Nunca dar nada por sentado.

—¿Qué tal el Tip-Top en Takamatsu-cho? —dije.

—Me parece bien —dijo y supe que entendía—. Un gran sitio.

—Te veo allí —le dije.

Colgué, saqué un pañuelo del bolsillo y limpié el teléfono y el teclado. Los viejos hábitos nunca se pierden.

El sitio que tenía en mente se llamaba These Library Lounge, pronunciado *Teize* por los locales; un pequeño bar con aire de local clandestino ubicado en

el segundo piso de un edificio como tantos de Nishi-Azabu. Aunque ubicado en el centro geográfico y psicológico, al Teize lo invade una soñadora sensación de impavidez, como si el bar fuera una isla perdida en el vasto océano de Tokio. El Teize tiene el tipo de ambiente que rápidamente provoca que la conversación se haga en murmullos y que el cansancio se convierta en languidez. Anula las preocupaciones pasajeras del día, y de repente te encuentras escuchando una conmovedora canción de Johnny Hodges tal como la oíste por primera vez, sin filtraciones ni ideas preconcebidas, ni la sensación de que ya la conoces; o saboreando un sorbo de agua salada con yodo de uno de los maltas Islay y dándote cuenta de que éste es exactamente el sabor que debe de haber buscado el destilador desde que hace treinta años introdujo el líquido ámbar en un tonel de roble; o mirando a un grupo de mujeres elegantemente vestidas que, sentadas en los apartados a media luz del bar, mantienen los rostros radiantes y reflejan, en sus risas y en la cadencia libre de su conversación, su fe en que paraísos como éste existen por derecho propio. Y es entonces cuando recuerdas sin amargura cómo era sentir que quizá tú pudieras formar parte de este mundo.

Tardé menos de diez minutos en recorrer la distancia hasta el bar. Hice una pausa delante de las escaleras exteriores que llevaban al segundo piso, imaginándome, como siempre hago, dónde podría esperar si quería tenderle una emboscada a alguien que saliera. El exterior del Teize ofrece dos posiciones prometedoras; una de las cuales, la entrada del edificio de al lado, me gustaba especialmente porque quedaba detrás de la entrada del bar, de tal modo que no podías ver a nadie que acechara hasta que no te encontrabas al pie de la escalera. A menos, por supuesto, que antes de bajar te tomaras la molestia de salir al balcón del bar para apreciar la tranquila escena de la calle, tal como ahora recordé que debía hacer.

Satisfecho del plan de seguridad, subí las escaleras hasta el segundo piso y entré. Hacía tiempo que no iba por allí, pero a los propietarios no se les había ocurrido cambiar nada, gracias a dios. La iluminación seguía siendo suave, en gran parte de apliques, lámparas de pie y candelabros. Una mesa de madera que había empezado su vida como puerta antes de ser encumbrada a su actual y más elevado propósito. Gruesas alfombras persas y cortinados oscuros y pesados. La barra de mármol blanco, sólida pero no dominante en el centro de la sala principal, brillaba pacíficamente bajo la luz de un juego de focos montados en un riel. Había libros por todas partes: la mayoría eran libros de diseño, arquitectura y arte, pero también había volúmenes insólitos como *Las aventuras de dos muñecas holandesas* o *Tío Santa Claus*.



—¿*Nanmeisana*? —me preguntó el barman. ¿Cuántos? Levanté dos dedos. Él miró por la sala confirmando algo que yo ya había visto: no había mesas libres.

—Está bien —le dije en japonés—. Nos sentaremos en la barra. —Lo cual, aparte de otras ventajas, ofrecía una vista táctica de la entrada.

Harry llegó una hora más tarde, cuando yo ya empezaba mi segundo malta de la noche, un Lagavulin de dieciséis años. Me vio cuando entró y sonrió.

—John-san, *Hisashiburi desu ne* —dijo. Hacía tanto tiempo... Luego cambió al inglés, que en aquel entorno nos permitía una mayor intimidad—. Me alegro de verte.

Me puse de pie y nos estrechamos las manos. Pese a la informalidad de la ocasión, le hice una pequeña reverencia. Siempre me han gustado el respeto que denota la reverencia y la calidez de darse la mano. Y Harry se merecía ambas cosas.

—Siéntate —le dije, señalando el taburete a mi izquierda—. Espero que me perdones por haber empezado antes de que llegaras.

—Si me perdonas por no tomar lo mismo que tú y por pedir algo de comida.

—Como gustes —contesté—. De cualquier manera, el *whisky* es una bebida para adultos.

Sabiendo que era una broma, sonrió, y se pidió una ensalada con tofu y *mozzarella* y un zumo de naranja natural. Harry nunca ha bebido.

—¿Hiciste un buen PDV? —le pregunté mientras esperábamos a que llegara la comida. Un PDV (un plan de detección de vigilancia) es una ruta diseñada para dejar al descubierto al perseguidor o grupo de perseguidores. Yo se lo había enseñado y él había demostrado ser un discípulo aventajado.

—Me lo preguntas cada vez que nos vemos —replicó con cierta exasperación en la voz, como un adolescente que contesta a su padre—. Y cada vez te doy la misma respuesta.

—Por tanto, lo hiciste.

Puso los ojos en blanco.

—Por supuesto.

—¿Y estabas limpio?

—No estaría aquí de no estarlo. Y tú lo sabes.

Le di una palmada en la espalda.

—No puedo evitar preguntarlo. Gracias una vez más por el buen trabajo con el teléfono del *yakuza*. Me llevaste directamente hasta él.

Sonrió encantado.

—Eh, tengo algo para ti —dijo.

—¿Sí?

Hizo un gesto afirmativo y metió una mano en un bolsillo de la chaqueta. Buscó un segundo y luego sacó un objeto metálico del tamaño de una docena de tarjetas de crédito apiladas.

—Mira esto —dijo.

Lo cogí. Era demasiado pesado para su tamaño. Debía de tener un montón de circuitos en el interior.

—Lo que siempre había querido tener —dije—. Un pisapapeles de plata falsa.

Movió una mano como si fuera a cogérmelo.

—Bueno, si no vas a valorarlo...

—No, no, me gusta. Sólo que no sé qué demonios es. —En realidad tenía una idea aproximada, pero preferí no meter la pata. Además, no quise quitarle a Harry el gusto de enseñarme algo.

—Es un micrófono oculto y un detector de vídeos —dijo, pronunciando lentamente las palabras como si pensara que yo no las iba a entender—. Si te pones a tiro de una frecuencia de radio o de un infrarrojo, te lo hace saber.

—Con una voz *sexy* de mujer, espero.

Se rió.

—Si alguien intenta grabarte, puede ser que no quieras que sepa que lo sabes. Por tanto, nada de voz *sexy*. Nada más que una modalidad de vibración. Intermitente para vídeo, continua para audio. Alternando para ambos. Y sólo en series de diez segundos, para no gastar la batería.

—¿Cómo funciona?

Sonrió.

—Tiene un circuito de largo alcance que detecta transmisores que operen en frecuencias de cincuenta megahercios a tres gigahercios. Además, contiene una antena interna que capta el oscilador horizontal de frecuencia radiado por las videocámaras. Lo he optimizado para el sistema PAL, que es lo que más te vas a encontrar, pero puedo cambiarlo a NTSC o SECAM, si quieres. La recepción no es óptima debido al pequeño tamaño; por tanto, no podrás saber dónde está el micrófono, y sólo sabrás que allí hay uno. Y las grandes unidades de televisión de circuito cerrado que a veces se ven en estaciones de trenes o parques normalmente estarán fuera del alcance de tu unidad.

Era una lástima lo de las unidades de circuito cerrado. De tener un modo seguro y portátil de detectarlas, estaría a un paso de recuperar mi privacidad de manos de Tatsu o de quien fuera.

—¿Alguna posibilidad de mejorar la recepción? —pregunté.

Pareció un poco herido y me di cuenta de que debía haberlo elogiado antes de hacer esa pregunta.

—No con algo tan pequeño —dijo—. Necesitarías algo con una antena mucho mayor.

Pues bien. Pese a sus limitaciones, la unidad me sería útil. La cogí con una mano. Por supuesto, conocía modelos comerciales funcionalmente similares, pero no había visto nada tan pequeño. Era un logro impresionante.

—¿Batería recargable? —pregunté.

—Por supuesto. De litio. Como un teléfono móvil. —Metió una mano en el bolsillo y sacó lo que parecía un cargador normal de móvil—. Le hice unas cuantas pruebas, así que tendrás que recargarlo cuando llegues a casa. Y no te olvides de hacerlo cada día. No hay indicador de batería ni nada por el estilo. Lo construí para que fuera veloz, no para que fuera bonito.

Cogí el cargador y lo puse a mi lado en la mesa. Luego lo introduje en la billetera, donde encajaba perfectamente. Lo examinaría cuando llegara a casa, para confirmar que era un detector de micrófonos y no alguna clase de micrófono. No es que desconfiara de Harry; sólo quiero cerciorarme de estas cosas.

Guardé la billetera y moví la cabeza en señal de agradecimiento.

—Buen trabajo —dije—. Gracias.

Sonrió.

—Sé que eres un paranoico profesional; por tanto, pensé que era esto o un suministro de Valium de por vida.

Me reí.

—Ahora, dime, ¿cómo va esa vida de conquistador?

—Oh, ¿sabes? —dijo desviando la mirada—, es tan sólo una forma de vida.

¿Una forma de vida? Por lo que yo sabía, Harry carecía de forma de vida. En mi imaginación, se pasaba el día encerrado en su apartamento, entrando en redes remotas, creando salidas ocultas para explotarlas más adelante y enfrentándose al mundo a través de la seguridad de una pantalla de ordenador.

Noté que se ruborizaba. Dios santo, el chico era tan transparente...

—Harry, ¿me vas a decir que te has echado novia? —le pregunté.

El rubor subió de tono y yo me reí.

—Que me parta un rayo —dije—. Te felicito.

Me miró como para comprobar que no le tomaba el pelo.

—No es exactamente mi novia.

—Bueno, olvídate de la definición. ¿Cómo la conociste?

—En el trabajo.

Levanté mi copa.

—¿Me vas a dar los detalles o quieres que te obligue a tomar dos o tres de éstas para soltarte la lengua?

Puso cara de enorme disgusto.

—Uno de los clientes de la firma, una de las grandes empresas comerciales, quedó contento con el trabajo de seguridad que les había hecho.

—Supongo que no sabrían que dejaste una puerta abierta para ti en el proceso.

Sonrió.

—Nunca se enteran.

—Por tanto, el cliente está contento...

—Y mi jefe me llevó a celebrarlo a un club de alterne.

A la mayoría de los occidentales les resulta difícil comprender el concepto japonés del «club de alterne», donde a las mujeres se les paga sólo por conversar. Occidente acepta la idea de que el sexo puede ser moneda de cambio, pero se resiste a admitir que otras formas de relación humana también puedan ser objeto de compra. Las chicas allí no son prostitutas, aunque como la *geisha* de la que descienden, pueden concertar una relación fuera de horas con el cliente idóneo y después de un honorable cortejo. A su vez, los clientes de esos establecimientos pagan por el simple placer de la compañía de la chica y por su habilidad para suavizar las aristas de las reuniones de negocios, así como por la esperanza de que con el tiempo, algo pase. Si lo único que buscaran fuera sexo, lo podrían comprar por mucho menos en cualquier parte.

—¿Qué club? —le pregunté.

—Un sitio llamado Damask Rose.

—No lo conozco.

—No hacen publicidad.

—Suena de primera categoría.

—Lo es. De hecho, es un sitio bastante refinado. En Nogizaka, en Gaienhigashi-dori. Probablemente no te dejarían entrar.

Me reí. Me encanta cuando Harry se pone irónico.

—De acuerdo, entonces tu jefe te lleva al Damask Rose...

—Sí, y bebe demasiado y le dice a todo el mundo que yo soy un genio de la informática. Una de las chicas, que se acaba de comprar un ordenador, me

hace varias preguntas sobre cómo configurar un sistema *firewall* de protección.

—¿Guapa?

Vuelve a ruborizarse.

—Supongo. Su aparato era un Macintosh, de modo que me gustó de entrada.

Levanté las cejas.

—No sabía que ese tipo de cosas podía ser la base para un amor a primera vista.

—De modo que le contesté una serie de preguntas —dijo ignorando mis palabras—. Al final de la noche, me pidió el número de teléfono para poder llamarme en caso de tener más preguntas.

Solté una risotada.

—Gracias a Dios, no te dio el suyo. Podría haber muerto de vieja esperando tu llamada.

Sonrió sabiendo que probablemente esto era verdad.

—Y entonces, te llamó... —dije.

—Y terminé yendo a su apartamento y configurándole todo el sistema.

—Harry ¿le configuraste «todo el sistema»? —pregunté en son de burla.

Bajó la mirada, pero pude verle la sonrisa.

—Sabes lo que quiero decir.

—¿No irás... a penetrar en su seguridad, verdad? —pregunté, incapaz de resistirme.

—Oh, no le haría nada de esa naturaleza. Es buena gente.

Dios, estaba tan loco por ella que ni siquiera pudo entrever el doble sentido de lo que le decía.

—Hostia, Harry, no sabes cuánto me alegro por ti.

Me miró y vio que se lo decía de verdad.

—Gracias —dijo.

Me llevé la copa hasta la nariz, inspiré manteniéndola un momento, y le dije:

—Por tanto, te ha trastocado los horarios.

—Bueno, el club cierra a las tres de la mañana y ella trabaja cada día. Por tanto, para cuando llega a casa...

—Entiendo —dije, aunque de hecho me era difícil imaginarme a Harry con una relación que no tuviera un cable Ethernet y un ratón. Era un tipo introvertido, socialmente apocado y, que yo supiera, sin contactos fuera de su

trabajo, que mantenía a distancia. Salvo conmigo. Ésas eran las condiciones que siempre le habían hecho útil.

Me lo intenté imaginar con una azafata de altos vuelos y no lo logré. No encajaba.

«No seas tan cerdo —pensé—. Porque tú no puedas tener a alguien en tu vida, no envidies a Harry.»

—¿Cóm se llama?

Sonrió.

—Yukiko. —*Yukiko* significa «niña de nieve».

—Bonito nombre —dije.

Asintió con gesto de atontado.

—A mí me gusta.

—¿Lo sabe todo de ti? —pregunté, tomando un sorbo de Lagavulin. Mi tono era inocente, pero me preocupaba que en el delirio de lo que supuse su primer amor, Harry se sincerara innecesariamente con esta muchacha.

—Bueno, sabe lo de mi trabajo con la consultora, por supuesto, pero no lo de mis... pasatiempos.

Lo de su extrema inclinación a la piratería informática, quiso decir. Un pasatiempo que lo podía hacer acabar en la cárcel si se enteraban las autoridades. O en una tumba, si se enteraba otra gente.

—Resulta difícil mantener en secreto esa clase de cosas —dije echando un globo sonda.

—No sé por qué tendría que quedar al descubierto —dijo mirándome a los ojos.

Apareció una camarera por detrás de un cortinado y colocó el pedido en la barra, delante de Harry. Él le dio las gracias, dando muestras de su profundo aprecio por este nuevo tipo maravilloso de personas, «las mujeres que trabajan en bares y restaurantes.» Sonreí.

En cierta manera, me di cuenta de que si Harry empezaba a vivir una vida normal, me sería menos útil y posiblemente hasta peligroso. Su creciente transparencia en el mundo real le ofrecería a cualquier enemigo una ventana abierta a mi existencia. Sin duda, si alguien relacionaba a Harry conmigo, podía ir a por él. Y pese a todo lo que había intentado enseñarle a lo largo de los años, Harry no tendría los recursos suficientes para defenderse.

—¿Es tu primera novia? —le pregunté con amabilidad.

—Ya te he dicho que no es exactamente mi novia —contestó, escurriéndole el bulto a la pregunta.

—Si requiere tanto tu atención como para tenerte en cama hasta la puesta de sol, me parece lógico usar esa palabra.

Me miró, arrinconado.

—¿Lo es? —volví a preguntar.

Apartó la mirada.

—Supongo que sí.

No tenía intención de avergonzarle.

—Harry; sólo te lo pregunto porque cuando se es joven, a veces se piensa que se puede tener todo. Si sólo te estás divirtiendo, no es necesario que le digas nada. No debes decirle nada. Pero si la relación es más seria, será preciso que te lo pienses muy bien. Tendrás que considerar hasta qué punto quieres comprometerte con ella y lo importantes que son tus aficiones. Porque no puedes vivir con un pie en una realidad y otro en otra. Créeme. No se puede lograr. No a largo plazo.

—No tienes de qué preocuparte —dijo—. No soy estúpido, ¿sabes?

—Todos los enamorados son estúpidos —le dije—. Forma parte de esa condición.

Vi que volvía a ruborizarse por mi uso de esa palabra y por la afirmación que llevaba implícita. Pero no me importó cómo se referiría él a esos nuevos sentimientos. Sé lo que representa vivir encerrado, aislado y, entonces, de forma increíble e imprevista, tener delante a la chica hermosa con la que siempre habías soñado. Eso trastorna tus prioridades. Diablos, te cambia todos los valores.

Sonreí con amargura, pensando en Midori.

Entonces, como si leyera mis pensamientos, me dijo:

—Hay algo que quería decirte, pero quería hacerlo personalmente.

—Parece algo serio.

—Hace unos pocos meses recibí una carta de Midori.

Terminé mi Lagavulin antes de responder. Si la carta había llegado hacía tanto tiempo, no importaba si tardaba un poco en contestar.

—Sabía dónde encontrarte... —empecé a decir, aunque ya sabía la respuesta.

Se encogió de hombros.

—Lo sabía porque nosotros dos la llevamos a mi apartamento para que se ocupase de los aspectos musicales de aquel código cifrado.

Me di cuenta de que incluso ahora Harry se sentía impulsado a quitarle importancia al papel de Midori en la operación, para así dejar claro que era

perfectamente capaz de descifrar por sí mismo aquel código. Era sensible con estas cosas.

—Tienes razón —dije.

—No conocía mi apellido. El sobre sólo estaba dirigido a Haruyoshi. Gracias a dios, pues de otro modo tendría que haberme mudado y eso habría sido un serio quebradero de cabeza.

Harry, como todos los que valoran la privacidad, toma medidas extremas para asegurarse de que no hay ninguna conexión —en cuentas, suscripciones a televisión por cable o documentos de alquiler del piso— entre su nombre y el sitio donde vive. Este tipo de ausencia de asociaciones requiere un esfuerzo que lleva consigo el establecimiento de fideicomisos revocables, LLC y otras entidades legales pantalla, y todo puede quedar al descubierto en un segundo si tu tía te visita en casa, anota tu dirección y decide enviarte, digamos, flores para darte las gracias. El florista pone tu nombre y dirección en su base de datos, que luego vende a organizaciones de mercadotecnia, que a su vez la venden a los demás, y ahora tu verdadera residencia está disponible para cualquiera que tenga conocimientos rudimentarios de piratería informática o de ingeniería social. Entonces, la única forma de retener tu privacidad es mudándote y repitiendo todas las medidas de seguridad.

Si lo que se te envía es una carta normal, la única persona que podría hacer la conexión es, por supuesto, el cartero. Depende de él decidir si vale la pena correr el riesgo. Yo opino que no. Probablemente tampoco en el caso de Harry. Pero si sólo se había mencionado su primer nombre en el sobre, él estaría a salvo.

—¿De dónde venía la carta?

—De Nueva York. Supongo que vive allí.

Nueva York. Adonde Tatsu la envió después de decirle que yo estaba muerto, para protegerla de la sospecha de que ella aún tuviera en su poder el disco que su padre le había robado a Yamaoto; un disco que contenía suficientes pruebas de la vasta red de corrupción japonesa como para derribar al gobierno. Supongo que para ella el cambio tuvo sentido. Su carrera empezaba a despegar en Estados Unidos. Yo lo sabía porque le seguía los pasos.

Metió una mano en el bolsillo del pantalón y sacó una hoja plegada de papel.

—Aquí la tienes —dijo pasándomela.

La cogí e hice una pausa antes de abrirla, sin importarme lo que él pudiera pensar. Cuando la miré, vi que estaba escrita con una ortografía japonesa



segura de sí misma y elegante; un eco quizá de las lecciones de caligrafía de la infancia y un reflejo de la personalidad que se escondía detrás de la pluma.

*Haruyoshi-san,*

*Aún hace frío en Nueva York, y cuento los días para la llegada de la primavera. Me imagino que muy pronto los cerezos florecerán en Tokio y estoy segura de que serán hermosos.*

*Confío en que tú también te habrás enterado de la muerte de nuestro amigo Fujiwara-san. Me ha llegado noticia de que el cuerpo de Fujiwara-san fue devuelto a Estados Unidos para su entierro. He querido visitar la tumba para poner una ofrenda a su espíritu, pero lamentablemente no he podido averiguar dónde lo han enterrado. Si tienes alguna información que me pueda ayudar al respecto, agradecería tu ayuda. Puedes localizarme en la dirección del encabezamiento de la carta.*

*Humildemente ruego por tu salud y bienestar. Gracias por tu cooperación.*

*Siempre tuya,*

*Kawamura Midori*

Volví a leerla lentamente; luego, una tercera vez. Entonces la doblé y se la devolví a Harry.

—No, no —dijo con las manos alzadas y las palmas hacia delante—. Guárdala tú.

No quería que supiera que quería guardarla, pero asentí con la cabeza y la guardé en el bolsillo interior de la chaqueta.

Le hice una seña al barman indicándole que era hora de otro Lagavulin.

—¿Le contestaste?

—Lo hice. Le contesté y le dije que sabía exactamente lo mismo que ella.

—¿Supiste algo más de ella?

—Tan sólo una nota de agradecimiento. Me pidió que le hiciera saber si me enteraba de algo, y me dijo que ella haría lo mismo.

—¿Eso es todo?

—Sí.

Me pregunté si ella se había creído esa historia. Si no hubiera agradecido a Harry su respuesta, yo habría sabido que no se la había creído, porque tenía

clase y no era normal en ella no responder. Pero las gracias podían haber sido algo automático que enviaba pese a todos sus recelos. Podía haber sido un ejercicio de doblez a fin de convencer a Harry de que se daba por satisfecha, aunque no fuera el caso.

«Esto es una pura mierda —me decía una parte de mí mismo—. Ella no es así.»

Esbocé una sonrisa amarga. «No es como tú, quieres decir.»

Midori carecía de doblez. Saberlo me dolió un poco. El entorno en que he vivido tanto tiempo ha hecho que siempre espere lo peor. Como mínimo, de tanto en tanto recuerdo cómo resistirme a ese impulso.

No importaba. Había muchas anormalidades en torno al poseedor del disco y a mi desaparición, y ella era demasiado inteligente como para ignorarlas. Me había pasado una buena parte del año pasado pensando en ello, y sabía cómo lo vería ella.

Después de lo sucedido entre nosotros, las dudas habrían empezado en seguida. Pero no había habido nada que las aclarara. «Después de todo —pensaría ella—, los contenidos del disco nunca se publicaron». Eso fue obra de Tatsu, no mía, pero para ella no había forma de saberlo. Lo único que sabía es que los últimos deseos de su padre nunca se cumplieron y que en última instancia su muerte había sido inútil. Se habría preguntado cómo supe encontrar el disco en Shibuya; habría repasado mis anteriores explicaciones y las habría encontrado insuficientes. Y eso la habría llevado a pensar en el momento de mi aparición, justo después de la muerte de su padre.

Y ella sabía que yo formaba parte de algo subterráneo, algo que nunca supo exactamente de qué se trataba. ¿La CIA? ¿Una de las facciones políticas japonesas? Fuera lo que fuera, debía ser una organización con los recursos necesarios para poder simular una muerte de forma bastante convincente.

Sí, con tantos hilos sueltos y sin que yo pudiera decirle que lo pasado entre nosotros había sido verdadero, sabía que con el tiempo ella llegaría a la conclusión de que la habían utilizado. De estar en su lugar, eso es lo que yo pensaría. «Tal vez el sexo sólo fue una diversión para él —pensaría ella—. ¿Y por qué no? Puedo divertirme un poco mientras la uso para conseguir el disco. Luego desapareceré tras haberla persuadido a que cooperara.» Ella no se creería todo esto, pero no podría quitarse la sospecha de encima. Seguro que no quería creer que yo podía haber estado implicado en la muerte de su padre, pero tampoco podría borrarse del todo la duda.

—¿Lo hice bien? —preguntó Harry.

Me encogí de hombros.

—No podrías haberlo hecho mejor. Pero ella todavía no se lo cree.

—¿Piensas que lo dejará estar?

Ésa era una pregunta imposible para mí. No había podido contestarla.

—No lo sé —le dije.

Y había algo más que no sabía, algo que no compartiría con Harry. Yo no sabía si quería que ella se olvidase de todo y pasara página.

¿Qué le acababa de decir a él? «No puedes vivir con un pie en una realidad, y el otro en otra.» Ahora era yo quien debía aceptar y seguir mi propio consejo.

## Capítulo 4

**M**e despedí de Harry hacia la una de la madrugada. El metro ya había cerrado y él cogió un taxi. Me dijo que se iba a casa, a esperar a Yukiko.

Traté de imaginarme a la joven y hermosa camarera que ganaba en yenes el equivalente a mil dólares por noche en uno de los locales más exclusivos de Tokio, que vivía rodeada de ricos empresarios y políticos en busca de una aventura, y que ahora volvería a casa de Harry después del trabajo. Simplemente no me entraba en la sesera.

«No seas cínico», pensé.

Pero en el fondo no me lo podía creer, y había aprendido a confiar en ese tipo de sensaciones.

«Todavía es temprano. Echemos una mirada. Está casi de camino al hotel.»

Si Harry había cambiado de idea y en vez de irse a casa iba al Damask Rose, sabría que lo estaba vigilando. Puede que no se sorprendiera, pero no le gustaría.

Sin embargo, las probabilidades de que Harry pasara por allí camino de su casa eran escasas, teniendo en cuenta que Yukiko iba a acudir a ésta en un par de horas. Valía la pena correr el riesgo.

Y Nogizaka estaba a pocos kilómetros. Qué demonios.

Intenté buscar la dirección en un listín telefónico de una cabina, pero no figuraba Damask Rose. Bueno, Harry había dicho que no hacían publicidad.

Aún así, podía ir a echar un vistazo.

Recorrí la corta distancia que había hasta Nogizaka y luego di vueltas por Gaienhigashi-dori, hasta que encontré el club. Me llevó un buen rato, pero finalmente lo vi. No había letrero; sólo una pequeña rosa roja en un toldo negro.

La entrada estaba flanqueada por dos negros, ambos del tamaño suficiente como para sentirse en casa en una pista de sumo. Sus trajes tenían un buen corte y debían de estar hechos a medida. Nigerianos, supuse, cuyo tamaño, capacidad empresarial y relativa facilidad con los idiomas les han llevado a convertirse en porteros de muchos de estos sitios de diversión de la zona. El *mizu shobai*, o «comercio líquido» del entretenimiento y el placer, es una de

las pocas áreas en las que Japón puede ufanarse legítimamente de un cierto grado de internacionalización.

Me hicieron una pequeña reverencia y abrieron las puertas dobles de vidrio del club, ambos diciendo al unísono *irasshaimase* con voz de barítono. Bienvenido. Uno de los dos murmuró algo en un micrófono discretamente oculto en su solapa.

Bajé un pequeño tramo de escaleras. Un japonés de cara rubicunda y aspecto próspero a quien le calculé unos cuarenta años me recibió en un pequeño vestíbulo. En la sala de más allá, sonaba una uniforme música tecno de J-Pop.

—*Nanmeisama desho ka?* —preguntó el rubicundo. ¿Cuántos?

—Sólo uno —dije en inglés, levantando un dedo.

—*Kashikomarimashita*—. Por supuesto. Me hizo un gesto para que le siguiera.

La sala era rectangular, con sendos escenarios en ambas puntas. Los escenarios eran simples y sólo estaban decorados con paredes de espejos en la parte de detrás e idénticos postes de bronce en el medio. En un escenario, bailaba una rubia alta y de pelo largo con tacones altos, un tanga y nada más. Bailaba con cierta desgana, pensé, pero de cualquier modo atraía la atención de la mayoría de los clientes. Rusa, supuse. Huesos largos y pechos grandes. Una exquisitez en Japón.

Harry no había mencionado el espectáculo. Probablemente le daba vergüenza. Se agudizó mi sensación de que algo no encajaba.

En el otro escenario, vi a una chica con algo de japonesa y algo de mediterránea o latina. Una buena mezcla. Tenía ese pelo negro sedoso, casi centelleante, que a tantas japonesas contemporáneas les gusta arruinar con tintura *chapatsu*, dejándose lo corto y peinándose a un lado. La forma de sus ojos también era japonesa y más bien pequeña, pero su piel, un suave dorado similar al caramelo derretido, parecía algo distinto, tal vez africano o mulato. Sus pechos y caderas eran también generosos y, ligeramente desproporcionados para su tamaño japonés, parecían sugerir un origen extranjero. Empleaba el poste con habilidad, cogiéndolo en lo alto y poniendo el cuerpo rígido y paralelo al suelo, luego bajando en espiral al compás de la música. Había vitalidad en sus movimientos, y no parecía importarle que la mayoría de los clientes se fijasen en la rubia.

El rubicundo me dio una silla en una mesa libre que había en medio de la sala. Tras una mirada rutinaria para asegurarme de que tenía una visión

directa a la entrada, me senté. Tampoco me disgustó tener una buena vista del escenario donde bailaba la chica morena.

—Qué buena está —dije en inglés, mirándola.

—Sí, es hermosa —replicó él, también en inglés—. ¿Le gustaría conocerla?

La observé una vez más antes de responder. No quería acabar liándome con una de las japonesas del lugar. Tenía más posibilidades de comunicarme y, por ende, de sonsacar información a una extranjera mientras asumía el papel de extranjero.

Moví la cabeza en señal afirmativa.

—Se lo haré saber. —Me pasó la lista de las bebidas, hizo una reverencia y se alejó de la mesa.

La lista estaba en una sola página de un papel grueso color crema con dos columnas de elegante caligrafía japonesa; la firma del club con una rosa roja se veía discretamente al final. Quedé gratamente sorprendido de ver que incluía una imaginativa selección de maltas. Un Springbank de veinticinco años, que yo andaba buscando. Y un Talisker de la misma añada. Quizá tendría que quedarme un buen rato.

Apareció una camarera y le pedí un Springbank. Diez mil yenes la medida. Pero la vida es corta.

Había una docena de chicas en la sala. La mitad eran japonesas; las otras, vagamente europeas. Todas eran atractivas y estaban elegantemente vestidas. La mayoría departía con clientes, pero unas pocas estaban libres. Ninguna se acercó a mi mesa. El rubicundo debía de haberles dado el mensaje de que yo había pedido a alguien. Una eficiente maniobra.

En la mesa de al lado, había un japonés rodeado por tres chicas que le hacían mimos. Tenía un aspecto superficialmente juvenil, con unos radiantes dientes blancos y unos cabellos peinados hacia atrás que resaltaban el rostro bronceado y sin arrugas. Sin embargo, lo miré con mayor atención y vi que la apariencia engañaba. El pelo era teñido; el bronceado, una cortesía de una lámpara solar; la cara, producto del Botox y de la cirugía; los dientes, fundas de esmalte. Los productos químicos y el bisturí, incluso la compañía de jóvenes atractivas con mercenarias sonrisas de adoración, todo ello era una intentona de levantar un frágil muro de negación ante las indignidades inevitables de la edad y la muerte.

El ritmo tecno fue desapareciendo y la chica morena giró lentamente hasta el suelo, con las piernas en tijera alrededor del poste, la espalda arqueada y la

cabeza erguida ante la sala. La rubia también terminaba, pero de un modo menos espectacular. El público las aplaudió.

La camarera me sirvió un Springbank color ámbar en una copa de cristal. Me llevé la copa a la nariz, cerré los ojos un instante y aspiré el aroma de cerezos y de mar mientras le daba un sorbo. Sal y agua de mar, sí, pero en algún sitio también una pizca de fruta. El sabor era seco y de efecto prolongado. Nada mal para un joven de veinticinco años.

Tomé otro sorbo y miré en derredor. No vi ningún peligro. «Puede que el sitio sea legal», pensé. Sin duda debía de estar vinculado de algún modo al crimen organizado, pero eso era normal para el *Mizu shobai*, no sólo en Japón, sino en el mundo entero. Quizá Harry sólo había tenido buena suerte.

«Quizá.»

Pocos minutos después, la morena salió de detrás del escenario. Bajó unos pocos escalones y se encaminó a mi mesa.

Se había puesto un vestido negro de noche sin tirantes. Llevaba un angosto brazalete de diamantes en la muñeca izquierda. «Regalo de un admirador», pensé. Deseé que tuviera muchos.

—¿Me permite? —dijo. Su japonés tenía un ligero acento, tal vez español o portugués.

—Por favor —respondí en inglés, poniéndome de pie y apartando una silla—. ¿Está bien si hablamos en inglés?

—Por supuesto —dijo—. Pensaba... ¿es usted norteamericano?

Asentí con la cabeza.

—Mis padres son japoneses, pero crecí en Estados Unidos. Me siento más cómodo con el inglés.

Empujé la silla para que se sentara. El vestido negro se ataba con un lazo a la espalda. Una piel suave brillaba al descubierto.

Me senté a su lado.

—Me gustó verte bailar —dijo.

Sabía que lo habría oído mil veces, y su sonrisa lo confirmó. La sonrisa decía: «Seguro que disfrutaste».

Eso estaba bien. Quería que ella se sintiera segura y bajara la guardia. Tomaríamos unos pocos tragos y nos conoceríamos un poco antes de que me lanzara a por lo que realmente me interesaba.

—¿Qué te trae a Tokio? —preguntó ella.

—Negocios. Soy contable. Vengo a Japón una vez al año para reunirme con los clientes locales. —Era una buena cobertura. Nadie hace preguntas

cuando dices que eres un contable. Temen que les vayas a contestar—. Dicho sea de paso, me llamo John —añadí.

Y ella, estirando una mano, dijo:

—Naomi.

Sus dedos eran pequeños, pero me estrechó la mano con firmeza. Traté de adivinar su edad. Veintitantos, tal vez treinta. Parecía joven, pero el vestido y los modales eran refinados.

—¿Quieres tomar algo, Naomi?

—¿Qué estás tomando?

—Algo especial, si te gustan los maltas.

—Me encantan los maltas, en especial los *whiskys* Islay. Dicen que la edad quita el fuego pero deja la calidez. Me gusta eso.

«Eres buena», pensé mientras la miraba. Su boca era hermosa: labios llenos, encías rosadas que casi brillaban, dientes blancos. Tenía los ojos verdes. Apenas perceptible en medio de la piel color caramelo, una pequeña red de pecas flanqueaba la nariz.

—Lo que bebo no es de Islay —dije—, pero tiene algún carácter insular. Humo y turba. Un Springbank.

Levantó las cejas.

—¿El de veinticinco años?

—Veo que conoces la carta —dije asintiendo—. ¿Querrías uno?

—¿Después de una noche de Suntory aguados? Me encantaría.

Seguro que le encantaría. Su paga incluía un porcentaje de la cuenta del cliente. Unos pocos tragos de diez mil yenes y haría la noche.

Pedí otro Springbank. Me hizo varias preguntas: ¿cómo sabía tanto de *whiskys* y maltas?; ¿cuántas veces había estado en Tokio? Se sentía cómoda en su papel, y dejé que continuara.

Cuando acabamos las copas, le pregunté si quería otra.

Sonrió.

—Estás pensando en un Talisker.

—Me lees el pensamiento.

—Sólo conozco la carta. Y tengo buen gusto. Me encantaría tomar otra.

Pedí dos Talisker. Eran excelentes: plenos y picantes, con un sabor que duraba para siempre. Bebimos y charlamos un poco más.

Cuando casi habíamos terminado la segunda ronda, empecé a cambiar el rumbo de la conversación.

—¿De dónde eres? —le pregunté—. No eres japonesa. —Dije esto último con tono de duda, como si fuera inexperto en esa materia y por tanto me



sintiera inseguro.

—Mi madre era japonesa. Soy de Brasil.

«Que me parta un rayo», pensé. Planeaba un viaje a Brasil. Un largo viaje.

—¿Dónde de Brasil?

—De Bahía.

Bahía es uno de los estados de la costa.

—¿De Salvador? —pregunté para determinar la ciudad.

—¡Sí! —exclamó con la primera sonrisa sincera de la noche—. ¿Cómo conoces tan bien Brasil?

—He estado unas pocas veces. Mi firma tiene clientes en todo el mundo. *Um pae brasileiro e uma mae japonesa é uma combinação bonita* —dije en portugués—. Estudiaba con casetes. Un padre brasileño y una madre japonesa es una hermosa combinación.

Se le iluminaron los ojos y abrió la boca con una O perfecta.

—¡*Obrigado!* —exclamó. ¡Gracias! Y luego—: *Você fala português?* — ¿Habla usted portugués?

Fue como si, de repente, la persona real hubiera decidido volver a habitar el cuerpo de la azafata. Volvieron a la vida sus ojos, la expresión y la postura, y volví a sentir la energía que había animado su baile.

—Sólo un poquitín —dije volviendo al inglés—. Tengo facilidad con los idiomas y trato de aprender lo que puedo cuando viajo.

Movió la cabeza lentamente y me miró como si fuera la primera vez que me veía. Tomó un sorbo, acabando la copa.

—¿Uno más? —pregunté.

—¡*Sim!* —contestó de inmediato en portugués. ¡Sí!

Pedí dos Talisker más y luego me dirigí a ella.

—Háblame de Brasil —le dije.

—¿Qué quieres saber?

—Sobre tu familia.

Se echó hacia atrás y cruzó las piernas.

—Mi padre es un brasileño de sangre azul, de una de las viejas familias. Mi madre es japonesa de segunda generación.

Brasil es un crisol de razas y culturas cuya población incluye a unos dos millones de japoneses; éstos son el resultado de una inmigración que empezó en 1908, cuando Brasil necesitaba trabajadores y el Japón imperial trataba de establecer a su gente en diferentes partes del mundo.

—Entonces, ¿aprendiste japonés gracias a ella?

Asintió.

—El japonés, gracias a mi madre. El portugués, gracias a mi padre. Mi madre murió cuando yo era una niña, y mi padre contrató a una niñera inglesa para que también pudiera aprender inglés.

—¿Cuánto hace que estás en Japón?

—Tres años.

—¿Todo ese tiempo en este club?

Negó con la cabeza.

—Sólo llevo un año en el club. Antes enseñaba inglés y portugués en Tokio por medio del programa JET.

JET, o intercambio y enseñanza de Japón, es un programa patrocinado por el gobierno que trae al país a extranjeros básicamente para que enseñen sus idiomas. Dada la poca facilidad de los japoneses con el inglés, el programa debía de necesitar buenos preceptores.

—¿Aprendiste a bailar mientras dabas clases de inglés? —le pregunté.

Lanzó una carcajada.

—Aprendí a bailar bailando. Cuando llegué aquí hace un año, sentía tal vergüenza que apenas podía moverme en el escenario.

Sonreí.

—Resulta difícil imaginárselo.

—Pero es verdad. Crecí en una casa muy formal. Jamás se me ocurrió que de adulta haría algo por el estilo.

Vino la camarera y sirvió dos copas de cristal, cada una con una medida de Talisker, y dos vasos de agua. Naomi echó un poco de agua en el *whisky*, lo revolvió de inmediato y levantó la copa hasta su nariz. De haber estado todavía en su papel de azafata, habría esperado a que el cliente empezara. Estábamos progresando.

—Mmmm —murmuró.

Chocamos las copas y bebimos.

Cerró los ojos.

—Oh —exclamó—, es tan bueno...

Sonreí.

—¿Cómo acabaste viniendo al famoso Damask Rose?

Se encogió de hombros.

—Durante mis dos primeros años en Japón, mi salario fue de unos tres millones de yenes. Hacía de tutora por las tardes para ganar algún extra. Uno de mis estudiantes me dijo que unos conocidos suyos abrían un club donde podía hacer mucho más dinero. Hice mis averiguaciones y aquí estoy.

Tres millones de yenes anuales, unos veinticinco mil dólares.

—Esto ciertamente representa un paso adelante —dije mirando en derredor.

—Es un buen sitio. Hacemos el grueso del dinero con el *lap dance*. Nada más que baile; nada de toqueteos. Si quieres, puedo bailar para ti. Sin presión.

Por tanto, el *lap dance*, o baile sexualmente provocativo, era su gallina de los huevos de oro. Que conmigo ella lo tratara como posibilidad era otra buena señal.

La miré. Era realmente hermosa, pero yo estaba allí para otra cosa.

—Quizá más tarde —dije—. Me gusta charlar contigo.

Sonrió, tal vez halagada. Dados sus atractivos, mi negativa debió de haber sido refrescante. Bien.

Yo también le sonreí.

—Háblame más de tu familia.

Tomó otro sorbo del Talisker.

—Tengo dos hermanos mayores. Ambos están casados y trabajan en el negocio de la familia.

—¿Cuál es?

—La agricultura. La tradición familiar es que los varones sigan en el negocio.

Esa referencia a la agricultura me pareció deliberadamente vaga. Por lo que sabía de Brasil, podía significar café, tabaco, azúcar o alguna combinación. También podía querer decir negocio inmobiliario. Supuse que su familia era rica, aunque ella prefería ser discreta al respecto.

—¿Y qué hacen las mujeres?

Se rió.

—Las mujeres estudian algo ligero en la universidad para tener una educación correcta y poder ser buenas anfitrionas en las fiestas y casarse dentro de una familia idónea.

—Supongo que tú decidiste hacer algo diferente.

—Hice lo de la universidad; estudié historia del arte. Pero mi padre y mis hermanos esperaban que me casara y yo no me vi preparada para ello.

—¿Por qué Japón, entonces?

Bajó la mirada y frunció la boca.

—Es una tontería, pero cada vez que oigo japonés, me recuerda a mi madre. Empezaba a perder el japonés que ella me había enseñado, y eso era como perder una parte de ella.

Por un instante, vi una imagen de mi propia madre. Había muerto en casa cuándo yo estaba en Vietnam.

—No es ninguna tontería —dije.

Guardamos silencio. «Ahora», pensé.

—¿Te gusta trabajar aquí? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—Está bien. El horario es demencial, pero pagan bien.

—¿La dirección te trata bien?

Volvió a encogerse de hombros.

—Está bien. Nadie intenta obligarme a hacer lo que no quiero.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes. Cuando haces *lap dance*, algunos clientes pueden querer algo más. Si los clientes están contentos, vuelven y gastan dinero de verdad. Por tanto, en lugares como éste, a veces los jefes pueden presionar a las chicas para que satisfagan a los clientes. Y para que hagan otras cosas.

Mi expresión fue de apropiada preocupación.

—¿Otras cosas?

Movió una mano.

—Nada —dijo.

«Cambia de registro.»

—¿Y las otras chicas? —pregunté mirando en derredor—. ¿De dónde son?

—Oh, de todo el mundo. —Señaló a una belleza alta de pelo castaño rojizo, que llevaba un vestido de lentejuelas rojas y entretenía al Chico Botox—. Ésa es Elsa. De Suecia. Y ésa, la que está a su lado, es Julie, de Canadá. La chica que bailaba en la otra punta del escenario era Valentina, una rusa.

—¿Y las japonesas?

—Están Mariko y Taeka —dijo señalando a un par de mujeres pequeñas que, sentadas en una mesa del rincón, acababan de decir o de hacer algo gracioso a sus ebrios clientes de aspecto norteamericano, que estallaron en risotadas. Giró la cabeza a un lado, luego al otro, y volvió a encararme—. No veo a Emi ni a Yukiko. Se deben de estar preparando para bailar.

—Parece una buena mezcla —dije—. ¿Y te llevas bien con ellas?

Se encogió de hombros.

—Es como en todas partes. Eres amiga de algunas de tus compañeras. Las otras no te vuelven loca.

Sonreí como si me estuviera preparando para disfrutar de un poco de cotilleo.

—¿Cuáles te caen bien y cuáles no?

—Oh, me llevo bastante bien con todas. —Fue una respuesta segura a una pregunta ligeramente diferente. Admiré su aplomo.

La música bajó de volumen y fue reemplazada por otra ronda de tecno J-Pop. Dos japonesas en *topless* y con tacones altos aparecieron a la vez sobre los escenarios de baile.

—Oh, ésa es Emi —dijo Naomi, señalando a la chica menuda y de atractivas curvas que se encontraba en el escenario del fondo. Luego movió la cabeza en dirección al escenario más próximo—. Y ésa es Yukiko.

«Yukiko. Por fin nos conocemos.»

La observé; era una muchacha alta con pelo largo y tan negro que bajo la iluminación del escenario centelleaba como si fuera luz líquida de la luna. Caía en cascadas sobre el suave contorno de los hombros, pasaba las sombras aluviales de la cintura y rodeaba la alta curva de las nalgas. Era alta y de huesos finos, y tenía una delicada piel blanca, pómulos altos y pequeños pechos erectos. Ponle el pelo hacia arriba, añádele un buen vestido y tendrás a la cortesana con más clase del mundo.

«¿Esta chica, con Harry? —pensé—. No es posible.»

—Es hermosa —dije, pensando que su aspecto espectacular merecía algún comentario.

—Mucha gente lo dice —replicó Naomi.

Hubo algo tenso en sus palabras deliberadamente evasivas.

—¿No lo crees? —pregunté.

Se encogió de hombros.

—No es mi tipo.

—Me da la impresión de que no te cae simpática.

—Digamos que se siente cómoda haciendo cosas que a mí no me gustan.

«¿Con Harry?»

—Te mentaría si no te dijera que siento curiosidad.

Sacudió la cabeza, y entonces supe que, incluso después de tres *whiskys*, me encontraba ante otro muro.

Niña de Nieve, ciertamente. Había algo frío, incluso calculador, en la belleza de la muchacha. Algo no funcionaba, aunque ¿cómo se lo podía decir a Harry? Me imaginé la conversación: «Harry, fui al Damask Rose a vigilar tu vida. Confía en mí, amigo mío, pero esta chica no te conviene. Además, me dio una mala sensación. Apártate de ella».

Sabía lo que él pensaba ahora. Ella le debe de parecer lo mejor que le ha sucedido en la vida; quienquiera que le cuestionara esa agradable sensación

sería rechazado o ignorado. Una información negativa proveniente de un amigo sería algo inútil. O algo peor.

Naomi no me iba a dar más información. Haría algunas otras averiguaciones cuando regresara a Osaka. Harry era un amigo y yo se lo debía. Pero averiguar quién era realmente esta chica no era el verdadero problema. Yo sabía que lo sería hacerle saber a Harry la verdad.

—¿Quieres verla? —me preguntó Naomi.

Moví la cabeza.

—Lo siento, pensaba en otra cosa.

Seguimos hablando de Brasil. Habló de la variedad étnica y cultural del país: una mezcla de europeos, indios, japoneses y africanos occidentales; del ambiente exuberante, la música y los deportes; de sus extremos de riqueza y pobreza; y sobre todo de su belleza, que incluye miles de kilómetros de costa, las vastas pampas al sur y la cuenca verde y virgen del Amazonas. Yo ya conocía todo esto, pero me agradó escucharla y mirarla mientras hablaba.

Pensé en lo que había dicho de Yukiko: «Digamos que se siente cómoda haciendo cosas que a mí no me gustan».

Pero eso sólo significaba que Yukiko tenía más experiencia. La inocencia siempre es algo frágil.

Podría haberle pedido el número de teléfono. Podría haberle dicho que alargaba mi estadía, o algo por el estilo. Ella era demasiado joven, pero me gustaba cómo me hacía sentir. Provocaba una confusa mezcla de emociones: la afinidad basada en experiencias compartidas de mezcla de sangres y de aflicciones infantiles; una necesidad paternalista de protegerla de los errores que cometería en la vida; un triste deseo sexual que era como una elegía a Midori.

Se hacía tarde.

—¿Me perdonas si me privo de la *lap dance*? —le pregunté.

Sonrió.

—Está bien.

Nos pusimos de pie.

—Espera —dijo. Sacó un bolígrafo—. Dame una mano.

Extendí la mano izquierda. La cogió y empezó a escribir en la palma. Tenía los dedos calientes.

—Es mi dirección de correo electrónico —dijo cuando terminó—. No es algo que dé a los clientes; por tanto, no se la des a nadie, por favor. La próxima vez que vayas a Salvador, házmelo saber. Te diré cuáles son los

mejores sitios para ir —dijo—. Y tampoco me importaría volver a saber de ti cuando vuelvas por Tokio.

Le sonreí a sus ojos verdes. La sonrisa me pareció extrañamente triste. Quizá ella no lo notó.

Pagué la cuenta a la salida; como siempre, en efectivo. Cogí una tarjeta, y luego subí la escalera sin mirar atrás.

El aire del alba de Nogizaka era frío y ligeramente húmedo. La luz de las farolas se depositaba en débiles charcos amarillos. Por culpa del rocío urbano, el pavimento estaba resbaladizo. Tokio dormía a mi alrededor sin sueños y con indiferencia.

«Adiós a todo esto», pensé, y empecé a caminar rumbo al hotel.

## Capítulo 5

**M**e fui directamente a la cama, pero no pude dormir. Seguía pensando en Harry; en Harry con Yukiko. Sabía que algo no encajaba. ¿Qué podía querer de un tipo como Harry esa mujer, o quien fuera que le pagara?

Supuse que se debía de haber ganado un enemigo con alguna de sus hazañas de *hacker*. Incluso de ser así, sería difícil seguirle la pista al problema. ¿Y qué sentido tenía el montaje que le habían organizado con esa chica?

Harry me había dicho que su jefe le había llevado al Damask Rose para «celebrar» algo el día que conoció a Yukiko. Si lo de la chica era un montaje, el jefe de Harry tenía que haber participado. Medité sobre ello.

Pensé en ver a ese tipo. Podía averiguar su nombre, dónde vivía, y cortarle el paso en su camino al trabajo.

Una idea tentadora, pero incluso si le sacaba la información que quería, el incidente podía causarle graves problemas a Harry. No era posible.

De acuerdo, prueba otra vía. Tal vez alguien estaba interesado en Harry sólo como medio para llegar hasta mi persona.

«Pero nadie sabe de Harry —pensé—. Ni siquiera Tatsu.» Estaba Midori, por supuesto. Ella sabía dónde vivía. Le había enviado la carta.

«No, no acabo de verlo.»

Me levanté de la cama y caminé por la habitación. Midori tenía contactos en el mundo del espectáculo. ¿Los usaría y pondría a alguien cerca de Harry como medio para dar conmigo?

Recordé la última noche que estuve con ella en el hotel Imperial: cómo habíamos estado uno al lado del otro, abrazados y con los dedos entrelazados; cómo olía su pelo; cómo me gustaba. Me quité el recuerdo de encima.

Me di cuenta de que por el momento no tenía manera de averiguar quién estaba detrás del improbable amorío de Harry. Por tanto, aparté a Midori y me concentré en el motivo, no en la persona.

Lo que me convierte en un objetivo escurridizo es que mi vida carece de puntos estables: no hay lugar de trabajo, no hay dirección ni ningún contacto conocido que alguien pueda usar para llegar hasta mi persona. Si alguien



había establecido una conexión entre Harry y yo, obtendría ese punto estable. Era de esperar que lo explotara.

Eso significaba que había gente que vigilaba a Harry. No sólo a través de Yukiko. Tenían que seguirlo lo más posible.

Pero él estaba limpio cuando lo vi en el Teize. Eso me dijo, y yo me había asegurado de que así era.

Decidí hacer un experimento. Era un poco arriesgado, pero no tanto como hablar con Harry de su situación, dado su estado emocional. Necesitaría otra noche en Tokio para hacerlo bien. Ningún problema. Mientras acechaba al levantador de pesas, había estado en hoteles apropiadamente anónimos, una semana en cada uno para no atraer la atención con estancias más prolongadas, y en el New Otani aún me quedaba una reserva de tres días.

Miré el reloj digital en la mesita de noche. Eran las cuatro de la mañana. Dios santo, estaba siguiendo el mismo horario de mi amigo enamorado.

Lo llamaría por la tarde, cuando ambos estuviéramos despiertos. Y lo que era más importante, cuando Yukiko estuviera en el Damask Rose, y Harry, presumiblemente, estuviera a solas. Entonces, según el resultado de mi experimento, decidiría lo que tendría que decirle.

Volví a la cama. Lo último que pensé antes de dormirme fue en Midori y en cómo había dicho en su carta que deseaba hacer una ofrenda a mi espíritu.

Al día siguiente, me desperté fresco como una lechuga.

Más tarde, llamaría a Harry y concertaría con él una reunión para la noche. Pero antes quería idear un PDV, un plan de detección de vigilancia. Le diría que lo siguiera antes de encontrarse conmigo.

Hacer el plan de ruta me llevó casi toda la tarde. Cada elemento debía ser el idóneo, de lo contrario, la ruta resultaría un fracaso. Tenía que pasar por distintas zonas que conociera Harry, ya que no tendría oportunidad de practicarla. Asimismo, en cada circunstancia, el tiempo sería crucial; tuve que caminar toda la ruta de Harry y la mía para asegurarme de que nuestros caminos sólo se cruzarían según lo planeado. Tomé notas mientras andaba, usando un papel para máquina de escribir que había comprado en una tienda.

Cuando terminé, me detuve en una cafetería y creé un mapa con anotaciones en un trozo de papel. Luego me encaminé a Shin-Okubo, que estaba situado al norte de Shinjuku y constituía el bastión de la mafia coreana; allí, entre los consultorios de médicos ilegales y las tiendas anónimas

escondidas en derruidos edificios de apartamentos, pude comprar un teléfono móvil, pagando en efectivo y sin mostrar identificación alguna.

El siguiente destino fue el barrio de Harry en Iikura, justo al sur de Roppongi, donde, no lejos de su apartamento, encontré una tienda Lawson. Fui a la sección de publicaciones y escondí el mapa en una de las revistas.

Esa tarde, a las siete, lo llamé desde un teléfono público.

—Despierta, dormilón —le dije.

—¿Qué pasa? —preguntó—. No esperaba saber nada de ti en un tiempo.

No parecía dormido. Tal vez se había levantado para despedirse de Yukiko.

—Te echaba de menos —dije—. ¿Estás solo?

—Sí.

—Necesito un favor.

—¿De qué se trata?

—¿Estás libre?

—Sí.

—Muy bien. Quiero que salgas y me llames desde un teléfono público. Hay uno delante de la tienda Lawson, a la izquierda, en Azabu Iikura Katamachi. Úsalo. Te daré mi número.

—Ya sabes que mi línea es de confianza.

—Por si acaso. Es algo delicado. —Usé nuestro código para darle el número del móvil.

Diez minutos después, sonó el aparato.

—De acuerdo, ¿qué es lo delicado?

—Creo que alguien puede estar siguiéndote.

Se hizo un silencio.

—¿Hablas en serio?

—No mires por encima del hombro. Si están allí ahora, no quiero que se den cuenta de que lo sabes. De cualquier modo, no los verías.

Otro silencio.

—No lo entiendo. Tengo mucho cuidado.

—Sé que lo tienes.

—¿Por qué lo piensas?

—No lo diré por teléfono.

—¿Quieres que nos veamos?

—Sí, pero antes quiero que recojas algo. Puse una nota en el segundo ejemplar del fondo del *TVTaro* de esta semana, en la tienda Lawson que tienes a tu lado. Entra y llévate la nota. Si alguien te ve, haz que parezca

natural. Compra una botella de leche y comida preparada, como si escogieras algo rápido y fácil para cenar en casa. Llévalo todo al apartamento, espera media hora y vuelve a llamarme desde otro teléfono público. Prepárate para una caminata de dos horas.

—De acuerdo.

Pasó media hora y volvió a sonar el teléfono.

—¿La recogiste?

—Sí, ya veo lo que intentas.

—Bien. Sigue la ruta. Empieza a las ocho y media en punto. Cuando termines, espérame en el sitio que está indicado en la nota. Ya sabes cómo interpretar el sitio indicado.

Mi uso de «interpretar» le recordaba que no tenía que tomar literalmente el sitio indicado, sino usar las Páginas Amarillas según nuestro código usual para saber adónde ir de verdad. Si había alguien que lo seguía y lo atacaba ahora mismo, presumiblemente vería la nota y el lugar de encuentro e iría al sitio equivocado para tenderme una emboscada.

—Entendido —dijo.

—Tranquilízate. No tienes de qué preocuparte. Te lo explicaré todo cuando te vea. Y no te aflijas si tardo un poco.

—Nada de preocupaciones. Hasta luego.

Colgué.

Harry había estado libre de perseguidores cuando nos reunimos en el Teize, pero eso no significaba que antes lo hubiera estado. Le había enseñado cómo empezar un PDV con discreción y actuando como un ciudadano normal, de modo que cualquiera que pudiera estar vigilándolo llegara a pensar que eso es lo que era. Pero la discreción sólo servía para el principio. A medida que la ruta progresaba, se volvía más agresiva, se preocupaba menos por engañar a los seguidores potenciales y se dirigía más a ponerlos al descubierto. Sales de un vagón de metro y esperas hasta que la plataforma esté completamente vacía; luego pasas al metro que va en la dirección opuesta. Das vuelta a una esquina, te detienes en seco y esperas a ver quién te sigue. Usas muchos ascensores, lo que les obliga a entrar codo con codo contigo o perderte de vista. Etcétera. La idea es que, antes que conducirlos a la fuente que tratas de proteger, es mejor que te atrapen actuando de espía.

Harry debía de haber respetado el plan cuando nos encontramos en el Teize. Es posible que a medida que sus movimientos de contravigilancia se hacían más agresivos, sus seguidores pudieran haber tenido que elegir entre ser vistos, o dejarlo ir y volver a intentarlo otro día. Si eligieron esta segunda

opción, Harry habría llegado libre de perseguidores, pero sin saber que lo habían seguido.

Y sus perseguidores, al verlo adoptar tácticas evidentes de contravigilancia, sospecharían que tenía algo que ocultar, tal vez aquello mismo que ellos buscaban. Como resultado, intensificarían el seguimiento.

El ejercicio de esta noche tenía como objetivo determinar si algo de esto estaba sucediendo. La ruta estaba diseñada para llevar a quienquiera que siguiera a Harry en círculo por el palacio Ebisu, una galería comercial de múltiples pisos que me daría varias oportunidades de vigilar con discreción a Harry y a quien lo estuviera persiguiendo. La ruta era lo bastante agresiva como para permitirme detectar a un perseguidor, pero no lo suficiente como para ahuyentarlo. Salvo cuando Harry llegara a su destino y yo apareciese por detrás.

A las ocho, me encaminé al restaurante Rue Favart, situado en la esquina de Ebisu 4-chome, enfrente del edificio Sapporo. Quería estar allí temprano para asegurarme de conseguir una de las tres mesas que daban a la ventana en el tercer piso del restaurante. Desde allí, tenía una vista directa de la acera por la que pronto iba a pasar Harry. Si las mesas estaban ocupadas, tenía tiempo para esperar. También tenía hambre y el Rue, con su ecléctica selección de pastas y sándwiches, era un buen sitio para recargar las pilas. Había frecuentado el sitio varias veces cuando vivía en Tokio, y me agradaba volver a estar allí.

Seguí a una camarera por las escaleras de madera hasta el tercer piso. De paso, aprecié la estrafalaria decoración: paredes verde lima con enormes murales floridos, un caos de sillas distintas y mesas de madera, de metal y de plástico. Las mesas de la ventana estaban ocupadas cuando llegué, y le dije a la camarera que no se preocupase. Estaba encantado de esperar por el privilegio de una vista tan espléndida. Me senté en un pequeño sofá y disfruté de un café con hielo y de los alucinantes murales de escarabajos, polillas y libélulas. Al cabo de media hora, se fueron dos oficinistas de una de las mesas y yo la ocupé.

Pedí un *risotto shiitake* de setas y una sopa *minestrone*, pidiendo que me los trajeran deprisa porque debía ir a ver una película que comenzaba a las nueve y media. Debía levantarme inmediatamente después de que pasara Harry, y tenía que cronometrar mis pasos al dedillo.

Pensé en lo que haría si el experimento tenía éxito; es decir, si se confirmaba que Harry estaba siendo vigilado. Supongo que la respuesta dependía en gran parte de quiénes se trataran y de por qué demostraban ese

interés. Mi principal problema era que nada debía interferir con la preparación de mi partida, que, ahora que le había hecho el «favor» a Tatsu, iba a tener que acelerar. Tenía que proteger mis planes, incluso si eso significaba dejar a Harry abandonado a su suerte.

El *risotto* estaba rico y me hubiera gustado disponer de más tiempo para disfrutarlo, pero tuve que comer rápidamente y vigilando la calle. Cuando acabé, miré el reloj. Justo el tiempo suficiente para uno de los famosos chocolates calientes del Rue, un denso brebaje de cacao puro y cucharadas de crema batida, de los que el Rue no sirve más de veinte al día. Pedí uno y lo saboreé mientras esperaba y vigilaba.

Vi a Harry poco después de las nueve; avanzaba, en dirección opuesta a las manecillas del reloj de la estación de Ebisu, hacia Kusunoki-dori. Se movía rápidamente, tal como le había dicho que hiciera. A esa hora de la tarde, la concurrencia de Ebisu está formada principalmente por gente atraída por los ostentosos bares y restaurantes del complejo Garden Court. Por tanto, el ambiente del lugar era muy tranquilo. Cualquiera que intentase seguir el ritmo de los pasos de Harry quedaría en evidencia.

Divisé a un posible sospechoso cuando Harry giró a la derecha en Kusunoki-dori, en la garita policial de Ebisu 4-chome. Un joven japonés de traje azul, delgado, con el pelo engominado y gafas de montura metálica. Caminaba a unos diez metros de Harry por la acera de enfrente; una buena técnica, ya que casi todo el mundo sólo presta atención a lo que pasa directamente a su espalda. No podía estar seguro, por supuesto, pero por su posición, su modo de andar y su ritmo tuve un presentimiento.

Harry continuó alejándose de mi posición. Dos grupos de jóvenes japoneses aparecieron un poco más adelante, pero los descarté por improbables. Parecían demasiado tranquilos y eran demasiado jóvenes.

El siguiente fue un blanco, un tipo grandote; el corte de su traje y el ritmo seguro de sus pasos eran norteamericanos. Avanzaba rápidamente por la acera. Podía ser un hombre de negocios que se dirigía a cualquier hotel Westin de la zona con prisa por llegar a una reunión. O no. Lo fiché como otro posible perseguidor.

Harry desapareció bajo las ramas de un *kusunoki*, los árboles que dan nombre a la calle. Lo mismo hizo el japonés. Dirigí la atención al norteamericano. Lo vi detenerse como si tuviera un súbito interés en el letrero de las «Personas más buscadas» que estaba colgado en un lado de la garita policial.

«Te pesqué.»

Un momento después, reapareció Harry volviendo sobre sus pasos, ahora en el lado sur de la calle. Hizo una pausa para estudiar el mapa iluminado que había en la esquina frente al edificio Sapporo, en diagonal a la garita policial donde el norteamericano, ya sin prisas por llegar a reunión alguna, se dedicaba a su novísimo interés por las personas más buscadas de Japón.

El cambio de sentido de Harry había sido moderadamente agresivo, pero no tan provocativo, pensé, como para conseguir que sus perseguidores lo dejaran en paz. No sentirían que él los había descubierto. Todavía no.

«Pero ya veremos.»

Harry giró a la derecha en la avenida Platanus. El norteamericano mantuvo su posición. Un instante después, el japonés apareció por detrás de mi campo de visión. Cuando giró a la derecha en Platanus, el norteamericano le siguió.

Esperé un momento para ver si aparecía alguien más en mi radar, pero nadie lo hizo.

Me levanté y bajé las escaleras hasta la planta baja, donde pagué y agradecí al propietario la excelente comida. Entonces tomé un atajo a través del complejo Garden Court y subí al segundo piso, en el que había un paseo al aire libre. Me acerqué al muro de piedra que había delante del edificio de oficinas del Garden Court, que me llegaba a la cintura, y, como un centinela en una torre del castillo, me puse a mirar el tráfico peatonal que había en la explanada de abajo.

Sabía que Harry había entrado en uno de los pasajes subterráneos de la explanada y que se demoraba mirando algunas vitrinas para darme tiempo a ganar mi posición. Lo vi salir debajo de mí; empezó a andar cruzando en diagonal la explanada y a alejarse de donde yo estaba. De haberlo querido, podría haberme puesto en la otra punta del paseo, desde donde podría haberlo visto a él y a sus seguidores, pero ya estaba casi completamente seguro de haberlos fichado y no necesitaba arriesgarme dándoles una oportunidad de verme.

Y allí estaban, uno a cada lado, como dos puntos en la base de un triángulo escaleno en movimiento. Vi que el japonés miraba las vidrieras de las tiendas y restaurantes de la explanada y a la gente desde el paseo de arriba. Vi que giraba la cabeza para ver si alguien lo seguía y, aunque lo más probable era que yo permaneciera anónimo entre la gente que me rodeaba, di unos pasos atrás para quedar fuera de su vista.

El japonés daba muestras de estar capacitado para la contravigilancia, aun cuando en este caso no le servía para nada. Obviamente había notado que

Harry le hacía dar un círculo, una clásica táctica de contravigilancia que a un equipo estático le da múltiples oportunidades de desenmascarar a un perseguidor. Yo había anticipado esa reacción, pero a partir de aquí la ruta sería convenientemente recta hasta el momento en que Harry se retirara de la escena y yo hiciera mi sorpresiva aparición.

Esperé diez segundos y luego volví a avanzar. Harry había llegado al extremo de la pendiente que le sacaría de la explanada y le llevaría hacia el puente suspendido de la estación Ebisu. El japonés y el norteamericano mantenían sus posiciones detrás de él. Los observé hasta que los tres salieron de mi campo de visión, luego esperé para asegurarme que no había nadie más. No fue ninguna sorpresa ver que no había nadie más de interés. Si hubieran sido más, cuando notaron que se movían en círculo habrían intercambiado posiciones para evitar una posible contravigilancia. El hecho de no hacerlo indicaba que se trataba de un equipo de sólo dos personas.

Miré la hora. Faltaban quince minutos.

Entré en el pasaje subterráneo rumbo al Westin, donde cogí un taxi hasta el cercano Hiro. Harry y sus dos admiradores ahora caminaban hacia el mismo destino, y el taxi me daba la seguridad de que yo estaría allí para darles la bienvenida.

El taxi me dejó en Meiji-dori, y entré en un Starbucks.

—¿Qué desea? —me preguntó en japonés la chica del mostrador.

—Nada más que un café —dije—. ¿Puede servírmelo muy caliente?

—Lo siento, pero el café sale a exactamente noventa y ocho grados centígrados y se sirve a ochenta y cinco. No puedo cambiarlo.

«Dios santo, a esta gente la preparan de verdad», pensé impresionado.

—Ya veo. Pero estoy resfriado y me vendría bien algo realmente caliente. ¿Y el té?

—Oh, el té está muy caliente. No hay goteo, y se prepara y se sirve a noventa y ocho grados.

—Estupendo. Me tomaré un Earl Grey.

Preparó el té y lo puso sobre el mostrador que había al lado de la caja registradora. Pagué y lo cogí.

—Espere —dijo, y me dio una taza extra—. Esto lo mantendrá caliente.

Su amabilidad me hizo sonreír.

—Gracias —dije.

Había estado unos cuatro minutos. Caminé unos cien metros por el lado derecho de la calle hasta llegar a una placita, donde me senté en el banco de la esquina. Puse el té a mi lado y usé el móvil clonado para confirmar que el taxi

que había pedido estaba a punto de salir. Lo estaba, y le dije al telefonista que el pasajero no tardaría en llegar.

Cinco minutos después, vi a Harry viniendo en mi dirección. Giró a la izquierda en una calle sin nombre que le conduciría a una zona residencial no muy iluminada. No era el tipo de barrio donde se consigue un taxi con facilidad. Por suerte, Harry sabía que habría uno esperándolo. A sus dos amigos se les acabaría la suerte de un momento a otro.

Y allí estaban esos dos, cada uno en un lado de la calle. Ahora el norteamericano iba a la cabeza y de mi lado. Giró y siguió a Harry. Diez segundos después, le siguió el japonés. Recogí el té y fui tras sus pasos.

Cincuenta metros y a la derecha; cincuenta metros más y otra vez a la izquierda. Las calles eran muy estrechas y las flanqueaban fachadas blancas de cemento. Eran casi laberínticas. Aminoré el paso. No los podía ver, pero sabía adónde se dirigían.

Tres minutos más tarde, apareció un taxi en mi dirección. Eché una mirada a la ventanilla trasera y vi a Harry. Me alegró ver que su parte había terminado sin novedades. De haber habido un problema, se habría dado media vuelta y habría seguido caminando, y yo habría tenido que improvisar. Lo que quería era que la súbita y de algún modo teatral pérdida de la presa obligara a los perseguidores a consultarse mutuamente. A mí me resultaría más fácil si los podía pillar por sorpresa a los dos juntos.

Ni Harry ni yo hicimos la más mínima señal de reconocernos cuando el taxi pasó a mi lado. Yo seguí adelante, girando a la derecha en el callejón de donde acababa de salir el taxi.

El callejón tenía unos treinta metros de largo y al final hacía una curva de noventa grados a la derecha. No había señal de los dos pájaros. Ningún problema. El sitio al que los había conducido Harry era un callejón sin salida.

Llegué al final de la calle y giré a la derecha. Allí estaban, a unos doce metros de distancia. Al japonés le veía el lado izquierdo. Hablaba con el norteamericano, que estaba vuelto hacia mí con un cigarrillo apagado en la boca. Tenía un mechero a la altura de la cintura e intentaba encenderlo.

Me obligué a caminar con toda naturalidad, como un peatón corriente. El corazón me empezó a latir con fuerza. Podía oírlo sonar en mi pecho, detrás de los oídos.

A los diez metros le quité la tapa de plástico a la taza de té con el pulgar. Sentí que caía rozándome una mano.

Siete metros. La adrenalina reducía mi percepción de la escena. El japonés miró hacia mí. Me miró la cara y abrió bien los ojos.



Cinco metros. El japonés extendió una mano hacia el norteamericano; pese a mi visión en cámara lenta por culpa de la adrenalina, pude ver que se trataba de un gesto de urgencia. Cogió al norteamericano del brazo y empezó a tirar.

Tres metros. El norteamericano levantó la mirada y me vio. Le colgaba el cigarrillo de los labios. No hubo reconocimiento en su mirada.

Dos metros. Avancé y arrojé el vaso de plástico. Su contenido de té Earl Grey a noventa y ocho grados voló por el aire y le dio al norteamericano directamente en la cara y el cuello. Levantó las manos y pegó un chillido.

Me volví al japonés. Los ojos se le salían de las órbitas; movía la cabeza de un lado a otro con el gesto universal de la negación. Empezó a levantar las manos como si quisiera protegerse.

Lo cogí por los hombros y lo empujé contra la pared. Usando el mismo movimiento hacia delante, avancé y le di un rodillazo en los huevos. Gruñó y se le dobló el cuerpo.

Me dirigí al norteamericano. Estaba agachado, tambaleante con las manos en la cara. Lo agarré por el cuello de la chaqueta y la parte trasera de los pantalones y lo empujé de cabeza contra la pared, como hace un torero con el toro. El impacto hizo que le temblara el cuerpo, y se desplomó.

El japonés se encogía a su lado, con las manos en los testículos y jadeando. Lo levanté cogiéndolo de las solapas y lo empujé contra la pared. Miré a derecha e izquierda y no vi a nadie.

—Dime quién eres —le dije en japonés.

Le vinieron ganas de vomitar. Vi que necesitaría un minuto.

Presionándole la garganta con la mano izquierda, lo palpé para confirmar que no tenía un arma; luego le revisé las orejas y la chaqueta para asegurarme de que no llevaba un micrófono. Estaba limpio. Del bolsillo interior de la chaqueta, saqué la billetera. La abrí. El DNI estaba delante de todo, detrás de un protector de plástico.

Tomohisa Kanezaki. Subsecretario, Asuntos Consulares, embajada de Estados Unidos. Se veía en el fondo el logotipo del águila del Departamento de Estado.

Por tanto, estos tipos trabajaban para la CIA. Me guardé la billetera en un bolsillo de mis pantalones para poder examinarla a placer más tarde.

—Recóbrate, Kanezaki-san —dije hablando en inglés—. O a la próxima te pegaré de verdad.

—*Chotto matte, chotto matte* —jadeó, levantando una mano para subrayar sus palabras—. *Setsumei suru to takozoku shimasu kara...* —Prometo

explicárselo todo.

Hablaba con acento norteamericano.

—Habla en inglés —le dije—. No tengo tiempo para lecciones de idiomas.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo. Jadeaba un poco menos—. Me llamo Tomohisa Kanezaki. Trabajo en la embajada de Estados Unidos aquí en Tokio.

—Sé quien eres. Acabo de ver tu documento. ¿Qué hacíais siguiendo a ese hombre?

Aspiró hondo e hizo una mueca. Le lagrimeaban los ojos por el rodillazo.

—Tratábamos de encontrarle a usted. Usted es John Rain.

—¿Para qué tratábais de encontrarme?

—No lo sé. Los parámetros que nos dieron...

Le apreté más la garganta y me acerqué a su cara.

—No me interesan tus parámetros. La ignorancia no te va a salvar. Esta noche, no. ¿Comprendido?

Trató de quitarme de encima.

—Déjeme hablar un momento. Si me sigue estrangulando, ¡no podré decirle nada!

Me impresionaron sus agallas. Parecía más petulante que temeroso. Me di cuenta de que el chico no comprendía en lo que se había metido. Si no me daba la información que le pedía, tendría que hacerle pagar su mal comportamiento.

Eché una rápida mirada a su amigo tendido boca abajo.

—Habla rápido —le dije al japonés.

—Sólo debía dar con su paradero. Me dieron órdenes explícitas de no tomar contacto.

—¿Y qué iba a pasar una vez dieras conmigo?

—Mis superiores se harían cargo a partir de ese momento.

—Pero tú sabes quién soy.

—Le dije que sí.

Asentí.

—Entonces sabes lo que te voy a hacer si alguna de tus respuestas no es satisfactoria.

Palideció. Pareció que le llegaba mi mensaje.

—¿Quién es ése? —dije, señalando al norteamericano caído.

—Seguridad diplomática. Los parámetros... Me dijeron que en ninguna circunstancia debía arriesgarme a encontrarme a solas con usted.

Un guardaespaldas. Sonaba posible. Ya me había dado cuenta de que el otro tipo no me había reconocido. Probablemente sólo estaba como protección y vigilancia del equipo perseguidor.

O podía tratarse del hombre del gatillo. La Agencia confía los trabajos sucios a contratistas como yo. Él podía ser uno de ellos.

—No podías vértelas a solas conmigo. ¿Por qué?

—Porque usted es peligroso. Tenemos un *dossier* sobre su persona.

El que había preparado Holtzer. Seguro.

—Y el hombre a quien seguáis —dije—. Háblame de él.

Hizo un gesto afirmativo.

—Se llama Haruyoshi Fukasawa. Es su único contacto. Le seguíamos para llegar a usted.

—No es suficiente.

Me echó una mirada desafiadora, como si fuera a endurecer la situación.

—Eso es todo lo que sé.

Su socio empezó a gruñir y a levantarse. Kanezaki lo miró y yo supe lo que pensaba. Si su socio se recuperaba, me sería difícil controlar a los dos.

—No me estás diciendo todo lo que sabes, Kanezaki —le dije—. Deja que te muestre una cosa.

Me acerqué al socio, que estaba a cuatro patas delante de nosotros y gruñía algo incomprensible. Me agaché, le cogí el mentón con una mano y la sien con la otra, y le hice un giro inesperado y concluyente. Se le rompió el cuello con un chasquido y cayó a tierra.

Dejé caer la cabeza y volví con Kanezaki. Se le volvían a salir los ojos de las órbitas.

—¡Por dios! —farfulló—. ¡Dios mío!

—¿Es la primera vez que ves algo así? —pregunté con un tono deliberadamente campechano—. Con el tiempo te acabas acostumbrando. Por supuesto, en tu caso, la próxima vez que lo veas, te puede estar pasando a ti.

Empalidecía cada vez más y temí por un momento que se pudiera desmayar. Necesitaba ayudarlo a reponerse.

—Kanezaki, me hablabas de Haruyoshi Fukasawa. De que sabías que estaba relacionado conmigo. Continúa, por favor.

Respiró hondo y cerró los ojos.

—Sabíamos... sabíamos que estaba relacionado con usted porque interceptamos una carta.

—¿Una carta?

Abrió los ojos.

—De él para Midori Kawamura, en Nueva York. Le mencionaba.

«Maldita sea», pensé al oír mencionar ese nombre. No me podía escapar de esta gente. Son como el cáncer. Piensas que lo has superado y vuelve a aparecer. Y se expande entre la gente que te rodea.

—Sigue —dije con cara de pocos amigos.

—¡Dios santo, le estoy diciendo todo lo que sé!

No sería nada útil que cayera presa del pánico por completo. El truco era mantenerlo asustado, pero no tanto como para que empezara a inventarse cosas sólo para complacerme.

—Muy bien —le dije—. Eso es todo lo que sabes, pero aún no me has contado por qué tratabas de encontrarme.

—Mire, usted sabe que no puedo...

Le apreté el cuello. Se le volvieron a salir los ojos de las órbitas. Interpuso un brazo entre los míos para intentar que aflojara la presión. Me pareció algo que podía haber aprendido de uno de los cursos de fin de semana de la Agencia sobre seguridad personal. Bien por él por recordarlo bajo presión. Pero mal porque no funcionó.

—Kanezaki —dije, aflojando lo suficiente como para que pudiera respirar —, en un minuto, seguirás entre los vivos o te encontrarás al lado de tu amigo. Eso depende por completo de lo que me cuentes en este minuto. Así que empieza a hablar.

Sentí que tragaba saliva bajo la presión de mi mano.

—Muy bien, muy bien —dijo, esta vez hablando rápido—. Hace diez años que Estados Unidos presiona a Japón para que reforme sus bancos y ponga en orden el sistema financiero. En estos diez años, las cosas no han hecho más que empeorar. Ahora la economía empieza a entrar en crisis. Si esto continúa, Japón será la primera ficha en caer. El sudeste asiático, Europa y Estados Unidos serán los siguientes. El país tiene que reformarse, pero los intereses creados son tan poderosos que la reforma es imposible.

Lo miré.

—Faltan cuarenta segundos. No lo estás haciendo bien.

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! A la delegación de Tokio le han encargado un programa para promover la reforma y eliminar los obstáculos para la misma. Se llama Crepuscular. Sabemos que usted ha estado trabajando por su cuenta. Creo... creo que mis superiores quieren contar con su ayuda.

—¿Con qué propósito?

—Eliminar los obstáculos.

—Pero ¿estás seguro de ello?

—Mire, hace tres años que estoy en la Agencia. Hay mucho que no me cuentan. Pero cualquiera que conozca su historial y conozca Crepuscular, puede sumar dos más dos.

Lo miré, considerando mis opciones. ¿Lo mataba? Sus superiores no sabrían qué había pasado, pero creerían que yo era el responsable, por supuesto. Y aunque no pudieran dar conmigo, tenían a Harry y a Midori en el punto de mira.

No, matar a ese chico no me quitaría de encima a la Agencia. Tampoco dejarían en paz ni a Harry ni a Midori.

—Me pensaré tu propuesta —le dije—. Puedes decirles a tus superiores que te lo he dicho.

—Yo no he propuesto nada. Únicamente especulaba. Si les digo a mis superiores lo que acabamos de hablar, me envían de vuelta a Langley de oficinista.

—Diles lo que se te ocurra. Si estoy interesado, me pondré en contacto contigo. Contigo personalmente. Si no estoy interesado, espero que comprendas que mi silencio significará que no me interesa. También espero que dejen de tratar de encontrarme, en especial por medio de otra gente. Si me entero de que no respetas estos deseos, te haré responsable. A ti personalmente. ¿Comprendido?

Empezó a decir algo, y luego tuvo una arcada. Vi lo que se venía encima y me alejé. Él se agachó y vomitó.

Lo consideré un sí.

Volví caminando a Ebisu y cogí un metro de Yamanote a Shibuya. Utilicé la salida de Miyamasuzaka para ir a Shibuya 1-chome; luego anduve la corta distancia que había hasta la cafetería Hatou. La Hatou, un local sin ventanas, con oscuros suelos y mesas de madera, un largo mostrador *hinoki*, cientos de tazas y platos de porcelana exquisitos y brebajes exquisitamente preparados, había sido uno de mis sitios favoritos cuando vivía en Tokio. Al menos lo frecuentaba todo lo que me permitían las circunstancias. Lo añoraba.

Entré por la puerta principal. El hombre del mostrador me hizo una *irasshaimase*, pero no levantó la mirada. En cambio, siguió sirviendo agua hirviendo de una tetera de plata en un filtro colocado sobre una taza azul de porcelana. Estaba inclinado hacia un lado, para así estar al mismo nivel que la tetera; su brazo describía pequeños círculos en el aire para asegurarse de que el agua caía de forma uniforme a través del filtro. Parecía estar pintando o

dirigiendo una orquesta en miniatura. Era un placer observar semejante devoción, y no pude dejar de hacer una pausa para mirar.

Cuando terminó, me hizo otra reverencia y volvió a darme la bienvenida. Devolví el gesto y me encaminé al interior. Giré a la derecha al final de la sala en forma de L, y vi a Harry sentado en una de las tres mesas del fondo.

—Hola —dijo, levantándose y extendiendo una mano.

Se la estreché.

—Qué bien que no hayas tenido problemas para encontrar el sitio —dije. Asintió.

—Tus indicaciones eran claras.

Miré la mesa y vi que sólo había un vaso de agua.

—¿No quieres café?

—No sabía cuándo llegarías. De modo que pedí un café añejo. Algo llamado mezcla Nire. Tardan media hora en prepararlo. Pensé que te gustaría. La camarera dice que es «extraordinariamente intenso».

Volví a sonreír.

—Lo es. No estoy seguro de que te guste.

Se encogió de hombros.

—Me gusta probar cosas nuevas.

«A Yukiko», pensé.

Tomamos asiento.

—¿Y bien? ¿Cómo anduvieron las cosas?

Saqué la billetera de Kanezaki y se la acerqué.

—Te estaban siguiendo —dije.

La abrió y miró el DNI.

—Oh, mierda —dijo en voz baja—. ¿La CIA?

Asentí.

—¿Cómo? ¿Por qué?

Le resumí la conversación con Kanezaki.

—Por tanto, estaban interesados por mí porque les interesas tú —dijo cuando terminé.

Asentí moviendo lentamente la cabeza.

—Eso parece.

—Me pregunto si, aparte de que estoy vinculado a ti, saben quién soy.

—Imposible saberlo. Pueden haber intercambiado referencias con otras agencias, en cuyo caso saben que durante un tiempo estuviste en la Agencia de Seguridad Nacional. Pero no siempre son tan meticulosos.

—Hicieron un buen trabajo encontrándome a partir de esa carta. Fue una estupidez enviarla.

—Aquí hay gato encerrado. Sólo la carta no me parece suficiente, pero no tuve tiempo para indagarlo.

Guardamos silencio un momento. Luego él dijo:

—Puede haber sido suficiente. Sólo la firmé con el nombre de pila, pero mis padres eligieron tres *kanji* y no los dos habituales. —Sobre su mano, trazó los caracteres para «primavera», «dar» y «ambición»; una ortografía anormal para un nombre común.

—Deben de haber vigilado también a Midori —dije.

Movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, ella era un punto de enlace conocido. Deben de haber vigilado el correo, esperando que recibiera noticias tuyas. Pero me pescaron a mí.

—Es posible.

—Y la carta la despaché cerca del Correo Central Chuo-ku, no lejos de donde trabajo. Y debía de llevar un matasellos. Lo pueden haber usado para avanzar en círculos concéntricos. Una bobada por mi parte. Tendría que haberla tirado más lejos.

—Toda precaución es poca —dije mirándolo a los ojos.

Suspiró.

—Tendré que volver a cambiar de apartamento. No puedo dejar que sepan dónde vivo.

—No te olvides de que también saben dónde trabajas.

—Eso no me importa tanto. Lo que hago, lo hago a distancia. Los días que tengo que ir a la oficina, utilizo un PDV especial.

—¿Lo has hecho últimamente?

—Lo siento, pero no tanto como debiera. De cualquier manera, créeme que tomo todas las precauciones imaginables cuando vengo a verte a ti.

Se trataba de un problema inevitable. Dentro de las redes informáticas, Harry era pura cautela, pero en el mundo real era un ciudadano más. Un punto débil en mis defensas.

Me encogí de hombros.

—Si no lo hicieras, esos tipos ya habrían dado conmigo. Tal vez en el Teize, quizá en otra ocasión. Tus movimientos les han despistado.

Se le iluminó un poco la cara, y dijo:

—¿No creerás que corro peligro, verdad?

Me lo pensé. No le había mencionado que el socio de Kanezaki no había sobrevivido al encuentro. Se lo conté ahora.

—Mierda —exclamó—, de eso estoy hablando. ¿Y si quieren vengarse?

—No creo que lo hagan contigo. Si fuera un asunto de *yakuza*, podría ser una historia diferente; irían a por mis amigos para dañarme. Pero en este caso, el asunto es conmigo. No representas ninguna amenaza para ellos. Además, aquí no tienen tantos matones. Al Congreso no le gustaría. Por eso necesitan gente como yo.

—¿Y la policía? Un taxi me recogió en el sitio donde alguien va a encontrar un cadáver.

—Kanezaki debió hacer unas cuantas llamadas, y el cuerpo habrá desaparecido para cuando alguien pase por ahí. E incluso si la policía entra en el asunto, ¿qué tendrán? Incluso si encuentran una manera de contactar con el taxista, lo único que tienen es un nombre falso y un tipo de aspecto común que el taxista no pudo ver bien, ¿no?

—Supongo que es verdad.

—Pero aún así, tienes que ser prudente —dije—. Esa chica con la que sales, Yukiko, ¿es de fiar?

Me miró. Al cabo de un instante, asintió.

—Porque si tú te pasas las noches con esa chica, ella sabe dónde vives. Representa un punto débil en tus defensas.

—Sí, pero ella no tiene nada que ver con esa gente...

—Nunca se sabe, Harry. Realmente nunca se sabe.

Guardó silencio un buen rato, y luego dijo:

—No puedo vivir de esta manera. Como vives tú.

Pensé: «Tal vez tendrías que habértelo pensado antes de comprometerte con mi mundo». Pero no era justo. Tampoco particularmente útil.

La camarera trajo las dos tazas de mezcla Nire y las colocó en la mesa con exquisita pulcritud, como si fueran objetos de incalculable valor. Hizo una reverencia y se fue.

Bebimos el café. Harry lo elogió, pero no sin cierto esfuerzo. Antes le encantaba mofarse de mis recomendaciones gustativas. No pude dejar de notar el cambio, pero no me importaba.

Hablamos de temas triviales. Cuando terminamos el café, nos despedimos y lo dejé para iniciar mi tortuoso regreso al hotel.

Me pregunté si creía de verdad que la agencia no representaba un peligro para Harry. Supuse que así era. Si representaba un peligro para mí, eso ya era otra historia. Era posible que quisieran que les ayudara, tal como había dicho Kanezaki. O podían haber estado buscándome para cobrarse lo de Holtzer. No



había forma de estar seguro. De cualquier manera, la eliminación del escolta de Kanezaki no iba a hacer que me dedicaran palabras de cariño.

Y estaba Yukiko. Todavía no me caía bien y no tenía modo de saber si estaba reclutada por la Agencia o por alguien más.

Ya en el hotel, me eché en la cama y miré el techo, sin poder dormir.

«Por tanto, no era Midori», pensé.

«La Agencia en vez de Midori. Vaya mierda de premio de consolación.»

«Ya es suficiente. Déjalo correr de una vez.»

De repente me sentí menos seguro que la noche anterior de que ésta fuera mi última noche en Tokio. Miré largo rato el techo antes de dormirme.

## Capítulo 6

A la mañana siguiente, tomé el tren de alta velocidad para Osaka. Al llegar a primera hora de la tarde, me sorprendió que me gustara estar de vuelta. Tal vez me había cansado de vivir en hoteles. O tal vez se trataba de que ahora sabía que pronto me tendría que volver a ir para siempre.

Me había asegurado de que nadie me seguía hasta que partí de Tokio, pero el viaje en tren de dos horas y media no me había dado oportunidad de cubrirme las espaldas. Eso es mucho tiempo para mí, en especial tras mi reciente encuentro con Kanazaki y compañía; para aliviar esta presión, tomé una ruta apropiadamente tortuosa antes de montarme en el metro de la línea Tanimachi rumbo a Miyakojima, donde usé la salida A4 a la calle.

Por ninguna razón en concreto, giré a la izquierda en la garita policial de la esquina de Miyakojima y Hon-dori, maniobrando entre los cientos de bicicletas que saturaban la esquina en todas direcciones. Podría haber ido a la derecha y pasar por la escuela local en dirección al río Okawa. Una de las cosas que me habían gustado del edificio Belfa era que se podía llegar a él desde muchas direcciones.

Giré a la izquierda en Miyakojima Kita-dori; luego, a la derecha, contra el tráfico, en una calle de un solo carril; luego, otra vez a la izquierda. La táctica de ir contra el tráfico impide cualquier intento de vigilancia desde un vehículo. Y cada giro me permitía echar un vistazo a lo que sucedía a mis espaldas, sobre todo cuando entraba en calles más estrechas y menos concurridas. Quienquiera que pretendiera seguirme a pie tendría que hacerlo a corta distancia. En la zona también había docenas de edificios altos, y el hecho de que yo pudiera dirigirme a cualquiera de ellos era otro factor que convertía en ineficaz cualquier vigilancia de cerca.

De algún modo, el barrio era el ejemplo clásico de una mala zona. Había brillantes edificios de acero y vidrio al lado de garajes destartados con tejados ondulados. Hogares unifamiliares se situaban junto a plantas de reciclaje y fundiciones. La presuntuosa fachada de granito de una nueva escuela de muchos pisos daba la espalda a su vecino, la dilapidada reliquia de un taller mecánico, como un niño desagradecido que se avergüenza de un anciano pariente.

Por otro lado, a los residentes no parecían importarles esas discordancias. Por el contrario, en todas partes había señales del orgullo que sentían los habitantes por su barrio. El monótono pavimento y los tejados corrugados contrastaban con pequeños alborotos de macetas llenas de bambúes, lavanda y girasoles. Aquí había un mojón de rocas volcánicas cuidadosamente amontonadas; allí, un arreglo de corales secos. Una casa escondía lo que habría sido una fea pared de cemento con un delicado jardín de campanillas, salvia y lavanda.

Yo vivía en el piso treinta y seis de uno de los dos edificios gemelos de Belfa, en un apartamento de tres dormitorios. El piso era más grande de lo que yo necesitaba, con lo que dejaba sin usar varias habitaciones, pero me gustaba vivir en el piso más alto, con una buena vista de la ciudad. Asimismo, en el momento que lo alquilé, pensé que era una ventaja ocupar un piso que no encajara con el perfil de un hombre solo, recién desaparecido y con necesidades mínimas. Por supuesto, al final todo eso careció de importancia.

Me digo que me gusta vivir en sitios como Belfa porque los padres recelan innatamente de los desconocidos, y una vez que deciden que eres parte de la comunidad, pueden formar un obstáculo inconsciente pero eficaz contra las emboscadas. Pero sé que hay más que eso. No tengo familia ni nunca la tendré, pero probablemente me atraen entornos semejantes no sólo por razones de seguridad operativa, sino por otras de índole vicaria. Hubo un tiempo, cuando no tenía necesidad de ese tipo de cosas, en que me habría sorprendido y hasta vagamente disgustado la noción de vivir como una especie de vampiro psíquico, de fantasma persistente que, apoyado en un vidrio de sentido único, contempla con mirada vana y triste la vida normal que el destino le ha negado.

«Eso cambia tus prioridades. Diablos, cambia tus malditos valores.»

Usé un teléfono público para acceder a una cuenta de correo oral conectada a un teléfono especial de mi apartamento, una unidad activada por sonido con un micrófono sensible que funciona como un transmisor. La unidad se conecta en silencio con una cuenta oral de correo si alguien entra en mi apartamento sin conocer el código que desconecta el teléfono, lo cual me permite saber por anticipado y desde una distancia segura si debo esperar alguna visita inesperada. Un montaje idéntico me había salvado en Tokio de una emboscada organizada por Holtzer. La cuenta de correo esta vez estaba vacía; por tanto, supe que nadie había entrado en el apartamento durante mi ausencia.

Desde la cabina telefónica, recorrí la corta distancia que me separaba de los edificios Belfa. Se jugaba un partido de *softball* en el campo de mi derecha. Algunos chicos pateaban una pelota cerca de la escultura de granito que había delante de mi edificio. Un hombre mayor me adelantó en bicicleta con el nieto riéndose a carcajadas sobre el manillar.

Usé la entrada principal, asegurándome como siempre de acercarme de modo tal que la cámara de seguridad que hay delante del edificio sólo obtuviera una imagen de mi espalda. Tales precauciones forman parte de mis rutinas, pero como señaló Tatsu, las cámaras están en todas partes y no se puede esperar detectarlas todas.

Cogí el ascensor hasta el piso treinta y seis, y caminé por el pasillo hasta mi apartamento. Verifiqué la pequeña pieza de plástico transparente que había dejado a un lado de la puerta y la encontré intacta, aún apretada por la jamba. Como le había dicho a Harry mil veces, una buena defensa debía tener muchos niveles.

Abrí la puerta y entré. Todo estaba tal como lo había dejado. Lo que no era decir mucho. Más allá de la cama y de la mesita de noche, había un sofá verde oliva, con pinta de usado, contra la pared que daba al oeste de la ciudad, en el que a veces me sentaba para contemplar el crepúsculo. Una alfombra Gabeh cubría una parte del suelo, de madera encerada; la superficie era de color verde y azul, intercalados con una docena de manchas irregulares color crema que probablemente debían de ser cabras en un paisaje bucólico, con la lana espesa y suave como para servir de almohada a los nómadas que pasaran por el lugar. Un enorme escritorio con un banco doble, que había llegado a Japón proveniente de Inglaterra, tenía un atril de piel negra ya gastado por más de un siglo de presión de la pluma, que se movía sobre su superficie para acordar negocios a lo largo del planeta y mandar noticias que podían tener semanas cuando llegaran a los parientes en el extranjero, y que anunciaban nacimientos y muertes, y ofrecían agradecimientos, felicitaciones, condolencias y pésames. Había uno de esos complicados pero cómodos sillones Herman Miller Aeron, que había comprado por capricho en una empresa recientemente desaparecida del Bit Valley de Shibuya. Encima del escritorio, un Macintosh G4 y un hermoso monitor de 23 pulgadas, que no había mencionado a Harry porque él tenía la impresión de que yo era un ignorante en todo lo relacionado con la informática, y porque no vi ventaja alguna en hacerle saber que yo también era aficionado a ponerme detrás de la pantalla siempre que fuera necesario.

Frente al sofá, había una pantalla de cine Bang & Olufsen con capacidad para cinco discos compactos. A su lado, en una estantería, había una extensa colección de discos, la mayoría de *jazz*, y mi modesta biblioteca. La biblioteca incluía un buen número de libros de *bugei* o artes marciales; algunos de ellos eran bastante antiguos y esotéricos, y contenían información sobre técnicas de combate demasiado peligrosas para el judo moderno —llaves de espina dorsal, roturas de cuello y otras por el estilo—; técnicas que, en consecuencia, se han perdido en gran parte para ese deporte. También había unos cuantos libros muy leídos de filosofía: Mishima, Musashi, Nietzsche. Y una colección de volúmenes delgados que de tanto en tanto adquiero gracias a editores poco comunes de Estados Unidos; libros que son ilegales en Japón y otros países que carecen de la devoción norteamericana por la libertad de expresión, pero que me las ingenio para comprar por medio de técnicas descritas en algunos de estos volúmenes. Había obras sobre: los últimos métodos y tecnologías de vigilancia; técnicas de investigación policial y de ciencia forense; la adquisición de identidades falsas; la apertura en el extranjero de cuentas y de puntos de recogida de correo; métodos de disfraz y de evasión; apertura de cerraduras y de allanamiento de morada, y otros temas relacionados. Por supuesto, con el paso de los años, yo había desarrollado mi propia experiencia en todas estas áreas, pero no pensaba escribir ningún libro práctico sobre las mismas. En cambio, leía estos libros para saber qué sabía la oposición; para comprender lo que piensa gente a la que me puedo enfrentar, y para predecir por dónde podrían atraparme y tomar las medidas adecuadas para evitarlo.

El único objeto llamativo en el apartamento era un muñeco de madera del tamaño de un hombretón, que servía para practicar *kung-fu* y que yo había colocado en el centro de la habitación con tatami. De haber estado el apartamento ocupado por una familia, en dicha habitación podría haberse encontrado el *kotatsu*, la mesa baja con un pesado mantel acolchado hasta el suelo y un brasero eléctrico por debajo, alrededor del cual se sentaría la familia, con los pies descalzos calentados por el brasero y las piernas cómodamente cruzadas bajo el mantel acolchado, mientras charlaban de los vecinos, estudiaban las cuentas de la casa, o quizá planeaban el futuro de sus hijos.

Pero el muñeco de madera me era más útil. Hacía casi un cuarto de siglo que practicaba el judo en Japón y amaba su énfasis en las caídas y en la lucha en el suelo. Pero una vez que Holtzer y la Agencia me pusieron en contacto con el centro de judo de Tokio, sabía que hacerme miembro de la delegación de Osaka sería algo demasiado previsible, tal como le sucedió a un testigo

protegido por las autoridades federales, que volvió a suscribirse a unas revistas raras que antes de pasar a la clandestinidad le habían gustado. Por el momento, me siento más a salvo entrenándome a solas. Gracias al muñeco podía mantener a punto mis reflejos, y callosas y duras las partes de impacto de mis manos. Asimismo, me permitía practicar algunas de las llaves y bloqueos casi olvidados en los entrenamientos normales de judo. Habría sido un interesante tema de conversación, en caso de que alguien visitara mi apartamento alguna vez.

En los días siguientes, me ocupé de los preparativos para abandonar Osaka. La prisa es mala consejera cuando se está en medio de una transición y se es por ende más vulnerable. Cualquiera que ahora era incapaz de encontrarme, podía hacerlo si de repente yo bajaba la guardia. Y Tatsu podía estar esperando que me moviera rápidamente; de ser así, se aprestaría a seguirme. Por el contrario, si me mantenía quieto, podía ser que guardar la calma me diera la oportunidad de despistarlo por completo cuando el momento y los preparativos fueran los idóneos. Por el momento, no tenía ninguna razón para perseguirme, de modo que lo menos arriesgado era tomarme mi tiempo para hacer las cosas correctamente.

Me había decidido por Brasil y por esa razón había estado estudiando portugués, lo que me resultó tan útil cuando conocí a Naomi. Hong Kong, Singapur o algún otro destino asiático, o tal vez algún sitio de Estados Unidos, podían ser una opción más previsible. E incluso si a alguno se le ocurría buscarme en Brasil, lo tendría crudo: la multitud de japoneses que había en ese país se había ramificado en todas las regiones del país, y uno más no iba a llamar la atención de nadie.

Lo ideal sería Río de Janeiro, que prometía cultura, buen clima y una significativa población de paso, la mayoría turistas. La ciudad está alejada del espionaje internacional, del terrorismo y de Interpol; por tanto, yo sólo tendría que preocuparme de los encuentros casuales, de las redes de cámaras de seguridad y de los otros enemigos que todo fugitivo pueda tener. Hasta podría volver a practicar judo, o al menos uno de sus parientes: la familia brasileña Gracie se había consagrado a uno de los antepasados del judo, el *jiu-jitsu*, y lo había convertido en una de las artes marciales más sofisticadas del mundo. En Brasil se practica de forma fanática, y se ha vuelto popular en todo el mundo, incluso en Japón.

Junto con el sitio indicado, tenía la posibilidad de una identidad alternativa, algo que había rumiado largo tiempo para el día en que tuviera que desaparecer del todo. Hacía unos diez años, mientras vigilaba y me

preparaba para eliminar a cierto burócrata, me sorprendió ver hasta qué punto el hombre se me parecía: en edad, altura, físico y hasta en la cara. El sujeto tenía un nombre maravilloso: Taro Yamada, el equivalente japonés de Juan García. Yo había hecho mis averiguaciones y sabía que Yamada-san carecía de parientes próximos. Nadie lo extrañaría si desaparecía.

Ahora bien, numerosos libros afirman que se puede construir una nueva identidad utilizando el nombre de algún muerto, pero eso sólo es verdad si nadie ha extendido un certificado de defunción. Si las autoridades han intervenido de alguna manera —digamos, porque la persona ha muerto en un hospicio o un hospital, o ha sido enterrada o incinerada, lo que le sucede a casi todo el mundo; o si alguien presenta un documento de persona desaparecida—, se extiende un certificado oficial. Si un pariente quiere hacerse con las propiedades del difunto —en cuyo caso estamos hablando de la transferencia de un título de propiedad o de la declaración de legítimo albacea—, se extiende un certificado. Y si de todas maneras uno decide seguir adelante, incluso si se las arregla para conseguir un nuevo documento de identidad basado en los datos del difunto, este nuevo DNI siempre será inequívocamente falso. Con el tiempo, cuando solicites un permiso de conducir o un crédito, o cuando trates de conseguir un trabajo o llenar una declaración de la renta o cuando trates de pasar una frontera; en suma, cuando trates de hacer cualquiera de las innumerables cosas para las que se precise tu nueva identidad, saltará una alarma de «*fotografía incorrecta*» en la pantalla, y rápidamente todo habrá terminado.

¿Y la identidad de alguien con vida? Esto funciona para chanchullos a corto plazo, conocidos coloquialmente como «*robos de identidad*» (aunque sería más correcto decir «*préstamo de identidad*»), pero es algo inviable a largo plazo. Después de todo, ¿quién se va a hacer responsable de las nuevas tarjetas de crédito? ¿Y adónde se envían las facturas? Pues bien, ¿qué pasa si se usa a alguien que, digamos, desapareció por alguna razón y del que se haya conocido la existencia? Entonces, ¿qué pasa? ¿Tenía deudas esa persona? ¿Era un traficante de drogas? Porque si antes lo buscaban a él, ahora te buscarán a ti. Y de cualquier modo, ¿qué haces si el desaparecido vuelve a presentarse?

Por supuesto, si conoces a algún muerto porque tú mismo lo has matado, hay una pequeña diferencia. Es verdad, tienes que hacer desaparecer el cuerpo de tal modo que estés seguro de que nunca se encontrará, lo cual es una tarea arriesgada y a menudo truculenta que no está al alcance de cualquiera. Pero si has llegado a este punto y sabes que nadie va a denunciar su muerte o su

desaparición, tienes en tus manos algo potencialmente muy valioso. Si también sabes que tiene un buen historial crediticio porque tú has seguido pagando sus cuentas a su nombre, puede ser que te haya tocado la lotería.

Pues sí, cumplí el contrato contra el desafortunado señor Yamada, pero no se lo dije al cliente. En cambio, le dije que el tipo parecía haber desaparecido de la faz de la tierra. Tal vez se había enterado de que había un contrato para acabar con su vida. El cliente contrató a un investigador, que confirmó la presencia de todos los indicios relacionados con una huida fulminante: una cuenta de banco cerrada y otros asuntos personales eficazmente resueltos; orden de enviar el correo a un punto de recogida en el extranjero; desaparición de la ropa y otros efectos personales del apartamento. Por supuesto, yo me había ocupado de todo esto. El cliente me comunicó que para sus propósitos, la desaparición valía lo mismo que la muerte y que no debía lanzarme en busca de Yamada para cumplir el contrato. De todas maneras, me pagó el trabajo, ya que nadie quiere que una persona como yo se pueda sentir tratada injustamente, y eso fue todo. Hace tiempo que el cliente también pasó a mejor vida, y transcurrió el tiempo suficiente como para que yo pudiera resucitar a Yamada abriendo una pequeña firma de consultoría a su nombre y pagando los impuestos, asegurándome una apropiada dirección postal, incurriendo en deudas y pagándolas; en una palabra, todas las pequeñas cosas que, sumadas, caracterizan la existencia de un miembro de la sociedad absolutamente vulgar y legítimo.

Lo único que ahora tenía que hacer era asumir la identidad de Yamada y empezar mi nueva vida. Pero antes que nada, Taro Yamada debía hacer algunas de las cosas que una persona en su posición haría después de haber decidido cerrar la fracasada consultoría e irse a Brasil a enseñar japonés a los japoneses de tercera generación que habían perdido la lengua materna. Necesitaba un visado, una cuenta bancaria legal, y no como las ilegales y con pseudónimo que yo tenía en el extranjero, y ayuda para encontrar una residencia y un despacho. Nominalmente, se instalaría en Sao Paulo, donde se concentraba la mitad de los japoneses de Brasil, lo cual haría que fuese aún más difícil seguirle la pista hasta Río. Me habría resultado mucho más fácil hacer todo esto con la ayuda de la embajada japonesa en Brasilia, pero el señor Yamada prefería medios menos formales y menos localizables.

Mientras yo le montaba la vida en Brasil a Yamada, leí sobre una serie de escándalos de corrupción y me pregunté qué papel tendrían en la guerra subterránea de Tatsu contra Yamaoto. Resultó que los estudios Universal de Japón habían estado sirviendo comida caducada hacía nueve meses y



falsificando etiquetas para esconder el delito mientras hacían funcionar una fuente de agua potable que servía agua industrial no depurada. El señor Donut acostumbraba a tonificar su mercadería con trozos de carne que contenían aditivos prohibidos. A Snow Brand Food le gustaba ahorrarse unos pocos yenes reciclando leche ya pasada y dejando de limpiar las tuberías de la fábrica. No pudieron ocultar esto último: quince mil personas resultaron envenenadas. A Mitsubishi Motors y a Bridgestone los trincaron encubriendo defectos en coches y neumáticos con el objetivo de evitar que les retiraran los vehículos del mercado. Lo peor, un escándalo hasta para los parámetros japoneses, fue la noticia de que habían pescado a TEPCO, la eléctrica de Tokio, dando informes falsos sobre seguridad nuclear, algo que era la norma desde hacía veinte años. Los informes silenciaban serios problemas en ocho reactores diferentes, que incluían grietas en las estructuras de hormigón.

Pero lo más sorprendente no fueron los escándalos. Fue la poca importancia que les dio el ciudadano de a pie. Debió de haber sido frustrante para Tatsu, y me pregunté cuál sería su motivación para emprender la cruzada. En otros países, revelaciones como éstas pueden desencadenar una revolución, pero pese a los escándalos, pese al estado de la economía, los japoneses seguían votando a los mismos sospechosos del Partido Liberal Democrático. Diablos, la mitad del problema que combatía Tatsu implicaba a sus superiores, la gente a quien, en cierto sentido, él debía obedecer. ¿Por qué continuaba con esa irreductible hipocresía? ¿Por qué se empecinaba?

Leí las noticias e intenté imaginarme cómo las interpretaría Tatsu, y cómo hasta podía estar tratando de desentrañarlas. No todo estaba tan mal, supuse. De hecho, en las provincias habían tenido lugar algunos acontecimientos que debían de haberle dado ánimos. Kitagawa Masayasu derrotó a los burócratas de Mie al ponerse en contra de una planta nuclear que había sido propuesta. En Chiba, Domoto Akiko, un ex periodista televisivo de sesenta y ocho años, superó en votos a los candidatos de varios partidos que recibían el apoyo de la patronal y los sindicatos. En Nagano, el gobernador Tanaka Yasuo detuvo todas las construcciones de diques, pese a la presión de las empresas más poderosas de la construcción. En Tottori, el gobernador Yoshihiro Katayama puso a disposición de los ciudadanos los documentos de la prefectura, sentando un precedente que debió de haber dejado temblando a sus colegas de Tokio.

También me ocupé de investigar en la red a Yukiko y el Damask Rose. Comparado con Harry, soy un ignorante en informática, pero no podía pedirle ayuda sin revelar que lo había estado vigilando.

En la información de hacienda del club encontré el apellido de Yukiko: Nohara. A partir de allí, pude saber bastante. Tenía veintisiete años, había nacido en Fukuoka y había estudiado en la universidad de Waseda. Vivía en un apartamento de la calle Kotto-dori, en Minami-Aoyama. Carecía de antecedentes policiales. Sin deudas. Nada destacable.

El club era más interesante y más oscuro. Era propiedad de una serie de empresas instaladas en paraísos fiscales. Si había nombres propios vinculados, sólo existían en certificados depositados en la caja de seguridad de alguien, no en ordenadores a los que yo pudiera tener acceso. El propietario del club no quería que el mundo tuviera noticia de esa asociación. En sí mismo, eso no era condenable. Los negocios que funcionan con dinero en efectivo siempre son víctimas de las mafias.

Harry seguramente podría haber averiguado más en ambos temas. Era una lástima que no pudiera pedirle el favor. Tendría que haberme sincerado con él y haberle recomendado que él mismo averiguara unas cuantas cosas. Era frustrante, pero no sabía qué más podía yo hacer. Podía tomárselo a mal, pero yo no estaría mucho más tiempo en el país. «¿Y quién sabe? —pensé—. Tal vez estás equivocado. Tal vez él tampoco encuentra nada.»

También investigué a Naomi. Naomi Nascimento; nacionalidad brasileña; llegada el 24 de agosto de 2000 a Japón, cortesía del proyecto JET. Usé la dirección de correo electrónico que me había dado para ver dónde vivía: en el edificio Lion's Gate, un inmueble de apartamentos situado en Azabu Juban 3-chome. Ninguna otra información.

A medida que me iba preparando para partir, decidí visitar algunos sitios próximos a Osaka que sabía que no volvería a ver. A algunos los recordaba de viajes de la infancia. Estaba Asuka, lugar de nacimiento del príncipe Yamato, con sus túmulos funerarios hace tiempo vacíos, sus superficies talladas con imágenes sobrenaturales de bestias y semihumanos, sus creadores y su significado perdidos ya en el eterno vaivén de los campos de arroz situados a su alrededor. Estaba también Koya-san, la montaña sagrada, supuestamente la última morada de Kobo Daishi, el gran santo japonés, de quien se dice que persiste cerca de la vasta necrópolis de la montaña, no muerto, sino meditando en una vigilia marcada por los mantras de los monjes, que zumban entre los cercanos mojones de unos muertos tan antiguos y eternos como los insectos de los bosques primordiales. Y también, Nara, que hace trece siglos fue por un instante la capital de la nueva nación, donde si la mañana es lo bastante joven y las mareas de turistas aún no han inundado sus riberas, puedes encontrarte paseando a un octogenario que, con los hombros doblados

por el peso de la edad, arrastra las zapatillas entre los guijarros y mantiene el paso tan eterno y resuelto como la ciudad.

Pensé que era raro sentir la necesidad de despedirme de todo esto. Al fin y al cabo, nada de esto había sido mío. Incluso de niño, había comprendido que ser medio japonés es ser medio otra cosa, y ser medio algo más es ser... *chigatte*. *Chigatte* significa «*diferente*», pero también «*equivocado*». El idioma, como la cultura, no hace distinciones.

También fui a Kioto. Hacía veinte años desde mi última visita, y me sorprendió ver que la metrópolis elegante y vital que yo recordaba estaba casi extinta; desaparecía como un jardín olvidado y entregado a las hierbas diligentes e insulsas. ¿Dónde estaba el refulgente tejado del templo Higashi Honganji, que se elevaba por encima de las viviendas tejadas como la barbilla respingona de un príncipe por encima de sus súbditos? Esa vista magnífica, que en un tiempo les daba a los viajeros la bienvenida a la ciudad, ahora estaba tapada por la nueva estación de trenes, una abominación que se extendía a lo largo de un kilómetro de vías y que parecía un enorme zurullo llegado del espacio y depositado allí, demasiado gigantesco para poder llevárselo a otro sitio.

Caminé durante horas, espeluznado por el alcance de la destrucción. Los coches pasaban por el templo Daitokuji. El monte Hiei, cuna del budismo japonés, se había convertido en un aparcamiento con un emporio dedicado al ocio en la cima. Calles que en un tiempo habían flanqueado antiguas casas de madera con enrejados de bambú, ahora lucían plástico, aluminio y neones de mal gusto. Las casas de madera habían sido desmanteladas y habían desaparecido. Por todos lados se veían metástasis de líneas telefónicas, desmadres de cables eléctricos y ropa que colgaba de ventanas de apartamentos prefabricados, como lágrimas en los ojos de un idiota.

Antes de regresar a Osaka, entré en el Grand Hotel, que es más o menos el centro geográfico de la ciudad. Cogí el ascensor hasta el último piso, donde, a excepción de la pagoda Toji y el tejado plateado del templo Honganji, no me vi rodeado de nada que no fuera peste urbana. La belleza de la ciudad había sido reducida a islotes de temerosos refugiados como resultado de un inexplicable experimento de *apartheid* cultural.

Pensé en el poema de Basho, el bardo errabundo, que me había impresionado cuando mi madre me lo recitó por primera vez durante una visita a la ciudad. Me había cogido de la mano en la torre más alta del templo Kiyomizu, mientras contemplábamos la ciudad tranquila ante nosotros, y sorprendiéndome con su japonés de extranjera, había dicho:

*Kyou nite kyou narsukashiya...*  
Aunque en Kioto, añoro Kioto.

Pero el significado del poema, otrora un himno a la añoranza inefable e imposible de satisfacer, era ahora tristemente irónico.

Sonreí sin alegría, pensando que si todo esto hubiera sido de mi propiedad, lo habría cuidado mejor. «Esto es lo que se consigue por confiar en el gobierno. La gente debería tenerlo claro.»

Oí que sonaba mi busca. Lo abrí y vi el código que Tatsu y yo habíamos acordado para identificarnos. Esperaba algo por el estilo, pero no tan pronto. «Mierda —pensé—. Ahora que lo tenía todo tan cerca...»

Descendí a la planta baja y salí a la calle. Cuando encontré una cabina telefónica en un sitio apropiadamente inocuo, inserté una tarjeta y marqué el número de Tatsu. Podría haber ignorado su mensaje, pero era difícil predecir lo que podía hacer. Era mejor saber lo que pretendía al mismo tiempo que yo hacía ver que cooperaba.

Sonó una vez y reconocí su voz.

—*Moshi, moshi* —dijo sin identificarse.

—Hola —dije.

—¿Sigues en el mismo sitio?

—¿Por qué querría irme? —pregunté, dejando que notara mi sarcasmo.

—Creí que, después de nuestra última reunión, podías haber optado por... volver a viajar.

—Podía haberlo hecho. Aún no me he decidido. Pensé que lo sabrías.

—Trato de respetar tu intimidad.

Bastardo. Incluso cuando trataba de arruinarme la vida con ahínco, siempre lograba arrancarme una sonrisa.

—Muchas gracias.

—Me gustaría volver a verte, si no te importa.

Vacilé. Él ya sabía dónde vivía. De querer encontrarme, no tenía por qué reunirse conmigo en otro sitio.

—¿Una visita social?

—Depende de ti.

—Pues visita social.

—Muy bien.

—¿Cuándo?

—Esta noche estaré en la ciudad. ¿El mismo lugar que la última vez?

Volví a titubear, y luego dije:

—No sé si no estará lleno. Hay un hotel muy cerca de aquí con un buen bar. ¿Sabes a cuál me refiero?

Me refería al bar del Osaka Ritz-Carlton.

—Supongo que lo encontraré.

—Te encuentro en ese bar a la misma hora que la última vez.

—Muy bien; será un placer volver a verte. —Hizo una pausa—. Muchas gracias.

Colgué.

## Capítulo 7

T

omé el tren en Hankyu de regreso a Osaka y me dirigí directamente al Ritz. Quería asegurarme de estar allí unas pocas horas antes, por si se producía algún imprevisto. Mientras esperaba, pedí una fruta, una tabla de quesos y té Darjeeling.

Tatsu fue puntual, como de costumbre. También tuvo la cortesía de moverse lentamente para hacerme saber que no intentaría ninguna sorpresa. Se sentó delante de mí, en uno de los sillones tapizados. Miró en derredor los paneles de madera clara, los apliques de las paredes y los candelabros.

—Vuelvo a necesitar tu ayuda —dijo al cabo de un rato.

Predecible. Y al grano, como siempre. Pero le haría esperar antes de contestarle.

—¿Quieres un *whisky*? —pregunté—. Tienen un buen Cragganmore de doce años.

Me dijo que no con la cabeza.

—Mi médico me ha dicho que debo evitar los abusos.

—No sabía que escuchabas a tu médico.

Frunció la boca como si se preparara para una dolorosa confesión.

—También mi mujer se ha puesto estricta con estas cosas.

Lo miré y sonreí, ligeramente atónito ante la imagen de ese tipo duro y con recursos que se mostraba dócil al hablar de su mujer.

—¿Qué pasa? —preguntó.

Le dije la verdad.

—Siempre es un placer verte, bastardo.

Me devolvió la sonrisa y una serie de arrugas aparecieron alrededor de los ojos.

—*Kochira koso*. —Lo mismo digo.

Llamó a la camarera y pidió una manzanilla. Como él no bebía, no pedí el Cragganmore. Una lástima.

Entonces, se dirigió a mí.

—Como te decía, vuelvo a necesitar tu ayuda.

Tamborileé la taza.

—Creía que habías dicho que se trataba de una reunión social.

Asintió con la cabeza.

—Mentía.

Ya lo sabía, y él sabía que yo lo sabía. Aún así dije:

—Me parece que dijiste que podía confiar en ti.

—En las cosas importantes, sin la menor duda. De cualquier manera, una visita social no excluye la posibilidad de pedir un favor.

—¿Eso es lo que me estás pidiendo? ¿Un favor?

Se encogió de hombros.

—Ya no estás obligado a nada.

—Me pagaban muy bien cuando hacía favores a la gente.

—Me alegra que hables en pasado.

—Lo pude decir con toda propiedad hasta hace muy poco.

—¿Puedo continuar?

—Siempre que quede claro desde el principio que no hay ninguna obligación implícita.

Volvió a asentir.

—Tal como he dicho. —Hizo una pausa para sacar una latita de mentas del bolsillo de su chaqueta. La abrió y me ofreció. Le dije que no. Cogió una y se la puso en la boca sin bajar la mirada ni pararse a ver lo que estaba haciendo. Antes Tatsu no quitaba los ojos de lo que pasaba a su alrededor; ahora había cambios en los pequeños detalles, así como en las cosas más significativas.

—El levantador de pesas era un testaferro —dijo—. Es verdad que parecía un hombre de Neandertal, pero de hecho formaba parte de la nueva generación del crimen organizado de Japón. Su especialidad era la organización de negocios legales y sostenibles, detrás de los cuales podían esconderse sus socios menos progresistas.

Conocía el fenómeno. La nueva generación, consciente de que los tatuajes, la vestimenta ostentosa y los modales agresivos sólo permitían un ascenso social limitado, cambiaba su apariencia criminal y se introducía en negocios legales como el inmobiliario y el de espectáculos. La generación de los mayores, dedicada aún a las drogas, la prostitución y el control de la industria de la construcción, empezaba a depender de los novatos a la hora de blanquear dinero, eludir impuestos y otros servicios. Al mismo tiempo, los recién llegados acudían a sus antecesores cuando era posible reducir la presión competitiva de los negocios mediante la apropiada aplicación de algunas de las herramientas tradicionales del oficio —sobornos, extorsiones, asesinatos—, en las que seguían especializados los más veteranos. Se trataba

de una división del trabajo de la que cualquier economista clásico se sentiría orgulloso.

—El levantador de pesas había montado un sistema eficiente —continuó—. Todos los *gumi* tradicionales usaban sus servicios. La legalidad que el sistema les brindaba los hacía menos vulnerables a ser procesados y más influyentes en la política y en los consejos de administración. De hecho, más influyentes en la sociedad en general. Nuestro amigo en común, Yamaoto Toshi, sacaba beneficios de las operaciones del levantador de pesas.

*Gumi* significa «grupo» o «banda». En el contexto *yakuza*, la palabra se refiere a las familias del crimen organizado, el equivalente japonés de los Gambino o de los Corleone de la ficción.

—No veo que su ausencia pueda marcar la diferencia —dije—. ¿No puede ocupar algún otro su lugar?

—A la larga, sí. Donde haya suficiente demanda, con el tiempo alguien habrá la oferta correspondiente. Pero en el ínterin, la oferta es inexistente. El levantador de pesas era una pieza clave para la buena marcha de la organización. No preparó a ningún sucesor, ya que temía, como le suele suceder a ese tipo de gente, que su presencia fuera a acelerar la sucesión. Ahora que ha muerto, habrá luchas internas en la organización. El engaño y la traición formarán parte de esa lucha. Los bienes y las conexiones ocultas saldrán a la luz. Disminuirá la influencia criminal en los negocios legales.

—Por un tiempo —dije.

—Por un tiempo.

Recordé lo que Kanezaki me había contado acerca de Crepuscular.

—Hace poco tuve un encuentro con alguien de la CIA —dije—. Mencionó algo que te podría interesar.

—¿Sí?

—Se llama Tomohisa Kanezaki. Es norteamericano, pero de etnia japonesa. Mencionó un programa de la CIA destinado a «profundizar las reformas y eliminar los obstáculos a la reforma». Algo llamado Crepuscular. Suena como tu campo de acción.

Movió lentamente la cabeza y luego dijo:

—Háblame de este programa.

Le empecé a hablar de lo que había oído. Entonces me di cuenta.

—Tú conoces a ese tipo.

Se encogió de hombros.

—Fue uno de los dos que vinieron a la Policía Metropolitana a pedir ayuda para localizarte.



«Estupendo.»

—¿Quién era el otro?

—James Biddle, el sucesor de Holtzer al frente de la Estación de Tokio.

—No lo conozco.

—Es joven para el cargo. Unos cuarenta. Tal vez forma parte de la nueva generación de la CIA.

Le conté el encuentro con Kanazaki y su escolta, obviando los detalles con el fin de ocultarle el papel de Harry en todo esto.

—¿Cómo pudieron encontrarte? —preguntó—. Yo tardé todo un año, y eso que tenía recursos locales y acceso al Juki Net y las cámaras.

—Un fallo de seguridad —le dije—. Lo he corregido.

—¿Y qué hay de Crepuscular? —preguntó.

—Lo que te he contado. No conseguí detalles.

Tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—No importa. Dudo que Kanazaki-san pueda haberte contado más de lo que ya sé.

Lo miré, impresionado como siempre del alcance de su información.

—¿Y qué sabes?

—El gobierno de Estados Unidos está dando dinero a varios reformadores japoneses. Es el mismo tipo de programa que llevó a cabo la CIA después de la guerra, cuando apoyó al Partido Liberal Democrático como bastión contra el comunismo. Sólo que los receptores han cambiado.

—¿Y la parte de «eliminar obstáculos»?

Se encogió de hombros.

—Me imagino, tal como sugirió Kanazaki, que pueden querer tu ayuda al respecto.

Lancé una risotada.

—A veces estos tipos son tan presuntuosos que adquieren cierta grandeza.

Asintió con la cabeza.

—O pueden sospechar que tuviste algo que ver con la muerte de William Holtzer. Sea lo que sea, debes mantenerte alejado de ellos. Tú y yo sabemos que no se puede confiar en ellos.

Sonreí ante el uso deliberado de «tú y yo» y de «ellos», como si Tatsu y yo fuéramos socios.

—De acuerdo —dije—. Háblame del favor que quieres que te haga.

Hizo una pausa, y luego dijo:

—Otro factor clave de Yamaoto. Y también un hombre cuya apariencia primitiva esconde un conjunto bastante refinado de habilidades.

—¿Quién es?

Me miró.

—Alguien a quien debieras comprender bastante bien. Un sicario.

—¿De verdad? —dije, aparentando indiferencia.

La camarera le trajo su infusión y se la sirvió. Levantó la taza en mi dirección, en un silencioso brindis, y tomó un sorbo.

—Es un tipo raro —dijo, observándome—. Por sus antecedentes, se puede llegar a la conclusión de que no es más que un bruto. Hay una historia de abuso sexual en la infancia. Peleas en la escuela y tempranas pruebas de tendencias sádicas. Dejó la secundaria para practicar sumo, pero no pudo alcanzar el tamaño necesario. Más tarde se dedicó al boxeo tailandés, donde tuvo una carrera profesional corta y nada espectacular. Hace unos cinco años, se metió en un deporte sin reglas ni límites, algo llamado *pride*. ¿Lo conoces?

—Sí —dije. El campeonato de lucha *pride* es una mezcla de artes marciales que tiene su origen en Japón y del que se emiten combates en televisión cada dos meses o así. La idea que hay detrás de esta combinación de artes marciales es enfrentar a una serie de disciplinas tradicionales: boxeo, *jiu-jitsu*, *judo*, *karate*, *kung-fu*, *muay* tailandés, *sambo* y lucha romana. El público que va a los torneos de *pride* ha ido en aumento desde que se fundó el deporte; a lo que hay que unir otras actividades relacionadas, como los campeonatos *King of the Cage* en Gran Bretaña y el *Ultimate Fighting* en Estados Unidos. El deporte ha tenido sus más y sus menos con las instituciones reguladoras, que parecen sentirse más cómodas con un boxeador que queda inconsciente que con un *judoka* que se rinde ante una buena llave.

—¿Qué impresión tienes?

Me encogí de hombros.

—Los competidores son fuertes. Buenas mañas; buen estado físico. Mucho corazón también. Por lo que he visto, es lo más cercano a una pelea real, sin dejar de ser un deporte. Lo de sin control ni límites es pura mercadotecnia. Hasta que permitan que se muerdan, se arranquen los ojos, se den patadas en los huevos o hasta que empiecen a dejar tiradas por el cuadrilátero armas apropiadas para que las usen los contendientes, será un deporte con limitaciones y controles.

—Resulta interesante que lo digas, porque al individuo en cuestión parece que eso no le gusta. Abandonó ese deporte por el boxeo ilegal a puño limpio, donde realmente no hay limitaciones. Donde muchas veces el combate es realmente hasta el final.

Había oído hablar de esos combates. Incluso había conocido a un participante, un norteamericano llamado Tom, que practicaba *judo* en el Kodokan. Era un tipo de aspecto duro, pero que se expresaba asombrosamente bien y que compartió conmigo una interesante y valiosa filosofía de los combates sin armas. Yo lo había derrotado en *judo*, pero no estoy seguro de cómo habrían ido las cosas en un entorno menos formal.

—Al parecer, este individuo logró grandes éxitos en esos torneos clandestinos —dijo Tatsu—. No sólo contra hombres. También en combates contra animales. Perros.

—¿Perros? —pregunté sorprendido.

Asintió con expresión adusta.

—Esos eventos están organizados por los *yakuza*. Era inevitable que las destrezas de nuestro hombre llamaran la atención de los organizadores y que vieran que este sujeto estaba llamado a tareas más importantes que las de pelear por el dinero de un premio.

Asentí.

—Podía matar en el mundo real.

—Ciertamente. Y desde el año pasado, eso es precisamente lo que ha estado haciendo.

—Dijiste que poseía un conjunto refinado de habilidades.

—Sí, ha desarrollado una capacidad que antes yo creía que tenías tú en exclusiva.

Guardé silencio.

—En los últimos seis meses —continuó—, se han producido dos muertes, aparentemente por suicidio. Las dos víctimas eran altos ejecutivos bancarios de instituciones a punto de fusionarse. Los dos saltaron a su muerte desde el tejado de un edificio.

Me encogí de hombros.

—Por lo que he leído sobre la situación de los balances bancarios, me sorprende que sólo dos hayan saltado. Hubiera esperado más de cincuenta.

—Tal vez hace veinte años, o incluso diez, ése podría haber sido el caso. Pero ahora en Japón el suicidio existe más como un ideal que como una práctica. —Tomó un sorbo de la infusión—. Hoy día se prefiere una disculpa al estilo americano.

—«*Lamento que se hayan cometido errores*» —dije sonriente.

—A veces ni siquiera «*lamento*». Solamente dicen: «*Es lamentable*».

—Al menos no proclaman que aceptar sobornos es una enfermedad y que sólo necesitan un tratamiento para curarse.

Hizo una mueca.

—No, todavía no.

Bebió otro sorbo.

—Ninguno de los presuntos suicidas dejó una nota. Y me he enterado de que a los dos les preocupaba que los créditos en activos no productivos de la otra parte fueran sustancialmente más altos de lo anunciado.

—¿Y qué? Todo el mundo sabe que los problemas crediticios son mucho más graves de lo que admiten los bancos o el gobierno.

—Es verdad, pero esos hombres amenazaron con destapar el problema como forma de bloquear una fusión planteada sin un sano criterio empresarial, pero que de cualquier modo apoyaban ciertos elementos del gobierno.

—Al parecer, una operación nada inteligente.

—Permíteme preguntarte algo —dijo mirándome a los ojos—. Hipotéticamente. ¿Sería posible, desde un punto de vista realista, arrojar a alguien de un edificio y hacer que parezca un suicidio?

Sabía con certeza que lo era, pero decidí aceptar la invitación de Tatsu a mantener la conversación a un nivel «hipotético».

—Depende de lo completo que sea el examen forense —dije.

—Supón que sea uno muy completo.

—Si es muy completo, las cosas se complican. Pero aún es posible. El mayor problema es llevar a la víctima al tejado sin que nadie lo vea. A menos que tengas un modo de convencerlo para que suba a reunirse contigo o que sepas que va a estar allí de antemano, tendrías que llevarlo tú mismo. Si está consciente, seguramente armaría un gran revuelo. Asimismo, si luchara contra ti, quedarían pruebas del forcejeo: un poco de tu piel en sus uñas; acaso un mechón de pelo entre sus dedos, u otros elementos incompatibles con un acto voluntario. Y pelearía sin preocuparse por su seguridad personal ni por el dolor, por tanto, también te dejaría a ti lleno de huellas de una pelea. No tienes ni idea de cómo lucha un hombre cuando comprende que lo hace por su vida.

—¿Y atarlo antes?

—Si atas a alguien, dejas marcas. Incluso si no pelea.

—Y él lucharía.

—¿No lo harías tú?

—¿Matarlo primero?

—Tal vez, pero es arriesgado. Los cambios en el cuerpo se graban rápidamente después de la muerte. La sangre se detiene. Cae la temperatura.

Y los resultados del impacto en un cadáver no son los mismos que en un cuerpo con vida. El forense puede notar esas diferencias. Además, aún tendrías que inquietarte por las pruebas de la causa real de la muerte.

—¿Y si estuviera inconsciente?

—Yo probaría ese camino. De estar inconsciente, aún habría que cargarlo como un cadáver. Y no resulta nada fácil manejar un peso muerto de setenta o cien kilos. Además, si has usado una droga para adormecerlo, lo más probable es que siga en su corriente sanguínea después de muerto.

—¿Y con alcohol?

—Si ha bebido lo suficiente como para desvanecerse, estarías en buena posición. Muchos suicidas beben antes de apretar el gatillo; en consecuencia, no hay nada sospechoso en ello. Pero ¿cómo te las vas a ingeniar para que el tipo beba hasta desplomarse?

Asintió.

—Los dos saltadores en cuestión tenían unos niveles de alcohol en la sangre como para quedar inconscientes.

—Puede ser lo que estás pensando. O no. Eso es lo bonito del caso.

—¿Una inyección?

—Posiblemente, pero para inyectarles suficiente alcohol, tienes que dejar un pinchazo a la vista. Además, puede haber alcohol en la sangre, pero ¿ningún residuo de, digamos, Asahi extra seco en el estómago? Malo.

—Quizá un montaje. Una mujer, alguien que le sirviera y le hiciera beber más de lo que aguantaba.

—Eso podría funcionar.

—¿Cómo lo harías?

—¿Hipotéticamente?

Me miró.

—Por supuesto —dijo.

—Hipotéticamente, trataría de acercarme al objetivo a última hora de la noche, cuando hubiera menos gente en las proximidades. Tal vez en su apartamento, si estuviera lo bastante seguro de encontrarle a solas y yo tuviera un medio de acceso indetectable. Me vestiría de portero, ya que nadie presta atención a los porteros; le golpearía con una porra; lo colocaría dentro de un carro para la ropa sucia, o un gran contenedor con ruedas, lo que fuera que no desentonara con el entorno. Forraría el contenedor con algo blando para asegurarme de que no iba a sufrir ninguna contusión que resultara incompatible con la caída. Habría que golpearlo cada quince segundos o así para que siguiera inconsciente, pero sin gente alrededor eso no sería difícil.

Habría que llevarlo al tejado, ponerlo sobre el borde y tirarlo al vacío. Así es como lo haría. Hipotéticamente.

—¿Qué pensarías si encontraras una pequeña cinta de plástico en la correa del reloj de la víctima?

—¿Qué clase de plástico?

—Celofán. Grueso. De ese que viene en rollos para proteger muebles y otros objetos de gran tamaño.

Yo conocía algunos usos de esa clase de plástico, y medité sobre ello un momento.

—El asesino puede haber emborrachado a la víctima. Dejemos de lado un momento cómo lo hizo. Luego lo envuelve en plástico para no tener que tocarlo. Lo lleva al borde del tejado, agarra bien fuerte una punta del plástico y le da un empujón. La víctima sale del plástico y cae en picado. Un buen trabajo.

—A menos que de algún modo el reloj de la víctima se enganche en el plástico.

—No es imposible, pero si es lo único que tienes, tienes bien poco.

—También hubo un testigo presencial. Un botones del hotel donde murió una de las víctimas. A las tres de la mañana, la misma hora que el forense dictaminó como hora del deceso, le echó una buena mirada a un portero que llevaba un gran carro de ropa en uno de los ascensores. Justo la escena que acabas de representar.

—¿Dio su descripción?

—Al detalle. La mejilla izquierda, aplastada de sus días de *muay* tailandés. En la otra, una cicatriz inusual debajo del ojo. Eso puede ser resultado de mordeduras de perro. Un rostro aterrador —dijo—. Y una descripción totalmente precisa.

—¿Ningún portero semejante que trabaje en el hotel?

—Correcto.

—¿Qué le pasó al botones?

—Desapareció.

—¿Muerto?

—Es probable.

—¿Eso es todo lo que tienes?

Se encogió de hombros.

—Y dos muertes similares en las afueras de Tokio. Dos parientes de un pez gordo del parlamento. —Apretó la mandíbula, y luego aflojó—. Uno era un niño.

—¿Un niño?

Apretó; aflojó.

—Sí, sin historial de problemas emocionales o en los estudios. Ningún antecedente de intento de suicidio.

En una ocasión, oí decir que Tatsu había perdido un hijo pequeño. Quise preguntarle al respecto, pero no lo hice.

—Si esas muertes debían enviar un mensaje a los jefes —dije—, fueron demasiado sutiles. Si creen que se trata de suicidios, no sentirán ninguna presión contra ellos.

Asintió.

—Tuve la oportunidad de entrevistar a los jefes. Todos negaron haber recibido algún mensaje que dijera que no se trataba de suicidios. Todos mintieron.

Tatsu tenía un olfato especial para esta clase de cosas. Yo confiaba en su capacidad de juicio.

—Me sorprende que no hayas creído que yo estaba implicado en esto —dije.

Guardó silencio un momento antes de contestar.

—Pude haberlo hecho, pero aunque no pretendo comprender cómo haces lo que haces, te conozco. Tú no matarías a un niño. No de esa manera.

—Yo te lo he dicho —dije.

—No hablo de lo que me dijiste. Hablo de lo que sé.

Me sentí extrañamente agradecido por su confianza.

—En cualquier caso —continuó—, algunos de tus movimientos, tal como quedaron registrados en la red de cámaras de seguridad de Osaka, te proporcionarían una coartada.

Enarqué las cejas.

—¿Tus cámaras son lo bastante eficaces como para seguirme los pasos, pero no lo bastante como para ver a alguien que envuelve a gente con plástico y luego la arroja por los tejados?

—Como te he dicho, las redes no son perfectas. No controlo su funcionamiento. —Me miró—. Y yo no soy el único que tiene acceso.

Tomé un último sorbo de té y pedí a una camarera que trajera más agua caliente. Quedamos en silencio hasta que la trajeron.

Cogí la delicada taza de porcelana y lo miré.

—Dime algo, Tatsu.

—¿Sí?

—Estas preguntas. Tú ya sabes las respuestas.

—Por supuesto.

—Entonces, ¿por qué me las haces?

Se encogió de hombros.

—Creo que el hombre con el que estamos lidiando es un psicópata. Que es capaz de matar en cualquier circunstancia. Trato de comprender cómo actúa una criatura semejante.

—¿A través de mí?

Movió la cabeza arriba y abajo.

—Creí que habías dicho que yo no era el modelo adecuado. —Mi tono fue más contundente de lo que quería.

—Tú eres lo más parecido a él que yo conozco. Lo que te hace idealmente apto para cazarlo.

—¿Qué significa eso de «cazarlo»?

—Se mueve con sumo cuidado. No es fácil de atrapar. Tengo pistas, pero necesitan comprobación.

Tomé otro sorbo de té mientras consideraba la situación.

—No lo sé, Tatsu.

—¿Sí?

—El primer tipo, el del negocio tapadera, era una pieza estratégica. Lo entiendo. Pero este sujeto, este luchador de perros, no es más que fuerza bruta. ¿Por qué no vais a por Yamaoto y los otros capos?

—Los «capos», como tú los llamas, son difíciles de atrapar. Demasiados guardaespaldas, demasiada seguridad, demasiada visibilidad. Yamaoto en particular ha endurecido sus defensas; creo que se debe al temor de que tú le sorprendas, y ahora se ha vuelto tan inaccesible como un primer ministro. E incluso si los pudiera atrapar, hay muchos iguales en las distintas facciones y a la espera de ocupar sus sillones. Son como los dientes del tiburón. Quitas uno y hay diez hileras más esperando a llenar el vacío. Después de todo, llegar a capo no es tan difícil. ¿Qué se necesita? Un poco de sagacidad política, capacidad de racionalización y codicia. No es un perfil particularmente escaso.

Tomó un sorbo de la infusión.

—Además, ese tipo no es un soldado raso común. Es despiadado; está capacitado y se le teme. Un individuo fuera de lo normal, cuya pérdida no sería un golpe sin importancia para sus jefes.

—De acuerdo —dije—. Dado que no tengo ninguna obligación, ¿qué me ofreces?



—No tengo dinero para ofrecerte. Aunque lo tuviera, dudo mucho que pudiera estar a la altura de lo que te pagaban la Agencia y Yamaoto.

Podía estar intentando conseguir un aumento a mi costa. Lo ignoré.

—Siento ser tan rudo, amigo mío, pero me estás pidiendo que corra un gravísimo riesgo. Con sólo pasar un tiempo en Tokio estoy en peligro. Lo sabes.

Me miró. Cuando habló, su tono fue medido y confiado.

—No quisiera suponer que el peligro que te representan la CIA y Yamaoto se limita a Tokio —dijo.

No estuve seguro de adónde quería ir.

—Pero es donde el peligro es mayor —puntalicé.

—Ya te lo he dicho: desde la última vez que tú lo viste, Yamaoto se ha visto obligado a llevar una existencia de máxima seguridad. Ha restringido sus apariciones políticas; ya no se entrena en el Kodokan; sólo viaja rodeado de guardaespaldas. Tengo entendido que no le gustan estas restricciones. De hecho, creo que las detesta. Y sobre todo, detesta que tú hayas sido la causa.

—No me tienes que contar que Yamaoto tiene un motivo —dije—. Sé lo que le gustaría hacerme. Es el tipo de hombre que se siente humillado y enfurecido por cómo le robamos aquel disco. Nunca lo olvidará.

—¿Y nada de eso te quita el sueño por la noche?

—Si dejara que esa clase de mierdas me quitaran el sueño, tendría bolsas debajo de los ojos del tamaño de las islas Sado. Además, puede tener todo el motivo que quiera, pero yo no le voy a dar ninguna oportunidad.

Asintió.

—Estoy seguro de que no se la darás, pero como he dicho, yo no soy el único que tiene acceso a Juki Net.

Lo miré, temiendo que sus palabras ocultaran una amenaza. Tatsu siempre es sutil.

—¿Qué estás diciendo, Tatsu?

—Sólo que si yo pude encontrarte, Yamaoto también podrá. Y no está solo en sus esfuerzos. La CIA, como sabes, está deseosa de volver a verte.

Tomó un sorbo de la tisana.

—Si me pongo en tu lugar, veo dos posibilidades. Una es que te quedes en Japón, pero no en Tokio, y vuelvas a tu vida de antes. Es tal vez lo más fácil, pero también lo menos seguro.

Volvió a beber.

—La segunda es que dejes el país y empieces en otra parte. Es lo más difícil, pero puede brindarte mayor seguridad. En cualquier caso, el problema

es que dejarás cosas sin terminar con ciertas partes que te la tienen jurada, partes con alcance global y memoria de elefante, y que no tendrás aliados en tu lucha contra ellos.

—No necesito aliados —dije, pero la réplica me sonó débil incluso a mí.

—Si piensas abandonar Japón, podemos despedirnos como amigos —dijo—. Pero si hoy no puedo contar con tu ayuda, me será difícil ayudarte mañana cuando necesites una verdadera ayuda.

Eso era lo más directo que podía ser Tatsu. Me lo pensé, preguntándome qué hacer. ¿Dejarlo todo y desaparecer en Brasil aunque no hubiera completado los preparativos? Tal vez. Pero yo detestaba la idea de dejar cabos sueltos que luego alguien podría utilizar para atraparme. Porque pese a su obvio interés en destacar los peligros que me representaban la CIA y Yamaoto, la valoración de Tatsu no era muy distinta de la mía.

La otra posibilidad era llevar a cabo un último trabajo y quitármelo de encima: mantenerlo satisfecho mientras yo acababa mis preparativos. Su ofrecimiento tampoco era moco de pavo. Tatsu tenía acceso a gente y sitios a los que ni siquiera Harry podía llegar. Hiciera lo que hiciera en el futuro, él sería un magnífico contacto.

Me lo pensé un rato. Finalmente le dije:

—Algo me dice que traes un sobre.

Asintió.

—Dámelo —dije.

## Capítulo 8

Llevé el sobre a mi apartamento y allí lo leí. Me senté en el escritorio y saqué los papeles. Marqué algunos pasajes. Escribí en los márgenes. Leí algunas partes detenidamente. Me salté otras. Traté de captar lo esencial.

El sujeto se llamaba Murakami Ryu. El *dossier* era impresionante con respecto al historial, que en buena medida Tatsu ya me había sintetizado, pero flojo con respecto a los detalles actuales que yo necesitaba para acercarme a él. ¿Dónde vivía? ¿Dónde trabajaba? ¿Cuáles eran sus hábitos y rutinas? ¿Qué sitios frecuentaba? ¿Con quiénes se relacionaba? Todo eso estaba en blanco, o era demasiado vago como para serme útil de inmediato.

No era un fantasma, pero tampoco un ciudadano normal. Los ciudadanos tienen direcciones, lugares de trabajo, antecedentes fiscales e historiales médicos. La falta de información en torno a Murakami era una información en sí misma. Lo que proporcionaba un marco, pero aún me faltaba la imagen.

«Está bien. Empieza por el marco.»

La falta de información me hablaba de un hombre precavido. Serio. Un realista. Un hombre que no corría riesgos, que era cuidadoso en sus movimientos, de quien se podía esperar que cometiera pocos errores.

Mezclé los papeles. Hasta sus socios conocidos del crimen organizado provenían de múltiples familias. No trabajaba en exclusiva para ninguno de los *yakuza gumi* conocidos. Era un trabajador por cuenta propia, un tipo con los pies en distintos sitios y relacionado con muchos mundos sin pertenecer a ninguno.

«Como yo.»

Parecía que le gustaban los bares de alterne. Se le había visto en varios de postín, donde se gastaba el equivalente en yenes a veinte mil dólares por noche.

«No como yo.»

La gente recuerda a quienes gastan a manos llenas. En mi negocio, cuidadoso quiere decir no ser recordado. ¿Signo de atolondramiento? ¿Falta de disciplina? Quizá, pero era un comportamiento sin pautas marcadas; sólo se sabía de su existencia. No había ninguna pista qué seguir.

Pero sí había algo en esos despilfarros periódicos. Guardé la idea para más tarde, cerré los ojos y traté de formarme una imagen coherente.

La lucha. Ése era un tema recurrente, pero la información de Tatsu sobre dónde, cuándo y con los auspicios de quién tenían lugar los combates ilegales era demasiado esquemática.

La policía había allanado varios locales, pero en diferentes sitios. El hecho de que la policía suspendiera los combates sólo quería decir que no le pagaban lo suficiente para no hacerlo. Y también significaba que los organizadores estaban dispuestos a pagar la confidencialidad al precio de unas pocas intervenciones al azar de la policía. Lo que demostraba buen criterio y tal vez avaricia.

Una lástima, desde mi punto de vista. De haber habido sobornos, habría habido filtraciones que Tatsu hubiera descubierto.

«Sigue con las peleas —pensé mientras intentaba visualizarlas—. Las peleas. No son un trabajo para este tipo. Es un asesino. Para él, no son más que una diversión.»

¿A cuánto ascenderían las bolsas? ¿Cuánto se debe pagar a dos hombres para subir al cuadrilátero cuando saben que quizá sólo uno salga caminando?

¿Cuántos espectadores? ¿Cuánto tienen que pagar para ver a dos hombres luchando a muerte? ¿Cuánto apuestan? ¿Cuánto gana la casa?

Tienen que mantener un aforo limitado. De otro modo, corre la voz y la policía llega.

Entusiastas. Adictos. Tal vez cincuenta hombres. Las entradas, a cien o doscientos mil yenes. Las apuestas son gratuitas. Muchísimo dinero que cambia de manos.

Me apoyé en el respaldo de la silla Aeron, con los dedos entrelazados detrás de la cabeza y los ojos cerrados. Págale al ganador el equivalente en yenes de veinte mil dólares. El perdedor percibe unos dos mil, si aún está vivo. Los dos mil van a la cuadrilla que se ocupa del cuerpo si éste no sale con vida. Los gastos generales son mínimos. La casa se embolsa los ochenta mil restantes. No está nada mal para una noche.

A Murakami le gustaba pelear. Diablos, el pride no era suficiente para él. Necesitaba más. Y no se trataba del dinero. El pride, con sus promociones y canales de pago, debía de pagar mucho más a ganadores y perdedores.

No, para este individuo no era un problema de dinero. Era la excitación. La proximidad de la muerte. El subidón que sólo se puede alcanzar matando a un hombre que a su vez hace todo lo posible por matarlo a uno.

Conozco la sensación. Me fascina y me repele. Y para unos pocos hombres, la mayoría de los cuales pueden vivir fieles a su naturaleza de mercenarios despiadados, se convierte en una adicción.

Esos hombres viven para matar. Para ellos, matar es lo único real.

Yo había conocido a uno de ellos, mi hermano de sangre Crazy Jake.

Recuerdo cómo se desataba Jake tras volver de una misión. Se arrebataba; no sólo su temperamento, sino todo su metabolismo se revolucionaba. Se le podía ver el brillo y oír el zumbido en el cuerpo. Eran las únicas ocasiones en que se volvía una persona habladora. Con los ojos llenos de sangre y la boca con una mueca de maniático, contaba cómo había ido la misión.

Mostraba los trofeos. Cueros cabelludos y orejas. De los trofeos decía: «¡Están muertos! ¡Y yo estoy vivo!».

En Saigón, invitaba a todo el mundo a cerveza. Pagaba las putas. Organizaba fiestas. Necesitaba un grupo con el que celebrarlo. «¡Estoy vivo! ¡Ellos están muertos! ¡Estoy vivo y coleando!»

Me eché hacia delante en la silla y puse las palmas sobre la superficie del escritorio. Abrí los ojos.

Las cuentas de los bares.

Acabas de matar y has sobrevivido. Quieres celebrarlo. Te han pagado en efectivo. Puedes celebrarlo.

Parecía coherente. Los primeros atisbos de llegar a conocer a este sujeto; el inicio de las pistas que necesitaba para acercarme a él.

Le encantaban las peleas. Era un adicto a la buena vida. Pero era un hombre serio. Un profesional.

Rebobinemos. Tenía que entrenarse. Y no en un *dojo* de barrio con pago mensual, junto a guerreros de fin de semana. Ni siquiera en algunos de los sitios más serios, como el Kodokan, donde los judokas de la policía se mantenían en buen estado. Necesitaba y seguramente encontraba algo más intenso.

Encuentra ese sitio y lo encontrarás a él.

Hice una larga caminata por la ribera del Okawa. En las aguas verdes dormían inmensas pilas de lodo y basura, absurdas y estancadas. Me pasaban cerca los murciélagos en busca de insectos. Una pareja de chicos pescaba con sus cañas desde un muro de cemento de contención, esperando sacar dios sabe qué de aquellas aguas turbias.

Encontré una cabina y marqué el número que Tatsu me había dado.

Contestó a la primera llamada.

—¿Puedes hablar? —le pregunté.

—Sí.

—Nuestro hombre se entrena para los combates. No en un *dojo* cualquiera.

—Espero que estés en lo cierto.

—¿Tienes información acerca del lugar?

—Nada que no esté en el sobre.

—De acuerdo. He aquí lo que estoy buscando. Un lugar pequeño. Unos quinientos metros cuadrados. No en un barrio de clase alta, pero tampoco en los bajos fondos. Algo discreto. Sin publicidad. Una clientela de mal vivir. Crimen organizado, moteros, matones. Gente con antecedentes policiales. Historias de violencia. ¿Has oído hablar de un sitio con estas características?

—No, pero sé dónde mirar.

—¿Cuánto tardarás?

—Un día. Tal vez menos.

—Pon lo que encuentres en el tablero de anuncios. Cuando lo hayas hecho, envíame un mensaje.

—Lo haré.

Colgué.

El busca sonó a la mañana siguiente. Fui al cibercafé de Umeda para ver el tablero de anuncios. El mensaje de Tatsu consistía en tres categorías de información. La primera era una dirección: Asakusa 2-chome, número 14. La segunda, que allí se había visto a un hombre que coincidía con la descripción de Murakami. La tercera, que el levantador de pesas había sido uno de los patrocinadores de aquel *dojo*. La primera me indicaba adónde ir. La segunda, que valía la pena acercarse allí. La tercera me daba una idea de cómo entrar.

Redacté un mensaje para Harry, en el que le preguntaba si podía ver si mi socio, el levantador de pesas, había recibido alguna vez llamadas que estuvieran controladas por la torre más cercana a la dirección de Asakusa. Basándome en la información de Tatsu, esperaba una respuesta afirmativa. De ser así, se confirmaría que el levantador de pesas había estado en el *dojo* y que allí se lo conocía; en cuyo caso yo usaría su nombre como aval. También le pregunté a Harry si había tenido noticia de algún nuevo empleado del gobierno de Estados Unidos. Descargué el mensaje en nuestro tablero de anuncios, y luego lo llamé al busca para hacerle saber dónde estaba el mensaje.

Una hora más tarde, sonó mi busca. Abrí el tablero de anuncios y recibí su mensaje. Ninguna visita de hacienda con un rostro sonriente al lado. Y un registro de las llamadas del levantador de pesas que pasaron por la torre de Asakusa 2-chome. Estábamos en marcha.

Colgué un mensaje para Tatsu en el que le decía que iba a visitar el sitio y que le diría lo que había encontrado. Le dije que lo necesitaba para crearle una pantalla de protección a Arai Katsuhiko, la identidad que yo había usado en el gimnasio del levantador de pesas. Arai-san tenía que ser de provincia, lo que explicaría su falta de contactos locales. Algún tiempo en prisión en dicha provincia a causa de, digamos, una agresión sería una ventaja. Lo ideal sería unos antecedentes laborales con una compañía local; algo de baja categoría, pero no bajo control directo de la mafia. Quienquiera que decidiera investigarme se encontraría con la mera historia de un hombre que trata de dejar atrás un pasado fracasado, de alguien que había llegado a la gran ciudad para huir de malos recuerdos, tal vez para volver a iniciar su vida de cero.

Cogí un tren de alta velocidad nocturno y llegué a la terminal de Tokio cerca de la medianoche. Esta vez me alojé en el hotel Imperial de Hibiya, otro lugar céntrico que carece de las comodidades y del estilo de, digamos, el Seiyu Ginza o el Chinzanso o el Marunouchi Four Seasons, pero que lo compensa con tamaño, anonimato y múltiples puertas de entrada y salida. Asimismo, el Imperial fue donde estuve con Midori por última vez; pero lo elegí por seguridad, no por sentimientos.

A la mañana siguiente, fui a ver el tablero de anuncios. Tatsu me había concedido la identidad requerida junto con la localización de una casilla de consigna automática, en la estación de Tokio, de la que podía retirar el DNI. Leí el mensaje hasta haberlo memorizado y luego lo eliminé.

Tomando mis precauciones de vigilancia, caminé desde la estación de Tokio, donde retiré los documentos que podía necesitar, hasta una de las estaciones de la línea Ginza, el metro más antiguo de la ciudad. De allí fui a Asakusa. Asakusa, situada en el noreste de la ciudad, forma parte de los restos del Shitamachi, la ciudad vieja de Tokio.

Asakusa 2-chome estaba al noroeste de la estación, de modo que fui hacia allí a través del Sensoji, el templo de Asakusa. Entré por Kaminarimon, la Puerta del Trueno protectora de Kannon, la diosa de la misericordia, a la que está dedicado el templo. Mis padres me habían llevado allí cuando tenía cinco años, y el sitio de la inmensa linterna roja de papel en la entrada representa uno de mis primeros recuerdos. Mi madre insistió en hacer la cola para comprar *kaminari okoshi*, el típico tentempié de Asakusa, en la tienda

Tokiwado, cuyas galletas eran consideradas las mejores. Mi padre se quejó de tener que hacer cola por una bagatela turística, pero mi madre lo ignoró. Las galletas me parecieron magníficas, crujientes y dulces, y mi madre, riéndose mientras nos las comíamos, me decía: «¿*Oichi, ne? Oichi, ne?*» (¿Verdad que están ricas? ¿Verdad que están ricas?); hasta que mi padre no pudo más y se unió a nosotros.

Hice un descanso delante del templo Sensoji y contemplé el lugar. A mi alrededor, se arremolinaba la bulla generalizada de los turistas excitados; de los vendedores que exhortaban a los clientes potenciales: «¡*Hai, irasshaie! ¡Hai, Dozo!*», y de los ruidosos escolares alborotados con las legiones de palomas que moran en el templo. Alguien sacudía una lata de *omikuji* llena de cientos de monedas, depositadas con la esperanza de cambiar la suerte. El incienso del gigantesco *okoro* de bronce me llegó simultáneamente dulce y acre por al aire fresco. En derredor del incensario había grupos de gente que intentaba ahumar las partes del cuerpo que esperaban curar con las supuestas propiedades mágicas de aquél. Un anciano con gorra de marinero se acercaba grandes bocanadas de humo a sus muslos y mientras lo hacía, se reía a mandíbula batiente. Un guía turístico trataba de hacer una foto de grupo, pero las oleadas de peatones le arruinaban la foto. La gigantesca Puerta Hozomon se elevaba silenciosa en medio de todo esto; meditabunda, digna, inmune a las décadas de clamor turístico, de frenéticos fotógrafos, y con el guano amontonado en sus aleros como cera de candelabros inmolados.

Me dirigí al oeste. El alboroto disminuyó hasta ser reemplazado por el raro y deprimente silencio que sobrevuela la zona como una humareda. Fuera de la actividad turística de Sensoji, parecía que Asakusa había sido golpeada con fuerza por la decadencia japonesa de la última década.

Caminaba mirando a derecha e izquierda y tomando nota del entorno. A mi derecha, apareció el parque de atracciones Hanayashiki, con su rueda Ferris vacía y girando absurdamente contra el cielo ceniciento. La explanada de más allá estaba ocupada por unas pocas palomas del templo vecino, y el ocasional aleteo de sus alas resonaba en el silencio imperante. Por todos lados se veían grupos de vagabundos que fumaban pitillos recogidos del suelo. Un cartero sacó unos pocos sobres de un buzón público y prosiguió con prisa su camino, como temeroso de contagiarse de la enfermedad que había devastado el barrio. El dueño de un café, perdido en el fondo de su desierto local, esperaba a unos clientes desaparecidos hacía tiempo. Hasta las salas de juegos estaban vacías, y la música alegre y superficial que salía de sus portales sonaba insólita e irónica.



Giré al final de la calle que buscaba. Un chico fortachón con gafas oscuras se apoyaba contra la pared. Me imaginé que era un guardián. Y no podía haber dudas al respecto, ya que en la siguiente esquina se apostó su gemelo.

Pasé al primer sujeto. Tras unos cuantos pasos, giré la cabeza para mirarlo. Él me observaba mientras hablaba por un *walkie-talkie*. Era una calle tranquila, y yo no tenía pinta de ser uno de los jubilados que vivían en el barrio. La llamada era rutinaria: alguien viene; no sé quién es.

Seguí caminando y encontré el portal; era un edificio corriente de dos pisos con una fachada de cemento. La puerta era vieja y estaba hecha de metal grueso. Tres hileras de grandes cerrojos la cruzaban en horizontal, probablemente para reforzar las trancas del otro lado. Los cerrojos decían: «Los visitantes no son bienvenidos».

Miré en derredor. Delante de mí había un destartado cobertizo azul y corrugado, con las ventanas hundidas como los ojos de un cadáver. A la derecha había una diminuta lavandería con tres lavadoras y tres secadoras dispuestas unas delante de las otras en ordenadas hileras, como si estuvieran a punto de llevárselas y tirarlas. Las paredes estaban amarillentas y las decoraban carteles despegados. El suelo estaba lleno de jabón en polvo y colillas de tabaco. Una máquina expendedora colgaba de una pared, ofreciendo jabón en polvo a 50 yenes el paquete a clientes que bien podrían haber sido fantasmas.

Había un timbre hundido en el ladrillo color de barro, a la derecha de la puerta. Lo apreté y esperé.

Se abrió una mirilla a la altura de mi cabeza. Al otro lado, un par de ojos me miraron a través de una malla metálica. Los ojos estaban ligeramente enrojecidos. Me observaban en silencio.

—Vengo a entrenarme —dije en un japonés cortante.

Hubo un momento de silencio.

—Aquí no se entrena —fue la respuesta.

—Soy cuarto *dan* de *judo*. Un amigo mío me recomendó este sitio. —Y dije el nombre del levantador de pesas.

Los ojos detrás de la mirilla se entrecerraron. La rendija se cerró. Esperé. Pasó un minuto; luego, cinco más. La mirilla volvió a abrirse.

—¿Cuándo le recomendó Ishihara este club? —preguntó el dueño de un nuevo par de ojos.

—Hace aproximadamente un mes.

—Tardó mucho en venir.

Me encogí de hombros.

—He estado fuera de la ciudad.

Los ojos me escudriñaban.

—¿Cómo está Ishihara-san?

—La última vez que lo vi, muy bien.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace más o menos un mes.

—¿Y usted se llama...?

—Arai Katsuhiko.

Los ojos no parpadearon.

—Ishihara-san nunca mencionó su nombre.

—¿Debía haberlo hecho?

Seguía sin parpadear.

—Nuestro club tiene una costumbre. Si un miembro menciona el club a un no miembro, también menciona al no miembro al club.

Yo tampoco parpadeé.

—No conozco sus costumbres. Ishihara dijo que este sería un lugar apropiado para mí. ¿Puedo entrenarme aquí o no?

Los ojos bajaron a la bolsa de gimnasio que llevaba conmigo.

—¿Quiere entrenarse ahora?

—Para eso he venido.

Volvió a cerrarse la mirilla. Un momento después, se abrió la puerta.

Detrás había una pequeña antecámara. Construcción de bloques de hormigón. Pintura gris desconchada. El dueño de los ojos me examinaba. No parecía estar impresionado. Nunca lo parecen.

—Puede entrenarse —dijo. Estaba descalzo y vestía pantalones cortos y una camiseta. Le eché entre setenta y cinco y ochenta kilos de peso. Tirando a corpulento. Pelo entrecano al rape; edad, unos sesenta años. Ya había pasado la que seguramente había sido una formidable flor de la vida, pero aún era un tipo duro; nada de tonterías con él, nada de poses.

—*Sore wa yokatta* —repliqué. Muy bien, pues. Más allá del tipo corpulento, y a su derecha, había un espécimen más pequeño, hirsuto, demasiado moreno para ser japonés, con la cabeza afeitada. Reconocí los ojos inyectados en sangre; eran los mismos que me habían mirado a través de la rendija. Aunque más delgado que el primer tipo, éste irradiaba algo intenso e impredecible.

Los pequeñitos pueden resultar peligrosos. Al no poder depender nunca del tamaño a la hora de intimidar, entonces tienen que aprender a pelear. Lo sé porque, antes de entrar en el ejército, yo había sido uno de ellos.

La antecámara daba a una sala rectangular de unos veinte por treinta metros. Olía a sudor rancio. Dominaba la habitación una colchoneta tatami de *judo*. Media docena de especímenes musculosos la utilizaban para una especie de *randori*, o entrenamiento en vivo. Vestían pantalones cortos y camisetas, como el tipo que había abierto la puerta; nadie llevaba un *judogi*. En una esquina de la colchoneta, alguien practicaba codazos y rodillazos contra un muñeco tendido boca abajo con forma de hombre. La cabeza, cuello y pecho del muñeco estaban prácticamente momificados con refuerzos de cinta plástica.

En otra esquina, dos bolsas pesadas de lona colgaban con gruesas cadenas de las vigas a la vista. Tamaño humano. Bolsas grandes de unos setenta kilos o más. Las golpeaban un par de tipos de anchos cuellos con golpes al estilo *yakuza* sin guantes y sin cinta protectora; los golpes no eran rápidos, pero sí sólidos. El *whap, whap* de los nudillos contra el cuero retumbaba en el espacio cerrado.

Me interesó la falta de cinta adhesiva en muñecas y dedos. Los boxeadores usan cinta para protegerse las manos, pero llegan a depender tanto de la cinta que no saben pegar sin ella. Hasta Mike Tyson se rompió una mano en una pelea nocturna a puño limpio. En una pelea de verdad, si te rompes la mano, sólo pierdes la pelea. Pero si estás peleando por tu vida, también pierdes la vida.

Y nadie vestía un *judogi*. Esto también era interesante, especialmente en un país tan apegado a la tradición como Japón. Los puristas te dicen que entrenarse con *judogi* es más realista que sin él, ya que después de todo la gente rara vez pelea desnuda. Pero la vestimenta moderna —la camiseta, por ejemplo— a menudo se acerca más a la desnudez que el *gi* reforzado y con cinturón. En consecuencia, el entrenamiento sólo con *gi*, si bien sigue la tradición, no es necesariamente el no va más del realismo.

Todo indicaba que esa gente era seria.

—Se puede cambiar en el vestuario —dijo el individuo pequeño—. Entre en calor y podrá hacer un poco de *randori*. Veremos por qué Ishihara-san pensó que éste sería un buen lugar para usted.

Asentí y me dirigí al vestuario. Era un espacio húmedo con una alfombra gris y sucia. La media docena de armarios destartados de metal estaban a ambos lados de una puerta exterior de aspecto sólido y con cerradura de combinación. Me puse los pantalones de algodón de judo, pero dejé la chaqueta en la bolsa. Mejor mezclarse.

Volví a la sala y me estiré. Nadie me prestó mayor atención, salvo el tipo moreno que me observaba mientras yo calentaba.

Unos quince minutos más tarde, se me acercó.

—¿*Randori*? —preguntó con un tono que era más de desafío que de invitación.

Sacudí la cabeza afirmativamente y evité su dura mirada. En mi cabeza, el encontronazo ya había empezado, y yo siempre prefiero que el contrario me subestime.

Lo seguí hasta el centro de la colchoneta, dando la impresión de estar un poco acobardado e intimidado.

Dimos varias vueltas buscando una oportunidad para comenzar. En mi visión periférica, noté que los demás habían dejado sus tandas de ejercicios para ver el espectáculo.

Le enganché el brazo derecho con mi brazo izquierdo y se lo bajé para trabarlo; una entrada simple y efectiva de mis días de lucha romana en la escuela norteamericana. Pero fue rápido: dejó caer el brazo, se agachó y pudo retirarlo del enganche. En el acto, cambié el ataque al lado izquierdo, pero allí también lo paró bien. Ningún problema. Yo hacía fintas, pulsaba su defensa y aún no le mostraba lo que podía hacer.

Abandoné el modelo de ataque y empecé a erguirme. Cuando lo hice, vi que rotaba las caderas y que estaba a punto de darme un golpe en el lado derecho de la cabeza. Un gancho de izquierda. «Diablos.» Lancé la mano derecha por el hueco y agaché la cabeza. Su golpe me pasó rozando la nuca; la mano se retiró al instante.

Di un rápido paso atrás.

—¿*Kore ga randori nanoka? ¿Bokushingu janaika?* —le pregunté. ¿Estamos haciendo *randori* o boxeo? Simulé estar más preocupado de lo que estaba. He practicado algo de boxeo. No siempre con guantes.

—Así es como practicamos *randori* en esta casa —contestó con desdén.

—¿Sin reglas? —dije haciéndome el nervioso—. No estoy seguro de que me guste.

—Si no te gusta, no te entrenarás aquí, *judoyaro* —dijo, y oí que alguno se reía.

Miré en derredor como si estuviera inseguro de mí mismo, pero en realidad se trataba de una inspección de rutina del entorno. La adrenalina provoca visión de túnel. La experiencia y el deseo de superarla la paliaban. Los rostros alrededor del tatami transmitían regocijo, y no peligro.

—No estoy acostumbrado a este tipo de cosas —dije.

—Entonces, vete ya mismo del tatami.

Volví a mirar en derredor. No sentí que fuera una trampa. De haberlo sido, ya los habría tenido a todos encima de mí.

—Muy bien —dije poniendo mala cara, como un tipo blando que se las quiere dar de duro. Luego fingí caer víctima de un orgullo idiota—. Lo hacemos a tu manera.

Luego tomé nota de sus fintas. Le gustaba salir con la pierna derecha. Su ritmo era regular; lo cual era una debilidad, pero que seguramente compensaba su velocidad.

Le gustaban las patadas bajas. El pie derecho con la planta hacia adelante; el izquierdo dando una patada circular, y de vuelta a la posición defensiva. Sólo punzaban. No tenían importancia.

El pie derecho volvió a salir para adelante. Cuando estaba a unos pocos milímetros por encima del tatami, me lancé y le cogí el cuello por detrás con la mano derecha; la izquierda hizo lo mismo con el tobillo derecho. Utilicé su cuello como apoyo de mi peso, bajándole la cabeza y acabando con su equilibrio. Lo empujé con un codazo sobre el pecho. Su tobillo estaba bloqueado y su cuerpo lo único que pudo hacer fue caer para atrás sobre el tatami.

Mantuve cogido el tobillo mientras él caía haciéndoselo girar en la dirección contraria de la caída, de modo que aterricé frente a su posición. Caí sentado de horcajadas sobre su pierna y mantuve su tobillo delante de mí. Con un fácil movimiento, se lo puse entre mis bíceps derechos, le cogí los dedos con la mano izquierda y la hice girar en direcciones opuestas. El tobillo se rompió con un ruido como de mazo que golpea madera dura. Libre de sus amarras, el pie se arqueó bruscamente a la derecha. Los tendones y los ligamentos se desgarraron.

Dejó escapar un gran chillido y trató de usar su otra pierna para apartarme. Pero sus patadas fueron débiles. Tenía el sistema nervioso sobrecargado de dolor.

Me puse de pie y me volví hacia él. Tenía la cara verde, como si estuviera a punto de vomitar, y cubierta de un sudor aceitoso. Se agarraba la pierna rota y miraba con los ojos fuera de las órbitas el pie oscilante. Respiró hondo y más hondo, y luego dejó escapar un prolongado gemido.

Las lesiones en el tobillo duelen. Lo he visto en los estallidos de las minas de tierra.

Volvió a respirar hondo y lanzó otro gemido de dolor. De haber estado solos, le habría retorcido el cuello nada más que para que se callara. Miré en

derredor preguntándome si no tendría problemas con sus camaradas.

Uno de ellos, un tipo alto y de largas piernas, con un físico de Adonis y pelo oxigenado y corto, pegó un grito:

—¡*Oi!* —Eh. Empezó a acercarse.

El sesentón entrecano se interpuso.

—*Ii kara, ii kara* —dijo mientras empujaba a Adonis hacia atrás. Ya basta.

Adonis retrocedió, pero siguió lanzándome una mirada hostil.

El sesentón se dio media vuelta y vino hacia mí. Tenía una expresión ligeramente divertida que no llegaba a ser una sonrisa.

—La próxima vez, contrólese más cuando haga una llave en las articulaciones —dijo con naturalidad.

El moreno se retorció. Adonis y dos más fueron a ayudarlo.

Me encogí de hombros.

—Podría haberlo hecho, pero él me dijo: «sin reglas».

—Es verdad. Probablemente será el último tipo al que le sugiere algo parecido.

Lo miré a la cara.

—Me gusta este sitio. Ustedes parecen serios.

—Lo somos.

—¿Ningún problema si me entreno aquí?

—Por la tarde, entre las cuatro y las ocho. Por las mañanas también, de ocho a doce. Hay que pagar una cuota, pero de eso podemos hablar más adelante.

—¿Usted es el encargado del local?

Sonrió.

—Algo así.

—Soy Arai —dije mientras hacía una pequeña reverencia.

Alguien trajo una camilla. El tipo moreno hacía chirriar los dientes y gemía. Alguien le regañó:

—¡*Urusei na!* ¡*Gaman shiro!* —¡Cállate! ¡Aguanta el dolor!

—Washio —dijo el sesentón, devolviendo la reverencia—. Y dicho sea de paso, ¿sabía que Ishihara-san murió hace poco?

Lo miré.

—No, no sabía nada.

Asintió con la cabeza.

—Un accidente en el gimnasio.

—Lo siento mucho. ¿Está abierto todavía su gimnasio?

—Lo llevan algunos de sus socios.

—Bien; aunque presiento que a partir de ahora pasaré más tiempo aquí.  
Sonrió.

—*Yoroshiku*. —Espero verle.

—*Yoroshiku*.

Me quedé unas dos horas más. De tanto en tanto, Adonis me fulminaba con la mirada, pero guardó las distancias. Murakami no hizo acto de presencia.

La mención de Washio de la muerte de Ishihara no me sorprendió ni me puso nervioso. Su muerte parecía un accidente. Incluso si se preguntaban si no habría tenido otra causa, no tenían más razones para sospechar de mí que de cualquier otro usuario del gimnasio.

Por supuesto, si volvían a sacar el tema, sobre todo si era de forma agresiva, yo podría cambiar de opinión.

Fui al día siguiente y al siguiente, pero ninguna señal. No me importaba. Me gustaba estar de regreso en Tokio, y pensé que me podía permitir unos cuantos días más, siempre que no bajara la guardia. Además, hacer un entrenamiento profesional es estupendo. No llega a la vida sana de un profesor de aeróbic, pero es mejor que pasarse toda la noche de vigilancia en una furgoneta tomando café rancio y meando en una botella de plástico.

El cuarto día me dejé caer por la tarde. Tres ocasiones seguidas yendo al mismo sitio y a la misma hora era lo máximo que me podía permitir mi paranoico sistema nervioso. Me sorprendió ver que se repetían muchas caras. Algunos de estos personajes venían dos veces al día. Me pregunté qué harían para ganarse la vida. Serían delincuentes. Sé tu propio jefe. Ten un horario flexible.

Saludé a Washio y a algunos que había llegado a conocer; luego me cambié en el vestuario. Una de las bolsas estaba libre y empecé a darle combinaciones de rodilla y codo. Ejercicios de un minuto de ataque y treinta segundos de descanso. Usaba un pequeño reloj de pared para cronometrarme. Mi velocidad y mi fuerza seguían siendo buenas. Lo mismo pasaba con la resistencia. El tiempo necesario para recuperarme no era el mismo, pero parecía ayudar una dieta regular de aminoácidos líquidos para los músculos, glucosamina para las articulaciones y cognamina para acelerar las neuronas y, por ende, los reflejos.

Durante uno de los períodos de descanso, noté que la gente hizo una pausa en sus ejercicios y se puso a prestar atención a otra cosa. Cambió la atmósfera de la sala.

Eché una mirada y vi a alguien con un traje cruzado de color azul que no le quedaba bien. Tenía las solapas demasiado anchas y las hombreras demasiado grandes. La clase de traje que derrocha fanfarronería por todas las costuras. Estaba flanqueado por dos grandullones que vestían más informalmente y se peinaban como matones de la mafia. Por el tamaño y el porte, supuse que se trataba de guardaespaldas.

Seguramente acababan de llegar. El tipo del traje hablaba con Washio, que le prestaba suma atención aunque se le veía incómodo.

Vi que los demás también los miraban. El recién llegado no podía medir más de un metro cincuenta, pero el cuello era enorme y él pesaba unos ochenta y cinco o noventa kilos. Las orejas eran masas informes de cicatrices tan prominentes que llamarían la atención hasta en Japón, donde semejantes cicatrices no son nada raras entre los *judokas* y los *kendoka*.

Washio señalaba a varios hombres que se entrenaban. El recién llegado sacudía la cabeza. Parecía que Washio le estaba contando las novedades.

Pasaron los treinta segundos. Volví a la bolsa. Codo izquierdo. Gancho de derecha. Rodilla izquierda. Otra vez.

Cuando terminé la secuencia de un minuto, eché una mirada. Washio y el recién llegado venían en mi dirección. Los guardaespaldas permanecieron en la puerta.

—*Oi, Arai* —dijo Washio cuando estuvieron a unos dos metros—. *Chotto mate*. —Descansa un momento.

Recogí la toalla del suelo y me sequé la cara. Se pusieron a mi lado, y Washio señaló al hombre.

—Quiero presentarte a alguien —dijo—. Uno de los patrocinadores de este *dojo*.

Yo ya sabía quién era. Según el informe de Tatsu, la mejilla izquierda estaba aplastada y la derecha exhibía lo que parecía una pelota de golf con bordes dentados. Me imaginé al perro mordiendo y colgando hasta que pudo quitárselo de encima.

Algo me dijo que el perro se había llevado la peor parte.

Sentí que los pelos de la nuca se me ponían de punta y una nueva descarga de adrenalina en las venas. Tengo bien afinada mi reacción de pelear o huir, y la presencia de este tipo la estaba poniendo en funcionamiento.

—*Arai desu* —dije, haciendo una ligera reverencia.

—*Murakami da* —dijo con un movimiento de cabeza; su voz no se distinguía mucho de un gruñido—. Washio me dice que eres bueno. —Puso cara de ponerlo en duda.



Me encogí de hombros.

—Hay un combate mañana por la noche —continuó—. Los organizamos de tanto en tanto. Casi toda la gente paga cien mil yenes por la entrada, pero los miembros del *dojo* entran gratis. ¿Te interesa?

Cien mil yenes. Yo estaba en el barrio idóneo para esa cantidad de dinero. Si ese tipo se sentía a salvo invitándome, eso quería decir que alguien me había investigado. Me alegré de que Tatsu hubiera movido los hilos de la identidad de Arai.

Volví a encogerme de hombros.

—Sí.

Me miró con los ojos fijos, como si estuviera viendo algo a través de mí.

—El combate comienza a las diez en punto. La gente llega un poco antes para las apuestas. Lo hacemos en Higashi Shinagawa 5-chome. Justo después de atravesar el canal de la isla Tennozu.

—¿En el puerto? —dije. Esa zona forma parte de Tokio, pero nunca la había frecuentado cuándo vivía en la ciudad. Queda al sudeste de Tokio y es el hogar de las procesadoras de carne y de plantas de tratamiento de aguas residuales, de centrales eléctricas y de almacenes de mayoristas; todo ello alimentado y engordado por el gran puerto de Tokio. Supongo que el atractivo era que de noche sus calles están desiertas.

—Eso es. La dirección es calle Ocho 25. Un almacén con la palabra «transporte» pintada en la puerta con un gran círculo. Delante del club náutico Lady Crystal. A la derecha cuando sales del monorraíl. Fácil de encontrar.

—Es importante que no se lo digas a nadie —añadió Washio—. De cualquier manera, sólo entran los invitados, pero no queremos problemas con la policía.

Murakami asintió una vez con la cabeza sin dar mayor importancia a las palabras de Washio. Deduje que a Murakami no le importaba quién asistía; lo importante para él era el combate. Por otro lado, Washio era probablemente el encargado de la logística y, en consecuencia, era responsable de lo que ocurriera.

—¿Tú peleas? —pregunté mirando a Murakami.

Sonrió por primera vez. Vi que sus dientes eran demasiado grandes y uniformes, y me di cuenta de que llevaba un puente dental barato.

—A veces lo hago. Mañana, no —respondió.

Esperé a ver si faltaba algo. Eso fue todo.

Por un momento, consideré si podía tratarse de una trampa. Si me la querían jugar, ese escenario resultaría prácticamente ideal. No tendrían que

convencerme de que fuera a otro sitio.

—Allí estaré —le dije.

Murakami me miró un instante más con la persistente sonrisa y la mirada aún uniforme; inmediatamente después se alejó, seguido de Washio. Cuando la segunda manecilla llegó a las doce, volví a la bolsa para quitarme el exceso de adrenalina que había provocado la presencia de Murakami.

Era un sujeto temible, no podía caber la menor duda. Incluso sin las cicatrices, lo habría reconocido. Rezumaba el mismo aire letal que yo había conocido y respetado en Crazy Jake. Las cicatrices externas sólo eran una marca más de su verdadera naturaleza.

Yo no atacaría a ese tipo con algo menos que un rifle con mira telescópica. Y eso es difícil que se confunda con una muerte por causa natural.

«Al diablo con todo esto —pensé—. Arriesgarse es una cosa, pero esto parece suicida.» Si Tatsu lo quería bien muerto, le recomendaría un equipo de seis hombres con armas de fuego. Por más que me hubiera gustado hacer algo para conservar a Tatsu de mi lado, esta vez no valía la pena.

Me pregunté si mi viejo amigo me amenazaría. Pensé que no. Y si lo hacía, yo me instalaba en Río. Los preparativos todavía no estaban completos, pero moverme con prisa no era una mala opción si me encontraba atrapado entre una posible misión suicida, por un lado, y la presión del Keisatsucho de Tatsu, por el otro.

Pero asistiría al combate de mañana y recogería toda la información posible. Se la pasaría a Tatsu como premio de consolación de mi retirada.

La segunda manecilla del reloj pasó las doce. Descargué una serie final de codazos y retrocedí. La carga de adrenalina casi se había reducido del todo, pero seguía tenso. Normalmente unos ejercicios acaban con eso. Esta vez, no.

Encontré a un compañero y practiqué ataques con las piernas otra hora más. Después, hice estiramientos y me fui a la ducha. Me alegré de que todo esto fuera a acabar pronto.

## *SEGUNDA PARTE*

La música nos revela un pasado personal que hasta ese momento ignorábamos y nos mueve a lamentar desventuras que no nos ocurrieron e injusticias que no cometimos.

JORGE LUIS BORGES

## Capítulo 9

**E**

sa noche hice una larga caminata por Tokio. Estaba intranquilo y sentí la necesidad de moverme, de dejar que las corrientes de la ciudad me llevaran a donde quisieran.

Vagué al norte de Meguro por los barrios pobres, los callejones, los caminos solitarios, a través de parques en sombras.

Algo de la maldita ciudad continuaba atrayéndome y seduciéndome. Necesitaba irme. Quería ser capaz de marcharme. Diablos, había tratado de hacerlo y aquí estaba una vez más.

«Tal vez sea el destino.»

Pero no creo en el destino. Es una mentira.

«Entonces, ¿qué?»

Llegué al Hikawa Jinja de Hiro, uno de los cientos de santuarios sintoístas que puntean la ciudad. De unos cuarenta metros cuadrados, este santuario es uno de los más pequeños —pero no el más pequeño— de estos solemnes espacios verdes. Traspasé la antigua puerta de piedra y de inmediato me sentí envuelto por una acogedora oscuridad.

Cerré los ojos, agaché la cabeza y respiré hondo. Levanté las manos y extendí los dedos como un ciego que intenta determinar dónde se encuentra.

Estaba allí, justo más allá de los límites de la percepción ordinaria. Era la sensación de la ciudad viva, recogida, interconectada y zumbando en derredor. Y la sensación de que mi vida formaba parte de ella.

Abrí los ojos y levanté la cabeza. El santuario estaba construido sobre un promontorio, y a través de los árboles a su alrededor pude ver las luces de Hiro y de Meguro.

Tokio es tan inmenso y puede ser tan cruelmente impersonal que el refugio brindado por sus esporádicos oasis es más entrañable que el de otros sitios que he conocido. Hay una quietud en los santuarios que induce al tipo de sombría reflexión que para mí siempre ha sido lo mismo que el eco de una campanada de iglesia. Allí también se puede hallar el solaz de los diminutos *nomiya*, los pozos de agua cercanos, con sólo dos o tal vez cuatro asientos delante de un barrote de anchura similar a la de una puerta, presididos por una dama eterna que podía ser tranquilizadora o severa, según las necesidades del

interesado (un arreglo que proporciona más consuelo y comprensión que el diván del psicoanalista). O la camaradería extrañamente anónima de *yatai* y *tachinomi*, los puestos de comida al aire libre que sirven cerveza en grandes jarras y brochetas a la brasa; puestos que crecen como hongos en rincones oscuros y en las sombras de los pasos a nivel, con la risa de sus clientes difuminándose en el aire nocturno como pequeñas bolsas de luz contra la oscuridad exterior.

Avancé aún más en la oscuridad y me senté de espaldas al *honden*, la estructura simétrica y con tejas que aloja al dios de este pequeño santuario. Cerré los ojos y respiré hondo; luego escuché un rato la quietud.

Cuando era niño, me cogieron robando una barra de chocolate en una tienda del barrio. La anciana pareja propietaria del lugar me conocía e informó a mis padres. Me aterrorizaba la reacción de mi padre, y lo negué todo cuando me preguntó. No montó en cólera. En cambio, movió la cabeza lentamente y me dijo que lo más importante para un hombre era reconocer lo que había hecho y que si uno no lo hacía, no era más que un cobarde. ¿Comprendía yo eso?, me preguntó.

En aquellos momentos, realmente no capté lo que me quiso decir, pero sus palabras me provocaron una profunda vergüenza, y acabé confesando. Me llevó a la tienda, donde pedí unas lloriqueantes disculpas. En presencia de los dueños, su actitud fue severa, casi iracunda. Pero cuando salimos, mientras yo seguía llorando mi desgracia, me acercó a su lado y me puso cariñosamente una mano en el cuello.

Jamás he olvidado lo que me dijo. Sé todo lo que he hecho y lo admito.

Mi primera muerte fue la de un soldado del Vietcong, cerca del río Xe Kong, en la frontera con Laos. En Vietnam denominábamos «muerte personal» al hecho de matar a un individuo con un arma de fuego directo y estando seguro de haberlo hecho tú. Tenía diecisiete años en aquel momento.

Formaba parte de un equipo de reconocimiento compuesto por tres hombres. Los equipos eran pequeños y dependían para el éxito y la supervivencia de su capacidad para operar inadvertidos detrás de las líneas enemigas. Por tanto, para el reconocimiento sólo se escogía a hombres que tuvieran la capacidad de moverse con extremo sigilo. Las misiones requerían más fantasmas que verdugos.

Sucedió al alba. Recuerdo cómo apenas podía ver entre la bruma que salía de la tierra húmeda mientras la luz aparecía en el cielo. Siempre pensé que era un país hermoso. Muchos soldados lo detestaban porque detestaban tener que estar allí, pero yo no opinaba de ese modo.

Hacía dos noches que estábamos en campo abierto y aislados, y nos dirigíamos al punto de encuentro cuando vimos a ese tipo, solo y de pie en un claro. Nos quedamos inmóviles y lo miramos desde la línea de árboles. Llevaba encima un AK, y así supimos que era un *vietcong*. Andaba mirando a derecha e izquierda. Era como si intentara orientarse. Recuerdo haber pensado que tal vez se había separado de su unidad. Parecía un poco asustado.

Las órdenes eran evitar el contacto; pero nuestra misión era recoger información, y vimos que llevaba un libro. Una especie de libro de contabilidad. Podía ser un buen botín. Nos miramos. El jefe del equipo me hizo una seña.

Puse rodilla en tierra y apunté hasta que el *vietcong* apareció en el visor; esperé a que se detuviera.

Pasaron unos pocos segundos. Sabía que tenía tiempo y quise asegurarme el disparo.

Se agachó y puso el rifle y el libro en el suelo. Luego se irguió, se desabrochó los pantalones y meó. Salió vapor del contacto del líquido y la tierra. Yo le seguía con el visor, pensando todo el tiempo que él no tenía idea de lo que se le venía encima y que ésa era una jodida manera de morir.

Lo dejé terminar y abrocharse los pantalones. Entonces disparé. Lo vi caer. Tuve una sensación de increíble euforia. ¡Lo había logrado! ¡Había ganado! ¡Servía para eso!

Fuimos hasta él. Cuando llegamos allí, me sorprendió ver que aún estaba vivo. Le había dado en el esternón y tenía una herida profunda en el pecho. Había caído de espaldas y tenía las piernas abiertas. La tierra que su cuerpo cubría ya estaba empapada de sangre.

Recuerdo que me asombró ver lo joven que era. Debía de tener mi edad. Recuerdo que pensé: «¡Dios santo, igual que yo!». Permanecimos en círculo sin saber qué hacer.

Parpadeaba rápidamente y su mirada saltaba de uno a otro. Se detuvo en mí y pensé que lo hacía porque sabía que yo le había disparado. Más tarde, me di cuenta de que la explicación podía ser más prosaica. Probablemente trataba de identificar mis rasgos asiáticos.

Alguien destapó una cantimplora y se la ofreció, pero no hizo gesto alguno de aceptarla. Su respiración se volvió más rápida y superficial. Le caían lágrimas de los costados de los ojos y farfullaba palabras con voz chillona que ninguno de nosotros podía comprender. Más adelante, supe que los heridos y moribundos en el campo de batalla generalmente llaman a sus madres. Pudo haber estado haciendo eso.

Lo observamos. El pecho dejó de palpar; también acabó el parpadeo. En la tierra húmeda, su cabeza formaba un ángulo insólito, como si estuviera escuchando algo.

Permanecemos en silencio a su alrededor. Había desaparecido la sensación inicial de euforia, que era reemplazada por una ternura extrañamente íntima y por una horrorizada tristeza tan repentina y fuerte que me hizo gemir.

«Igual que yo», volví a pensar. No tenía pinta de mal bicho. Yo sabía que en algún otro universo no habiéramos estado tratando de matarnos el uno al otro. Quizá habiéramos sido amigos. Él no estaría moribundo en una tierra selvática empapada de su propia sangre.

Uno de los hombres empezó a sollozar. El otro empezó a murmurar: «Oh Jesús, oh Jesús», una y otra vez. Ambos vomitaron.

Yo no.

Cogimos el libro. Resultó que contenía información bastante provechosa sobre pagos del Vietcong a jefes de aldeas locales y sobre otros intentos de comprar influencia. Aunque por supuesto, al final todo eso no tuvo ninguna importancia.

Alguien que encontramos más tarde en el camino se rió y dijo que yo ya estaba desvirgado. Nadie dijo nada de cómo se había sentido de verdad cuando estábamos en silencioso semicírculo viendo morir a aquel hombre.

Cuando el ejército estudió mi ingreso al programa conjunto de las Fuerzas Especiales y la CIA conocido como SOG, el psiquiatra se mostró especialmente interesado en aquella primera experiencia de matar a alguien. Pareció pensar que el hecho de no haber vomitado era interesante. Y lo describió como carencia de «emociones asociadas negativas». Después no tuve pesadillas, lo cual también fue considerado una ventaja.

Más tarde, me enteré de que estaba clasificado como perteneciente a un mágico dos por ciento de militares capaces de matar en repetidas ocasiones sin vacilar, sin condicionamientos especiales y sin remordimientos. No sé si realmente pertenezco al grupo. No me resultaba tan fácil como a Crazy Jake. Pero allí es donde me encasillaron.

El individuo medio se sorprende de hasta qué punto un soldado tiene que lidiar con las vacilaciones y luego con el remordimiento. Por supuesto, a un individuo medio jamás se le ha ordenado que mate a un desconocido a sangre fría.

Los hombres que han sobrevivido a matanzas saben que los seres humanos no suelen mostrarse muy predispuestos a matar a la propia especie. Creo que hay explicaciones evolutivas para la existencia de esta renuencia,

pero eso realmente carece de importancia. Lo que importa es que el propósito fundamental del entrenamiento básico de la mayoría de los soldados consiste en emplear técnicas clásicas y condicionantes para eliminar esa renuencia. Sé que el entrenamiento moderno logra este objetivo con despiadada efectividad. También sé que el entrenamiento lidia mejor con la renuencia que con el remordimiento.

Permanecí allí largo rato rumiando mis recuerdos. Pasado un tiempo, empecé a sentir frío. Regresé al hotel cubriéndome las espaldas como siempre. Me di un baño con agua sumamente caliente, y luego me puse uno de los *yukata* de algodón que me había proporcionado el hotel. Coloqué una silla delante de la ventana y me senté en la oscuridad, mientras miraba el tráfico que avanzaba por Hibiya-dori, veinte pisos más abajo. Pensé en Midori. Me pregunté qué estaría haciendo en este instante en el otro lado del mundo.

Cuando el tráfico empezó a disminuir, me metí en la cama. Tardé en dormirme. Soñé con Río y lo sentí lejano.



## Capítulo 10

La noche siguiente, tomé mis habituales precauciones antes de ir al combate. Cuando estuve seguro de que nadie me seguía, cogí un taxi hasta la estación Tennozu de monorraíl. Una vez allí, caminé.

Hacía más frío al lado del agua. Una acera estaba en obras y había un montón de señales con el aviso «*¡Anzen daiichi!*» —¡La seguridad es lo primero!— que chirriaban como campanas lunáticas. Pasé la estructura herrumbrosa del puente Higashi Shinagawa. A mi alrededor, había una red de pasos elevados de tren y de coches con el cemento oscurecido por años de humos de diésel; sus moles estaban tan densamente entretejidas contra el oscuro cielo que era como si la tierra que había debajo fuera subterránea. Había una solitaria máquina expendedora en una esquina; su luz fluorescente parpadeaba como si estuviera emitiendo un moribundo SOS.

Divisé el club náutico Lady Cristal, probablemente un eufemismo publicitario para un restaurante situado en el agua, y allí giré a la izquierda. A mi derecha, había otro paso elevado con almacenes por debajo; al otro costado, un aparcamiento casi vacío. Más allá, otro canal virulento.

Encontré la puerta descrita por Murakami. Tenía a ambos lados unas macetas de cemento llenas de malas hierbas. A la izquierda, un letrero metálico advertía del peligro de incendios. La herrumbre corría por la pared como sangre seca en vendajes usados.

Miré en derredor. Al otro lado del agua, había edificios de oficinas, apartamentos y hoteles brillantemente iluminados con los nombres de sus propietarios, que resplandecían orgullosos en los neones azules y rojos: JAL, JTB, la fortaleza costera Dai-ichi. Era como si la tierra a mi alrededor estuviera envenenada y fuera incapaz de sostener allí el crecimiento de semejantes estructuras.

A mi izquierda, había un espacio vacío en la larga hilera de depósitos. Entré y vi a mi derecha una puerta invisible desde la calle. Tenía una pequeña mirilla al nivel de los ojos. Llamé y esperé.

Oí el ruido de un cerrojo del otro lado y entonces se abrió la puerta. Era Washio.

—Llegas temprano —dijo.

Me encogí de hombros. Rara vez concierdo citas. No quiero darle a nadie la oportunidad de saber cuándo y dónde estaré. En esas raras ocasiones en que no tengo más remedio que aceptarlas, me gusta hacer acto de presencia temprano, para así estudiar un poco el lugar. Si alguien me organiza una fiesta, quiero llegar antes que los músicos.

Miré a Washio.

—¿Hay algún problema?

Hizo un gesto de quitarle importancia.

—No importa. La gente llegará dentro de un momento.

Entré.

—¿Trabajas en la puerta?

Asintió.

—Si no reconozco la cara, no entra.

—¿Quién pelea?

—No lo sé. Sólo dirijo los combates. No los promociono. Le sonreí.

—¿Alguna vez has participado?

Lanzó una risotada.

—No, estoy un poco viejo para eso. Quizá lo habría hecho cuando era más joven. Pero estos combates empezaron hace sólo un año, o año y medio, mucho después de que yo estuviera en la flor de la vida.

Pensé en la manera en que había hablado con Murakami, como si le estuviera dando un informe.

—¿Entrenas a la gente del gimnasio para estas peleas? —pregunté.

—A algunos de ellos.

—¿Y Murakami?

—¿Qué le pasa a Murakami?

—¿Qué hace?

Se encogió de hombros.

—Muchas cosas. Entrena a algunos de los chicos. A veces combate. Conseguimos una buena taquilla cuando lo hace.

—¿Por qué?

—Murakami siempre termina las peleas. A la gente eso le gusta.

—¿Las «termina»?

—Ya sabes a qué me refiero. Cuando Murakami pelea, seguro que uno de los dos muere. Y Murakami nunca ha perdido.

No me fue difícil creérmelo.

—¿Qué lo hace tan bueno? —pregunté.

Me miró.

—Esperemos que nunca tengas que averiguarlo.

—¿Es verdad que pelea con perros?

Hizo una pausa.

—¿De dónde sacaste eso?

Me encogí de hombros.

—Rumores.

Otra pausa. Luego continuó:

—No sé si es verdad. Sé que va a peleas clandestinas de perros. Es un criador. *Tosas* japoneses y *pitbulls* norteamericanos. Les da pólvora y los ceba de esteroides. Se enfurecen con el mundo y son más agresivos que Satanás. A un perro, Murakami le metió un chile jalapeño por el culo. Después de eso, peleó como un demonio.

Llamaron a la puerta. Washio se aprestó a abrir. Le hice una pequeña reverencia para hacerle saber que daba por terminada nuestra charla.

Estiró una mano y me agarró del brazo.

—Espera. Antes me das tu teléfono móvil.

Miré su mano.

—No llevo ninguno.

Me miró de arriba abajo con expresión torva. Le devolví la mirada. Lo que le dije era verdad, aunque de haber mentido habría necesitado algo más que una mirada furibunda para admitirlo.

Suavizó el gesto y me soltó el brazo.

—No te voy a cachear —dijo—, pero aquí no se permite a nadie con un móvil o un busca. A muchos les gusta llamar a un amigo y contarle lo que están viendo. No es seguro.

Asentí.

Me pareció una medida sensata.

—Si uno de los gorilas te pesca con uno, te darán una buena paliza. Estás avisado.

Moví la cabeza en señal de conformidad; luego me fui a uno de los rincones a ver llegar a la gente. A algunos los reconocí del gimnasio. Adonis llevaba pantalones de entrenamiento. Me pregunté si sería uno de los participantes.

Mientras miraba desde el rincón, el local se fue llenando. Tras casi una hora, vi que entraba Murakami rodeado por dos guardaespaldas, una pareja distinta a la del *dojo*. Intercambió unas pocas palabras con Washio, que miró en derredor y luego me señaló.

Tuve la sensación imprevista de que Murakami me prestaba más atención de la deseable.

Vi que les hacía una señal a sus hombres. Los tres se me acercaron.

Sentí una descarga de adrenalina en las venas. Eché una mirada tranquila en derredor, en busca de un arma. No había nada a mano.

Se pusieron delante de mí, los tres en línea, Murakami un poco más adelantado que los otros dos.

—No estaba seguro de que vendrías. Me alegro de que lo hayas hecho.

—Me gusta estar aquí —dije, frotándome las palmas como si anticipara la diversión de esta noche. De hecho, era una eficaz postura defensiva.

—Hacemos tres combates a treinta minutos o a lo que sea. De ese modo, a la gente le compensa haber pagado el precio de la entrada. Te explicaré las reglas.

No comprendí por qué me contaba todo eso.

—¿Quién pelea?

Sonrió. El puente dental era blanco. Depredador.

—Tú —dijo.

«Oh, mierda.»

Le miré y le dije:

—Me parece que no.

Desapareció la sonrisa y entrecerró los ojos.

—No voy a perder el tiempo discutiendo contigo. Washio dice que eres bueno. Dice que le rompiste un tobillo a un tipo en menos de treinta segundos. Ahora el amigo de ese tipo quiere la revancha. Vas a pelear contra él.

«Adonis. Tendría que haberlo imaginado.»

—O...

—O puedes pelear contra los tres tipos que yo elija. Eres tan bueno que me aseguraré de que tengan porras de policía. Al público le gustará. A mí me da lo mismo.

Era una encerrona. Escogí la salida más fácil.

—Pelearé —le dije.

Le brillaron los ojos con alegría contenida.

—Sí, lo harás.

—¿Necesito saber algo más?

Se encogió de hombros.

—Sin camisa ni zapatos; nada de armas. Aparte de eso, todo vale. No hay cuadrilátero. Si te acercas demasiado al público, te empujarán de nuevo al

centro. Si piensan que rehúyes el combate, recibirás unos cuantos puñetazos. La buena noticia es que el ganador recibe dos millones de yenes.

—¿Y el perdedor?

Volvió a sonreír.

—Le pagamos el funeral.

Le miré.

—Prefiero el dinero.

Se rió.

—Ya veremos. Ahora presta atención. Vas primero. Eso te da quince minutos. Estos tipos te ayudarán a prepararte. —Se dio media vuelta y se fue.

Miré a los dos matones. Mantuvieron una respetuosa distancia, que reducía la posibilidad de que intentara escapar. Pero incluso de haberlo podido hacer, en la puerta había más hombres. Varios de ellos me observaban. Tenía más posibilidades con Adonis.

Pensé en el número de peleas. Esos múltiples pagos reducían, si no eliminaban, las ganancias de la casa.

Dejé de pensar en ello y me quité la chaqueta azul que llevaba, la camisa y los zapatos. Eché un vistazo y vi que Adonis hacía lo mismo.

En mi interior, sentí un impulso perverso. Lo sentí en las entrañas, la nuca y las manos.

Recordé a Musashi, el maestro de la espada, que escribió: «No debes pensar en la victoria ni en la derrota, sino sólo en cortar y matar a tu enemigo».

Estiré los músculos e hice unas fintas de boxeo. Me concentré. No importaba dónde estaba.

Murakami se me acercó.

—Vamos —dijo.

Pasamos al centro del recinto. Adonis me esperaba allí.

Tenía las pupilas dilatadas y le temblaban las manos. Parecía colocado, quizá con *kakuseizai*. La anfetamina le proporcionaría una descarga de energía de corta duración y le ayudaría a concentrarse.

Decidí darle algo en qué concentrarse.

Me acerqué hasta tenerlo delante de mí.

—¿Cómo está el tobillo de tu amiguito? —pregunté—. Parece que le dolió.

Me echó una mirada asesina. Respiraba agitadamente. Las pupilas eran como negras pelotas de baloncesto. Sin la menor duda, *kakuseizai*.

—Inténtalo conmigo —dijo a través de los dientes cerrados.

—Oh, no —dije—, no te voy a romper el tobillo. Te voy a romper la rodilla. —Di un paso atrás y señalé—. Esa de allí.

El idiota llegó a seguir mi gesto. Me tensé para lanzarle un gancho al estómago, pero Washio, conocedor de esas estratagemas, la había visto venir y se interpuso rápidamente.

—No empiezas hasta que yo lo diga —gruñó, mirándome.

Me encogí de hombros. No se puede culpar a nadie por intentarlo.

—Te sacarán de aquí dentro de una bolsa —dijo Adonis—. Te lo prometo.

Washio nos separó. El gentío se dispuso a presenciar el combate.

—¿Estás listo? —preguntó Washio a Adonis, que saltaba sobre la punta de sus pies como un boxeador hiperactivo.

Adonis sacudió la cabeza, mirándome enfurecido.

Washio se dirigió a mí:

—¿Estás listo?

Dije que sí con la cabeza mientras miraba a Adonis.

—¡*Hajime!* —gritó Washio, y el público lanzó un gran chillido colectivo.

De inmediato, Adonis hizo un amago de patada y dio un paso lateral. Otra vez lo mismo. Empezamos a girar en pequeños círculos.

Vi su intención. Él peleaba en casa y con su público. Tenía amigos entre el gentío. El movimiento en círculos nos llevaría poco a poco cada vez más cerca de ellos, que entonces podrían golpearme.

Pero la presencia de esos amigos también le tocaría el ego.

—¿*Doko ni ikunda?* —le dije para provocarlo, indicándole que se moviera al centro—. *Kokop da.* —¿Adónde vas? Estoy aquí.

Dio un paso adelante, pero no lo suficientemente largo como para acortar la distancia del todo. Mi primera provocación se había dirigido a sus piernas. Él temía que yo le atacara tal como había hecho contra su amigo, y pensaba que si mantenía la distancia, me lo podía impedir.

Dejé caer los brazos unos pocos centímetros y mantuve la cabeza y el torso ligeramente hacia delante. Se plantó sobre sus pies y pude sentir que pensaba: «Patea». Sus patadas eran efectivas. Yo le había visto practicando. De ponerme en su lugar, trataría de cansarme a la distancia y de mantenerme alejado con esas largas piernas.

Adelantó su pie izquierdo, lanzó un puntapié circular y lo volvió a posar en el suelo. Sentí dolor en el muslo izquierdo, y se oyeron exclamaciones de júbilo en el público. Adonis volvió a saltar sobre sus pies.

Era rápido. No me dio ninguna oportunidad de agarrarle la pierna.

Yo tenía que hacerle creer que las patadas funcionaban; entonces, trataría de lanzarlas con mayor autoridad. El par de milisegundos extras harían la diferencia.

Volvió a arrojar una patada. Me dio en el muslo como un bate de béisbol, y rebotó al suelo. La multitud volvió a rugir entusiasmada. Sentí el estruendo en mis oídos.

Esta vez, el impacto me dolió más que el anterior. Unas pocas patadas más como ésa y empezaría a perder el uso de la pierna. Sabía que él pensaba lo mismo.

Di medio paso atrás y me agaché, ofreciéndole el lado derecho como si estuviera protegiendo la pierna de delante. Lo observé en cámara lenta, a causa de la adrenalina.

Se le ensanchaban las aletas de la nariz y tenía los ojos fijos en mí. Avanzó casi arrastrando los pies.

En mi visión periférica, noté que su pie derecho se apoyaba más sólidamente en el suelo. Empezó a pasar el peso del cuerpo a la pierna izquierda. Preparó las caderas para el puntapié.

Me tuve que contener para no pasar a la acción, obligándome a esperar el segundo extra que necesitaba.

La patada empezó a anunciarse y me lancé hacia delante, acortando la mitad de la distancia que nos separaba. Vio su error y trató de corregir, pero yo ya estaba demasiado cerca. Bloqueé la patada con la cadera izquierda y rodeé con el brazo izquierdo su extendida rodilla derecha.

—¡Ahhh! —exclamó el público.

Improvisó rápidamente; me cogió los tríceps izquierdos con la mano derecha y lanzó la mano libre a mi cara, con los dedos hacia adelante y yendo a por mis ojos. Le apreté más la rodilla, di medio paso adelante y con el pie izquierdo lo eché al suelo. Trató de recuperar el equilibrio con la pierna izquierda y yo le metí un gancho con todas mis fuerzas en los testículos.

Gruñó y trató de ganar distancia. Di un paso adelante con la pierna derecha, metiéndome bajo su brazo izquierdo y al mismo tiempo soltando su rodilla. Me puse detrás de él, le sujeté fuertemente la cintura, bajé las caderas y me arqueé hacia atrás. Adonis se arqueó encima de mí como el último vagón de una montaña rusa, con los brazos y las piernas en ángulos demenciales. El cuello y los hombros recibieron el impacto, y las piernas le pasaron por encima de la cabeza debido al impulso que había generado el empujón.

Si yo hubiera querido soltarle la cintura, habría dado una voltereta completa. En cambio, se la mantuve agarrada y sus pies cayeron al suelo, dejándolo caer de espaldas. Le cogí la cara con la mano izquierda y la usé para, simultáneamente, echársela para atrás y levantarme por detrás. Me levanté usando la rodilla derecha, tensé las caderas y, con todo el peso de mi cuerpo, le golpeé con el antebrazo derecho en la garganta. Sentí el crujido de la rotura sistémica: la glándula tiroides, el cartílago cricoide y probablemente también la médula espinal. Se llevó las manos a la garganta y su cuerpo cayó presa de convulsiones.

Me puse de pie y me aparté. Ahora el público guardaba silencio.

Vi que el cuello se le empezaba a hinchar a causa del hematoma que las roturas habían producido. Las piernas pataleaban mientras rodaba de lado. La cara se le puso de color azul. Nadie salió en su ayuda. No habrían podido hacer nada. Al cabo de unos pocos segundos, el cuerpo empezó a sacudirse con extraños espasmos, como si lo estuvieran electrocutando. Unos pocos segundos más tarde, los temblores se acabaron.

—*¡Yatta!* —gritó alguien. *¡Gané!* En la sala resonó un coro de ovaciones. El gentío se me acercó. La gente me palmeaba la espalda y me estrechaba las manos. Me sentí incómodamente consciente de que alguno de los amigos de Adonis podía aprovechar la situación para darme una puñalada, pero no podía hacer nada.

Oí la voz de Washio:

—*Hora, sagatte, sagatte. ¡Ikisaaete yare!* —Vamos, vamos. Dejadle respirar. Él y unos pocos gorilas se me acercaron y empezaron a hacer retroceder al gentío.

Alguien me pasó una toalla y me sequé el rostro. La gente me abrió paso. Miré en derredor y vi fajos de miles de yenes que pasaban de mano en mano.

Murakami entró en el círculo. Sonreía.

—*Yokkuyatta zo* —dijo. Buen trabajo.

Dejé caer la toalla.

—¿Dónde está mi dinero?

Metió una mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un sobre grueso. Lo abrió para que yo pudiera ver que estaba lleno de billetes de diez mil yenes; luego lo cerró y volvió a guardarlo en el bolsillo.

—Es tuyo —dijo—. Te lo daré más tarde. —Miró en derredor—. Algunos de los presentes podrían intentar robártelo.

—Dámelo ahora —dije.

—Más tarde.



«A la mierda con el dinero», pensé. Me contentaba con estar vivo.

Empecé a ir a donde había dejado la chaqueta, la camisa y los zapatos. La multitud me abrió paso respetuosamente. Unos pocos me palmearon en los hombros.

Murakami me siguió.

—El dinero es tuyo. Sólo quiero una cosa más antes de dártelo.

—Vete a la mierda —dije. Me puse la camisa y empecé a abrochármela.

Murakami lanzó una carcajada.

—Muy bien, muy bien. —Sacó el sobre y me lo arrojó.

Lo cogí en el aire con ambas manos y miré en el interior. Pareció estar correcto. Me lo guardé en un bolsillo de los pantalones y seguí abrochándome la camisa.

—La cosa extra que quería —dijo— era decirte cómo puedes ganar diez o veinte veces lo que hay en ese sobre.

Le miré.

—¿Te interesa?

—Escucho.

Sacudió la cabeza.

—Aquí, no. Vamos a donde podamos celebrarlo. —Sonrió—. Invito yo.

Me puse los zapatos y me agaché para atármelos.

—¿Qué tienes en mente?

—Un lugarcito que conozco. Te gustará.

Lo consideré. Una «celebración» con Murakami me podía dar la oportunidad de recoger información adicional para Tatsu. No encontré ningún verdadero inconveniente.

—De acuerdo —dije.

Murakami sonrió.

Vi a dos tipos que metían a Adonis en una bolsa especial para transportar cadáveres. «Santo cielo —pensé—, éstos sí que vienen preparados». Lo cargaron en una camilla y se lo llevaron hacia la puerta. A un lado de la camilla, había una pila de planchas metálicas. Uno de los tipos llevaba una larga cadena. Me di cuenta de que le atarían las planchas al cuerpo y lo arrojarían en algún canal de las inmediaciones.

El siguiente combate duró un buen rato. Los combatientes se mostraron conservadores y dieron la impresión de haber acordado previamente que no usarían técnicas letales ni capaces de desfigurar o mutilar. A los diez minutos, Murakami me dijo:

—Esta pelea no vale la pena. Vámonos.

Hizo una seña a sus guardaespaldas y los cuatro salimos del recinto. Washio nos vio salir y nos saludó con la mano.

Había un Mercedes S600 con ventanillas de cristal ahumado aparcado en la calle. Uno de los guardias nos abrió la puerta trasera. Un perro estaba acurrucado sobre el asiento. Era un *pitbull* blanco, con las orejas muy cortadas y un cuerpo que era una masa de músculos. Tenía puesto un bozal de cuero, más allá del cual se veían cicatrices y fisuras que me dijeron que se trataba de uno de los animales de riña de Murakami. La bestia me miró como si se contemplara el propio hocico, y pensé que veía el equivalente canino de la locura en sus ojos ligeramente sanguinolentos. Dicen que los perros se asemejan a sus amos.

Murakami me hizo un gesto para que entrara.

—No te preocupes —dijo—. No te hará nada mientras lleve bozal.

—¿Por qué no entras tú primero? —dije—. Por si acaso.

Se rió y entró. El perro se movió para hacerle sitio. Entré y el guardia cerró la puerta. Él y el otro se sentaron delante. Avanzamos hacia el norte de Kaigan-dori, rumbo a Sakura-dori, y luego a Gaienhigashi-dori, en Roppongi. Nadie habló. El perro me estuvo ojeando sin cesar durante el viaje.

Cuando cruzamos Roppongi-dori, empecé a darme cuenta. Al acercarnos a Aoyama-dori, lo supe.

Íbamos al Damask Rose.

## Capítulo 11

**S**e esfumó toda posibilidad de que Harry sólo hubiera tenido un golpe de suerte con una azafata. El aire acondicionado del Mercedes de repente pareció caluroso.

Pero yo tenía un problema más apremiante que Harry. La última vez que había estado en el Damask Rose, había hablado en inglés y me había hecho pasar por un ciudadano norteamericano que hablaba japonés como segundo idioma. También había usado un nombre diferente. Necesitaba decidir cómo solucionar todo esto.

Cuando el coche llegó al club, dije:

—Ah, un buen local.

—¿Habías estado antes? —preguntó Murakami.

—Una vez. Las chicas son hermosas.

Abrió los labios al sonreír y le vi el puente dental demasiado blanco.

—Tienen que serlo. Las elijo yo.

El chófer nos abrió la puerta y salimos. El perro se quedó vigilándome con sus ojos endemoniados y hambrientos hasta que el chófer cerró la puerta y la ventanilla con cristal ahumado nos separó.

Los nigerianos guardaban la puerta. Hicieron una obsequiosa reverencia a Murakami y murmuraron «*Irasshaimase*» al unísono. El de la derecha habló por el micro de su solapa.

Bajamos los escalones. Hizo acto de presencia el rubicundo que yo había visto la otra vez. Vio a Murakami y tragó saliva.

—Ah, Murakami-san, buenas noches —dijo en japonés, con una reverencia—. Siempre es un placer verle por aquí. ¿Hay algo especial que quiera ver esta noche?

Le asomó una fina capa de sudor en la frente. Prestaba toda su atención a Murakami y no se dio cuenta de mi presencia.

Murakami echó un vistazo a la sala. Varias de las chicas le sonrieron. Supuse que ya le conocían.

—Yukiko —dijo.

«Harry» pensé.

El rubicundo dijo que sí con la cabeza y se dirigió a mí.

—¿*Okyakusama*? —me preguntó. ¿Y usted? El hecho de que me hablara en japonés indicó que no me recordaba de la otra vez, en la que hablamos en inglés.

—¿Está Naomi esta noche? —pregunté también en japonés. Si estaba allí, quería verla ya mismo, cuando aún podía tener una oportunidad de tomar el control de la conversación. Si las cosas iban mal, al menos no daría la impresión de que había querido evitarla.

Los ojos del rubicundo se entrecerraron un poco, como si recordara a alguien que había pedido a Naomi hacía unas semanas. No pude estar seguro.

Agachó la cabeza.

—Se la traigo.

Ya me había decidido por una coartada en caso de que Naomi comentara mi cambio de nombre o cualquier otra incoherencia con mi anterior visita: estaba casado y no quería arriesgarme a que estas aventuras nocturnas llegaran a oídos de mi esposa. Mi uso de dinero en efectivo en lugar de tarjetas daba crédito a esta historia, y podía acabar de eliminar cualquier otra incoherencia que esa chica pudiera apreciar.

El rubicundo recogió dos cartas y nos escoltó hasta la sala principal; antes hizo una pausa para susurrarle a una chica, que reconocí como Elsa. Vi que Elsa tocaba en el brazo a otra muchacha, Emi.

Nos condujo a una mesa situada en un rincón. Murakami y yo nos sentamos en sillas contiguas, ambos de cara a la entrada. Vi a Emi acercarse a otra mesa, donde Yukiko entretenía a un cliente. Emi tomó asiento y habló al oído de Yukiko. Un momento después, Yukiko se levantó y se disculpó. Elsa repetía la misma escena en la mesa donde estaba Naomi. Todo bien coordinado.

Yukiko se nos acercó y esbozó una sonrisa felina cuando vio a Murakami. Naomi la siguió un momento después. Vestía otro elegante vestido de noche, esta vez de seda y ajustado en la cintura pero holgado por encima. El brazalete de diamantes brillaba como la vez anterior.

Me miró y se le borró la sonrisa en cuanto vio a Murakami. Tenía que conocerlo y, según la historia que yo le había contado, obviamente no esperaba verme en su compañía. Sin duda, trataba de procesar la incongruencia. Pero lo repentino del cambio de expresión me reveló algo más. Estaba asustada.

Yukiko se sentó al lado de Murakami. Me miró con detenimiento; luego, brevemente a Murakami; luego, otra vez más a mí. Su labios se movieron, esbozando una gélida sonrisa. Murakami la miraba como esperando algo más,

pero ella lo ignoró. «No juegues con este tipo. Puede explotar.» Entonces le devolvió la mirada y le brindó una sonrisa que decía: «Sólo te estaba haciendo rabiarse, cariño. No seas tan niño».

La tensión desapareció. Pensé que si alguien podía llegar a controlar de algún modo al tipo que estaba sentado a mi lado, probablemente ese alguien era esta mujer.

Naomi se sentó en la otra silla.

—*Hisashiburi desu ne* —le dije. Cuánto tiempo sin vernos.

—*Un, so desu ne* —replicó ella. Ni que lo digas. Pudo haberse extrañado de que ahora hablara japonés, cuando la otra noche yo había insistido en el inglés, pero acaso ahora lo hacía por deferencia a la compañía.

—¿Ya os conocéis? —interrumpió Murakami en japonés—. Bien, Arai-san. Ésta es Yukiko.

Naomi no hizo ninguna referencia al hecho de que yo hubiera cambiado de nombre.

—*Hajimemashite* —dijo Yukiko. Continuó en japonés—. Recuerdo haberte visto hace unas semanas.

Incliné un poco la cabeza y le devolví el saludo.

—Y yo te recuerdo a ti. Eres una excelente bailarina.

Ladeó la cabeza.

—Hoy pareces un poco diferente.

Mis personalidades japonesa y norteamericana son distintas, y me comporto según el idioma que uso y el humor del día. Probablemente esto, además del nerviosismo por la presencia de Murakami, fue lo que hizo que el rubicundo no me recordara. Yukiko reaccionó ante la diferencia, pero no estaba segura de entender de qué se trataba.

Me pasé los dedos por el pelo como para peinármelo.

—Acabo de llegar de hacer ejercicio —dije.

Murakami se rió entre dientes.

—Seguro que sí.

Vino una camarera. Puso cuatro *oshibori*, o toallas empapadas con agua caliente para lavarnos las manos y la cara y para refrescarnos, y una selección de pequeños canapés. Una vez finalizada su tarea, miró a Murakami y, al parecer sabedora de sus preferencias, le preguntó si quería un Bombay Sapphire. Él le hizo un gesto afirmativo e indicó que Yukiko tomaría lo mismo.

La camarera me miró.

—¿*Okyakusama*? —me preguntó.

Me dirigí a Naomi.

—¿El Springbank? —le pregunté. Dijo que sí y pedí dos copas.

La vibrante medio latina que se había desvelado la noche anterior, ahora se retraía como una tortuga en su caparazón. ¿Qué estaría pensando? «Nombre nuevo, nueva personalidad japonesa, nuevo amigote del yakuza». Todo eso daba pasto a la conversación; sin embargo, ella no decía nada.

¿Por qué? De habérmela encontrado en la calle, lo primero que me hubiera dicho sería: «¿Qué haces otra vez en Tokio?». De haber usado un nombre diferente, hubiera hecho algún comentario. Y de haberme oído hablar en japonés nativo y sin acento, sin duda habría dicho: «Creía que te sentías más cómodo hablando en inglés».

Por tanto, su silencio debía de ser fruto de las circunstancias. Pensé en el miedo que le detecté en los ojos cuando vio a Murakami. Era él. Ella temía decir o hacer algo que llamara su atención.

La única vez que la vi me dio la impresión de saber más de lo que estaba dispuesta a decir. Su reacción ante Murakami me confirmó la sospecha. Y de tener ganas de entregarme, ya lo habría hecho. El hecho de no hacerlo la convertía en un cómplice, pues creaba un secreto compartido. Era algo que yo podía explotar.

Yukiko cogió un *oshibori* y lo usó para limpiarle las manos a Murakami; estaba tan tranquila como un domador que acaricia a un león. Naomi me pasó el mío.

—Arai-san es un amigo mío —dijo Murakami; me miró primero y luego miró a las dos muchachas, y esbozó su sonrisa de puente dental—. Por favor, tratadlo bien.

Yukiko me echó una sonrisa encantadora, como diciéndome: «Si estuviera sola, yo te trataría excepcionalmente bien». Por el rabillo del ojo, vi que Murakami veía el mensaje y fruncía el ceño.

«No quisiera ser el causante de los celos de este bastardo», pensé mientras me imaginaba a Harry.

Llegó la camarera y sirvió las bebidas. Murakami se la bebió de un solo trago. Luego Yukiko hizo lo mismo.

—*Ii yo* —gruñó Murakami. Está bueno. Yukiko posó su copa en la mesa con experimentada delicadeza. Murakami la miró. Ella le devolvió la mirada, con algo casi teatralmente desenfadado en su expresión. La mirada fue prolongada. Él sonrió y le cogió una mano.

—*Okawari* —dijo llamando a la camarera. Dos copas más. Levantó a Yukiko de la silla y la apartó un poco de la mesa. Vi que la llevaba a una sala

situada al lado de uno de los dos escenarios.

—¿Qué es eso? —le pregunté a Naomi en japonés.

Ella me observaba. Con cautela, pensé.

—Un *lap dance* —dijo.

—Parece que se conocen bien.

—Así es.

Eché una mirada en derredor. Las mesas más próximas estaban llenas de grupos de japoneses con la vestimenta *saraniman* habitual. Incluso con el ruido imperante, estaban demasiado cerca como para permitir una conversación privada.

Me incliné hacia Naomi.

—No esperaba volver por aquí —dije en voz baja.

Se estremeció.

—Me alegra que lo hayas hecho.

No supe qué hacer con la falta de coherencia que había entre su reacción y sus palabras.

—Debes de tener un montón de preguntas.

Sacudió la cabeza.

—Sólo quiero que esta noche te lo pases muy bien.

—Creo que sé por qué actúas de esta manera —empecé a decir.

Me cortó alzando una mano súbitamente.

—¿Qué tal un *lap dance*? —preguntó. El tono era tentador, pero la mirada, entre seria y enfadada.

La miré, tratando de adivinar lo que se proponía, y luego dije:

—Por supuesto.

Caminamos hasta la misma sala donde habían entrado Murakami y Yukiko unos minutos antes. Otro nigeriano esperaba justo en el interior de la entrada. Hizo una reverencia y colocó a un lado un sofá semicircular y de respaldo alto. Puso otro mueble similar delante del anterior. Entramos y el nigeriano cerró la puerta detrás de nosotros. Ahora estábamos encerrados en un compartimento circular y tapizado.

Naomi me señaló el sofá provisto de cojines. Tomé asiento mirándola a la cara.

Ella dio un paso atrás, con la mirada fija en mis ojos. Se llevó las manos a la espalda y oí el sonido de la cremallera. Luego su mano derecha fue al tirante izquierdo y lo empezó a dejar caer sobre la suave piel de su hombro.

Hubo un repentino zumbido en mi bolsillo.

Hijo de puta. El detector de micrófonos de Harry.

Continuo; intermitente; continuo. Tanto audio como vídeo.

Me cuidé de mirar en derredor o hacer cualquier cosa que pudiera parecer sospechosa. Abrí la boca para decir lo que cualquier beneficiario de un *lap dance* diría. Pero ella puso una cara de pocos amigos que me acalló. Levantó hacia el techo un sutil dedo índice del tirante del vestido. Luego movió la cabeza ligeramente y su dedo apuntó al oído.

Recibí el mensaje. Había gente escuchando y vigilando.

No sólo aquí, en la mesa también. Por eso su comportamiento había sido tan raro. Allí no me podía avisar.

Y me di cuenta de por qué daba la impresión de estar enfadada. ¿Era yo el contable norteamericano que había dicho que era o, al menos, un elemento neutral? De ser así, lo más seguro era el silencio. ¿Estaba yo involucrado con ese Murakami que la atemorizaba? Si ése era el caso, el silencio y una advertencia como la que me acababa de hacer podían ser algo peligroso. Sin darme cuenta, la había obligado a elegir.

Pero el detector no se había disparado en la mesa. Entonces caí en la cuenta. Si las mesas estaban monitorizadas, sabía que debían desconectar el equipo cuando el jefe tomaba asiento. Debían de ser las reglas, e imaginé que nadie quería que un tipo como Murakami descubriese que no se cumplían. Y la última vez que yo había estado allí, seguramente el sistema aún no había sido puesto en funcionamiento. Por esa razón, no había sonado el detector.

Metí una mano en el bolsillo para desactivar el aparato y asentí con la cabeza para indicar que había entendido.

Terminó de quitarse el tirante y de pasar el brazo; luego inició una acción idéntica en el otro lado. Se cruzó de brazos. Resoplaba mientras respiraba. Hizo una pausa. Luego, aún con el ceño fruncido y el cuerpo rígido, empezó a mover los brazos. El vestido se deslizó, dejando al descubierto primero los pechos, luego el estómago, y plegándose en ondulaciones negras en la cintura.

—Puedes tocar —dijo—. Sólo encima de la cintura.

Me puse de pie, sin dejar de mirarla a los ojos. Me acerqué y le susurré al oído:

—Gracias por avisarme.

—No me agradezcas nada —contestó con otro susurro—. No me dejaste otra opción.

—No estoy con esta gente.

—¿No? Peleaste esta noche, ¿verdad?

—¿Por qué dices eso?



—Tienes rasguños en la cara. Y entendí la broma de Murakami sobre tus «ejercicios».

Adonis debía de haberme dejado alguna marca. Ni siquiera lo había notado.

—¿Sabes de esas peleas?

—Todas lo saben. Después vienen aquí y fanfarronean. A veces actúan como si fuéramos sordas.

—No fui allí por propia voluntad. Me entreno en un *dojo*; allí una gente me invitó a presenciar un combate. Yo no sabía de qué se trataba. Resultó que no iba como espectador, sino como estrella de la velada.

—Mala suerte —susurró.

—Si piensas que estoy con esta gente —dije—, ¿por qué me hablas? ¿Por qué me avisaste de que nos escuchaban?

—Porque soy tan estúpida como tú. —Dio un paso atrás y me miró, con las manos en las caderas y el mentón hacia arriba. Levantó las cejas y sonrió—. ¿Tienes miedo de tocarme?

La miré a la cara. Lo que yo quería era información, no un maldito *lap dance*.

—¿Te da miedo hasta mirar? —preguntó con sonrisa provocativa.

Le mantuve la mirada; luego la dejé bajar.

—¿Te gusta lo que ves?

—Está bien —dije al cabo de un momento, aunque la verdad es que estaba bastante mejor que eso.

Se dio la vuelta y se me acercó, inclinándose ligeramente y arqueando la espalda delante de mí.

De repente, me di cuenta de que era un juego en el que sólo podía perder.

Se puso las manos sobre las rodillas y movió las caderas de lado a lado. La fricción de su culo asumió un lugar prominente en mi conciencia.

—¿Te gusta? —preguntó mirándome por encima del hombro.

—Está bien —repetí, esta vez con voz más ronca.

—Me parece que te gusta más que ese «*está bien*», ¿verdad?

—Quiero hablar contigo —dije. Me di cuenta de que le había puesto las manos en las caderas. Las quité.

—Entonces, habla —dijo arrimándose más—. Di lo que se te ocurra.

Trataba de desviar mi atención. No quería hablar y yo no sabía cómo forzarla.

Arqueó la espalda y subió más el culo. Una sombra que recordaba a un estanque oscuro se formó en la hendidura de su espina dorsal.

—Lo que tú quieras —dijo.

La sombra aparecía y desaparecía con sus movimientos.

—Basta ya, maldita seas —susurré. Mis manos volvían a estar en sus caderas.

—Pero te gusta —susurró—. A mí también.

«Está jugando contigo», pensé.

Y luego: «Al diablo, al fin y al cabo se supone que debes actuar como un cliente normal».

Me puse sobre una rodilla y deslicé las manos sobre sus muslos; luego volví a levantarme y le fui subiendo el vestido a medida que lo hacía. Llevaba un cinturón negro. El vestido colgaba un poco por encima del mismo y se juntaba por detrás. Cogí el vestido con una mano, como si fuera una rienda, y le metí mano en el culo con la otra.

—Sólo encima de la cintura —dijo sonriendo por encima del hombro; su voz fría hizo contrapunto con el calor de mi cabeza y mis entrañas—. O llamo al guardia.

Sentí un arrebato de furia.

«Déjate de tonterías —pensé—. Vete de aquí. Como tendrías que haber hecho antes de que empezara esta mierda.»

Retiré la mano de su culo y di un paso atrás, pero la ira se apoderó de mí. Aún aferrando el vestido, giré las caderas y le lancé un fuerte bofetón a su nalga izquierda. Se oyó un sonoro *¡slap!* Ella pegó un grito y se alejó de mí como presa de una descarga eléctrica.

Ella dio media vuelta con una mano sobre la nalga golpeada. Tenía los ojos bien abiertos, y las fosas nasales temblaban de la sorpresa y la rabia. En mi visión periférica, vi que traspasaba el peso a la pierna izquierda como si se preparara a patear una pelota con la otra pierna.

En cambio, dio un paso atrás. Bajó los brazos a los lados y levantó los hombros y el mentón; era la viva imagen de la rabia contenida. Me miró.

—*¿Mo owari, Okyakusama?* —preguntó con el máximo desdén posible. ¿Hemos terminado, honorable cliente?

—¿Fue eso contra las reglas? —pregunté sonriendo.

Se subió el vestido y pasó los brazos por los tirantes. Tenía el rostro rojo de ira, y no pude dejar de admirar su forma de controlarse. Se las arregló para cerrar la cremallera sin ayuda; luego dijo:

—Fueron tres canciones; por tanto, treinta mil yenes. Y debe darle al portero el diez por ciento. ¿Ken?

Ken debía de ser el nigeriano, porque un segundo después quitaron el sofá semicircular y apareció él. Saqué el dinero y les pagué a ambos.

—Gracias —le dije a Naomi. Estaba radiante como un cliente bien satisfecho—. Ha sido... especial.

Me devolvió la sonrisa de un modo que me hizo agradecer que no tuviera un arma a mano.

—*Kochira koso* —replicó. El placer es mío.

Me escoltó hasta la mesa. Murakami y Yukiko nos esperaban.

—¿*Yokatta ka?* —me preguntó Murakami, mostrando sus dientes postizos. ¿Cómo ha ido?

—*Ma na* —le dije. Bastante bien.

Cogió a Yukiko de la mano y empezó a irse.

—Hablabamos de nuestro negocio en otra ocasión —dijo.

—¿Cuándo?

—Pronto. Te veré en el *dojo*.

No le gustaba más que a mí concertar citas.

—¿Por la mañana o por la tarde? —pregunté.

—Por la mañana. Pronto. —Se dirigió a Naomi—: Naomi, *shikkari mendo mite yare yo*. —Trátalo bien. Naomi bajó la cabeza para mostrar que lo haría.

Murakami y Yukiko se retiraron. Un minuto después, empezó a sonar el detector. Continuo y sólo audio. Había tenido razón acerca de las reglas.

Naomi y yo charlamos unos minutos acerca de cosas sin importancia. Su tono era frío y correcto. Yo sabía que nuestro encuentro no había salido como ella había pretendido, pero ella había logrado evitar mis preguntas, que era lo que en el fondo buscaba. Probablemente se debía de estar diciendo que la pelea había acabado en empate y que podía darse por satisfecha con eso.

Lo que ella no sabía era que sólo se trataba del primer asalto.

Le dije que estaba cansado y que debía irme.

—Vuelve cuando quieras —me dijo con una sonrisa sarcástica.

—¿Para otra sesión de *lap dance?* —le dije devolviéndole la sonrisa—. No tengas la menor duda.

Subí las escaleras y salí a Gaienhigashi-dori. Cuando estuve en la calle, sonó un bocinazo. Vi que Yukiko conducía un BMW M3 blanco, con Murakami en el asiento del pasajero. Ella me saludó y desapareció por Aoyama-dori.

Pasaban unos minutos de la una de la madrugada. El club cerraba a las tres. Naomi se iría a casa poco después.

Había hecho mis deberes en el ordenador. Sabía dónde quedaba su casa. El edificio Lion's Gate, en Azabu Juban 3-chome.

El metro había dejado de funcionar. Puse en duda que tuviera un coche. Mantener uno en la ciudad era demasiado caro y, de cualquier modo, el metro llevaba a cualquier parte. Seguro que para llegar a casa tomaba un taxi.

Yo tomé uno hasta la estación de metro Azabu Juban; luego caminé por 3-chome hasta encontrar el edificio. Un *manshon* de clase acomodada de hormigón armado, nuevo y de buen aspecto. Había una entrada principal con doble puerta de vidrio controlada electrónicamente. La cámara de seguridad estaba montada en el techo, justo en el interior de la entrada.

El edificio estaba en una calle de una sola dirección. Fui por detrás y encontré una segunda entrada más pequeña y discreta que la primera; algo que sólo podían usar los residentes. No tenía cámara.

El doble acceso complicaba las cosas. Si yo la esperaba en la entrada equivocada, no la encontraría.

Estudí la situación. Todas esas calles eran de una dirección, como suele ocurrir en Azabu Juban. Si venía del Damask Rose, el taxi tenía que pasar primero por la segunda entrada. Lo más probable era que ella se bajara allí. Incluso si el taxi continuaba su camino hacia la principal, yo tendría tiempo de correr detrás y alcanzarla antes de que entrase.

De acuerdo. Busqué un sitio adecuado. Por lo general, cuando se trata de montarle una emboscada a alguien, intento que haya un máximo de discreción y de sorpresa, pero eso es antes de un encuentro letal. En este caso, sólo trataría de conversar. Si la asustaba demasiado, si la hacía sentir demasiado vulnerable, entraría corriendo en su casa y yo me quedaría con un palmo de narices.

Había un callejón perpendicular que llevaba a donde yo estaba; era un callejón sin salida, justo al lado de la segunda entrada al edificio. Lo recorrí. Vi un toldo bajo el cual había unos grandes cubos de basura. Podía esperar en esas sombras tranquilamente. Incluso si alguien pasaba a mi lado, difícilmente me vería.

Vi la hora. Casi las dos. Hice tiempo paseando por el barrio. No vi a más de media docena de personas. Hacia las tres, la zona estaría prácticamente desierta.

Pensé en lo que había presenciado en el club. Sabía por Tatsu que Yamaoto dependía en parte de chantajes y extorsiones para dirigir su red de corrupción política. Tatsu me había dicho que el disco que el padre de Midori le había sacado contenía, entre otras cosas, vídeos de políticos en situaciones

comprometidas. Tatsu me había dicho que Yamaoto y Murakami estaban relacionados. Por tanto, era probable que el Damask Rose fuera uno de los sitios donde Yamaoto filmaba a los políticos en medio de actos escandalosos.

Lo que significaba que alguien de la red de Yamaoto ahora tenía mi rostro en una película. Eso hubiera sido una pésima noticia en cualquier circunstancia; pero el nuevo interés de Murakami empeoraba aún más las cosas. Juzgué probable que Murakami mostrara el vídeo a otra persona, como parte de un control más exhaustivo. Incluso podía mostrárselo a Yamaoto, que conocía mi cara. Y yo había usado el nombre del levantador de pesas como aval para entrar en el *dojo* de Murakami. Si se percataban de quién era yo en realidad, también sabrían hasta qué punto la muerte del levantador de pesas había sido un «accidente».

Traté de encajar todo esto. Yukiko, o alguien importante en el Damask Rose, o quizá el mismo Yamaoto, trataba de atrapar a Harry. Si estaban interesados en Harry, sólo era porque los podía conducir hasta mí.

¿Y qué pasaba con la Agencia? Habían seguido a Harry. Según Kanezaki, para llegar a mí. La cuestión era si Yamaoto y la CIA trabajaban juntos, o si sus intereses eran meramente convergentes. Si era lo primero, ¿cuál era la naturaleza de la colaboración? Si se trataba de lo segundo, ¿cuál era la naturaleza de sus intereses?

Naomi podía ayudarme a responder estas preguntas si yo la abordaba bien. Asimismo, necesitaba resolver estas cosas rápidamente. Si Harry sólo le importaba a esta gente como un medio para llegar a mi persona, él aún podía correr peligro. Y si Murakami se enteraba de que Arai Katsuhiko era en realidad John Rain, tanto Harry como yo tendríamos un problema bien gordo.

Justo antes de las tres, empezó a llover. Volví rápidamente al edificio y esperé en las sombras. El toldo me cubría de la lluvia, pero empezaba a sentir frío. Me dolía la pierna, justo donde Adonis me había pateado. La estiré para mantenerla flexible.

A las 3:20, apareció un taxi. Clavé en él mi mirada. Allí, en el asiento trasero, estaba Naomi. El coche giró a la izquierda y se detuvo delante de la entrada trasera del edificio. La puerta trasera se abrió un poco y se encendieron las luces en el interior del vehículo. Vi que Naomi le daba unos billetes al conductor y que éste le devolvía el cambio. La puerta se abrió del todo y ella se apeó. Vestía un abrigo negro hasta los muslos, de lana o cachemir, y se lo apretó contra el cuerpo. La puerta se cerró y el taxi partió.

Abrió un paraguas y avanzó hacia la puerta. Salí del escondite.

—Naomi —la llamé en voz baja.

Dio media vuelta y respiró hondo.

—¿Qué demonios haces aquí? —exclamó en su inglés con acento portugués.

Levanté las manos con las palmas hacia delante.

—Sólo quiero hablar un momento.

Miró un momento por encima del hombro, tal vez calculando la distancia hasta la puerta, y luego se volvió hacia mí, aparentemente más tranquila.

—No quiero hablar contigo —dijo recalcando la primera y la última palabra; su acento se hacía más patente a causa de la agitación.

—No tienes que hacerlo si no quieres. Sólo te lo pido; eso es todo.

Volvió a mirar en derredor. Poseía buen instinto para el peligro. La mayoría de la gente, al percibir una amenaza, se concentra totalmente en ella. Eso les hace ser presas fáciles si la «amenaza» no es más que un farol y el ataque de verdad viene de un flanco.

—¿Cómo sabes dónde vivo? —preguntó.

—Busqué la dirección en internet.

—¿De veras? ¿Crees que con esta clase de trabajo voy a hacer público mi domicilio?

Me encogí de hombros.

—Me diste tu dirección electrónica. Con esa poca información como punto de partida, te sorprenderías de todo lo que se puede llegar a descubrir.

Entrecerró los ojos.

—¿Eres un ladrón?

Lo negué con la cabeza y dije:

—No.

Empezaba a llover más fuerte. Me di cuenta de que, aparte de la incomodidad física, el tiempo jugaba a mi favor. Ella estaba seca y protegida por el paraguas; yo estaba empapado y casi temblando de frío. El contraste la ayudaría a sentirse más segura.

—¿Estoy en peligro? —preguntó.

Me sorprendió.

—¿Qué clase de peligro?

—No hice nada malo. No estoy involucrada en nada. Sólo soy una bailarina. Yo no sabía adónde quería llegar, pero no quería que dejase de hablar.

—¿No estás involucrada? —repetí como un loro.

—¡No estoy involucrada! Y no quiero estarlo. Sólo me ocupo de mis cosas.

—No estás en peligro; al menos, no conmigo. De verdad, sólo quiero hablar contigo.

—Dame una buena razón.

—Porque confías en mí.

Puso una expresión entre divertida e incrédula.

—¿Yo confío en ti?

Hice un gesto afirmativo con la cabeza.

—Me avisaste de los micrófonos ocultos en el club.

Cerró los ojos un momento.

—Dios santo, sabía que me arrepentiría.

—Pero sabías que no diciendo nada te hubieras arrepentido aún más.

Sacudía la cabeza lenta y deliberadamente. Sabía en qué estaba pensando: «Le hago un favor a este tipo y ahora no puedo quitármelo de encima. Y es un problema que no quiero.» Me eché para atrás el pelo que goteaba en mi frente.

—¿Podemos ir a algún sitio?

Ella miró a izquierda y derecha. La calle estaba desierta.

—De acuerdo —dijo—. Cojamos un taxi. Conozco un sitio que cierra tarde. Podemos hablar allí.

Encontramos un taxi. Entré yo primero y luego entró ella. Le dijo al taxista que nos llevara al 3-3-5 de Shibuyaku, la zona sur de Roppongi-dori. Sonreí.

—¿El Tantra? —pregunté.

Me miró, acaso un poco desconcertada.

—¿Lo conoces?

—Hace mucho tiempo que existe. Un buen sitio.

—No pensé que lo conocerías. Eres un poco... mayor.

Me reí. Si ella quiso hacerme sentir viejo, se equivocó por completo. No me importa que se sepa mi edad. La mayoría de la gente que conocí de joven ya ha muerto. El hecho de seguir vivo y coleando ya es suficiente motivo de orgullo para mí.

—El Tantra es como el sexo —dije sonriéndole con indulgencia—. Cada nueva generación cree haberlo descubierto.

Desvió la mirada y viajamos en silencio. Yo hubiera preferido que el taxi nos llevara a alguna dirección cercana y no a la real; pero dadas las circunstancias de la velada, pensé que eso podría desencadenar un problema añadido si Naomi no era consciente de tener que tomar medidas de seguridad.

Pocos minutos después, paramos delante de un anodino edificio de oficinas. Ya no llovía, pero la calle estaba vacía y daba una sensación de desamparo. De no haber sabido dónde estaba, habría pensado que no era un sitio muy adecuado para bajarse de un taxi en medio de la noche.

Detrás de nosotros, la única señal de la existencia del Tantra era una T apenas iluminada que había encima de un sótano. Bajamos los escalones, pasando por un par de imponentes puertas de metal, y entramos en un vestíbulo alumbrado con velas que conducía a la sala de atrás.

Apareció un camarero que nos preguntó en voz baja si sólo éramos dos. Naomi le dijo que sí y él nos condujo al interior.

Las paredes eran de cemento marrón; el techo, negro. Había unos pocos focos, pero casi toda la iluminación provenía de velas puestas sobre las mesas y en los rincones del suelo de cemento lacado. En los reservados, había estatuas que mostraban escenas del Kama Sutra. La concurrencia estaba formada por media docena de pequeños grupos de gente, todos sentados en cojines o en sillas bajas. Se oían murmullos de la conversación y risas mitigadas. Yo sabía que había dos habitaciones adicionales en el fondo, ambas parcialmente escondidas por pesados cortinados púrpuras. Pregunté si alguna estaba libre y él me indicó la de la derecha. Miré a Naomi y ella asintió.

Trasparamos los cortinados y entramos en una habitación que más bien parecía una cueva o un fumadero de opio. El techo era bajo y las velas hacían bailar las sombras en las paredes. Nos sentamos en cojines en un rincón, a noventa grados el uno del otro. El camarero nos pasó una carta y se fue sin decir palabra.

—¿Tienes hambre? —pregunté.

—Sí.

—Yo también. —Me froté los hombros mojados—. Y frío.

Volvió el camarero. Pedimos té caliente, patatas Ayu de la casa y rollos de primavera. Naomi eligió un Highland Park de doce años, y yo hice lo mismo.

—¿Cómo conociste este sitio? —preguntó Naomi cuando el camarero se hubo ido.

—Ya te lo he dicho: tiene muchos años. Diez años, quizá más.

—Por tanto, vives en Tokio.

Hice una pausa. Luego contesté:

—Vivía. Hasta hace poco.

—¿Qué te trae otra vez por aquí?



—Tengo un amigo. Tiene problemas con gente de tu club y él ni siquiera lo sabe.

—¿Qué clase de problema?

—Eso es lo que trato de averiguar.

—¿Por qué me contaste esa mierda de que eras un contable?

Me encogí de hombros.

—Buscaba información. No vi ninguna necesidad de decirte muchas cosas.

Guardamos silencio un rato. Llegó el camarero con la comida y las bebidas. Primero me tomé el té. Me hizo entrar en calor. El Highland Park fue incluso mejor.

—Lo necesitaba —dije apoyándome en la pared con las entrañas calientes.

Ella cogió un rollo de primavera.

—¿Realmente has estado en Brasil? —preguntó.

—Sí. —Era una mentira, pero tal vez también era el equivalente moral de la verdad. No le podía contar que estaba aprendiendo todo lo que podía sobre su país porque tenía planeado irme a vivir allí.

Dio un mordisco al rollo de primavera y lo masticó con la cabeza ligeramente a un lado, como si estuviera considerando algo.

—Esta noche, cuando vi con quién estabas, pensé que acaso habías aprendido unas pocas palabras en portugués solamente para ganarte mi confianza. Que estaba metida en un lío, vaya.

—Pues no.

—Entonces, no tratabas de conocerme por alguna razón en concreto.

—Bailabas cuando llegué aquella noche, de modo que pedí por ti. No es más que una coincidencia.

—Si no eres un contable norteamericano, entonces, ¿quién eres?

—Soy alguien que... presta servicios a la gente de tanto en tanto. Esos servicios me ponen en contacto con distintos elementos sociales. La policía y los *yakuza*. Políticos. A veces gente al margen de la sociedad.

—¿Dice todo eso tu tarjeta de visita?

Sonreí.

—Intenté ponerlo, pero la letra era demasiado pequeña y no se podía leer.

—¿Qué eres? ¿Un detective privado?

—En cierta manera.

Me miró.

—¿Y para quién trabajas ahora?

—Ya te lo he dicho: trato de ayudar a un amigo.

—Perdona, pero eso no hay quien se lo crea.

Asentí con la cabeza.

—Yo conozco a quien se lo creería.

—Esta noche, parecías muy cómodo en compañía de Murakami.

—¿Te molestó?

—Le tengo miedo.

—Debieras.

Cogió el Highland Park y se apoyó en la pared.

—He oído feas historias acerca de él.

—Probablemente son verdaderas.

—Todo el mundo le teme. Salvo Yukiko.

—¿Por qué crees que es así?

—No lo sé. Tiene poder sobre él. Nadie más lo tiene.

—Ella no te cae bien.

Me miró, pero luego desvió la mirada.

—Puede dar tanto miedo como él.

—Dijiste que se sentía cómoda haciendo cosas que tú no harías.

—Así es.

—¿Algo relacionado con los micrófonos?

Puso la copa vertical y la terminó de un trago. Luego añadió:

—No estoy segura de que haya micrófonos, pero lo creo. Nos frecuentan numerosos clientes importantes: políticos, cargos de la administración, hombres de negocios. Los propietarios del club presionan a las chicas para que les sonsaquen información. Y hay rumores de que ciertos clientes son filmados en las salas de *lap dance*.

Me estaba ganando su confianza. Y por la forma en que ahora hablaba, supe que podía sacarle más. Un jugador es capaz de vacilar durante horas para decidir si pone las fichas en, digamos, el rojo o el negro, y entonces, cuando el crupier hace juego, duplica o hasta triplica la apuesta como forma de reforzar su convicción de haber elegido bien. Si no lo estuviera haciendo, ¿por qué habría de jugarse todo ese dinero extra?

Señalé su copa.

—¿Una más?

Vaciló un momento y luego aceptó.

Terminé la mía y pedí dos más. Las sombras bailoteaban con la luz de las velas. El sitio era íntimo y cálido como un santuario subterráneo.

El camarero trajo las copas. Cuando éste se hubo retirado, la miré y le dije:

—¿No estás involucrada en nada de esto?

Ella miró su copa. Pasaron varios segundos.

—¿Quieres una respuesta honesta, o una verdaderamente honesta? —preguntó.

—Dame las dos.

—De acuerdo —dijo ella asintiendo con la cabeza—. La respuesta honesta es que no.

Tomó un sorbo de Highland Park. Cerró los ojos.

—La honesta de verdad es... es...

—Es «*todavía no*» —dijo en voz baja.

Abrió los ojos y me miró.

—¿Cómo lo sabes?

—Te quieren corromper —dijo—. Se trata de un proceso y de una serie de técnicas. Incluso aunque sólo te des cuenta a medias, ya eres más inteligente que la mayoría. Tienes una posibilidad de hacer algo al respecto, si tú quieres.

—¿Qué quieres decir?

Bebí de la copa, viendo cómo brillaba el líquido ámbar a la luz de la vela, y recordando.

—Se comienza poco a poco. Descubres cuáles son los límites del sujeto en cuestión y lo mantienes un rato contra las cuerdas. Se acostumbra a ello. Al poco tiempo, los límites se expanden. Nunca lo empujas demasiado. Le haces sentir que todo es fruto de su propia determinación.

La miré.

—Me has dicho que cuando entraste en el club eras tan tímida que apenas te podías mover en el escenario.

—Sí, es verdad.

—En aquel momento ni soñabas con hacer una *lap dance*.

—No.

—Pero ahora puedes.

—Sí. —Bajó la voz hasta ser casi un susurro.

—Cuando bailaste tu primera *lap dance*, probablemente dijiste que nunca permitirías que un cliente te acariciara.

—Lo pensé —dijo. Había bajado aún más la voz.

—Por supuesto que sí. Y podría continuar. Podría decirte dónde estarás dentro de tres meses, de seis, de un año. Dentro de veinte años, si sigues como

ahora. Naomi, ¿crees que es una casualidad? Es una ciencia. Allí hay gente experta en lograr que hoy hagas lo que ayer te resultaba impensable.

Aparte de su respiración rápida, guardó silencio y me pregunté si combatía las lágrimas.

Necesitaba avanzar un poco más antes de retirarme.

—¿Quieres saber lo que te espera? —pregunté.

Me miró, pero no dijo nada.

—Tú sabes que usan a las chicas del Damask Rose para chantajear a políticos o algo por el estilo. Las otras chicas lo comentan en voz baja, pero eso no es todo. A ti ya te lo han insinuado, ¿verdad? Es un pedido indirecto, pero allí está. Algo como: «Hay un cliente especial al que creemos que le gustas. Queríamos que salieras con él y se lo hicieras pasar realmente bien. Si luego queda satisfecho, te pagaremos tanto». Tal vez disponen de una *suite* en un hotel, adonde te piden que lo lleves. Allí montan escuchas, lo filman. Te niegas, supongo, y no hay más presión por su parte. ¿Por qué habría de haberla? Saben que te han desgastado con sólo hacerte el ofrecimiento.

—¡Te equivocas! —prorrumpió moviendo un dedo delante de mi cara.

La miré.

—De estar equivocado, no reaccionarías de esa manera.

Me observó con la mirada enfurecida y herida, y movió los labios como si intentara buscar las palabras.

Era suficiente. Hora de ver si mis palabras habían logrado su propósito.

—Eh —dije con un susurro, pero ella no levantó la cabeza—. Eh. —Puse una mano encima de la suya—. Lo siento. —Le apreté los dedos por un momento, y luego retiré la mano.

Levantó la cabeza y me miró.

—Piensas que soy una prostituta. O que estoy a punto de serlo.

—No lo creo —dije moviendo la cabeza.

—¿Cómo sabes todo esto?

Era el momento indicado para una respuesta honesta, aunque lo suficientemente ambigua.

—Hace mucho tiempo y en un contexto diferente, pasé por una situación parecida.

—¿A qué te refieres?

Por un momento vi la imagen de Crazy Jake. Sacudí la cabeza para indicarle que era algo de lo que prefería no hablar.

Guardó silencio unos segundos, y dijo a continuación:

—Tienes razón. No habría reaccionado de esa forma si hubieras dicho algo equivocado. Hay cosas en las que he pensado mucho últimamente y no he sido tan honesta conmigo misma como tú lo has sido. —Estiró una mano y me cogió la mía. La apretó con fuerza—. Muchas gracias.

Sentí una extraña mezcla de emociones: placer, porque funcionaba mi manipulación; simpatía, porque entendía por lo que ella estaba pasando; culpa, por haberme aprovechado de su ingenuidad.

Y por debajo de todo, seguía atraído por ella. Me sentí incómodamente consciente del tacto de su mano.

—No me des las gracias —dije sin mirarla. No le apreté los dedos. Al cabo de un momento, retiró la mano.

—¿De verdad estás intentando ayudar a un amigo? —oí que me preguntaba.

—Sí.

—Te ayudaría si pudiera, pero no sé más de lo que ya te he contado.

Asentí pensando en la agencia y en Yamaoto, y preguntándome acerca de la conexión.

—Permíteme que te pregunte algo —dije—. ¿Cuántos blancos ves en el club?

Se encogió de hombros.

—Una cantidad considerable. Quizá el diez o el veinte por ciento de la clientela. ¿Por qué?

—¿Has visto alguna vez a Murakami pasar el tiempo con ellos?

Movió la cabeza.

—No.

—¿Y a Yukiko?

—La verdad es que no. Habla mal el inglés.

Nada concluyente. No sabía nada. Empecé a dudar de que me pudiera ser de mucha utilidad.

Miré la hora. Eran casi las cinco. Pronto saldría el sol.

—Deberíamos irnos —dije.

Estuvo de acuerdo. Pagué la cuenta y nos fuimos.

La calle estaba mojada, pero ya no llovía. Las farolas de Roppongi-dori creaban brillantes conos de brumas que giraban lentamente. Era justo antes de la hora de levantarse y la calle seguía silenciosa por el momento.

—¿Me acompañas a casa a pie? —preguntó mirándome. Asentí.

—Por supuesto.

A mitad de la caminata de veinte minutos, volvió a llover.

—*¡Droga!* —exclamó en portugués—. Me olvidé el paraguas en el Tantra.

—*Shoganoi* —dije mientras me levantaba el cuello de la chaqueta. Qué se le va a hacer.

Caminamos más deprisa. Empezó a llover más fuerte. Me pasé los dedos por el pelo y sentí que el agua me chorreaba por la nuca.

Cuando nos faltaba medio kilómetro, se oyó un gran trueno y empezó a caer un aguacero torrencial.

—*¡Que merda!* —exclamó soltando una risa—. ¡Esto es un desastre!

Corrimos, pero fue en vano. Llegamos a su apartamento y nos refugiamos en el saliente de la puerta trasera.

—*Meu deus* —dijo riéndose—. Nunca me había empapado tanto. —Se desabrochó el abrigo mojado, luego me miró y sonrió—. Una vez ya estás mojado, la sensación es bastante buena.

Le salían nubecillas de vapor del vestido calado.

—Te sale vapor —le dije.

Se echó una mirada y luego levantó los ojos hacia mí. Se apartó unos cabellos de la cara.

—El ejercicio me ha calentado el cuerpo —dijo.

Me sequé el agua de la cara y pensé: «Es hora de irme».

Pero permanecí allí.

—Gracias por una velada interesante —dijo un momento después—. Para ser un entrometido, no eres un mal tipo.

Le sonreí a medias.

—Eso es lo que me dice la gente.

Se produjo un raro momento de calma. Entonces ella se me acercó y me abrazó poniendo la cabeza sobre mi hombro.

Me sorprendió. La abracé y pensé: «Nada más que un poco de desahogo. Antes la trataste con dureza. Deja que se vaya sintiendo bien».

Era remotamente consciente de que sólo se trataba de un intento de racionalizar la situación. Me perturbó un poco. Por lo general, puedo evitar esas cosas.

Podía sentir su suave contorno, su calor conducido con eléctrica claridad por la humedad de la ropa.

Sentí que mi cuerpo reaccionaba. Ella también lo sintió. «Ay, mierda.»

Levantó la cabeza de mi hombro. Tenía la boca muy cercana a mi oreja. Le oí decir:

—Entra.

La última persona con la que, debiéndola tratar a nivel profesional, me había acabado liando había sido Midori. Aún estaba pagando el precio de aquel error.

«No vuelvas a comportarte como un estúpido —pensé—. No te acerques demasiado. No traspases la línea.»

Pero estas ideas no estaban conectadas. Parecía que nadie las escuchaba.

«Es la chica de un bar. Ni siquiera sabes de qué lado está.»

Ésa no fue nada convincente. Nadie la había dirigido en mi contra; era yo quien la perseguía. No había tenido por qué alertarme contra las escuchas. La intuición me decía que ella no jugaba a dos bandas.

Me puso una mano sobre el pecho.

—Parece que hace tiempo que no... has estado con nadie —dijo ella.

Recordé que justamente por esa razón había podido seguir con vida tanto tiempo.

—¿Por qué lo dices? —pregunté.

—Lo sé. Por la forma en que me miras.

Presionó más la mano.

—Puedo sentir tu corazón —dijo.

Entre la mano que tenía sobre mi corazón y las caderas que tenía junto a mi cintura, podría haber estado someténdome a un detector de mentiras perfectamente.

Eché una mirada a la calle. La lluvia caía en ángulos grises. Una de mis manos se movió a su mejilla. La piel estaba mojada y pensé en lágrimas.

Levantó la cabeza y sentí el lado de su rostro posarse sobre el mío. Movía la cabeza para arriba y abajo, ligeramente, como si estuviera sintonizando una música que yo casi podía oír. Mantuve los ojos cerrados y pensé: «No lo hagas. No seas estúpido».

Podía oír mi propia respiración fluyendo por la nariz y pasando entre mis dientes.

Empecé a separarme, frotando mi mejilla mojada contra la suya. Ella pasó una mano a mi nuca y me retuvo.

Cambié la cabeza ligeramente de posición. Casi se tocaron las comisuras de nuestros labios. Sentí su aliento en la mejilla.

Y entonces nos besamos. Su boca era cálida y suave. Se nos liaron las lenguas y pensé simultáneamente: «Oh, idiota de mierda», y «Qué bien sabe».

Mis manos se abrieron paso debajo del abrigo hasta su cintura. Me cogió la cara con ambas manos y me besó más fuerte.

Le apreté las caderas y luego le pasé las manos sobre las costillas, hasta llegar a sus pechos. Tenía los pezones duros bajo la tela húmeda. Su cuerpo irradiaba calor. La oí gemir. Sonó como una capitulación.

Dio un paso atrás y abrió el bolso. Sacó la llave y me miró con los ojos negros y la respiración pesada.

—Entra —dijo.

Se dio media vuelta y puso la llave en la cerradura. Abrió la puerta y entramos.

Continuamos besándonos en el ascensor, hasta llegar al quinto piso. Por el pasillo, nos tiramos de la ropa.

Entramos en su apartamento, que se encontraba al fondo de un largo corredor. Más allá había una zona comunitaria. El reflejo de la luz gris de la calle apenas lo iluminaba todo.

Cerró la puerta y me empujó contra ella. Volvimos a besarnos apasionadamente y me desabrochó la camisa. Por lo general, no me siento cómodo en un sitio hasta tener la oportunidad de echar un vistazo en derredor, pero el estrecho pasillo con Naomi entre mi persona y los posibles atacantes era una muy mala opción para una emboscada. Además, no sentí ninguna mala vibración; al menos, no de esa clase. Y afortunadamente los detectores de Harry no sonaron para nada.

Le quité el abrigo de los hombros y lo dejé caer a sus espaldas. Me besó el cuello y el pecho mientras sus dedos me desabrochaban el cinturón y los pantalones. Yo le abrí la cremallera del vestido. Moví los tirantes de sus hombros y el vestido se deslizó sin hacer ningún ruido al suelo. Noté que se quitaba los zapatos.

Me tiró para atrás la chaqueta, pero la tela mojada se me pegó al cuerpo. Me la quitó y me levantó la camisa. Puso una mano cálida sobre mi estómago, como para fijarme en la posición. Sentí el brazalete de diamantes, un pequeño y frío círculo alrededor de su muñeca. Luego la fue bajando y me bajó los pantalones. La paré para poder quitarme los zapatos y los calcetines. Los pantalones alrededor de los tobillos siempre me resultan un grave impedimento.

Me saqué los pantalones y los calzoncillos y les di un puntapié. Ella me volvió a empujar contra la puerta, me pasó los brazos por encima de la cintura y me apretó. Presionó sus pechos y su estómago, cálidos, suaves y enloquecidamente insinuantes, y en ese instante no me importó nada lo que eso me podría llegar a costar. Ni lo que le podría costar a ella.



Le cogí suavemente la cara con ambas manos y la empujé un poco hacia atrás. La miré a los ojos. En la penumbra del vestíbulo, parecían tener su propia y quieta luminosidad.

Bajó las manos hasta mi cintura y se agachó delante de mí. La observé respirando más rápido. Sentí la puerta fría contra mi espalda desnuda y entonces su boca me engulló y por un momento no pude sentir nada más.

Una de sus manos subió hasta mi estómago, se la cogí y luego se la dejó ir. Golpeé la puerta con la cabeza. Unos mechones de su pelo me acariciaron los muslos. Podía sentirlos como si fueran una descarga eléctrica.

Una de mis manos bajó tocando el borde de su oreja, la curva de su mejilla, la línea del mentón. Exhalé con fuerza, endureciendo el estómago hasta que no me quedó más aire en los pulmones, y luego aspiré profundamente por la nariz.

Pasé los dedos por debajo de su mentón e intenté que se levantara.

Echó la cabeza hacia atrás y me miró.

—Quiero terminar —dijo.

Incliné el cuerpo hacia delante, puse las manos sobre sus costillas y la puse de pie. Le pasé un brazo por detrás del cuello y el otro por las nalgas, di un paso adelante y la alcé. Se rió sorprendida y me pasó los brazos por el cuello.

—Hay algo que yo quiero terminar —le dije.

La sala daba a una cocina pequeña y a un dormitorio aún más pequeño. Me dirigí al dormitorio. Era vagamente consciente del pene que, oscilando erecto delante de mí mientras yo caminaba, parecía el absurdo bastón de un ciego.

Había un futón en el suelo, justo al lado de la puerta. Me puse encima y la deposité de espaldas con sumo cuidado. Dejó ir los brazos de alrededor de mi cuello y me acarició las orejas y el rostro con las palmas de sus manos. Con ambas manos le cogí las bragas por encima de su pelvis. Levantó las caderas, y el atuendo se deslizó por la curva de sus nalgas. Se las quité de los tobillos y las arrojé a un lado.

Puse las manos sobre el futón, a ambos lados de ella, y le besé el cuello, los pechos, el vientre. Me abrí paso hasta la curva de sus muslos. Me cogió el pelo de la nuca y me empujó lo suficiente como para hacerme daño, pero la hice esperar un poco más antes de darle lo que quería.

Cuando lo hice, echó el aire rápidamente y me tiró aún más del pelo. Me puse de rodillas y le cogí las nalgas con ambas manos, levantándolas del futón. Le oí decir: «*Isso, Isso, continúa*», y noté que su otra mano se

trasladaba a mi cuello por detrás. Levanté la mirada. Los músculos de su vientre estaban endurecidos y los pechos le temblaban ligeramente por la acción de mi cabeza y mis manos.

Me tomé mi tiempo. Sabía a limpio, a salado y dulce. Pasó los dedos por mis cabellos; a veces agarrándolos, a veces tironeando de ellos al ritmo que yo la tocaba. No me di prisa, pese a que la presión de sus dedos me pedía que fuese más rápido.

La volví a oír diciendo «*Isso*» una y otra vez. Levantó las piernas detrás de mí y las apretó encima de mis orejas; de repente su voz era lejana, como si llegara de debajo del agua. Tensó aún más las piernas y sus dedos apretaron con más fuerza mi cabellera. Luego su cuerpo se aflojó lentamente y el sonido regresó a la habitación.

La volví a echar sobre el futón y la contemplé. La luz gris del cuarto era un poco más clara. Vi el verde de sus ojos, y sin pensármelo le dije:

—Eres hermosa.

Extendió las manos y me cogió la cara.

—*Agora, venha aqui* —dijo en portugués. Ven aquí.

Lo hice. Ella me acogió y yo la pude penetrar.

Deslicé las manos por debajo de sus brazos y hasta su rostro. Eché la cabeza para adelante y cerré los ojos del mismo modo que una vez me enseñaron para orar. Sentí sus labios en mi cara; exponían palabras silenciosas.

Pasó un minuto, quizá dos. Nuestro movimiento conjunto, para arriba y para abajo, poco a poco bajó el ritmo, como olas que avanzan y retroceden en la playa. Un poco más y yo sabía que habría acabado.

Arqueó la cabeza y me besó con fuerza. Sentí una sensación parecida a un murmullo o un largo gemido en sus labios y en su lengua.

—*Agora, mete tudo* —dijo con la boca presionando a la mía. Ahora, todo.

Me empujó sin guardarse nada. Le cogí el rostro con las manos y la besé aún más fuerte. Levantó las rodillas y sentí cómo sus muslos y sus tobillos se deslizaban por mis caderas. Nos movimos más rápido. Me pasó las piernas por la espalda. La oí susurrar algo en portugués. Arqueé la espalda, hundí los dedos de los pies en el futón y me dejé ir con un prolongado *kussouu* que sonó como placer y como dolor.

Se me escaparon las fuerzas del cuerpo, y de súbito me sentí pesado. Me eché en el futón a su lado, con una mano posada en su vientre.

—*Isso, foi otimo* —dijo volviéndose hacia mí. Fue delicioso.

Sonreí.

—*Otimo* —repetí. Sentí que mis piernas estaban hechas de mermelada.  
Me cubrió una mano con la suya y me estrujó los dedos. Nos quedamos en silencio un momento. Luego dijo:  
—¿Te puedo preguntar algo?  
La miré.  
—Claro que sí.  
—¿Por qué fuiste tan reacio al principio? Me di cuenta de que querías. Y supe que yo también quería.  
Cerré los ojos un momento, coqueteando con el sueño.  
—Tal vez tenía miedo.  
—¿Miedo de qué?  
—No estoy seguro.  
—Soy yo quien debería haber tenido miedo. Cuando dijiste que tenías que terminar algo, medio pensé que querías darme otra paliza.  
Sonreí con los ojos aún cerrados.  
—Lo hubiera hecho de habértelo merecido.  
—Te hubiera obligado a lamentarlo.  
—No lo hiciste. Me hiciste feliz.  
Oí que se reía.  
—Todavía no me has dicho de qué tenías miedo.  
Lo pensé un momento. El sueño se me caía encima como una manta.  
—De liarme con alguien. Como dijiste, hacía mucho tiempo que no estaba con nadie.  
Volvió a reírse.  
—¿Cómo podemos estar liados? Ni siquiera sé quién eres.  
Haciendo un esfuerzo, abrí los ojos. La miré.  
—Sabes más que la mayoría —dije.  
—Tal vez eso es lo que te asusta —replicó ella.  
Si me quedaba más rato, caería dormido. Me senté y le pasé una mano por la cara.  
—Está bien —dijo—. Sé que te tienes que ir.  
Tenía razón, por supuesto.  
—¿Sí? —pregunté.  
—Sí. —Hizo una pausa y luego dijo—: Me gustaría volver a verte. Pero no en el club.  
—Eso tiene sentido —dije, cometiendo un error en mi sistema habitual de seguridad. Ella frunció el entrecejo ante mi respuesta. Percibí mi error, sonreí y traté de corregir—. De cualquier manera, después de esta noche, no creo

que yo fuera a respetar la regla de «nada por debajo de la cintura». —Ella se rió, pero su risa no fue del todo natural.

Fui al lavabo; luego volví al vestíbulo y me puse la ropa, que seguía húmeda. Estaba fría y pegadiza.

Se me acercó cuando me abrochaba los zapatos. Se había peinado el pelo hacia atrás y vestía una bata oscura de franela. Me miró un largo rato.

—Trataré de ayudarte —dijo.

Le dije la verdad:

—No sé en qué me puedes ayudar.

—Yo tampoco, pero quiero intentarlo. No quiero... no quiero acabar en un callejón sin salida.

Asentí con la cabeza.

—Es una buena razón.

Metió una mano en el bolsillo de la bata y sacó un trozo de papel. Extendió un brazo para dármele y volví a ver el brazaletes de diamantes. Le cogí suavemente la muñeca.

—¿Un regalo? —pregunté con curiosidad.

Dijo que no moviendo lentamente la cabeza.

—Era de mi madre.

Cogí el papel y vi que había escrito un número de teléfono. Lo guardé en el bolsillo.

Le di el número de mi busca. Quise que tuviera un modo de ponerse en contacto conmigo si sucedía algo en el club.

No le dije: «Te llamaré». Tampoco la abracé, por culpa de la ropa mojada. Nada más que un beso. Luego me di media vuelta y me fui.

Avancé por el pasillo hasta las escaleras. Me di cuenta de que ella creía que no volvería a verme. Tuve que admitir que quizá tenía razón. Esa idea me resultó tan húmeda y descorazonadora como mi ropa empapada.

Llegué a la planta baja y miré por la entrada del edificio. Por un instante, recordé cómo ella me había abrazado allí. Ya parecía haber pasado una eternidad. Sentí la desagradable mezcla de gratitud y añoranza, junto con un sentimiento de culpa y arrepentimiento.

Y en un rayo de lucidez, que cortó con fría claridad a través de la niebla de mi cansancio, me di cuenta de que, cuando me preguntó de qué tenía miedo, en realidad no había tenido nada que responder, ni siquiera a mí mismo.

Había sido así desde que me enfrentaba a la certeza de que todo acabaría mal, si no esta mañana, entonces la siguiente. O la siguiente a ésta.

Usé la salida trasera, en la que no había cámara alguna. Aún llovía cuando salí a la calle. La primera luz del día era grisácea y débil. Caminé con los zapatos mojados hasta que encontré un taxi y pude regresar al hotel.

## Capítulo 12

**A**l día siguiente me puse en contacto con Tatsu por medio del buscador y del tablero de anuncios, y quedamos en encontrarnos al mediodía en el *sen*to de Ginza-yu. El *sen*to, o baño público, es toda una institución japonesa, a pesar de que inició su declive poco después de la guerra, cuando los nuevos apartamentos empezaron a tener sus propios baños y el *sen*to se convirtió menos en una necesidad higiénica y más en un vicio periódico. Pero como todos los vicios que se valoran no por el producto sino por el proceso en sí, el *sen*to nunca desaparecerá del todo. En el lento ritual de frotar y enjabonar, y en la profunda relajación que sólo se consigue mediante la inmersión en un agua que el débil calificará de hirviente, se esconde toda una serie de cualidades de devoción, celebración y meditación; cualidades que hacen que la vida valga la pena.

Ginza-yu se encuentra en un rincón geográfico y psicológico de un espectacular centro comercial. Escondido de un modo casi artero en las sombras del paso a nivel de la autopista de Takaracho, hace saber de su presencia con un letrero descolorido y pintado a mano. Esperé en un portal de enfrente hasta que vi llegar a Tatsu en un coche sin licencia. Aparqué el coche en el bordillo y bajó. Lo vi dar la vuelta a la esquina y entrar en el casa de baños; luego le seguí los pasos.

Me vio en cuanto me puse detrás de él. Ya se había quitado los zapatos y estaba a punto de colocarlos en un pequeño armario al lado de la puerta de entrada.

—Dime lo que tienes —dijo.

Puse cara de ofendido. Me miró unos segundos, luego suspiró y preguntó:

—¿Cómo estás?

Me agaché y me quité los zapatos.

—Bien, gracias por preguntarme. ¿Y tú?

—Muy bien.

—¿Tu mujer? ¿Tus hijas?

No pudo dejar de sonreír en cuanto le nombré la familia. Asintió con la cabeza y me dijo:

—Todas están bien. Gracias.

Sonreí.

—Te contaré más cuando estemos dentro.

Guardamos los zapatos. Yo ya había comprado en una tienda de la misma calle el equipo necesario para el baño (champú, jabón, el trapo para las friegas y las toallas), y le di a Tatsu lo que necesitaba cuando entramos. Le pagué al propietario los 400 yenes por cabeza, el precio con subsidio gubernamental; subimos las anchas escaleras de madera hasta el vestuario sin adornos, y entonces pasamos por la puerta corrediza de cristal al baño del fondo. Esa zona estaba vacía; la hora punta debía de ser al atardecer, y al igual que el vestuario, era casi espartana en su falta de pretensiones: nada más que un amplio espacio cuadrado; un alto techo; blancas paredes de azulejos que chorreaban por la condensación; la brillante iluminación fluorescente, y un ventilador en una pared que tenía pinta de derrotado en su larga e inútil batalla contra el vapor. La única concesión a la estética no estrictamente utilitaria era un mosaico de brillantes colores de Ginza 4-chome que ocupaba la pared de la ducha. Nos sentamos para fregarnos.

El truco es usar el agua caliente de los grifos donde te sientas, llenando los bajos cubos de plástico de la casa con el agua cada vez más caliente y derramándolos sobre tu cabeza y tu cuerpo. Si usas agua que esté menos caliente, no podrás aguantar el baño cuando entres.

Tatsu se limpió con su habitual brusquedad y entró en el baño antes que yo. Yo tardé un poco más. Cuando estuve listo, me puse a su lado. De inmediato sentí que los músculos trataban de apartarse del calor, pero supe que en un instante desistirían de su vana resistencia y se entregarían a una delirante relajación.

—*Yappari, kore ga saiko da na?* —le dije, sintiendo que ya me relajaba. Es estupendo, ¿verdad?

Asintió.

—Un lugar extraño para reunirse, pero un buen sitio. Me sumergí más en el agua.

—Has estado bebiendo todo ese té, de modo que pensé que apreciarías un sitio bueno para tu salud.

—Ah, estabas mostrando consideración. Pensé que tal vez ésta era tu manera de decirme que no tenías nada que ocultar.

Solté una carcajada. Le hablé del *dojo* y las peleas ilegales, así como de la conexión de Murakami con ambas actividades. Le hice una evaluación de los puntos fuertes y débiles de Murakami: letal por un lado; incapaz de pasar desapercibido, por otro.

—Dices que los promotores de estos combates pierden dinero —dijo cuando terminé.

Miré el mural con los ojos entrecerrados.

—Basándome en lo que me contó Murakami, sí. Con tres combates por noche y pagos de dos millones de yenes a los ganadores, más los gastos, tienen que estar en números rojos. Incluso las noches en que organizan uno o dos, sólo pueden recuperar el dinero.

—¿Qué te hace pensar todo esto?

Cerré los ojos.

—Que no lo hacen por el dinero.

—Sí; la cuestión es por qué lo hacen. ¿Qué beneficio sacan?

Pensé en aquella sonrisa depredadora y en el puente dental.

—Alguna de esa gente, como Murakami, está bastante enferma. Me parece que disfrutan.

—Seguro que sí, pero dudo que sólo el entretenimiento sea motivo suficiente para crear y financiar esta clase de negocio.

—¿En qué piensas entonces?

—Cuando tú estabas con las Fuerzas Especiales, ¿cómo se trataba al personal que realizaba una función vital para la unidad? —preguntó con tono serio y pensativo.

Abrí los ojos y lo miré.

—Como un contraseguro. Un soporte. Como un riñón extra.

—Pues, sí, ahora ponte en el lugar de Yamaoto. Contigo, él podía eliminar sin escándalo alguno a quien no le interesaran sus recompensas, o fuera invulnerable a sus chantajes o a quien representara una amenaza para su maquinaria. Después de perderte a ti, Yamaoto habrá aprendido a no depositar su confianza en una sola persona. Y habrá tratado de crear soluciones dentro del sistema.

—Aun en el caso de que Murakami hubiera sido un reemplazo total.

—Que tú dices que no lo es.

—Por tanto, el *dojo* que dirige Murakami, los combates...

—Parecen constituir como una especie de curso de entrenamiento.

—Un curso de entrenamiento... —dije moviendo la cabeza. Lo vi mirándome, esperándome, un paso por delante de mí, como de costumbre.

Entonces se me hizo la luz.

—¿Asesinos? —pregunté.

Levantó las cejas como diciéndome: «Y tú me lo dices».



—El *dojo* es el curso introductorio —dije asintiendo—. Y con la clase de entrenamiento que hacen allí, ya pueden seleccionar a individuos con predisposición a la violencia. Al exponerlos a la misma una o dos veces al día, el programa anula aún más la sensibilidad del individuo. Ser un espectador de combates a muerte es el paso siguiente.

—Y los mismos combates...

—Los combates completan el proceso. Seguro que todo está enfocado como entrenamiento elemental. De hecho, mejor aún, porque sólo unos relativamente pocos soldados superan la experiencia elemental y luego la del asesinato. Aquí, matar forma parte del programa. Y el personal que engendras está compuesto sólo de los sobrevivientes, de quienes están más capacitados para lo que han aprendido.

Tenía sentido. Recurrir a asesinos ni siquiera era algo original. En los últimos siglos, los *shogun* y los *daimyo* empleaban a los *ninja* en sus propias guerras internas. Me acordé de Yamaoto, de nuestro acuerdo de hacía únicamente un año, y estuve seguro de que a él le halagaría la comparación.

—¿Cómo encaja esto con los planes a largo plazo de Yamaoto? —me preguntó.

No supe qué contestarle. Me resultaba difícil pensar con semejante calor. Me miró como si fuera un chico lento de reflejos, pero aún simpático.

—¿Cuál es el futuro de Japón? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—Como nación. ¿Dónde estaremos en diez o veinte años?

Me lo pensé.

—No muy bien, supongo. Hay muchos problemas: la deflación, el paro, la ecología, el sistema bancario... y nadie parece capaz de poder hacer algo al respecto.

—Así es. Y tienes razón en distinguir entre los problemas de Japón, que también tienen los demás países, y nuestra incapacidad para resolverlos; en esto último, somos únicos entre las naciones industrializadas.

Me miraba y supe lo que pensaba. Hasta hacía poco, yo había sido uno de los causantes de esa incapacidad.

—Toda creación de consenso lleva su tiempo —dije.

—Con frecuencia, es de nunca acabar; pero una predisposición cultural al consenso no es el problema de fondo. —Vi un esbozo de sonrisa—. Ni siquiera tú eras el problema real. El problema real es la corrupción.

—Demasiados escándalos últimamente —dije dándole la razón—. Los coches, las centrales nucleares, la industria alimentaria... Quiero decir: si no

puedes confiar ni en el señor Donut, ¿en quién puedes confiar?

Hizo una mueca.

—Lo que sucedió en las instalaciones nucleares de TEPCO es peor que una desgracia. Habría que ejecutar a todos los ejecutivos.

—¿Me estás pidiendo otro «favor»?

Sonrió.

—Debo cuidar mi léxico cuando hablo contigo.

—De cualquier modo, ¿acaso no dimitieron los responsables de TEPCO?

—Sí, dimitieron, pero los reguladores siguieron al pie del cañón; los mismos que cobraron de los fondos destinados al mantenimiento de los edificios y de la central nuclear, y que hicieron públicos peligros que conocían desde hacía años.

Se levantó y se sentó en el borde de la piscina, para así descansar un poco del calor.

—¿Sabes, Rain-san? —dijo—, las sociedades son como los organismos, y ningún organismo es invulnerable a las enfermedades. Lo único importante es saber si un organismo es capaz de montar una buena defensa cuando se le ataca. En Japón, el virus de la corrupción ha atacado al mismísimo sistema inmunológico, como una forma social de sida. Por tanto, el cuerpo ha perdido la capacidad de defenderse. Eso es lo que quiero decir cuando digo que todos los países tienen problemas, pero sólo Japón tiene problemas ante los que ha perdido la capacidad de defenderse. Los directivos de TEPCO dimiten, pero permanecen los hombres que controlaban sus actividades durante todos estos años. Sólo en Japón pasa algo de ese calibre.

Daba señales de extrema preocupación. Por un momento, deseé que no se tomase tan en serio esa mierda. Si seguía así, acabaría con una úlcera del tamaño de un asteroide. Me senté a su lado.

—Sé que la situación es grave, Tatsu —dije tratando de darle otra perspectiva—, pero Japón dista de ser único en lo que respecta a la corrupción. Tal vez aquí sea un poco peor, pero en América tienes a Enron, Tyco, WorldCom, a analistas que dilapidan las acciones de sus clientes para enviar a sus hijos a una buena escuela preuniversitaria...

—Sí, pero mira cómo la indignación que esas revelaciones provocaron ha acabado reformando el sistema de regulación de Estados Unidos —dijo—. Se llevan a cabo investigaciones oficiales. Se aprueban nuevas leyes. Los máximos representantes de las corporaciones acaban en la cárcel. Pero en Japón, se ve la indignación como algo indignante. Nuestra cultura parece fuertemente predispuesta a aceptar estas irregularidades, ¿ne?

Sonreí y, como respuesta, pronuncié una de las frases más populares del idioma:

—*Shoganai* —dije. Literalmente: no hay nada que hacer.

—Sí —dijo—, en otras partes tienen el «*C'est la vie*» o «así es la vida» para cuando las circunstancias se imponen. Sólo en Japón se impone nuestra propia incapacidad para cambiar esas circunstancias.

Se secó las cejas.

—Por tanto, considera esta situación desde el punto de vista de Yamaoto. Él entiende lo que pasa; suprimido el sistema inmunológico, tiene que producirse un fallo catastrófico en la sociedad. Ya ha habido varios amagos: financieros, ecológicos, nucleares; sólo es una cuestión de tiempo antes de que estalle algo grande. Acaso un accidente nuclear que envenena toda una ciudad. O un colapso nacional de bancos con la consiguiente pérdida de depósitos. Sea lo que sea, tendrá la suficiente magnitud como para hacer reaccionar a los votantes japoneses y acabar con su apatía. Yamaoto sabe que un disgusto violento con un régimen establecido tiende históricamente a causar una reacción extrema. Sucedió en la Alemania de Weimar y en la Rusia zarista, para poner dos ejemplos.

—Finalmente, la gente votará un cambio.

—Sí, pero la cuestión es qué tipo de cambio.

—¿Piensas que Yamaoto está tratando de posicionarse para dirigir esa ola de descontento?

—Por supuesto. Mira el curso de entrenamiento para asesinos. Eso aumentará su capacidad para silenciar e intimidar. Una capacidad semejante siempre ha sido un prerrequisito indispensable de los movimientos fascistas. Y como ya te he dicho, en el fondo de su corazón, Yamaoto es de derechas.

Pensé un momento en las buenas noticias provenientes de las provincias; en cómo algunos políticos se enfrentaban a los burócratas y sus corruptos intereses, hacían públicos los libros de registros y evitaban las obras públicas que casi habían sepultado al país bajo el cemento.

—¿Y tú trabajas con políticos decentes para asegurarte de que Yamaoto no es la única opción de los votantes descontentos?

—Hago lo que puedo —me contestó.

Es decir: Ya te he contado todo lo que necesitas saber.

Pero yo sabía que el disco, prácticamente un quién es quién de la red de corrupción de Yamaoto, habría provisto por implicación negativa un mapa de ruta de valor incalculable para saber quiénes estaban ausentes de esa red. Me

imaginé a Tatsu trabajando con los buenos, aconsejándoles, tratando de protegerlos. Posicionándolos como piedras en un tablero de *go*.

Le hablé del Damask Rose y de la posible conexión de Murakami con el club.

—Están utilizando a esas mujeres para atrapar y controlar a los enemigos de Yamaoto —dictaminó cuando hube acabado.

—No todas —dije pensando en Naomi.

—No, no todas. Algunas ni deben saber lo que sucede, aunque me imagino que al menos lo sospechan. Yamaoto prefiere dirigir esos establecimientos como negocios legales. Al hacerlo, dificulta que los investiguen y descubran. Ishihara, el levantador de pesas, era una pieza clave en esa trama. Está bien que haya desaparecido.

Volvió a secarse la frente.

—Murakami también parece tener una importante función en esa parte del tinglado de Yamaoto. Puede ser más importante de lo que me había imaginado al principio. No es de extrañar que Yamaoto intente diversificar el negocio. Le es preciso reducir su dependencia de este hombre.

—Tatsu —dije.

Me miró y pareció saber lo que venía a continuación.

—No voy a liquidarlo —anuncié.

Se produjo una larga pausa. Su rostro carecía de toda expresión.

—Ya veo —dijo en voz baja.

—Es demasiado peligroso. Ya lo era antes, y ahora tienen mi imagen en el vídeo del Damask Rose. Si la persona equivocada ve esa imagen, sabrán quién soy.

—Su interés se centra en políticos, burócratas y gente por el estilo. Es remota la posibilidad de que ese vídeo llegue a Yamaoto o a algunos de los pocos de su organización que pudieran reconocerte.

—A mí no me parece remota. De cualquier manera, este tipo es un blanco difícil, peliagudo. Sacar del medio a alguien así y hacer que parezca natural es casi imposible.

Me miró.

—Entonces haz que no parezca natural. Con lo que está en juego, vale la pena correr ese riesgo.

—Podría hacerlo, pero no soy bueno con un rifle y no voy a usar una bomba, ya que también podrían caer los inocentes que pasen por allí. Y fuera de esas dos opciones, matar a este tipo y salir sano y salvo del intento no es nada fácil.

Me di cuenta de que me había permitido empezar a discutir con él en un terreno práctico. Tendría que haberle dicho que no y luego haber cerrado la boca.

Se produjo otra larga pausa. Luego dijo:

—¿Qué crees que piensa él de ti?

Respiré hondo en el aire húmedo y lo dejé ir.

—No lo sé. Por un lado, ha visto lo que soy capaz de hacer. Por otro, yo no envió tantas señales de peligro como él. No puede controlar este tipo de cosas, de modo que no se le ocurre que algún otro pueda hacerlo.

—Entonces te menosprecia.

—Tal vez, pero no demasiado. La gente como Murakami no desestima a nadie.

—Has probado que puedes acercarte a él. Te podría conseguir un revólver.

—Ya te dije que siempre anda con al menos dos guardaespaldas.

Apenas dije estas palabras, deseé no haberlas dicho. Ahora estábamos negociando. Era estúpido.

—Entonces hazlo caer en una trampa y te cargas a los tres —dijo.

—Tatsu, no tienes en cuenta el instinto de este sujeto. No permite que nadie le tienda una trampa. Cuando salimos del Mercedes a la entrada del club, lo vi echar una mirada a los tejados en busca de francotiradores. Y sabía dónde mirar. Me olería a kilómetros si tratara de hacerle caer en una trampa. Igual que yo a él. Olvídate.

Frunció el entrecejo.

—¿Cómo puedo convencerte?

—No puedes. Mira, ésta era una propuesta peligrosa desde el inicio, pero estaba dispuesto a correr el riesgo por lo que tú me puedes dar a cambio. He averiguado que el peligro es mayor de lo que pensé al principio. La recompensa es la misma. Por tanto, la ecuación ha cambiado. No es más complicado que eso.

Ninguno de los dos pronunció palabra un buen rato. Finalmente, suspiró y dijo:

—¿Qué harás? ¿Retirarte?

—Tal vez.

—No puedes retirarte.

Guardé silencio. Cuando hablé, lo hice en voz baja, no más que un murmullo.

—Espero que no estés diciendo que podrías interferir.

No cambió de expresión.

—No sería preciso que yo interfiriera —dijo—. No tienes forma de retirarte. Ojalá lo reconocieras. ¿Qué harás, encontrar una isla en algún sitio y pasarte el tiempo en la playa leyendo todos esos libros que te has perdido? ¿Hacerte socio de un club? ¿Anestesiarte con *whisky* cuando tus insidiosos recuerdos no te dejen dormir?

De no ser por los efectos tranquilizantes del calor, me podría haber enfadado.

—Tal vez terapia —continuó diciendo—. Sí, las terapias son algo popular en los tiempos que corren. Te podría ayudar a hacer las paces con todas las vidas que has cercenado. Tal vez incluso con quien has decidido dejar en paz.

Le miré.

—Me estás intentando provocar, Tatsu.

—Necesitas que te provoquen.

—No tú.

Frunció el entrecejo.

—Dices que te quieres retirar. Lo entiendo. Pero lo que yo estoy haciendo es importante y moralmente correcto. Se trata de nuestro país.

Solté una risa amarga.

—No es «nuestro» país. Yo sólo soy un ave de paso.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Todos los que importan.

—Estarían contentos de saber que les has escuchado.

—Ya es suficiente. Estoy en deuda contigo. Pago y listos.

Me levanté y me eché agua fría de uno de los grifos. Él hizo lo mismo. Nos cambiamos y bajamos las escaleras.

Apenas salimos, se volvió hacia mí.

—Rain-san —dijo—, ¿volveré a verte?

Le miré.

—¿Eres una amenaza para mí? —pregunté.

—No si realmente te vas a retirar.

—Entonces es posible que nos volvamos a ver. Pero no de inmediato.

—No es preciso que nos digamos *sayonara*.

—No es preciso.

Puso su sonrisa triste.

—Tengo que pedirte algo.

Le devolví la sonrisa.

—Contigo, Tatsu, resultaría peligroso acordar algo de antemano.

Asintió con la cabeza, aceptando mi punto de vista.

—Pregúntate qué sacarás del retiro. Y si ese retiro te lo puede conceder.

—Lo haré —dije.

—Gracias.

Me extendió una mano y se la estreché.

—*De wa* —dije a modo de despedida. Bueno, entonces.

Volvió a asentir.

—*Ki o tsukete* —dijo; una despedida que puede significar un inocuo «Cuídate» o un más literal «Ten cuidado».

Esa ambigüedad pareció deliberada.

## Capítulo 13

**E**

esperé hasta después de la siete de la tarde, la hora en que sabía que Yukiko ya se habría ido al club; entonces llamé a Harry. Le diría lo que él necesitaba saber. Lo que decidiera hacer con esa información era asunto suyo, no mío.

Convinimos en encontrarnos en una cafetería de Nippori. Le dije que se tomara su tiempo para llegar. Comprendió el mensaje: con la Agencia merodeando, había que tomar todas las precauciones.

Como de costumbre, llegué temprano y me pasé el tiempo sorbiendo el café y hojeando una revista que alguien había dejado sobre la mesa. Una hora después, Harry hizo acto de presencia.

—Hola, muchacho —le dije en cuanto le vi. Noté que vestía una chaqueta de piel de cordero y pantalones de lana en vez de los acostumbrados vaqueros. También se había cortado el pelo. Tenía un aspecto casi presentable. Me di cuenta de que no había ninguna posibilidad de que me escuchara y casi decidí no molestarle en decirle nada.

Pero eso no sería justo. Le daría la información y dependía de él usarla o no.

Tomó asiento y antes de que yo pudiera abrir la boca, me espetó:

—No te preocupes. No hay manera de que me hayan seguido.

—¿Es necesario recalcarlo?

Empezó a abrir los ojos, pero vio que le estaba tomando el pelo. Sonrió.

—Tienes buen aspecto —le dije con un tono de ligera sorpresa.

Me miró, tratando de determinar si estaba bromeando.

—¿Te lo parece? —preguntó sin mucha seguridad en la voz.

Asentí.

—Da la impresión de que te has cortado el pelo en uno de esos sitios caros de Omotesando.

Se ruborizó.

—Así es.

—No te pongas colorado. Vale la pena lo que has pagado.

Se ruborizó aún más.

—No te burles.



Me reí.

—Sólo a medias.

—¿Qué pasa?

—¿Por qué tiene que pasar algo? Tal vez sólo tenía ganas de verte.

Me echó una mirada de chico de la calle muy poco habitual en él. Tuve la sensación de saber de quién la había aprendido.

—Sí, yo también tenía ganas de verte.

No tenía prisa de llegar al tipo de conversación que mantendríamos en cuanto le mencionara a Yukiko.

Vino la camarera. Harry pidió café y un trozo de tarta de zanahoria.

—¿Tienes noticias de nuestros amigos del gobierno? —le pregunté.

—Nada de nada. Debes haberlos asustado.

—Yo no contaría con eso. —Tomé un sorbo del exprés y le miré—. ¿Sigues en el mismo sitio?

—Sí, pero estoy casi a punto de cambiar. Ya sabes cómo funciona. Los preparativos llevan su tiempo si se quieren hacer las cosas bien.

Guardamos silencio un momento, y entonces pensé: «Abro el fuego».

—¿Piensas vivir con Yukiko en el nuevo apartamento?

Me echó una mirada recelosa.

—Tal vez.

—Entonces, no vale la pena cambiar de piso.

Hizo una mueca de dolor; debajo del nuevo y elegante peinado pude ver su característica expresión de perplejidad.

—¿Por qué? —preguntó con tono de incertidumbre.

—Trata con unos elementos nada presentables, Harry.

Frunció el entrecejo.

—Lo sé.

Ahora me tocaba a mí quedarme perplejo.

—¿Lo sabes?

Asintió con el ceño aún fruncido.

—Me lo contó.

—¿Qué te contó?

—Que el club está en manos de los *yakuza*. ¿Y qué? Todos lo están.

—¿Te contó que anda con uno de los propietarios?

—¿Qué quieres decir con eso de «anda»?

—Que lo hace íntimamente.

Golpeteaba nerviosamente con los pies debajo de la mesa. Pude sentir las vibraciones.

—Yo no sé cuáles son sus obligaciones en el club. Tal vez sea mejor que no lo sepa.

Había asumido una actitud negativa y de negación. Esto sería una pérdida de tiempo.

Muy bien. Haría un cambio de rumbo y lo volvería a intentar.

—Muy bien —dije—. Lamento haber sacado este tema.

Me miró un momento, sin saber a qué atenerse.

—¿Cómo sabes estas cosas? —preguntó—. ¿Te has estado moviendo a mis espaldas?

No presté atención a su pregunta, aunque supuse que en el fondo no era ajena a la verdad. Mi respuesta no fue exactamente una mentira. Sólo fue incompleta.

—Trabé... una amistad con el *yakuza* que es el presunto propietario del club. Un asesino nato llamado Murakami. Él me llevó allí. Quedó bien claro que él y Yukiko se conocían muy bien, y los vi salir juntos.

—¿Es eso todo lo que me tienes que decir? Por lo que dices, él es su jefe. Y se fueron juntos, ¿y qué?

«Abre los ojos, idiota —quise decirle—. Esa mujer es un peligro. Pertenece a otro mundo, a otra especie. Hay algo muy extraño en todo esto.» En cambio, le solté:

—Harry, en este tipo de cosas mis corazonadas no suelen fallar.

—Pues, mira, no estoy dispuesto a confiar más en tus corazonadas que en las mías.

La camarera llegó con el café y la tarta, y se retiró. Harry no pareció darse cuenta.

Quise contarle más, quise ofrecerle el parecer de Naomi como prueba, pero vi que no llegaríamos a nada. Además, no era necesario que Harry supiera de dónde había sacado la información.

Lo intenté por última vez.

—En el club hay un montaje de sonido y vídeo. El detector que me diste se volvió loco todo el tiempo que estuve allí. Creo que usan el sitio para pillar a políticos haciendo actos indecentes.

—Aunque sea verdad, eso no significa que Yukiko participe.

—¿Nunca te has preguntado si no es una coincidencia que conocieras a esta mujer justo cuando descubrimos que te seguían los de la CIA?

Me miró como si finalmente yo hubiese metido la pata.

—¿Estás diciendo que Yukiko mantiene vínculos con la CIA? Vamos, por favor.

—Piénsalo —le dije—. Sabes que la Agencia te seguía para dar conmigo. Llegaron a ti por medio de la carta de Midori. ¿Qué descubrieron en esa carta? Nada más que un apellido mal escrito y un sello de correo.

—¿Y qué?

—La Agencia no dispone de expertos que puedan sacarle alguna utilidad a una información como ésa. Necesita recursos locales.

—¿Y qué? —volvió a decir con tono petulante.

—Conocen a Yamaoto por sus contactos con Holtzer. Le habrán pedido ayuda. Él hace que cierta gente verifique domicilios y registros laborales a partir del sello postal de Chuo-ku. Tal vez tienen acceso a documentos fiscales y descubren dónde trabaja un tal Haruyoshi. Ahora tienen todo tu nombre, pero no pueden descubrir dónde vives porque tú tienes cuidado de proteger ese dato. Tal vez tratan de seguirte desde el trabajo, pero tú les demuestras que sabes despistarles y no les funciona. Por tanto, Yamaoto le pide a tu jefe que te lleve de «celebración» a algún sitio en el que conozcas a una belleza, a alguien que puede descubrir dónde vives para poder seguirte más a menudo y con la esperanza de que bajas la guardia y los conduzcas hasta mí.

—Y entonces, ¿por qué aún está conmigo?

Le miré. Era una buena pregunta.

—Quiero decir que si su misión era descubrir dónde vivía, se habría dado el piro la primera vez que la invité a venir. Pero no fue así. Aún está conmigo.

—Entonces, acaso su papel era vigilarte, conocer tus rutinas y descubrir alguna información que les permita dar conmigo. Tal vez escuchar tus llamadas y alertar a su gente si nos poníamos en contacto. No lo sé con seguridad.

—Lo siento, es demasiado inverosímil.

Eché un suspiro.

—Harry, no estás en condiciones de ser objetivo. Tienes que reconocerlo.

—¿Y tú lo estás?

Lo miré.

—¿Qué motivo puedo tener para distorsionar esta realidad?

Se encogió de hombros.

—Tal vez tuviste miedo de que deje de ayudarte y te dijiste: «No se puede vivir con un pie en la sombra y el otro a plena luz del día». Tal vez tengas miedo de que yo me pase a la plena luz del día y te deje atrás.

Sentí un ataque de indignación y traté de controlarlo.

—Deja que te diga una cosa, muchacho —dije—. Dentro de muy poco, pienso estar viviendo a la luz del día. Entonces no necesitaré tu «ayuda». Por tanto, aunque fuera el egoísta y manipulador de mierda que tú crees que soy, no tendría ningún motivo para tratar de mantenerte en la sombra.

Enrojeció.

—Lo siento —dijo al cabo de un instante.

Agité una mano en el aire.

—Olvídate.

Me miró.

—No, lo siento de verdad.

Asentí con la cabeza.

—Está bien.

Guardamos silencio un momento. Luego dije:

—Mira, sé lo que sientes por esa mujer, ¿de acuerdo? La he visto. Es atractiva.

—Es más que eso —dijo en voz baja.

El muy tonto. Su única esperanza con esa bruja era que ella reconociera lo desamparado que estaba y aún tuviera algún que otro escrúpulo.

Pero yo no contaría con eso.

—El asunto es —dije— que a mí no me produce ningún placer darte algunas razones para que dudes. Pero te lo digo: aquí hay gato encerrado, Harry. Es necesario que te cuides. Y nada te puede hacer más daño que esa clase de sentimientos que ahora tienes.

Al rato, me dijo:

—Pensaré en lo que me has dicho. ¿De acuerdo?

No me dio la sensación de que lo fuera a hacer. Pareció querer taparse los oídos con ambas manos. Enterrar la cabeza con peinado nuevo bajo la arena. Apretar la tecla de «Borrar» sobre todo lo que le acababa de decir.

—Mira, voy a verla esta noche —dijo—. Prestaré más atención. Me acordaré de lo que me has dicho.

Me di cuenta de que había perdido el tiempo.

—Creí que eras más inteligente —dije sacudiendo la cabeza—. De veras que lo creía.

Me puse de pie, dejé caer unos billetes sobre la mesa y me fui sin mirarle.

Caminé hasta la estación del tren, pensando en lo que antes le había dicho a Tatsu sobre el riesgo y la recompensa.

Harry tenía mucho que ofrecer. Supongo que siempre sería así. Pero había dejado de cuidarse. Tenerlo ahora en mi vida implicaría un peligro mayor que

antes.

Suspiré. Dos despedidas en una sola noche. Era deprimente. Y no es que tuviera todo un Rolodex lleno de amigos.

Pero era absurdo ponerse sentimental. A veces, resulta estúpido. De hecho, Harry se había convertido en un peligro. Lo tenía que dejar atrás.

## *TERCERA PARTE*

Dios. Ese bastardo que ni siquiera existe.

SAMUEL BECKETT

## Capítulo 14

**R**egresé al Imperial por el lado del parque Hibiya. Para mí, cualquier hospedaje representaba un peligro potencial de encerrona, y puse el radar en máxima alerta en cuanto entré en el espacioso vestíbulo que daba a los ascensores. Automáticamente, reconocí la zona a mi alrededor; antes que nada, inspeccioné los sofás que ofrecían la mejor vista de la entrada, los sitios en los que un equipo de emboscada colocaría a la persona encargada de identificar al objetivo. No vi a ningún sospechoso. Mi radar bajó a alerta media.

Cuando me acerqué a los ascensores, vi a una atractiva japonesa de treinta y tantos años, con un pelo negro y brillante que le llegaba a los hombros, y una piel suave y pálida que contrastaba con aquél. Vestía unos vaqueros gastados, zapatillas negras y un suéter con el cuello en forma de V. Estaba en medio de la zona de ascensores y me miraba directamente a los ojos.

Era Midori.

«No —pensé—, mira mejor».

Desde la última vez que, hacía casi un año, la había visto actuar desde las sombras del Village Vanguard de Nueva York, me había cruzado con varias mujeres que a primera vista se parecían a ella. Cada vez que me sucedía, una parte de mi mente captaba los detalles, tal vez queriendo que realmente fuera ella, y esa ilusión duraba uno o dos segundos, hasta que un examen más riguroso convencía a esa parte esperanzada de que se trataba de un error.

La mujer me observaba. Los brazos, que habían estado cruzados, empezaron a abrirse.

Midori. No cabía duda.

Me empezó a latir con fuerza el corazón. Una descarga de preguntas resonó en mi cabeza: «¿Cómo puede estar aquí? ¿Cómo puede ser ella? ¿Qué está haciendo de vuelta en Tokio? ¿Cómo sabía dónde encontrarme? ¿Cómo podía alguien saberlo?».

Dejé las preguntas a un lado y empecé a inspeccionar las zonas secundarias que había a mi alrededor. El hecho de haber tenido una sorpresa no descarta que pueda haber otra. De hecho, la primera podría tratarse de algo deliberado, de una encerrona para un ataque mortal.

Nadie parecía fuera de lugar. Nada puso en funcionamiento mi radar. Bien.

Volví a mirarla, aún con la esperanza de que este segundo examen me dijera que sólo era una alucinación. Nada de eso. Era ella.

Me miraba. Su postura era rígida y de algún modo decidida. Tenía la mirada fija en mí, pero no pude detectar el mensaje.

Volví a mirar en derredor; luego caminé lentamente hacia donde se encontraba. Me detuve delante de ella. Sentí que los latidos contra mi pecho eran tan fuertes que hasta ella podría oírlos.

«Adelante», me dije, pero no supe qué decir. Lo único que me salió fue:

—¿Cómo me has encontrado?

Su expresión era plácida, casi vacía. Sus ojos oscuros irradiaban un calor característico e inalcanzable.

—Consulté una lista de gente dada por muerta —dijo.

Si lo que había intentado era ponerme nervioso, lo logró estupendamente. Eché otra mirada en derredor.

—¿Tienes miedo de algo? —preguntó sosegadamente.

—Todo el tiempo —contesté volviendo a fijar la mirada en ella.

—¿De mí? ¿Por qué habría de ser así?

Hice una pausa y pregunté:

—¿Qué haces aquí?

—Buscarte.

—¿Por qué?

—No te hagas el tonto. Sé que no lo eres.

Se me empezaron a normalizar los latidos del corazón. Si pensaba que iba a empezar a decirlo todo en respuesta a sus ambiguas preguntas, estaba equivocada. No hago las cosas de ese modo, ni siquiera con ella.

—¿Vas a decirme cómo me encontraste? —pregunté.

—No sé.

Otra pausa. La miré.

—¿Quieres un trago?

—¿Mataste a mi padre?

Me volvió a latir con fuerza el corazón. La miré un tiempo; luego contesté que sí en voz muy queda. Seguí mirándola fijamente. Guardó silencio un momento. Cuando se puso a hablar, lo hizo con voz ronca y queda.

—No pensé que lo fueras a admitir. O al menos, no tan fácilmente.

—Lo siento —dije, pensando en lo ridículo que sonaba.



Apretó los labios y sacudió la cabeza como diciendo: «No puedes hablar en serio».

Volví a echar un vistazo al vestíbulo. No vi a nadie que estuviera en posición de hacerme daño, pero entraba y salía mucha gente, y no pude estar seguro. Quise irme de allí. Si ella contaba con cómplices, movernos haría que quedaran al descubierto.

—¿Por qué no vamos al bar? —dije—. Te diré lo que quieres saber.

Asintió con la cabeza sin mirarme.

Lo que yo tenía en mente no era el bar Rendezvous de la planta baja, en el que había tal tráfico de gente que no servía desde ninguna perspectiva de seguridad, sino el Old Imperial del entresuelo. Era una reliquia del primer Imperial, diseñado por Frank Lloyd Wright y demolido en 1968 con la excusa de la seguridad antisísmica, pero más probablemente en aras de una errónea idea de «progreso». Llegar al entresuelo representaba cruzar el vestíbulo, subir un piso por las escaleras y hacer varias curvas en pasillos medio desiertos y con varias salidas. Si a Midori la seguía alguien con o sin su consentimiento, le resultaría difícil moverse sin que yo lo detectara.

Subimos las escaleras hasta el entresuelo. Con la excepción de la docena de clientes sentados en los restaurantes por los que pasábamos, no había nadie más. Miré detrás de nosotros mientras esperábamos en la entrada del bar a que nos dieran un sitio. No vino nadie. Parecía estar sola.

Nos sentamos uno al lado del otro en uno de los bancos altos y semicirculares, que nos mantenían escondidos respecto de la entrada. Cualquiera que quisiera confirmar nuestra presencia, tendría que entrar y quedar al descubierto. Pedí un par de Bunnahabhain de diecisiete años de la magnífica selección de maltas del bar.

En esas circunstancias, la sensación era un poco extraña; pero de cualquier manera, me alegró volver a estar en el Old Imperial. Sin ventanas y de techos bajos, umbrío y tranquilo, íntimo pese al gran espacio, el bar tenía un halo de historia, de decoro; acaso por ser el único elemento superviviente del martirizado autor del hotel. Al igual que el establecimiento, el Old Imperial parecía un poco decadente, pero conservaba una digna belleza y un misterioso atractivo, similar a una *grande dame* que ha visto mucha vida, tenido muchos amantes y guardado muchos secretos: alguien que no se ufana de la gloria de su exuberante juventud, pero que tampoco la ha olvidado.

Guardamos silencio hasta que llegaron las copas. Entonces, ella me preguntó:

—¿Por qué?

Cogí mi Bunnahabhain.

—Sabes por qué. Me contrataron.

—¿Quién?

—La gente a la que tu padre quitó el disco. Los mismos que sospecharon que tú lo tenías y que trataron de matarte.

—¿Yamaoto?

—Sí.

Me miró a los ojos.

—Eres un asesino a sueldo, ¿verdad? Cuando corren rumores de que el gobierno tiene a alguien a sueldo, se refieren a ti, ¿o no?

Dejé escapar el aire.

—Algo por el estilo.

Se hizo una pausa, y luego me preguntó:

—¿A cuánta gente has matado?

Desvié la mirada hacia la copa.

—No lo sé.

—No estoy hablando de Vietnam. Desde entonces.

—No lo sé —repetí.

—¿Piensas que demasiados? —La suavidad de su voz empeoró la pregunta.

—Yo no... Tengo mis propias reglas. Nada de mujeres. Nada de niños. Nada contra subordinados. —Las palabras resonaron mecánicas en mis oídos, como si fueran el mantra de un cretino, los sonidos talismánicos de repente desprovistos de su magia vital.

Se rió con amargura.

—«*Tengo mis propias reglas*». Te pareces a una puta que pretende que la tomen por virtuosa porque no besa a los clientes que se folla.

Dolió, pero me aguanté.

—Y luego tu amigo de la Policía Metropolitana me dijo que habías muerto. Y tú dejaste que me lo creyera. ¿Sabes cuánto me dolió? ¿Sabes lo que es eso?

«Yo también lo sentí muchísimo por ti», quise decirle.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué me hiciste pasar por todo eso? Incluso después de lo que le hiciste a mi padre, ¿por qué me sometiste a tanto dolor?

Desvié la mirada.

—Maldita sea, dímelo —la oí decir.

Cogí la copa.

—Quise protegerte de este... conocimiento.

—No te creo. De cualquier modo, yo algo sabía. ¿Qué creíste que pensaría cuando no se utilizaron las pruebas de corrupción que había en el disco por el que murió mi padre? ¿Cuando traté de saber qué había pasado con tus restos para ofrecer mi pésame, pero no pude averiguarlo?

—No sabía que las necrológicas ignorarían el dato —dije sin mirarla—. De hecho, pensé que se publicaría. De todas maneras, supuse que acabarías olvidándote de mí. A veces tuve mis dudas, pero ¿qué podía hacer? ¿Hacer acto de aparición en tu vida y darte explicaciones? ¿Y si había estado equivocado, y si tú te habías olvidado, si no sospechabas, si habías salido de mi vida tal como yo esperaba? —La miré—. Sólo te podría haber hecho más daño.

Sacudió la cabeza.

—No podrías haberme hecho más daño aunque lo hubieras intentado.

Se produjo un largo silencio.

—¿Vas a decirme cómo me has encontrado?

Se encogió de hombros.

—Tu amigo de la Policía Metropolitana.

Me pilló por sorpresa.

—¿Tatsu se puso en contacto contigo?

—Yo con él. De hecho, varias veces. No quería ni hablar conmigo. La semana pasada regresé a Tokio y me presenté en su despacho. Le dije a la recepcionista que si Ishikura-san no me recibía, yo convocaría a la prensa y haría todo lo posible por armar un escándalo. Y lo habría hecho, lo sabes. No iba a dar el brazo a torcer.

Había sido valiente, casi de modo irresponsable. Tatsu no le habría hecho daño, ni siquiera como respuesta a su amenaza; pero ella no tenía forma de saberlo. Eso demostraba lo desesperadamente furiosa que había llegado a estar.

—¿Te vio? —pregunté.

—No de inmediato. Me llamó esta tarde.

Esta tarde. Poco después de que yo me hubiera negado a seguir con el plan.

—¿Y te dijo que me encontrarías aquí?

Indicó que sí.

¿Cómo había podido seguirme la pista una vez más? Probablemente se trataba de esas malditas cámaras. «Se pueden ver algunas. No todas», recordé que me había dicho. Seguro que utilizan las cámaras para localizarme; luego,

si es necesario, envían hombres a los hoteles más probables de la zona con la misma foto que han usado en las cámaras y el *software* de reconocimiento facial, y así van afinando la puntería.

Había sido una idiotez permanecer en Tokio, aunque para la clase de aviso que le tuve que dar a Harry, una llamada desde el extranjero no hubiera sido lo más indicado.

¿Qué tramaba ese taimado?

—¿Alguna idea de por qué Tatsu aceptó verte después de haberte cerrado las puertas?

Se encogió de hombros.

—Probablemente mi amenaza funcionó.

Lo puse en duda. Tatsu no la conocía tan bien como yo. Seguramente pensó que se trataba de un farol.

—¿Crees realmente que eso era todo? —pregunté.

—Tal vez; pero quizá tenía alguna otra razón para que nos reuniéramos. ¿Qué iba a hacer yo, insultarlo negándome a verte?

—Supongo que no. —Y Tatsu también lo debía de haber supuesto. Por un momento sentí una molestia rayana en hostilidad para con Tatsu y sus maquinaciones.

Ella suspiró.

—Dijo que darme la noticia de que habías muerto fue idea suya, no tuya.

Ésa era una que le debía. Qué se pensaba, ¿que iba a liquidar a Murakami en señal de agradecimiento y para compensarle sus favores?

—¿Qué más te contó? —pregunté.

—Que le ayudaste a conseguir el disco, con la esperanza de que se lo diera a los medios para su publicación.

—¿Te dijo por qué no lo hizo?

Movió la cabeza con gesto afirmativo.

—Porque la información era tan explosiva que podía hacer caer a los demócratas liberales y abrir la puerta para la ascensión de Yamaoto.

—Parece que estás bastante al día.

—Me queda mucho para estarlo.

—¿Y Harry? —pregunté al cabo de un momento—. ¿Por qué no recurriste a él?

Desvió la mirada y dijo:

—Lo hice. Le escribí una carta. Dijo que había oído que estabas muerto y que no sabía nada más.

Por la forma en que desvió la mirada, creí percibir que me ocultaba algo.

—¿Le creíste?

—¿Por qué no habría de hacerlo?

Buen revés. Pero allí había algo más, pensé.

—¿Recuerdas la última vez que te vi? —preguntó.

Había sido allí, en el Imperial. Pasamos la noche juntos. A la mañana siguiente, partí para interceptar la limusina de Holtzer. Después de eso, pasé varios días en custodia policial. Mientras tanto, Tatsu había comunicado a Midori que yo había muerto y que me había llevado el disco. Fin del juego.

—La recuerdo —dije.

—Me dijiste que volverías en algún momento por la tarde. «¿Me esperarás?», preguntaste. Pues bien, te esperé dos días antes de saber de tu amigo Ishikura-san. No tenía a quién llamar ni forma de enterarme de nada.

Vi que levantaba la mirada hacia el techo un instante, tal vez para evitar recuerdos que no quería ver. Tal vez para esforzarse por no llorar.

—No pude creer que hubieras muerto —siguió diciendo—. Luego empecé a preguntarme si realmente había sido así. Y si no estabas muerto, ¿eso qué significaba? Luego dudé y dudé. Pensé: «No puede estar vivo; no te habría hecho algo semejante». Pero no pude quitarme el recelo de encima. No sabía si debía llorar por ti o si debía matarte.

Volvió a clavar en mí su mirada.

—¿Entiendes por lo que me has hecho pasar? —preguntó con la voz hecha un susurro—. ¡Me has hecho pasar por un jodido infierno!

Pude ver cómo se pasaba un pulgar por la mejilla; luego, por la otra. Bajé la vista a la copa. Lo último que ella quería era que yo viera sus lágrimas.

Al cabo de un instante, me dirigí a ella:

—Midori —dije en una voz baja que me supo extraña—, no tengo palabras para decir cuánto lo siento. De poder cambiarlo, lo haría.

Guardamos silencio un momento; luego pensé en Río y dije:

—Si sirve de algo, debo decirte que he estado tratando de cambiar de vida.

Me miró.

—¿De veras lo intentas de verdad? La mayoría de la gente se las arregla muy bien sin matar a nadie. No tienen que cambiar de vida para no hacerlo.

—En mi caso es un poco más complicado que eso.

—¿Por qué?

Me encogí de hombros.

—En este momento, la gente que me conoce parece estar dividida entre los que quieren matarme y los que quieren que siga matando.

—¿Ishikura-san?

Asentí.

—Tatsu ha dedicado su vida a combatir la corrupción en Japón. Tiene recursos, pero las fuerzas contra las que lucha son más poderosas que él. Está intentando ponerse a la par.

—Me resulta algo difícil imaginarme que es uno de los buenos.

—Pero lo es. Su mundo no es tan blanco o negro como el tuyo. Lo creas o no, intentaba ayudar a tu padre.

Y súbitamente comprendí por qué me la había enviado. No con la esperanza de que le ayudara a cambio de unos pocos comentarios exculporios que le había hecho a Midori. No, su verdadera esperanza era que si Midori llegaba a ver a Tatsu como un continuador de la lucha de su padre, podría querer ayudarlo. Esperaba que si me veía, podía agravar mi sentimiento de culpa con respecto a su padre y volverme lo bastante maleable como para hacer lo que él quería.

—Y ahora intentas zafarte de todo.

Asentí, pensando que eso era lo que Midori quería oír. Pero ella se rió.

—¿Es ése el castigo después de todo lo que has hecho? No sabía que fuera tan fácil llegar al cielo.

Tal vez no tenía derecho, pero empezaba a sentirme irritado.

—Mira, cometí un error con tu padre. Te dije que lo sentía. Te dije que de poder hacerlo, lo cambiaría. ¿Qué más puedo hacer? ¿Quieres que me derrame gasolina y encienda una cerilla? ¿Que dé de comer a los hambrientos? ¿Qué?

Bajó la mirada.

—No lo sé.

—Pues yo tampoco lo sé, pero lo estoy intentando.

«Ese mierda de Tatsu», pensé. Él lo había previsto todo. Sabía que ella me presionaría.

Terminé el Bunnahabhain. Puse la copa vacía sobre la mesa y me quedé mirándola.

—Quiero algo de ti —oí que decía al momento.

—Lo sé —dije sin mirarla.

—No sé qué es.

Cerré los ojos.

—Sé que no lo sabes.

—Ni siquiera puedo creer que esté sentada aquí, hablando contigo.

Sólo moví la cabeza. Hubo otro largo silencio mientras me removía los sesos pensando en todo lo que quería decirle, en todo lo que podría marcar la diferencia.

—No hemos terminado —oí que decía.

La miré sin saber a qué se refería, y ella continuó.

—Cuando sepa lo que quiero de ti, te lo diré.

—Muy bien —dije secamente—. De esa manera, al menos lo veré venir. No se rió.

—Tú eres el sicario, no yo.

—Correcto.

Me miró un buen rato y luego dijo:

—¿Te puedo encontrar aquí?

Moví la cabeza.

—No.

—Entonces, ¿dónde?

—Será mejor que yo te encuentre a ti.

—¡No! —dijo con una súbita vehemencia que me sorprendió—. Basta ya de esa mierda. Si quieres volver a verme, dime dónde estarás.

Cogí la copa vacía con fuerza. «Vete —me dije—. Ni siquiera es necesario que digas nada más. Pon unos billetes sobre la mesa y vete. Nunca más volverás a verla.»

Salvo que siempre la veía. No podía dejar de hacerlo. Me había acostumbrado a esperar tan pocas cosas que parecía haber perdido mi inmunidad natural a la infección emocional. Mis esperanzas con respecto a Midori se habían hecho fuertes y por más ridículas que fueran, no me las podía quitar de encima.

—Mira —dije, sabiendo que todo ello era inútil—, hace mucho que vivo de esta manera. Por esa razón he vivido tanto.

—Entonces, olvídalo —dijo, y se puso de pie.

—Está bien —dije—. Me puedes encontrar aquí.

Me miró y asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Hice una pausa.

—¿Voy a tener noticias tuyas? —pregunté.

—¿Te importa?

—Me temo que sí.

—Bien —dijo asintiendo—. Veamos entonces cómo te sienta la incertidumbre.

Se dio media vuelta y se alejó. Pagué la cuenta y esperé un minuto; luego me fui, usando una de las salidas del subsuelo.

No podía quedarme allí más tiempo. Podía vivir con Midori conociendo mi paradero, pero ella no era una experta en seguridad y yo no podía vivir con la posibilidad de que sin darse cuenta condujera a alguien hasta mí. También quería ponerle las cosas más difíciles a Tatsu. Posiblemente ya no importaba mucho si podía dar conmigo, pero no me gustaba la idea.

Me hospedaría en los hoteles más anónimos, uno diferente cada noche. Eso podía quitarme de encima a Tatsu. Contactaría a distancia con el servicio de habitaciones, en caso de que Midori intentase dar conmigo aquí. Podía pasar de tanto en tanto usando extremas precauciones, lo que también me serviría para guardar las apariencias.

Mantuve la cabeza gacha e hice todo lo posible para no ofrecer una clara imagen a las cámaras, pero no había modo de estar seguro. Me sentí encerrado, claustrofóbico.

Quizá podía desaparecer. A primera hora de la mañana: Osaka, Río, al fin. Pero no me gustó nada la idea de que Midori tratase de contactar conmigo y se enterara de que ya me había esfumado.

«Ya le has mentado —pensé—. Sólo tardaste media hora.»

Entonces tal vez me quedara un día más, máximo dos. Sí, tal vez. Y después de eso, la próxima vez que Midori, Tatsu o cualquier otro oyera de mí sería por medio de una tarjeta postal, por correo aéreo.

Hice algunos movimientos enérgicos para asegurarme de que nadie me seguía. Luego comencé a ir más despacio y me adentré en el Tokio nocturno, paseando al azar, sin preocuparme por dónde iba.

Vi a dos jóvenes *furita* desocupados, que habían reaccionado a la recesión y a la falta de trabajo disponible aceptando tareas ínfimas tales como los turnos nocturnos de tiendas abiertas casi toda la noche, donde se ocupaban de las necesidades de otros habitantes del Tokio nocturno: padres de ojos cansados en busca de artículos de limpieza para las tareas domésticas que no habían podido hacer durante el día por culpa de los prolongados horarios laborales; hombres solitarios aún vestidos con las camisas de trabajo, sufriendo en la inmensa ciudad una soledad tan aguda que ni siquiera el narcótico de los *late shows* televisivos evitaba que de tanto en tanto salieran en busca de otras señales de vida; e incluso otros *furita*, que, de regreso a casa de sus padres —donde, para poder llegar a fin de mes, aún vivían—, podían compartir un cigarrillo y un chiste nada gracioso antes de irse a dormir por la mañana para luego levantarse y volver a hacer lo mismo que cada día.



Pasé junto a obreros sanitarios o de la construcción que trabajaban bajo lámparas halógenas en calles tranquilas, y junto a camioneros insomnes que en silencio descargaban la mercadería en aceras desiertas o en la entrada de algún local.

Me encontré cerca de la estación Nogizaka y me di cuenta de que inconscientemente me había dirigido al noroeste. Me detuve. Aoyama Bochi estaba justo delante de mí, silencioso y tranquilo, atrayéndome como un gran agujero negro cuya gravedad era aún más grande que la del Tokio circundante.

Sin pensármelo, crucé la calle y me dirigí a la valla metálica del medio. Hice una pausa ante los escalones de piedra, luego reanudé la marcha y caminé hacia las lápidas.

De inmediato, los ruidos de la calle de abajo se volvieron distantes; llegaban los ecos sin sentido de las voces urbanas y de las llamadas de urgencia, pero no dominaban el parque de la necrópolis. Desde donde yo estaba, el cementerio no parecía tener fin. Se extendía delante de mí, una ciudad por derecho propio, con sus múltiples casas decoradas y en miniatura, dispuestas simétricamente como largas avenidas de los muertos.

Me adentré en la reconfortante penumbra a lo largo de un camino de piedra rodeado por cerezos en flor que pendían como nieve tenebrosa a la luz de las farolas. Hacía pocos días, esos mismos ramos habían recibido la bienvenida de parte de los ciudadanos, que se acercaron para ver cómo en su breve y vital hermosura se reflejaba el valor inherente de sus propias vidas. Pero ahora los ramos estaban caídos; los celebrantes se habían ido; hasta la basura producida por la multitud había sido quitada y tirada eficientemente, y la zona una vez más pertenecía en exclusiva a los muertos.

Pensé en cómo una vez Midori había expresado la idea del «*mono no aware*»<sup>[1]</sup>; una sensibilidad que, si bien a menudo oscurecida en la temporada de los cerezos en flor por la cacofonía de las cancioncillas de los borrachos y el ruido de las televisiones portátiles, sigue firme en una de las dos culturas a las que pertenezco. Ella la había llamado «*la tristeza de ser humano*». Una tristeza sabia y deferente, había precisado. Yo la admiré por la profundidad que semejante descripción denotaba. Para mí, la tristeza siempre ha sido sinónimo de amargura, y sospecho que así seguirá siendo.

Proseguí mi camino con pasos leves y respetuosos con el silencio espeso que me rodeaba. A diferencia de la ciudad circundante, Aoyama Bochi nunca cambia, y no me resultó difícil encontrar lo que andaba buscando, pese a las décadas que habían pasado desde mi última visita.

La lápida era austera y simple; sólo la distinguía una breve declaración de que Fujiwara Shuichi había vivido de 1912 a 1960 y que todos sus restos descansaban allí. Fujiwara Shuichi, mi padre, murió en los disturbios que asolaron Tokio un fatídico verano, cuando yo era niño.

Me detuve delante de la tumba e hice una prolongada reverencia, con las palmas juntas delante de la cara, en la postura budista de respeto a los muertos. A mi madre le hubiera gustado que dijese una oración y me persignara al final; de haber sido su tumba, lo habría hecho, pero un ritual tan occidental hubiera sido un insulto a la vida de mi padre, y ¿por qué habría de hacer ahora algo que lo ofendiera?

Sonreí. Era difícil escapar a este tipo de pensamientos. Mi padre estaba muerto.

Aún así, no recé.

Esperé un momento; luego me senté con las piernas cruzadas en el suelo. Algunas tumbas estaban adornadas con flores que presentaban diversos estados de frescura y decaimiento. Como si los muertos pudieran oler los ramos.

Sopló una brisa a través de las lápidas. Me llevé las palmas a la frente y miré el suelo que tenía debajo.

La gente tiene rituales para comunicarse con los muertos; rituales que dependen más de la idiosincrasia de los individuos que de la influencia cultural. Algunos visitan tumbas. Otros hablan con retratos o con urnas funerarias. Algunos asisten a sitios favoritos de los fallecidos, o rezan en silencio en iglesias, o plantan árboles en su memoria en tierras lejanas.

Por supuesto, el común denominador es una sensación ilógica de que los muertos perciben todo esto, pueden oír las oraciones, presenciar los hechos y sentir el amor y el recuerdo imperecederos. A algunos esta sensación les parece reconfortante.

Yo no creía en nada de eso. Nunca había visto un alma salir de un cuerpo. Jamás me ha acosado un fantasma iracundo o amoroso. Jamás me ha premiado, castigado o tocado un viajero proveniente de países desconocidos. Sé muy bien que los muertos no son nada más que muertos.

Me senté en silencio varios minutos; oponía resistencia a la necesidad de hablar, ya que sólo se trataba de una estupidez. No quedaba nada de mi padre. Incluso si algo quedaba, era ridículo creer que estaría allí, sobrevolando cenizas y polvo, y haciéndose un sitio entre los cientos de almas enterradas en el mismo lugar.

La gente deposita las flores y dice sus oraciones; cree en estas cosas porque al hacerlo evita la mala sensación de reconocer que la persona que ama se ha ido para siempre. Resulta mucho más fácil creer que esa persona aún ve, oye y le tiene en cuenta.

Contemplé la lápida de mi padre. Era nueva para aquel cementerio; sólo tenía cuatro décadas, pero ya estaba oscurecida por la polución. A la izquierda, crecía un musgo fino e insensato. Sin pensarlo, pasé los dedos por el nombre grabado de mi padre.

—*Hisashiburi, papa* —susurré dirigiéndome a él como el niño que era cuando murió. Hace mucho tiempo, papá.

«Perdóname, padre. Hace treinta años que no me confieso.»

«Basta de esta mierda.»

—Siento no venir a verte más a menudo —dije en japonés y en voz baja—. Ni siquiera he pensado en ti. Hay muchas cosas que mantengo a distancia porque duelen. De hecho, la primera de ellas eres tú.

Hice una pausa y pensé en el silencio que me rodeaba.

—Pero de cualquier manera, tú no escuchas.

Miré el lugar.

—Esto es una estupidez —dije—. Estás muerto. Tú ya no estás aquí.

Volví a ponerme las manos delante de la cara.

—Ojalá pudiera hacer que ella lo entendiese —dije—. Ojalá me pudieras ayudar.

Diablos, había sido dura conmigo. Me había llamado puta.

Tal vez eso no era injusto. Después de todo, matar es la máxima expresión de odio y de miedo, al igual que el sexo es la máxima expresión del amor y del deseo. Y al igual que el sexo, matar a un desconocido con el que no se tiene ningún vínculo emocional es algo intrínsecamente antinatural. Supongo que se puede decir que un hombre que mata a un desconocido no difiere de una mujer que tiene sexo en circunstancias análogas. Que un hombre que mata por dinero es igual a una mujer que folla por dinero. Ciertamente el hombre está sujeto a las mismas dudas, al mismo dilema, a los mismos remordimientos. Al mismo peligro para el alma.

—Pero, maldita sea —dije en voz alta—, ¿acaso es moral matar a alguien que ni siquiera conoces, probablemente un tipo como tú, sólo porque el gobierno te lo ordena? ¿O arrojar una bomba desde dos mil metros de altura para matar a los malos, y en el proceso enterrar a mujeres y niños bajo los escombros de sus propias casas, pero sin que eso te importe porque no puedes ver el daño causado? ¿Es eso moral? Yo no me escondo detrás de

consideraciones morales, ni detrás de la imagen de cómic en la mira telescópica del rifle de un francotirador, ni detrás de las medallas que luego te conceden para certificarte que esa matanza era justa. Toda esa mierda es una ilusión, un somnífero que se da a los asesinos para anestesiarnos después de haber matado. Lo que yo hago no es peor que lo que pasa y siempre ha pasado en todo el mundo. La diferencia es que yo soy honesto al respecto.

Guardé silencio un rato. Pensaba.

—¿Y si hacemos una pequeña tregua? —dije—. De todas maneras, su viejo estaba marcado por un cáncer de pulmón. Y tenía más dolores aparte del que yo le causé. ¿Qué ha sucedido con el dicho «si no haces el mal, no pasa nada»? Quiero decir que prácticamente le hice un favor. Diablos, en algunas culturas considerarían lo que yo hice como una simple eutanasia. Ella casi tendría que darme las gracias.

Las cosas me habían ido bien en Osaka; razonablemente bien. Al mirar atrás, me pareció que todo se había hecho pedazos desde la aparición de Tatsu.

Pensé en liquidarlo. Había una docena de razones para no hacerlo. El problema era que él empezaba a actuar como si lo supiera, y eso no era una buena noticia.

Era preciso volver a Osaka, terminar las preparaciones lo más rápidamente posible y marcharme. Tatsu podía arreglárselas solo. Harry era un caso perdido. Midori ya sabía lo que había venido a descubrir. Naomi era encantadora, pero ya había cumplido su función.

Me puse en pie. Se me habían entumecido las piernas en el suelo frío, así que les di un masaje para que volviera a correr la sangre. Hice una reverencia ante la tumba de mi padre y la contemplé largo rato.

—*Jaa* —dije finalmente—. *Arigatou*.

Di media vuelta y me alejé.

## Capítulo 15

A

la mañana siguiente, fui a una cabina telefónica y llamé a Harry. Había hecho mucho por mí a lo largo de los años, y me sentó mal el modo en que nos habíamos despedido. Sabía que había quedado disgustado y eso me molestaba.

Una voz de varón desconocida contestó el teléfono.

—¿*Moshi moshi*?

—*Moshi moshi* —contesté frunciendo el entrecejo—. ¿*Haruyoshi-san inasshaimasu ka?* —¿Está Haruyoshi?

Se hizo un silencio.

—¿Es usted amigo de Haruyoshi? —me preguntó la voz en japonés.

—Lo soy. ¿Está bien?

—Soy tío de Haruyoshi. Lamento informarle de que anoche falleció.

Agarré con fuerza el teléfono y cerré los ojos. Pensé en lo último que me había dicho: «Mira, voy a verla esta noche. Prestaré más atención. Me acordaré de lo que me has dicho».

Seguro que había ido a verla, pero no se había acordado de nada.

—Perdone por preguntarle —dije con los ojos aún cerrados—, pero ¿podría decirme cómo murió Haruyoshi?

Hubo otra pausa.

—Todo indica que Haruyoshi había bebido un poco más de la cuenta y había salido a caminar a la terraza de su edificio. Al parecer, se acercó demasiado al borde y perdió el equilibrio.

Apreté aún más el auricular. Nunca había sabido que Harry bebiera. Ciertamente, no con exceso. Aunque sabía que probaría toda clase de cosas nuevas si Yukiko se lo pedía.

—Gracias por informarme —dije a la voz—. Por favor, acepte mis más sentido pésame en esta triste situación. Por favor, hágalo extensivo a los padres de Harry. Rezaré una oración por su alma.

—Gracias —dijo la voz.

Colgué el teléfono.

Mi primera reacción fue creer que lo que acababa de oír era verdad, pero aún así llamé a la comisaría de su barrio para asegurarme. Le dije al policía

que era amigo de Haruyoshi Fukasawa y que me habían dado malas noticias. El policía confirmó su muerte. Una caída. Supuestamente, se trataba de un accidente. Me dijo que lo lamentaba. Di las gracias y colgué.

Permanecí allí un momento; me sentía deprimido y extrañamente solo. Habían conseguido lo que querían de él. Estaban atando los cabos sueltos.

Bueno, no había nada que yo pudiera hacer por él. Había intentado ayudarlo cuando todavía valía la pena hacerlo. Ahora era demasiado tarde.

De algún modo, era culpa mía. Yo sabía que Yukiko era peligrosa para él, pero lo único que hice fue explicarle mis sospechas. Lo que tendría que haber hecho era no contarle nada y hacer que ella tuviera un pequeño accidente. A Harry le hubiera dolido, pero aún estaría con vida.

Noté que me rechinaban los dientes, y dejé de hacerlo. Pensé en lo contento, expresivo y obviamente enamorado que estaba él cuando me habló de ella por primera vez. Recordé cómo la bruja había provocado y luego controlado a Murakami. Naomi había dicho que hacía cosas que a ella no le gustaban. Me la imaginé emborrachando a Harry, que no estaba acostumbrado al alcohol. Me lo imaginé a él haciéndolo para complacerla. Me la imaginé sugiriendo que subieran a la terraza, mientras Murakami los esperaba allí.

O quizá lo hizo ella misma. No era difícil. Conocía el edificio, sus movimientos, las rutinas, la ubicación de las cámaras de seguridad. Y él confiaba en ella. Incluso con lo que yo le había contado, si estaba lo bastante borracho, no habría dudado en caminar hasta el borde. Tal vez como una broma. Tal vez para demostrar su arrojo.

Sin pensarlo, levanté el auricular y lo golpeé contra el aparato. Me quedé así un buen rato; el cuerpo me temblaba, y trataba de controlarme para no montar un número y llamar la atención.

Por último, puse el auricular en su sitio. Cerré los ojos y respiré hondo tres veces.

Fui a otra cabina y llamé a Tatsu. Le dije que comprobara el tablero de anuncios porque quería verme con él. Luego fui a un locutorio a decirle dónde y cuándo.

Nos encontramos en el Peshaworl, una cafetería situada en el distrito de negocios de Nihonbashi, y otro sitio que en mis años de Tokio me había gustado.

Como de costumbre, llegué antes de tiempo y bajé los escalones desde la calle Sakura-dori hasta el mortecino interior de abajo. Peshaworl tiene forma de I, y me senté en el rincón de una de las puntas de la I. Quedaba escondido de la entrada, pero desde allí podía ver el bar con su balanza de metal rojo para medir cantidades precisas de grano de café; los desgastados recipientes para macerar el café; sus alambiques, que probablemente eran los responsables del gusto inigualable de las mezclas del Peshaworl, y sus extraños instrumentos, cuya originalidad intimidaba, fabricados sin duda en exclusiva para esos brebajes más refinados y cuyo uso sólo conocían los iniciados en aquel arte de preparar café.

Pedí una mezcla Roa de la casa y escuché a Monica Borrhors cantar «*August Wishing*» mientras esperaba a que Tatsu apareciera. Oí la puerta que se abría y cerraba, y luego, el curioso modo de andar de Tatsu. Un momento después, giró la cabeza en dirección al rincón y me vio. Se acercó y se sentó en un ángulo de noventa grados, para así poder conversar con la máxima privacidad. Saludó con un gruñido y luego dijo:

—Basándome en tu reciente encuentro con Kawamura-san, sólo puedo deducir que me has hecho venir para darme las gracias o para matarme.

—No estoy aquí para eso —repliqué.

Me miró un momento en silencio.

Vino la camarera y le preguntó qué quería. Pidió té con leche; más, pensé, como una concesión al entorno que por verdadero gusto. Mientras esperaba el té, me dijo:

—Espero que entiendas por qué hice lo que hice.

—Por supuesto. Eres un bastardo manipulador y fanático que cree que el fin justifica los medios.

—Ahora te pareces a mi mujer.

No me reí.

—No tendrías que haber vuelto a involucrar a Midori en este asunto.

—No lo hice. Confiaba en que ella quisiera creer que habías muerto. De haber querido creérselo, lo hubiera hecho. Si no quería creer, investigaría. Es una persona bastante tenaz.

—Me dijo que te amenazó con armar un escándalo.

—Probablemente fuera un farol.

—Ella no hace esas cosas, Tatsu.

—Sea como sea, le dije dónde estabas porque ya no valía la pena tratar de engatusarla. De hecho, no se lo creía. Asimismo, pensé que acaso te beneficiarías del encuentro.

Moví la cabeza.

—¿Realmente pensaste que ella podría convencerme de que te ayudara?

—Por supuesto que sí.

—¿Por qué?

—Sabes por qué.

—No me enredes, Tatsu.

—Muy bien. Consciente o inconscientemente, quieres ser digno de ella. Respeto ese sentimiento porque hay mucho que admirar en Kawamura-san, pero tal vez lo intentas del modo equivocado, y quise darte la oportunidad de que lo vieras.

—Te equivocas.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

Le miré a los ojos.

—Te voy a ayudar. No tiene nada que ver con Midori. —Pensé un segundo en Harry, y luego dije—: No, tú me vas a ayudar a mí.

La camarera le trajo el té y se retiró.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

Mi primera reacción fue no decírselo para así proteger a Harry, como siempre había hecho antes; pero ya no lo podía proteger.

—Murakami asesinó a un amigo mío —dije—. Un chico llamado Haruyoshi. Yamaoto lo estaba utilizando, creo que para encontrarme. Cuando pensaron que habían conseguido de él lo que querían, lo eliminaron.

—Lo siento.

Me encogí de hombros.

—Tú sales ganando. De no conocerte como te conozco, podría haber pensado mal.

Lamenté haber dicho esas palabras tan pronto como las dije. Tatsu tenía demasiada dignidad como para responderme.

—De cualquier modo, quiero que investigues algo para mí —dije.

—De acuerdo.

Le conté cómo Kanezaki seguía a Harry, cómo la carta de Midori había sido el desencadenante y hasta qué punto estaban involucrados Yukiko y el Damask Rose.

—Veré qué puedo averiguar —dijo.

—Gracias.

—Tu amigo... ¿era joven? —preguntó.

Le miré.

—Bastante joven.



Movió la cabeza con triste mirada. Me acordé de cómo me había informado de Murakami, de cómo apretaba la mandíbula cuando me dijo que creía que Murakami tenía algo que ver con el asesinato de un niño. Se lo tenía que preguntar:

—Tatsu, ¿había... tuviste un hijo?

Se produjo un prolongado silencio, durante el cual debió de haber digerido que yo sabía algo de su vida personal y decidido lo que quería contestarme.

—Sí —dijo al cabo de un momento, y lo confirmó con un movimiento de cabeza—. Habría cumplido treinta y dos este febrero pasado.

Parecía estar sopesando, incluso pronunciando las palabras con sumo cuidado. Me pregunté cuándo habría hablado de esto por última vez.

—Tenía ocho meses, acababa de destetarse —prosiguió—. Hacía mucho tiempo que mi mujer y yo no salíamos, y contratamos a una persona para que lo cuidara. Cuando volvimos a casa, la chica estaba acongojada. Se le había caído el niño, que tenía un golpe en la cabeza. Había llorado, nos dijo, pero ahora ya estaba bien. Dormía. Mi esposa quiso llevarlo al médico en el acto, pero fuimos a verlo y nos pareció que dormía con toda tranquilidad. ¿Por qué molestarlo si no había necesidad? Dije que si hubiera algún problema, ya nos habríamos dado cuenta. Mi mujer quería creer que todo estaba bien, de modo que fue fácil convencerla.

Tomó un sorbo de té.

—Por la mañana, el bebé estaba muerto. El médico nos dijo que se trataba de un hematoma subdural. Nos dijo que no habría habido ninguna diferencia si lo hubiéramos llevado al médico de inmediato. Pero por supuesto, yo siempre estaré en duda. Porque tuve una oportunidad, ¿ves? Puede ser muy duro que lo diga, pero habría sido más fácil si mi hijo se hubiera muerto en el instante. O si la chica que lo cuidaba hubiera sido menos decente y no nos hubiera dicho nada. El mismo resultado y sin embargo algo completamente diferente.

Le miré.

—¿Qué edad tenían tus hijas, Tatsu? —pregunté.

—Dos y cuatro.

—Santo cielo —susurré.

Asintió con la cabeza, sin molestarse en dar un espectáculo de estoicismo.

—Perder a un hijo es lo peor —dijo—. No hay dolor más grande. Durante largo tiempo, quise quitarme la vida, en parte por la posibilidad de que si lo hacía, acaso podría volver a reunirme con él, consolarlo y protegerlo. En

parte, para pagar por lo que le había hecho. Y en parte, simplemente para acabar con el dolor. Pero mis deberes con mi esposa y con mis hijas eran superiores a este impulso irracional y egoísta. Y llegué a considerar el dolor como mi justo castigo, como mi karma. Pero aún así, cada día pienso en mi hijito. Cada día me pregunto si volveré a tener una oportunidad de verlo.

Guardamos silencio un momento. Del mostrador llegaba el ruido de un molinillo de café.

—Vamos a liquidar a ese tipo —le dije—. No lo puedo hacer solo; tampoco lo puedes hacer tú, pero quizá juntos podamos.

—Dime qué propones.

—Murakami hace acto de presencia en el *dojo* de tanto en tanto, pero tú no puedes asaltar ese sitio por sorpresa. Está en una calle tranquila con un mínimo tráfico de coches y de peatones; por tanto, no hay cobertura. Además, vi al menos a dos centinelas la vez que fui.

Asintió.

—Lo sé. Hice que un hombre pasara por allí.

—Supuse que lo harías. Pero tal vez no necesitemos una operación de vigilancia. Si yo me presento, es posible que alguien llame a Murakami. Es entonces cuando lo tendremos.

Me miró.

—Si Murakami mató a tu amigo porque decidieron que no lo necesitaban más para dar contigo, probablemente ya saben quién eres.

—Exacto. Por eso sé que en cuanto me vean, alguien lo llamará. E incluso si estoy equivocado y ellos no saben quién soy, Murakami dijo que quería hablar conmigo en el *dojo*. Tarde o temprano, irá por allí. Y cuando lo haga, te llamo. Vienes con un grupo especial, lo arrestas y te lo llevas en custodia.

—Puede intentar resistirse al arresto —dijo secamente.

—Oh, sí. Un tipo como él puede resistirse al máximo. Estoy seguro de que la fuerza letal estaría justificada para someterlo.

—Ciertamente.

—De hecho, hasta es posible que, después de tenerlo esposado, alguien a quien más tarde se describa como «uno de su banda que se escapó» pueda aparecer y romperle el cuello.

Asintió.

—Puedo creer que algo así puede pasar.

—Iré dos horas por vez —dije—. Durante esos períodos de dos horas, tú tendrás a hombres móviles y próximos, listos para atacar apenas yo envíe una señal.

Guardó silencio un momento; luego dijo:

—No quisiera sugerirlo, pero es posible que Murakami no se presente. Simplemente, puede subcontratar para que otro haga el trabajo; en cuyo caso tú te pondrás en extremo peligro por nada.

—Aparecerá —dije—. Conozco a ese tipo. Si sabe quién soy, querrá conseguir un trozo de mí. Y yo se lo voy a dar.

## Capítulo 16

**E**

sa noche dormí en un pequeño hotel de negocios de Nishi-Nippori. Era lo bastante austero como para hacerme añorar el New Otani y el Imperial, pero se trataba de un sitio tranquilo situado en una zona solitaria de la ciudad, y allí me sentí lo bastante seguro como para pasar la noche.

A la mañana siguiente, fui a hacer ejercicios al *dojo* que Murakami tiene en Asakusa. Cuando llegué, los hombres que ya se encontraban allí hicieron una pausa en los ejercicios y me brindaron una reverencia colectiva, una señal de respeto por el modo en que había despachado a Adonis. Después de eso, fui tratado con una deferencia que rayaba el temor. Hasta Washio, más viejo que yo y con una larga y profunda relación con el *dojo*, usó diferentes formas verbales para indicar que ahora me consideraba su superior. Mi olfato me dijo que, por más cosas que hubieran descubierto sobre mí Yamaoto y Murakami, ese conocimiento no se había hecho extensivo a sus subordinados.

Tatsu me había dado una Glock 26, la pistola de cañón más corto de la excelente línea de 9 mm de Glock. Definitivamente, no se trataba de un arma oficial del Keisatsucho. Yo no sabía dónde la había podido adquirir Tatsu en un mercado de armas tan fuertemente controlado como el japonés; no se lo pregunté. Pese a su tamaño relativamente pequeño, no me la podía esconder en el cuerpo mientras me entrenaba. La guardé en la bolsa de gimnasio. Me mantuve cerca de la bolsa.

Tatsu me había entregado un teléfono móvil con el que podía alertarlo en caso de que Murakami hiciera acto de presencia. Yo había creado un dispositivo con el que sólo tendría que darle a una tecla para que se produjera la llamada, y luego colgar. Cuando Tatsu viera que la llamada procedía de este número, daría la orden de actuar a sus hombres próximos al *dojo*.

Pero Murakami no se presentó ese día ni al siguiente.

Yo me estaba poniendo demasiado nervioso. Demasiados hoteles, uno distinto cada noche. Demasiada preocupación por las cámaras de seguridad. Demasiado pensar en Harry, en lo inútil de su muerte y en lo duro que yo había estado con él aquella noche.

Y demasiado pensar en Midori, preguntándome si volvería a verla y cuál sería su reacción en ese caso.

Fui al *dojo* un tercer día. Hice ejercicios durante largo rato, dándole a Murakami toda la oportunidad de aparecer, pero aún no daba señales de vida. Empezaba a pensar que no asistiría al espectáculo.

Pero lo hizo. Yo estaba en el suelo haciendo estiramientos cuando oí que llamaban a la puerta. Levanté la vista y vi que entraban Murakami, que llevaba una chaqueta negra de cuero y gafas de sol, y sus dos guardaespaldas, que vestían de la misma manera. Como de costumbre, en cuanto entró cambió el ambiente del *dojo*; su presencia puso en funcionamiento el radar de peligro de todo el mundo, como una ligera corriente eléctrica.

—*Oi, Arai-san, yo* —dijo al entrar. Hablemos.

Me puse de pie.

—De acuerdo.

Se acercó uno de sus guardaespaldas. Di un paso en dirección a la bolsa, pero se me adelantó. La recogió y se la puso sobre el hombro.

—Yo la llevo —dijo.

No di ninguna impresión de que eso representara un problema. Al menos, el teléfono móvil, mucho más pequeño que la pistola, estaba en mi bolsillo. Me encogí de hombros y dije:

—Gracias.

Murakami se dirigió a la puerta ladeando la cabeza.

—Fuera.

Se dobló el ritmo de los latidos de mi corazón, pero mi voz fue serena.

—De acuerdo —le dije—, pero antes voy a hacer un pis.

Caminé hasta el fondo de la sala y entré en el lavabo. Estaba tan ahído de adrenalina que no podría haber meado aunque hubiera querido, pero ése no era mi objetivo.

Buscaba un arma cualquiera. Llamaría a Tatsu después de encontrarla. Quizá jabón en polvo, para arrojarlo a los ojos de alguien, o el palo de una fregona, para usarlo como una porra. Cualquier cosa que mejorara mi indefensión. Inspeccioné con una mirada el sitio, pero no había nada. El jabón era líquido. Si había una fregona, la tendrían en otro lugar.

«Tendrías que haberlo hecho antes. Estúpido. Estúpido.»

Una cosa. Había un tope metálico de puerta atornillado en la pared, justo encima del suelo y detrás de la puerta. Me arrodillé e intenté desenroscarlo. Estaba demasiado cerca del suelo como para poder agarrarlo con toda la mano. Y probablemente tenía diez capas de pintura y un aspecto tan viejo como el edificio. No cedería.

—Mierda —dije exhalando el aire. Podía darle con el tacón, pero eso podría haber roto el sitio donde estaba atornillado a la pared.

En cambio, traté de hacer presión con la palma de la mano en una dirección; luego, en la opuesta. Arriba, abajo; izquierda, derecha. Se movió, pero no hizo juego. «Maldita sea, estoy tardando demasiado.»

Lo apreté entre los índices y pulgares de ambas manos todo lo más que pude, y lo moví en sentido contrario a las agujas del reloj. Por un instante, creí que los dedos se me habían resbalado, pero entonces me di cuenta de que había girado. Lo destornillé por completo y me levanté justo cuando se abrió la puerta del lavabo. Era uno de los esbirros.

Me miró.

—¿Todo bien? —preguntó manteniendo abierta la puerta.

Escondí el tope en el puño.

—Me lavo las manos. Estoy en un segundo.

Asintió con la cabeza y se fue. La puerta se cerró y guardé el tope en el bolsillo delantero de la pierna derecha.

Por supuesto, no podía estar seguro de que vinieran a por mí. Murakami podía estar allí simplemente para hablar de lo que se le pudiera haber ocurrido en el Damask Rose. Pero eso no importaba. Lo importante era aceptar pronto los hechos. La mayoría de la gente no quiere creer en el crimen, la emboscada o cualquiera que sea la violencia que esté realmente a punto de suceder. En cierta manera lo saben, pero se niegan a aceptarlo hasta que la realidad se impone. Y en ese momento, por supuesto ya es demasiado tarde para hacer algo al respecto.

Si debo estar equivocado, prefiero hacerlo suponiendo lo peor. De ese modo, si estoy equivocado, siempre puedo presentar mis excusas. O enviar flores. Si uno se equivoca de otro modo, las flores se pondrán sobre su propio cadáver.

Al salir, saqué el teléfono móvil y apreté el dispositivo de alarma. Lo primero que vi fue que el gimnasio estaba vacío. Entre mi persona y la puerta de salida, únicamente se encontraban Murakami y sus dos guardaespaldas. Habían colocado mi bolsa cerca de la entrada. No vi la pistola; por tanto, parecía que no habían pensado en abrir la bolsa durante mi breve ausencia.

—¿Qué pasa? —pregunté todo tranquilo, como si fuera suficientemente imbécil como para no darme cuenta de que algo andaba mal; esperaba que Murakami me diera una respuesta franca.

—Todo va bien —contestó, y todos empezaron a acercárase—. Les pedí a los otros que esperasen fuera para poder tener un poco más de privacidad.

—Oh, de acuerdo —dije, y mostré el teléfono—, pero tengo que hacer una llamada urgente.

—Más tarde —dijo.

Esperé que Tatsu y sus hombres se dieran prisa. Tenían que estar a la vuelta de la esquina, si es que querían serme útiles de alguna manera.

—¿Estás seguro? —pregunté mirándole a los ojos y dando tiempo para que pasara la llamada—. Sólo tardaré un momento.

—Más tarde —volvió a decir. Los guardaespaldas se pusieron a los lados. Eché un vistazo y vi que la llamada había llegado a su destino.

—De acuerdo —dije encogiéndome de hombros. Me puse las manos en los bolsillos, con el teléfono en la izquierda y el tope en la derecha. Esperaría hasta tenerlos a tiro.

Pero se detuvieron fuera de mi alcance. Les eché una mirada de cordero inocente y curioso, que decía algo así como: «Eh, muchachos, ¿de qué va todo esto?»

Murakami me miró de arriba abajo.

—Tenemos un problema —dijo.

—¿Un problema?

—Sí, un problema, porque no te llamas Arai. Te llamas Rain.

Les lancé una mirada temerosa a los tres y luego a la salida. Quería que pensarán que intentaría salir disparado. Lo que me daría alguna oportunidad.

—Atrapadlo —ordenó Murakami.

El hombre que estaba a mi izquierda se abalanzó sobre mí. Yo estaba preparado. Había sacado las manos de los bolsillos y estiré el brazo izquierdo como para bloquearlo. Mordió el anzuelo; me cogió el antebrazo con ambas manos para inmovilizarlo, mientras su compañero venía de la derecha. Retiré la mano sobre la que él intentaba poner su muñeca izquierda y aproveché el contacto para tirarme en su dirección. Él dio por sentado que yo intentaría ir en la dirección opuesta, y no pudo reaccionar a tiempo para evitar que me acercara. El tope ya estaba en mi puño, con la punta del tornillo sobresaliendo entre mis dedos índice y corazón como la sortija más perversa del mundo.

Le di un golpe rápido en su atrapado brazo izquierdo y lo levanté hacia el cuello y la línea de la mandíbula. No se trató de un golpe poderoso, ni se hizo necesario que lo fuera; lo que se necesitaba era precisión, y eso lo tuvo. La punta se hundió como un sacacorchos, y antes de que pudiera retroceder se la hice girar hacia abajo para desgarrarlo. Pegó un grito y se alejó poniendo una mano instintivamente sobre la herida. La sangre manó entre sus dedos y supe que le había dado en la carótida.

Hizo un horrible sonido de gorgoteo y puso la otra mano en el sitio, pero la sangre seguía manando. Me giré a la derecha. Su amigo se había quedado a medio camino, sin entender por completo lo sucedido y despavorido por toda la sangre. Me pasé el tope entre el pulgar y el índice, como si fuera un puñal, y lo amenacé al estilo Hollywood con el brazo extendido y el arma demasiado lejos de mi cuerpo.

Cuando se dio cuenta de que no usaba un machete, trató de agarrarme un brazo. Le dejé llegar a mi muñeca y luego hice como si intentara liberarme. Hizo fuerza contra la presión enderezando su rodilla derecha; sus ojos y todo él estaban concentrados en el arma. Usando el contrapeso para guardar la posición, levanté el pie derecho y lo disparé contra su rodilla delantera. En el último momento, vio venir la patada, pero tenía demasiado peso sobre esa pierna. Le di en la rodilla y cayó al suelo con un chillido.

Murakami aún se encontraba entre mi persona y la puerta. Miró con calma a los dos caídos: uno chillaba y se retorció de espaldas; el otro, sentado, se aferraba el cuello herido con ambas manos y con un gesto de cómica mortificación. Luego me miró. Sonrió mostrando el puente dental.

—Eres bueno —dijo—. No impresionas mucho, pero eres bueno.

—Tu amigo necesita un médico —dije respirando con dificultad—. Si no se le atiende como es debido, morirá desangrado dentro de cinco minutos, quizá menos.

Se encogió de hombros.

—¿Crees que lo quiero de guardaespaldas después de esto? Si no muere, lo mato yo mismo.

El caído estaba empapado de sangre y miraba a Murakami sin comprender nada. Abría y cerraba la boca, pero no emitía ningún sonido. Al cabo de un momento, se desmoronó a un lado en silencio.

Murakami le echó una mirada; luego me miró a mí. Volvió a encogerse de hombros.

—Parece que me has ahorrado ese trabajo —dijo.

«Vamos, Tatsu, ¿dónde mierda estás?»

Se abrió la chaqueta y dio un respetuoso paso atrás antes de quitársela. De haber estado un poco más cerca, me habría abalanzado sobre él en el momento en que le llegaba a los codos, pero él lo sabía.

Miró el tope de la puerta y mi mano llena de sangre.

—¿Vamos a hacer esto con armas? —preguntó con un tono absolutamente impasible—. De acuerdo.



Metió una mano en el bolsillo trasero y sacó una navaja. Tocó el botón para abrirla; la hoja saltó y quedó en posición. Por la apertura instantánea y semiautomática, supe que se trataba de un modelo Kershaw, una navaja de calidad e ideal para las peleas callejeras. El filo era negro porque estaba cubierto de nitrato de titanio, y tenía unos nueve centímetros de largo. «Mierda.»

En mi desagradable experiencia, cuando se está desarmado delante de una navaja, se tienen básicamente cuatro opciones. La mejor es salir corriendo lo más rápido posible, si se puede. La segunda es hacer de inmediato algo que prevenga el ataque. La tercera es crear distancia para poder emplear armas de mayor alcance. La cuarta es desmadrarse y esperar que uno no resulte fatalmente herido en el ataque al enemigo.

Por más entrenamiento que se tenga, éstas son las únicas cuatro opciones realistas y ninguna es especialmente buena, salvo quizá la primera. Las técnicas de ir desarmado contra un cuchillo son pura fantasía. La gente que las enseña jamás ha afrontado a un enemigo decidido que lleve una navaja en las manos.

Mis años de gran macho hace por lo menos dos décadas que pasaron a mejor vida, y de haber podido, me hubiera encantado salir corriendo y escapar. Pero en el espacio reducido del *dojo*, y con un enemigo más joven y probablemente más rápido cerrándome el paso, correr no era una opción real. Me di cuenta de que las probabilidades de salir ileso ante una navaja eran esta vez mucho más escasas de lo que ya suelen ser por norma.

Eché una mirada a la bolsa. Estaba a unos diez metros y mis posibilidades de llegar a ella y sacar el revólver antes de que Murakami me atacara con aquel cuchillo eran muy remotas.

Sonrió haciendo una mueca depredadora con el puente dental.

—Tira tu arma y yo tiraré la mía —dijo.

Estaba demente de verdad. Yo no tenía el más mínimo interés en pelear con él; sólo quería matarlo ya mismo, o escapar esperando una ocasión más oportuna. Pero tal vez ahora podía darle largas.

—¿Vas a decirme de qué va todo esto? —pregunté.

—Tira tu arma y yo tiraré la mía —repitió.

No había forma. Sabía que al fondo había unas pesas. Quizá podía llegar a ellas antes de que me alcanzara. Si eran discos sueltos, los podía usar como misiles, darle de pleno y darme una oportunidad de llegar a la pistola. No era una gran opción ante un tipo con suficientes reflejos como para luchar contra perros, pero me estaba quedando sin ideas.

—Tú primero —dije.

—Muy bien, armados —dijo, y empezó a avanzar en mi dirección, pero lentamente, tomándose su tiempo.

Me puse tenso para ir a por las pesas.

Una serie de golpes sonaron en la puerta de entrada y a través de un megáfono oí las palabras «¡Keisatu da!». ¡Policía! ¡Abran!

«Tatsu», pensé.

Nos miramos un largo instante, pero yo ya sabía lo que haría. Podía estar loco, pero era un superviviente. Y un superviviente estudia continuamente los pros y los contras, y no los echa en saco roto.

Agitó la navaja en mi dirección.

—En otra ocasión —dijo, y salió disparado para el fondo.

Me abalancé sobre la bolsa, pero para cuando la tuve en mis manos, él ya había llegado al vestuario y cerrado la puerta. Seguirlo en solitario era peligroso. Mejor tener el apoyo de Tatsu.

Corrí a la puerta de entrada. La puerta estaba cerrada con trancas horizontales reforzadas con resortes metálicos; tardé unos segundos en ver cómo funcionaba el mecanismo. En el medio había un engranaje que no cedía. «Allí, ese pasador, primero apriétalo.» Lo apreté, giró y bajaron las trancas.

Abrí la puerta empujando con el hombro. Tatsu y otro hombre estaban allí, ambos con sendas pistolas en las manos.

—Adentro —dije haciendo un gesto con la cabeza—. Hay una puerta trasera que podría usar. Tiene una navaja.

—Ya envié a un hombre por detrás —dijo Tatsu. Le hizo un gesto a su compañero y los dos entraron en el edificio. Los seguí.

Vieron a los dos hombres en el suelo, que no irían a ninguna parte. Llegamos al fondo del *dojo*. Vi que el hombre de Tatsu se dirigía al lavabo.

—Allí no —dije—. Por allí. El vestuario. Hay una puerta trasera, pero puede ser que aún esté ahí.

Tomaron posiciones a ambos lados de la puerta y se agacharon para no ponerse a tiro. Los dos tenían las armas a la altura de la cintura, en la posición conocida como «del tercer ojo»; lo cual demostró alguna sabiduría táctica de su parte. Tatsu hizo un gesto, y su hombre, que estaba del lado del pomo de la puerta, empujó la puerta hacia dentro mientras Tatsu miraba por la abertura. A medida que la puerta se abría, Tatsu la vigilaba con los ojos y su arma.

Tatsu hizo otra señal y los dos entraron. En el interior no había nadie. La puerta exterior estaba cerrada, pero alguien había hecho girar el pomo; el

pestillo que yo había visto antes había desaparecido.

—Por allí —dije—. Pasó por allí. —Pensé en el otro hombre de Tatsu, que había sido enviado por detrás. Él y Murakami debían de haberse chocado en esa salida.

Volvieron a tomar posición y salieron. Los seguí. Detrás del edificio, había un patio diminuto lleno de contenedores de basura, cajas vacías y material de construcción abandonado. Una herrumbrosa unidad HVAC yacía a un lado, desconectada e inerte. Enfrente, el armazón de una nevera se apoyaba en una pared de material ondulado, sin puerta y con dos de sus estantes colgando como las entrañas de un animal destripado.

El patio daba a un callejón. Allí encontramos al hombre de Tatsu. Estaba boca arriba, con los ojos abiertos y una mano aún en el revólver, que le había sido de nula utilidad. Murakami lo había abierto de par en par. El suelo a su alrededor estaba empapado de sangre.

—*Chikusho* —oí que Tatsu decía entre dientes. Mierda. Se arrodilló para confirmar que estaba muerto; luego sacó el móvil y habló, mientras su otro hombre inspeccionaba el callejón.

Noté la ausencia de heridas defensivas en el cadáver; ningún corte en las manos o las muñecas. Ni siquiera había levantado los brazos para protegerse, y mucho menos para disparar su arma. Pobre tipo. La pistola le debió hacer sentir demasiado confiado. Un error común. En algunas condiciones y en un callejón tan estrecho como éste, un arma blanca puede ganarle la partida a una pistola.

Tatsu se puso de pie y me miró. Habló con calma, pero pude ver una furia soterrada en sus ojos.

—¿Murakami? —preguntó.

Se lo confirmé.

—Esos hombres en el interior, ¿son suyos?

Le hice una señal afirmativa.

—Hay un Mercedes grande estacionado delante del edificio. Supongo que llegó en él y que pensaba irse en él. Ahora tendrá que depender de taxis o del transporte público. No pudo haber hecho eso —dijo señalando al muerto— sin mancharse mucho de sangre. Dentro de poco, tendremos a hombres reconociendo la zona. Puede ser que demos con él.

—Creo que no —dije.

Resopló.

—A uno de los hombres de dentro lo podemos interrogar —dijo. Eso nos puede resultar útil.

—¿Había alguien cuando llegaste? —pregunté—. Murakami hizo salir a todo el mundo antes de que llegaras.

—Fuera había varios —dijo—. Se largaron en cuanto nos vieron. No los podremos utilizar.

—Lamento lo de tu hombre —dije, sin saber qué más decirle.

Movió la cabeza lentamente, y por un instante pareció que su expresión flaqueaba.

—Se llamaba Fujimori. Era un buen hombre, capacitado e idealista. Más tarde tendré que informar a la viuda.

Se enderezó como recomponiéndose.

—Cuéntame qué pasó, y luego vete antes de que lleguen los demás agentes de policía.

Se lo conté. Escuchó sin decir palabra. Cuando terminé, me miró y me dijo:

—Encuétrate conmigo esta noche a las siete en el Christie de Harajuku. No desaparezcas. No me obligues a encontrarte.

Yo conocía el Christie, pues había estado allí varias veces durante mi estancia en Tokio.

—Allí estaré —dije.

—¿Dónde está la pistola? —me preguntó.

—Dentro. En una bolsa de gimnasio, al lado de la entrada. Me gustaría conservarla.

Dijo que no con la cabeza.

—Hoy ya me han preguntado. Necesito devolverla, o habrá problemas. Puede ser que logre conseguirte otra.

—Hazlo —dije, pensando en lo seguro que se sintió Murakami cuando desenvainó su Kershaw.

Asintió y volvió a mirar a su compañero caído. Apretó la mandíbula y luego la soltó.

—Cuando lo atrape —dijo—, eso es lo que le voy a hacer.

## Capítulo 17

**S**alí a Kototoi-dori y encontré un taxi. Me di cuenta de que la gente de Murakami, aunque estaba temporalmente conmocionada por lo que acababa de pasar en el *dojo*, sabía que yo estaba en Asakusa. Y la estación del metro podía ser un buen sitio para tenderme una emboscada.

Faltaban más de seis horas para la reunión con Tatsu, y me empezó a perturbar la impresión etérea y extraña de no tener dónde ir ni nada que hacer. Sentí un ataque de lo que alguien podría denominar «desorden postraumático de extrema cachondez» y pensé en llamar a Naomi. Ahora debía de estar en casa; posiblemente se acababa de despertar. Pero con Murakami siguiéndome los pasos, no quise ir a ningún sitio en el que pudiera haber la más mínima posibilidad de que se me anticiparan.

Sonó mi busca. Lo miré y vi un número desconocido. Lo marqué desde un teléfono público. Contestaron a la primera llamada.

—¿Me puede decir quién es? —dijo una voz de varón en inglés.

Reconocí la voz. Kanezaki, mi último amigo de la CIA.

—Por favor, escucha lo que tengo que decirte —continuó diciendo—. No cuelgues.

—¿Cómo obtuviste este número?

—Archivos telefónicos. Llamadas hechas desde teléfonos públicos cercanos al apartamento de tu amigo. Pero yo no tuve nada que ver con lo que le sucedió. Sólo me he enterado de ello. Por eso te llamo.

Me lo pensé. Si Kanezaki tenía un medio para acceder a un registro de llamadas hechas desde cabinas públicas, podía habérselas ingeniado para dar con el número de mi busca. Harry solía utilizar varios teléfonos locales de pago para ponerse en contacto conmigo, después de lo cual regresaba a su apartamento y esperaba mi llamada. Con acceso a los registros, se puede encontrar una pauta como las llamadas al mismo número desde varias cabinas del barrio. Si había varias opciones, y me imaginé que las había, se podía llamar a todas y eliminar los falsos positivos por ensayo y error. Supongo que ésta era una contingencia que Harry y yo deberíamos haber tenido en cuenta, pero en realidad ya no importaba. Aunque alguien se las arreglara para

interceptar mi número, como parecía haber hecho Kanezaki, lo único que sacaría en limpio sería la dirección de mi busca.

—Te escucho —dije.

—Quiero verte —dijo—. Me parece que nos podemos ayudar mutuamente.

—¿Sí?

—Sí, mira, arriesgo mucho haciendo esto. Sé que puedes pensar que tuve algo que ver con lo que le sucedió a tu amigo, y que quizá quieras vengarte.

—Puede que tengas razón.

—Sí, ya sé que, de todas maneras, con el tiempo puedes acabar encontrándome. Me parece que estaré en mejor situación si te explico lo que creo que pasó en vez de tener que preocuparme el resto de mi vida de que me vengas a buscar.

—¿Qué propones? —pregunté.

—Una reunión. Donde tú quieras, siempre que sea un lugar público. Sé que si me escuchas, me creerás. Pero me temo que intentes hacer algo antes de haberme escuchado. Como la última vez que nos vimos.

Consideré la propuesta. Si era una trampa, había dos maneras de tratar de pescarme. La primera sería tener gente vigilando a Kanezaki, gente que me atacaría en cuanto me viese. La otra sería seguirlo por control remoto con algún tipo de transmisor, el modo usado cuando Holtzer había intentado atraparame después de proponer una «reunión» similar.

La segunda era más probable, ya que me resultaría más difícil detectar el equipo de Kanezaki si no tenían que mantener contacto visual. Podía utilizar el detector de Harry para eliminar esta segunda posibilidad. Tendría que llevarlo a algún sitio vacío para eliminar la primera.

—¿Dónde estás en este momento? —le pregunté.

—Toranomón. Cerca de la embajada.

—¿Conoces Japan Sword? ¿La tienda de antigüedades en Toranomón 3-chome, cerca de la estación?

—La conozco.

—Acude allí. Te veo dentro de treinta minutos.

—De acuerdo.

Colgué. En realidad, no tenía ninguna intención de ir a la tienda de antigüedades, por más que me gustara ir allí de tanto en tanto. Pero quería que Kanezaki y quien estuviera con él se molestaran en ir allí mientras yo me establecía en un sitio mucho más seguro.

Tomé una serie de taxis y metros para llegar a la Puerta Wadakuramon del Palacio Imperial. Con sus multitudes de turistas, sus numerosas unidades de cámaras de seguridad y sus formaciones policiales para defender a los importantes personajes del interior, la Puerta Wadakuramon podía ser un sitio sumamente inconveniente para liquidar a alguien, si eso era lo que tenían en mente Kanezaki y compañía. Si lo hacía ir después de estar preparado, obligaría a un posible equipo de vigilancia a moverse rápidamente, lo que me daría mayores posibilidades de detectarlo.

Usé el teléfono móvil de Tatsu para volver a llamar a Kanezaki una vez hube llegado.

—Cambio de planes —le dije.

Se hizo una pausa.

—De acuerdo.

—Te espero en la Puerta Wadakuramon del Palacio Imperial, frente a la estación Tokio. Ven ya mismo. Te espero delante. Ven desde la estación para que pueda ver que vienes solo.

—Estaré allí en diez minutos.

Colgué.

Encontré un taxi en Hibiya-dori, que cruza el bulevar que lleva de la estación Tokio al Palacio Imperial. Entré y le pedí al taxista que esperara; le expliqué que en unos minutos me iba a encontrar allí con un amigo. Puso en funcionamiento el taxímetro y esperamos en silencio.

Diez minutos después vi a Kanezaki, que se acercaba tal como se lo había pedido. Miraba a los lados, pero no me vio en el taxi. Golpeé la ventana.

—Kanezaki —dije cuando pasó a mi lado. Se sorprendió y me miró—. Sube.

El taxista activó la puerta automática. Kanezaki dudó un instante —obviamente, el taxi no era el sitio «público» que él había exigido—, pero entró y se sentó a mi lado. La puerta se cerró y partimos.

Le dije al conductor que fuera en dirección a Akihabara, la meca electrónica de Tokio. Miré hacia atrás, pero no vi ninguna actividad inusual. Nadie se esforzaba por mantener la distancia. Parecía que estaba solo.

Extendí una mano y lo cacheé. Aparte del teléfono móvil, las llaves y una billetera nueva, no llevaba nada más. El detector de Harry permaneció en silencio.

Hice que el taxista tomara las calles secundarias para reducir las posibilidades de que alguien nos siguiera. Nos apeamos cerca de la estación

de Ochanomizu, y a partir de allí, hicimos una serie de movimientos rápidos en metro y a pie para asegurarme de que estábamos solos.

Acabé el viaje en Otsuka, el extremo norte de la línea de Yamanote. Otsuka es una especie de barrio, pero un tanto especial, con una oferta generosa de casas de masajes y de hoteles de paso. Aparte de la gente que vive y trabaja allí, parece vivir principalmente de hombres mayores en busca de comercio sexual. Son raros los occidentales. Si había un equipo de vigilancia y estaba formado por hombres blancos de la CIA, Otsuka no era el lugar idóneo para hacer ningún trabajo.

Subimos las escaleras hasta el segundo piso, donde estaba el restaurante Royal Host, frente a la estación. Entramos y eché un vistazo. La mayoría eran familias que disfrutaban de una salida nocturna. Había un par de asalariados de aspecto cansado, que evitaban la velada en sus casas. Nadie fuera de lugar.

Nos sentamos en un rincón que nos proporcionaba una buena vista de la calle de abajo. Lo miré.

—Empieza —dije.

Se frotó las manos y miró en derredor.

—Oh, si me pescan haciendo esto...

—Nada de lamentos —le dije—. Simplemente dime lo que me quieres decir.

—No quiero que pienses que he tenido algo que ver con tu amigo —dijo—. Y quiero que unamos nuestras fuerzas.

—Te escucho.

—De acuerdo. Para empezar, creo... que me están tendiendo una trampa.

—¿Qué tiene que ver esto con mi amigo?

—Déjame empezar por el principio y lo verás, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza.

—Adelante.

Se lamió los labios.

—¿Recuerdas el programa del que te hablé? ¿Crepuscular?

Llegó una camarera y me di cuenta de que tenía mucha hambre. Sin mirar la carta, pedí un *sandoichi* de carne asada y la sopa del día. Kanazaki pidió un café.

—Lo recuerdo —le dije.

—Pues bien, hace seis meses que Crepuscular llegó oficialmente a su fin.

—¿Y?

—Pero no es así, aún está en funcionamiento y yo sigo al frente, incluso después de que se cortaran los fondos. ¿Por qué nadie me ha dicho nada? ¿De



dónde proviene el dinero?

—Espera un minuto —dije—. Ve más despacio. ¿Cómo lo averiguaste?

—Hace unos pocos días, mi jefe, el jefe de la delegación, me dijo que quería ver todos los recibos de los colaboradores del programa.

—¿Biddle?

Me miró.

—¿Lo conoces?

—He oído hablar de él. Háblame de los recibos.

—Es una norma de la Agencia. Cuando usamos fondos reservados, el destinatario de ese dinero tiene que firmar un recibo. Sin el recibo, a los oficiales a cargo del caso les resultaría muy fácil quedarse con parte del desembolso.

—¿Le habéis estado obligando a esa gente... a firmar recibos? —pregunté con incredulidad.

—Es la norma —repitió.

—¿Y se mostraron dispuestos a hacerlo?

Se encogió de hombros.

—No siempre; no al principio. Nos enseñaron a conseguir que el colaborador se sienta cómodo con la idea. La primera vez, no se le menciona. La segunda vez, se le dice que se trata de una norma nueva del USG destinada a asegurarse de que todos los colaboradores reciben lo acordado. Si aún se resiste, le dices que de acuerdo, que está bien, pero que te pone en un aprieto y que ya verás qué puedes hacer al respecto. Para la quinta vez, se ha acostumbrado al dinero y le dices que tus superiores te han amonestado por no tener los recibos y te han dicho que no te darían ni un céntimo más si no conseguías los recibos. Le presentas el recibo al tipo y le pides que haga algún garabato. El primero es ilegible. Luego, se vuelven más legibles.

«Insólito», pensé.

—Muy bien. Biddle te pide los recibos.

—Así es. Se los entrego, pero aquello me suena raro.

—¿Por qué?

Se frotó la nuca.

—Cuando dio comienzo el programa, me dijeron que era responsabilidad mía conservar todos los recibos en mi caja de seguridad. Me preocupó que el jefe los quisiera tan de improviso, aunque me dijo que sólo era una cuestión de rutina. De modo que hice algunas averiguaciones indirectas con alguna gente de Langley que conozco, y me enteré de que para un programa con este nivel de clasificación, nadie pediría ver la documentación, a menos que

primero presentara una acusación formal, ante el inspector general de la Agencia, con específicas alegaciones de deshonestidad acerca del funcionario a cargo.

—¿Cómo sabes que eso no ha sucedido?

Se sonrojó.

—Primero, porque no hay ninguna razón para ello. No he hecho nada mal. Segundo, de haber habido una acusación oficial, el protocolo manda que el jefe me lo diga en persona, con los abogados presentes. La malversación de fondos representa una acusación muy grave.

—De acuerdo. Entonces, das los recibos a Biddle, pero hay algo que no te encaja.

—Sí, y, por tanto, empecé a revisar el tráfico de mensajes. El tráfico está numerado por secuencias, y descubrí que faltaba un mensaje. No lo habría descubierto de no haber verificado la secuencia numérica. Por lo general, algo así no se nota, ya que nadie revisa los registros por número de mensaje; es demasiado complicado y, de cualquier modo, normalmente el número carece de importancia. Llamé a alguien de la División del Lejano Oriente en Langley e hice que me leyera el mensaje por teléfono. Decía que se había dado orden de dar por finalizado Crepuscular y que debía de acabar en el acto porque los fondos tenían un nuevo destino.

—¿Crees que alguien de este lado quitó el mensaje para que no te enteraras de que el programa había terminado? —pregunté.

—Sí —dijo asintiendo con la cabeza.

La camarera trajo el pedido y yo me puse a devorar el sándwich. Él tenía ganas de hablar y yo quería escuchar; pronto llegaríamos a Harry.

—Cuéntame más cosas acerca de Crepuscular —dije entre mordiscos.

—¿Como qué?

—Como cuándo empezó. Y cómo te enteraste.

—Ya te lo he contado. Hace dieciocho meses, me dijeron que la delegación de Tokio tenía asignado un programa para favorecer las reformas y quitar los impedimentos. El nombre secreto era Crepuscular.

«Hace dieciocho meses —pensé—. Hmmm.»

—¿Quién te nombró responsable del programa? —pregunté; aunque dadas las fechas, ya tenía una idea bastante exacta de la respuesta.

—El anterior jefe de la delegación, William Holtzer.

«Holtzer —pensé—. Sus buenas obras siguen con vida.»

—Dime cómo te lo presentó —dije—. Sé concreto.

Eché una mirada a la izquierda, lo cual para la mayoría de la gente es una señal neurolingüística de recuerdo, y no de invención. De haber mirado en la dirección contraria, yo la habría interpretado como una mentira.

—Me dijo que Crepuscular era secreto y que quería que yo estuviese a cargo.

—¿Cuál es exactamente tu papel?

—Desarrollo de objetivos, desembolso de los fondos reservados y dirección general del programa.

—¿Por qué tú?

Se encogió de hombros.

—No lo pregunté.

Me retuve de lanzar una carcajada.

—¿Supusiste que era normal, pese a tu juventud e inexperiencia, que reconociera tu capacidad innata y quisiera confiarte algo tan importante?

Se sonrojó.

—Algo así, supongo.

Cerré los ojos un instante y sacudí la cabeza.

—Kanezaki, ¿conoces el significado de «hombre de paja» y «hombre muerto»?

Se sonrojó aún más.

—Puede que no sea tan estúpido como piensas —dijo.

—¿Qué más?

—Holtzer me dijo que el apoyo a la reforma implicaría asignar dinero en efectivo a políticos que tuvieran antecedentes reformistas partidarios de las reformas que deseaba la USG. La teoría era que para competir en la política japonesa, es necesario tener acceso a grandes cantidades de dinero. No se puede permanecer en el cargo sin él; por tanto, con el tiempo todo el mundo se corrompe si acepta el efectivo, o queda fuera de juego si se niega. Íbamos a cambiar la ecuación con una fuente alternativa de fondos.

—Unos fondos reservados por los que se firma un recibo.

—Es la norma, sí. Te lo he dicho.

—Me imagino que cuando los colaboradores firman los recibos, reciben el efectivo.

Se encogió de hombros.

—Por supuesto.

Me pregunté un momento por qué aceptaban a estos tipos recién salidos de la universidad.

—Siento curiosidad —dije— por saber si se te ocurre algún uso que alguien pueda hacer de documentos firmados y con huellas digitales que reconozcan recibos de dinero proveniente de fondos reservados de la CIA.

Negó con la cabeza.

—No es lo que estás pensando —dijo—. La CIA no hace chantajes.

Me reí.

—Mira, no digo que no los usemos porque seamos buena gente —siguió diciendo con una seriedad casi cómica—. Es porque se ha demostrado que no funciona. Quizá se pueda usar para conseguir una cooperación a corto término, pero a largo plazo no es un medio efectivo de control.

Le miré.

—¿A ti la CIA te parece una organización especialmente dedicada al largo plazo?

—Tratamos de serlo, sí.

—Pues bien, si no estás siendo investigado por malversación de fondos y el chantaje es una práctica ajena a la CIA, ¿qué piensas que hace Biddle con esos recibos?

Bajó la mirada.

—No lo sé.

—Entonces, ¿qué pretendes de mí?

—Hay otra cosa rara.

Enarqué las cejas.

—El protocolo señala que antes de cualquier reunión con un colaborador, los encargados del caso han de rellenar un formulario con los detalles de la misma: con quién, dónde, cuándo. La finalidad es dejar un registro que puedan usar otros oficiales en caso de que algo marche mal. Después del pedido del jefe, yo entregué un formulario diciendo que tenía una reunión esa noche, aunque no era verdad, y dejé en blanco el lugar de la reunión.

—Y te llamaron.

—Exacto. Lo cual es muy raro. Nadie está interesado en esas cosas antes de una reunión. Lo están en las contingencias de después de la reunión. De hecho, la mitad del tiempo, ni siquiera nos molestamos en rellenarlos hasta después de celebrada la reunión. Es demasiado pesado. Y nunca te comentan nada.

—¿En qué estás pensando?

—En que alguien vigila mis reuniones.

—¿Para qué?

—No... no lo sé.

—Entonces no veo cómo puedo ayudarte.

—Pues bien, es posible que alguien esté tratando de reunir pruebas de que he estado dirigiendo Crepuscular por mi propia cuenta después de que se diera por finalizado el programa. Si este asunto se descubre, Biddle o quien sea puede echarme la culpa. —Me miró—. Y seré hombre muerto.

Tal vez el chico no fuera tan ingenuo, después de todo.

—Todavía no me has dicho qué es lo que quieres de mí —dije.

—Quiero que esta noche hagas un trabajo de vigilancia y me digas lo que ves.

Lo miré.

—Me halagas, pero ¿no sería mejor que fueras a ver al inspector general de la CIA?

—¿Con qué? ¿Sospechas? Además, por lo que sé, el inspector y el jefe de la delegación fueron juntos a Yale. Recuerda que Crepuscular fue finiquitado hace seis meses. Y a partir de esa fecha, ha sido absolutamente ilegal. Y yo lo he dirigido todo este tiempo. Antes de recurrir a las autoridades, necesito saber lo que está pasando.

Guardé silencio un momento. Luego dije:

—¿Qué me ofreces a cambio?

—Te diré lo que sé de tu amigo.

Asentí.

—Si lo que me cuentas es convincente y valioso, te ayudaré.

—¿No cambiarás de opinión?

Lo volví a mirar.

—Tendrás que correr ese riesgo.

Hizo un mohín, como un niño que cree haber hecho un pedido razonable y se ofende por no ser tomado en serio.

—De acuerdo —dijo finalmente—. La última vez que nos vimos, te dije que, al interceptar una carta de Kawamura Midori, habíamos identificado a Haruyoshi Fukasawa como un amigo tuyo. De esa carta, lo único que sacamos en claro fue su nombre, que se escribe con una combinación inusual de *kanji*, y un sello de correos de la principal oficina de Chuo-ku.

Eso encajaba bastante bien con lo que habíamos supuesto Harry y yo.

—Sigue —dije.

—Había que estudiar una gran cantidad de material para poder hacer algún uso de la poca información que teníamos. Comprobación de domicilios, declaraciones de Hacienda, cosas de ese tipo. Tuvimos que trabajar en

círculos concéntricos, empezando con el sello postal de Chuo-ku. Eso significó trabajo de equipo y apoyo local.

Asentí, sabiendo lo que venía a continuación.

—Por tanto, recurristeis a una fuente externa.

—Eso hicimos. A un colaborador externo de la delegación llamado Yamaoto.

Dios santo, eso equivalía a condenar a muerte a Harry.

—¿Le dijisteis a Yamaoto por qué estabais interesados en Harry?

Negó con la cabeza.

—Por supuesto que no. Sólo le dijimos que queríamos saber dónde vivía y trabajaba una persona con ese nombre y apellido.

—¿Qué sucedió a continuación?

—No lo sé. Yamaoto nos consiguió la dirección que queríamos. Le seguimos los pasos a Fukasawa todo lo más que pudimos, pero era un experto en vigilancia y nunca pudimos seguirle lo suficiente como para dar contigo.

—No me estás contando mucho que no sepa ya. ¿Y la muerte de Fukasawa?

—El otro día fui con seguridad diplomática a su apartamento, para tratar de seguirlo como de costumbre. Le dije a Biddle que no me parecía una buena idea después de nuestro encuentro, que era personalmente peligroso para mí, pero insistió. De cualquier manera, vi mucha actividad inusual. Coches de policía y un equipo de limpieza en la acera, delante del edificio. Miré y vi lo que había pasado. Cuando se lo dije a Biddle, se puso absolutamente pálido.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Mi impresión fue que se sorprendía y preocupaba. Si se sintió sorprendido, significaba que algún otro era responsable del asunto. Estoy suponiendo que no se trató de un accidente. Eso os dejaba a Yamaoto y a ti. Ya que tú estás aquí ahora y pareces interesado en lo que pasó, supongo que tú y Fukasawa no tuvisteis ninguna disputa. Y eso deja a Yamaoto.

—Supongamos que tienes razón. ¿Por qué?

Tragó saliva.

—No lo sé. Quiero decir que, visto desde fuera, fue porque Fukasawa representaba alguna amenaza o porque ya no era más útil, pero no sé más que eso.

—¿Viste alguna vez a Fukasawa con una mujer?

Asintió con la cabeza.

—Sí, lo vi ir y venir varias veces con una tal Yukiko Nohara. Trabaja en un club de Nogizaka llamado Damask Rose.

Pensé un rato. Tuve la corazonada de que me decía la verdad, pero no tenía modo de asegurarme. Además, por lo poco que me había dado, no iba a correr el riesgo que representaba llevar a cabo una vigilancia para él.

Sin embargo, Tatsu podía estar interesado. Y era muy posible que pudiera usar mejor que yo la poca información que me había proporcionado Kanezaki.

—En unas pocas horas, tendré una reunión con alguien que te puede ayudar a resolver tu problema —dije—. Alguien que puede hacer más que yo al respecto.

—¿Eso significa que me crees?

Le miré.

—Aún no lo he decidido.

Hubo una pausa, y luego me dijo:

—Mi cartera.

Levanté las cejas.

—¿Dónde está? —preguntó.

Me reí.

—Ha desaparecido.

—Llevaba 50 000 yenes.

Asentí.

—Lo justo para un menú de degustación con un Rousseau Chambertin del 85 en un restaurante que me gusta. Tuve que pagar de mi bolsillo el Vega Sicilia Único del 70 que acompañó el postre. Así pues, la próxima vez que me sigas, trae más dinero, ¿de acuerdo?

Me fulminó con la mirada.

—Me robaste.

—Tienes suerte de no haber pagado un precio mucho más alto por tratar de seguirme, hijo. Ahora, veamos si la persona que voy a ver está dispuesta a darte la ayuda que quieres.

Lo llevé al Christie Tea & Cake, la *kissaten* que Tatsu había propuesto. Recorrimos la corta distancia que había desde la estación JR Harajuku. El propietario, quizá recordando mis mesas preferidas de cuando vivía en Tokio, nos llevó a una de las mesas que había al fondo de la larga sala en forma de L, en la que nos podíamos sentar escondidos del ventanal de enfrente.

Kanezaki pidió té Assan y yo, jazmín, también para la persona que faltaba. Después del día que habíamos tenido, pensé que a Tatsu y a mí nos vendría bien algo bajo en cafeína.

Charlamos de cualquier tema mientras esperábamos a Tatsu. Kanezaki se mostraba sorprendentemente parlanchín, tal vez debido al nerviosismo de la situación.

—¿Cómo entraste en este negocio? —le pregunté.

—Soy un japonés-americano de tercera generación —me contó—. *Sansei*. Mis padres hablan japonés, pero conmigo usaban el inglés en casa, de modo que sólo aprendí lo que pesqué de mis abuelos. En la universidad, hice un curso en Japón, en Nagano-ken, y me encantó. Me puso en contacto con mis raíces, ¿sabes? Después de eso, tomé todos los cursos que pude en japonés e hice otro curso académico. En mi último año, conocí a un agente de reclutamiento de la CIA. Me dijo que la Agencia buscaba gente que dominara idiomas difíciles como japonés, chino, coreano, árabe. Y pensé ¡qué diablos! Hice los exámenes, superé una investigación de mis antecedentes y aquí estoy.

—¿Y el trabajo ha cumplido tus expectativas? —le pregunté, esbozando una pequeña sonrisa.

—No exactamente, pero puedo aguantar los golpes. Soy más duro de lo que te imaginas.

Recordé su sorprendente falta de miedo durante nuestro primer encuentro, el modo en que se rehízo después de verme eliminar a su compañero, y no sentí ninguna inclinación a llevarle la contraria.

—De cualquier manera —continuó diciendo—, lo principal es que el trabajo me da la posibilidad de servir los intereses de ambos países. Eso es lo que verdaderamente me atrajo desde el principio.

—¿Qué quieres decir?

—Estados Unidos quiere un cambio en Japón. Y Japón necesita ese cambio, pero carece de los recursos internos para hacerlo. Por tanto, la *gaiatsu* de Estados Unidos favorece los intereses de ambos países.

*Gaiatsu* significa «presión extranjera». Me pregunté un instante si había algún otro país, además de Japón, que tuviera una palabra para ese concepto.

—Suenan idealista —dije, probablemente sin poder ocultar mis dudas.

Se encogió de hombros.

—Tal vez, pero ahora somos un solo mundo globalizado. Si se hunde la economía japonesa, arrastraría a la norteamericana. Por tanto, el idealismo y el pragmatismo de Estados Unidos, por un lado, y las necesidades de Japón, por otro, están interrelacionados. Estoy contento de poder trabajar para el mutuo beneficio de ambos países.



Tuve una repentina imagen de este joven presentándose de candidato en alguna elección dentro de diez años.

—¿Has pensado qué harías si alguna vez tuvieras que optar entre uno u otro? —le pregunté.

Me miró.

—Yo soy americano.

Asentí.

—Por tanto, mientras América siga comprometida con esos ideales, tú te vas a sentir cómodo.

La camarera nos trajo el té. Un momento después, apareció Tatsu. Si se sorprendió de verme con Kanezaki, no lo manifestó. Tatsu tiene una excelente cara de póquer.

Kanezaki me miró a mí, luego a Tatsu.

—Ishikura-san —dijo empezando a levantarse.

Tatsu inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Usted me dijo que él estaba muerto —dijo Kanezaki moviendo la cabeza en mi dirección.

Tatsu se encogió de hombros.

—En aquel momento, creía que así era.

—¿Por qué no se puso en contacto cuando se enteró de que no había muerto?

Vi un destello de sorpresa en los ojos de Tatsu ante la franqueza del muchacho, y dijo:

—Algo me dice que tuvo suerte de que no lo hiciera.

Kanezaki frunció el entrecejo y comentó:

—Eso puede ser verdad.

Miré a Kanezaki.

—Cuéntale lo que me has contado —dije.

Lo hizo. Cuando terminó, Tatsu dijo:

—Parece que la explicación más probable de esta extraña cadena de acontecimientos es que el jefe Biddle o algún otro de la CIA esté intentando convertirle en un Oliver North del siglo XXI.

—¿Oliver North? —preguntó Kanezaki.

—Sí —continuó diciendo Tatsu—, del escándalo Irán-Contra. El gobierno de Reagan había decidido burlar una prohibición parlamentaria de los fondos destinados a la Contra nicaragüense, y vendió armas a los «moderados» iraníes, que las canalizaban a los contras sin el conocimiento del Congreso. Oliver North era un miembro del Comité de Seguridad Nacional; él dirigía el

programa. Cuando se filtró la noticia del programa, sus superiores del CSN y la Casa Blanca le culparon de instigar y dirigir el programa sin su conocimiento, y así evitaron su propio proceso.

Kanezaki empalideció.

—No lo había pensado de ese modo —dijo mirando a izquierda y derecha como si intentase recuperar el norte—. Dios santo, usted tiene razón. Esto podría ser como lo de los contras. Para empezar, no sé ni quién se inventó Crepuscular, pero alguien lo dio por acabado, tal vez Langley o incluso el Comité de Inteligencia del Senado. Y ahora la delegación en Tokio aún lo lleva adelante, con fondos reservados que no tienen la supervisión ni el conocimiento del Congreso. Ay, ay, ay.

Tuve la sensación de que ya se imaginaba jurando delante de un comité especial del Senado creado para investigar el último escándalo: sentado solo; la mano en alto; los congresistas y sus ayudantes, impecables e hipócritas detrás de sus pulidos bancos de madera; las luces de las videocámaras calientes y cegadoras mientras sus superiores se reían entre dientes y filtraban información a la prensa sobre el joven y talentoso agente de la CIA cuyas convicciones demasiado extremistas le habían hecho perder el rumbo.

Tatsu se dirigió a mí.

—Tengo algo para ti.

Arqueé las cejas.

—Kawamura Midori. Parece que en su afán por encontrarte, recurrió a una agencia japonesa de detectives. Muchas de esas empresas tienen empleados a ex funcionarios de la policía y de otras agencias oficiales de seguridad. Yo tengo contacto con unos cuantos. Ella sabía dónde vivía tu amigo y les dio su dirección. Intentaron seguirlo, pero sin éxito porque, según parece, era un experto en seguridad. No pudieron averiguar qué hacía. Creo que por esa razón Kawamura-san fue hace poco a mi despacho con amenazas de montar un escándalo. Su otra forma de localizarte no le había dado resultado.

Debía de haber utilizado dinero de la herencia de su padre, los frutos de la corrupción que le habían enriquecido a él y disgustado a ella. Había algo irónico en todo esto.

Pensé en lo evasiva que me había parecido en el Imperial. Ahora sabía por qué. Había contratado a un detective para seguir a Harry y no quería decírmelo.

—Estas agencias de detectives —dije—, ¿hay alguna relacionada con Yamaoto?

—Sin duda.

—Por eso, mandó a Yukiko con Harry —dije finalmente viendo la luz—. No fue a solicitud de las agencias; ellos no le dijeron que Harry estaba en contacto conmigo. Fueron los detectives de Midori. Ella les debió decir que siguieran a Harry para encontrarme a mí. Cuando esa información llegó a Yamaoto, él quiso enviar a su propia gente, que podría hacer el trabajo mejor que los detectives o la misma CIA. La misión de Yukiko fue permanecer cerca de Harry, lo más cerca posible, y averiguar todo lo que pudiera para dar conmigo.

Me lo imaginé. Yamaoto, probablemente por medio de intermediarios, hizo que el jefe de Harry lo invitara a «celebrar» la satisfacción de un cliente. El jefe de Harry seguramente desconocía el propósito de todo aquello; no sabía nada más que dónde y cuándo debía aparecer con Harry. Yukiko los esperaba con el pretexto de la configuración de su Macintosh y la realidad de sus encantos. Harry se lo tragó todo sin pestañear. Condujo a Yukiko y sus jefes a su apartamento, y con el tiempo, hasta mí.

—Pero ¿por qué matarlo? —preguntó Kanezaki.

Me encogí de hombros, pensando en cómo Murakami había gruñido «No te llamas Arai. Te llamas Rain».

—Descubrieron quién era yo y dónde encontrarme. Después de eso, no necesitaban más a Harry. Y Yukiko debió de haberse enterado de lo hábil que era con un ordenador. Lo considerarían un apoyo técnico mío. Mejor quitarlo de en medio.

Pensé en el profundo rechazo y hostilidad que mostró Harry cuando le sugerí que Yukiko podía representar una trampa. Suspiré.

—Probablemente, así descubrieron quién era yo en realidad —dije—. Harry y yo discutimos sobre su amiga. Seguramente le contara que tenía un conocido que había dicho esto y aquello, un conocido que su propio jefe había llevado recientemente al Damask Rose. A partir de ahí, debieron sumar dos más dos. O le mostrarían el vídeo del club a Yamaoto, que me conoce de haberme visto. No importa. Una vez lo supieron, decidieron que Harry había dejado de serles útil.

Se produjo un silencio prolongado. Luego Tatsu dijo:

—Kanezaki-san, ¿qué se propone hacer?

Kanezaki lo miró con expresión incierta.

—Pues, al principio quería que esta noche alguien ajeno a la Agencia llevara a cabo para mí una misión de vigilancia. Así podría enterarme de si se me vigila, o se me tiende una encerrona, o lo que sea. Pero no usted. Usted...

Tatsu sonrió.

—Soy un Keisatsucho.

—Así es. No estaría nada bien que el FBI japonés vigilara una reunión de la CIA en la que se puede hablar de temas secretos.

—Creí que tu reunión de esta noche era ficticia y que se organizaba sólo para probar tu teoría de que alguien te desea el mal.

—Es ficticia, pero he rellenado un documento diciendo que es real. Si me atrapan con usted, las consecuencias serán las mismas.

Tatsu se encogió de hombros.

—Si alguien nos ve juntos, puede decirle que me está preparando como colaborador. Cumpliría la misión original que usted y el jefe de delegación Biddle idearon cuando buscaban aquí a su amigo.

Kanezaki lo miró.

—Tal vez lo estoy fichando como colaborador.

«Tatsu sabía que lo dirías, muchacho», pensé.

—¿Lo ve? —dijo Tatsu—. No es tan descabellado.

Me acordé de un viejo dicho de los jugadores de póquer: «Si echas una mirada a toda la mesa y no encuentras a ningún idiota, entonces el idiota eres tú».

Nadie pronunció palabra por un rato. Entonces Kanezaki echó un resoplido y dijo:

—No puedo creer lo que estoy haciendo. Podría acabar en la cárcel.

—¿Por una reunión con un personaje importante? —preguntó Tatsu, y en el momento supe que el acuerdo ya estaba firmado.

—De acuerdo —dijo Kanezaki, más para sí mismo que para cualquier otro—. De acuerdo.

Pensé en otro dicho: «Lo más fácil es vender a un vendedor». Todo aquel entrenamiento para forzar a los colaboradores a firmar un recibo. Kanezaki prácticamente se había jactado de la destreza con que lo podía hacer un buen oficial. Y sin embargo, acababa de traspasar una línea prohibida.

Pensé en esas representaciones pictóricas de la cadena alimentaria en las que un pez es devorado por otro más grande y ese otro por un tercero aún más grande.

Eché una mirada a Kanezaki y pensé: «Por lo menos, Tatsu no te va a traicionar. Siempre y cuando no haya una necesidad imperiosa».

## Capítulo 18

N

os marchamos para que Kanezaki pudiera ir a su «reunión» y Tatsu organizara a sus hombres para la vigilancia. Acordamos volver a encontrarnos en Christie dentro de dos horas. Antes de salir, le pregunté a Tatsu si había podido conseguirme una pistola. Me dijo que no.

Pasé un rato curioseando en las casas de antigüedades del sótano del cercano edificio Hanae Mori. Las tiendas estaban cerradas, pero a través de las vitrinas, admiré el delicado Art Nouveau de los camafeos de artistas como Daum Nancy y Emile Gallé. Me perdí en esos pequeños mundos de los jarrones y los vasos: un prado verde habitado por libélulas voladoras; molinos de viento que duermen bajo un manto de nieve; un bosque de árboles tan sensuales que parecían balancearse en los cristales.

Volví a Christie mucho antes de la reunión, pero no esperé allí. En cambio, inspeccioné los sitios que usaría un equipo de vigilancia en el caso de que buscara a alguien en el local; luego, tras comprobar que en esos lugares no había nadie, me escondí en la oscuridad, como los torvos cuervos de Tokio, en lo alto de una pendiente, a la derecha de la tienda y vigilando la entrada. Sólo después de haber visto el regreso de Kanezaki y luego el de Tatsu, y de asegurarme de que nadie les seguía, bajé a reunirme con ellos.

—Te hemos estado esperando —dijo Tatsu en cuanto entré—. No quise empezar sin ti.

—Lo siento —dije—. Se me hizo tarde.

Me miró como si comprendiera perfectamente la razón del retraso; luego se dirigió a Kanezaki y dijo:

—Llevé a dos hombres a vigilar su reunión. Descubrimos a alguien que intentaba sacar fotografías.

A Kanezaki casi se le salen los ojos de las órbitas.

—¿Fotografías?

Tatsu hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—¿Qué hicisteis vosotros?

—Nos lo llevamos en custodia.

—Oh, dios santo —exclamó Kanezaki, imaginando posiblemente los titulares de mañana en la prensa—. ¿Custodia oficial?

Tatsu señaló que no con la cabeza.

—No hay nada oficial.

—¿De quién se trata? —preguntó Kanezaki.

—Se llama Edmund Gretz —dijo Tatsu—. Llegó a Tokio hace tres años, esperando ganarse la vida como fotógrafo independiente e imaginándose a modelos libertinas. En cambio, acabó dando clases de inglés en distintas empresas japonesas, pero con el tiempo pudo encontrar a alguien interesado en su talento fotográfico.

—¿La Agencia? —preguntó Kanezaki a la vez que empalidecía.

—Sí, está contratado. Hace seis meses, tuvo entrenamiento de vigilancia, contravigilancia y otras artes clandestinas. Desde entonces, la Agencia lo llamó en tres ocasiones. En todas, se le dijo dónde y cuándo tendría lugar una reunión, y se le ordenó que la fotografiara.

—¿Cómo sabía a quién fotografiar?

—Le dieron la foto de un japonés que participaría en todas.

—¿Yo?

—Sí.

Sacudí la cabeza y pensé: «Tendrías que tener impreso “hombre muerto” en todas tus tarjetas de visita».

—¿Y el contacto de Gretz...? —preguntó Kanezaki.

—El jefe de la delegación —contestó Tatsu—. James Biddle.

—El mismo tipo que quería los recibos —añadí yo.

—Sí —dijo Tatsu.

—Me imagino que el contratado no se ha enterado de nada —dije.

Tatsu negó con la cabeza.

—Gretz no es más que un lacayo con alguna habilidad para las cámaras. No sabe nada. Su mayor preocupación es que nadie se entere de que lo pescamos, porque podría perder su lucrativo contacto o afrontar la deportación.

—¿No le pudieron sacar nada más? —preguntó Kanezaki.

Tatsu se encogió de hombros.

—Mis hombres no interrogan amablemente. No creo que hubiera nada más para sacarle.

—¿Qué hace con las fotos después de sacarlas? —preguntó Kanezaki.

—Envía las copias a Biddle —dijo Tatsu.

Kanezaki tamborileaba la mesa con los dedos.

—¿Qué va a hacer con esas fotos? ¿Por qué me hace esto a mí?

—Puede ser que yo tenga una forma de averiguarlo —dijo Tatsu.

—¿De qué se trata?

Tatsu movió la cabeza.

—Todavía no. Deje que haga unas discretas averiguaciones. Pronto me pondré en contacto con usted.

Kanezaki entrecerró ligeramente los ojos.

—¿Por qué me ayuda? —preguntó.

Tatsu lo miró.

—Tengo razones personales para no desear un escándalo —dijo—. Entre ellas, mi deseo de que los reformistas que usted ha tratado de ayudar no resulten perjudicados por todo esto.

A Kanezaki se le relajó la expresión. Estaba asustado. Quería creer que contaba con un amigo.

—De acuerdo —dijo.

Kanezaki se puso de pie. Metió una mano en la chaqueta, sacó una tarjeta y se la entregó a Tatsu.

—Por favor, póngase en contacto conmigo apenas sepa algo.

Tatsu también se levantó. Le dio una tarjeta a cambio.

—Lo haré.

Kanezaki dijo:

—Gracias.

Tatsu hizo una profunda reverencia y dijo:

—*Kochira koso*. —Lo mismo digo.

Kanezaki me saludó con la cabeza y se retiró.

Esperé un minuto para hacer tiempo suficiente de que Kanezaki se fuera, y luego dije:

—Vamos.

Tatsu comprendió. Cuando yo era un adolescente, en una fiesta gané una pelea. El tipo derrotado se fue mientras yo disfrutaba al sentirme un héroe. El problema fue que aquel tipo regresó media hora más tarde, pero acompañado por dos amigos. Los tres me dieron una soberana paliza. La lección valió la pena. Me enseñó que cuando una reunión ha terminado, hay que irse, a menos que quieras correr el riesgo de que alguien dé marcha atrás en todo lo convenido.

Caminamos en dirección a Inokashira-dori, con la quieta oscuridad del parque Yoyogi a nuestra izquierda.

—¿Cómo fueron las cosas hoy? —pregunté mientras caminábamos—. Con la esposa de tu compañero. La viuda.

Pasaron varios segundos antes de que contestara.

—Fujimori —dijo, y no estuve seguro de si se refería al camarada caído o a su mujer—. Tengo la suerte de haber tenido sólo tres conversaciones como ésa en mi vida profesional.

Seguimos caminando en silencio. Luego pregunté:

—¿Alguna suerte con el paradero de Murakami?

Movió la cabeza de lado a lado.

—No.

—¿Y el tipo que interrogaste?

—Todavía nada.

—¿Por qué quisiste verme esta noche?

—Quiero tener todos los recursos disponibles en caso de que haya una pista de Murakami.

—¿Es algo personal ahora? —pregunté.

—Sí, lo es.

Caminamos en silencio.

—Te diré una cosa —dije—. Cuando pienso que ya estoy harto de todo, la CIA hace algo que realmente me sorprende, como contratar a un fotógrafo para que saque fotos de su propia gente por si necesita acabar con ella. Es refrescante.

—No existe ningún fotógrafo —dijo Tatsu.

Me detuve y le miré.

—¿Qué?

Se encogió de hombros.

—Me lo inventé.

Sacudí la cabeza y parpadeé.

—¿No existe Gretz?

—Hay un Gretz, por si Kanezaki quiere verificarlo. Un pequeño traficante que una vez atrapé y dejé marchar. Tuve la premonición de que me podía llegar a ser útil.

No supe qué decir.

—Dame la información que me falta, Tatsu.

—No es gran cosa en realidad. Simplemente le permití a Kanezaki corroborar que sus miedos no eran pura paranoia, al tiempo que lo ponía de mi lado.

—¿Por qué?

—Necesito que se crea a pies juntillas que le están tendiendo una trampa. Carecemos de la información suficiente para saber de verdad qué pasos dar. Quiero que se sienta cómodo para llamarme. Incluso, que quiera hacerlo.



—¿Crees que le están cavando la fosa?

Se encogió de hombros.

—Quién sabe. Es sospechoso que Biddle le haya pedido recibos, así como lo del mensaje perdido, pero no pretendo comprender todos los procedimientos burocráticos de la CIA.

—¿Por qué Biddle se ha interesado tanto en las reuniones de Kanezaki?

—No lo sé. Pero no ha sido para fotografiarlas. Mis hombres no vieron nada inusual en la reunión. Ciertamente no había nadie con una cámara.

Se mostró muy franco conmigo acerca de su engaño. Tal vez era su manera de decirme que confiaba en mí. Los dos bandos. Ellos y nosotros.

Retomamos la caminata.

—Entonces, fue una suerte que el chico viniera a mí con sus recelos — dije.

—Y que tú vinieras a mí. Gracias.

Giré la cabeza y dije:

—¿Qué sabes de Crepuscular?

—No más de lo que Kanezaki nos ha contado.

—¿Y los políticos que el programa ha apoyado? ¿Trabajas con alguno de ellos? Quizá con aquellos a quienes el disco no implicaba.

—Con algunos de ellos.

—¿Qué sucedió? Te enteraste por el disco que ellos no estaban en la organización de Yamaoto. Luego, ¿qué?

—Les avisé. Simplemente compartiendo mi información sobre los métodos de Yamaoto y sobre quiénes de ellos eran títeres en manos de éste. Eso les convirtió en objetivos más escurridizos y considerablemente más sabios.

—¿Y sabías que recibían dinero de la CIA?

—Sabía de algunos, no necesariamente de todos. Desde mi posición, yo sólo puedo ayudar a proteger a esa gente de las prácticas de extorsión de Yamaoto. Pero Kanezaki tenía razón cuando dijo que, dado el sistema económico de la política japonesa, los políticos honestos necesitan dinero en efectivo para competir con los candidatos que cuentan con los fondos de Yamaoto. Y eso yo no puedo proporcionarlo.

Caminamos un rato sin pronunciar palabra. Luego, yo dije:

—Admito que me sorprendió que esta gente fuera lo bastante idiota para firmar recibos por fondos de la CIA. Me acuso de subestimar el alcance de su ingenuidad. Tendría que haberlo sabido. Como grupo, los políticos pueden ser

asombrosamente estúpidos, incluso cuando no son corruptos. De ser de otra manera, a Yamaoto le resultaría mucho más difícil controlarlos.

Pensé un momento.

—Perdóname por decirlo, Tatsu, pero ¿todo esto no es acaso una pérdida de tiempo?

—¿Por qué lo dices?

—Porque incluso si estos sujetos tienen algún ideal, incluso si tú puedes protegerlos de Yamaoto, incluso si tienen acceso a algún dinero, sabes que ellos no marcan la diferencia. Los políticos en Japón no son más que una ornamentación. Los burócratas dirigen el espectáculo.

—Nuestro sistema es extraño, ¿verdad? —dijo—. Una incómoda combinación de historia doméstica e intervención extranjera. Ciertamente los burócratas son poderosos. Funcionalmente, son los descendientes de los *samurais*, con todo lo que ello conlleva.

Asentí. Después de la restauración Meiji en 1868, los *samurais* se convirtieron en los sirvientes del emperador, a quien se creía descendiente de los dioses. La asociación trajo consigo un tremendo poder.

—Luego, en tiempos de guerra los pusieron a cargo de la economía industrial —continuó—. La ocupación norteamericana conservó el sistema para que Estados Unidos pudiera gobernar por medio de la burocracia en vez de hacerlo mediante políticos electos. Todo esto condujo a un aumento de prestigio y de poder adicionales.

—Siempre he dicho que el gobierno de la burocracia japonesa es una especie de totalitarismo.

—Lo es, pero se distingue en que no existe una figura de Gran Hermano. En cambio, la misma estructura funciona como un Gran Hermano.

—Eso es lo que quería decir. ¿Qué puedes ganar tú defendiendo a un puñado de políticos electos?

—Por el momento, tal vez no mucho. Hoy día, los políticos actúan principalmente como mediadores entre los burócratas y los votantes. Su trabajo es asegurar que sus electores obtienen la mayor tajada posible de la tarta que controlan los burócratas.

—Como los *lobbys* en Washington.

—Sí, pero los políticos son elegidos democráticamente. Los burócratas, no. Eso significa que los votantes ejercen un control teórico. Si eligen a políticos con la orden de controlar la burocracia, los burócratas cederían porque su poder es una función de su prestigio, y oponerse a un claro mandato significaría perder prestigio.

No dije nada. Comprendí el argumento, aunque sospeché que su plan era tan a largo plazo que al final sería inútil.

Caminamos un rato en silencio. Entonces se detuvo y se volvió hacia mí.

—Me gustaría mantener una conversación con el jefe de la delegación Biddle —dijo.

A mí también —dije—. Kanezaki parece pensar que a Biddle le sorprendió la muerte de Harry, pero me gustaría asegurarme. El problema es cómo llegar a él.

—El jefe de la delegación de la CIA tiene presencia oficial para el gobierno japonés. Muchos de sus movimientos no son ningún misterio para la Keisatsucho. —Se metió una mano en el bolsillo y sacó una foto. Vi a un hombre blanco de unos cuarenta años, de rostro y nariz angostos, pelo corto y color arena, y ojos azules detrás de gafas de carey.

—El señor Biddle toma el té por las tardes en los jardines de Luseine, en Harajuku. Edificio Dos —dijo—. En Brahms-no-komichi.

—¿Un hombre de costumbres?

—Al parecer. El señor Biddle cree que una rutina perseverante es buena para el cerebro.

—Puede que sea así —dije—, pero puede ser mortal para el cuerpo.

Asintió.

—¿Por qué no lo vas a ver mañana?

Le miré.

—Quizá lo haga —dije.

Caminé largo rato después de dejar a Tatsu. Pensé en Murakami. Traté de encontrar los puntos de contacto, las intersecciones entre su fluida existencia y el mundo real que le rodeaba. No había mucho: el *dojo*, el Damask Rose, quizá Yukiko. Pero sabía que estaría alejado un tiempo de todo eso. Yo haría lo mismo. Sabía que él estaría haciendo lo mismo conmigo. Me alegré de que, desde esta perspectiva, los buenos puntos de contacto parecieran ser escasos.

Aún así, deseé haber podido conservar la Glock de Tatsu. Por lo general, no me gusta llevar un arma. Las pistolas son ruidosas y las pruebas de balística pueden relacionarte con el proyectil por medio del arma que aún tienes en tu posesión. Además, si te detienen en Japón portando una, ello supone toda una garantía de cárcel. Las navajas no son mejores. Te pueden llenar de sangre. Y cualquier poli que valga algo va a tratar a alguien con una navaja escondida —incluso una pequeña— como un sujeto peligroso y

merecedor de una investigación a fondo. Por supuesto, con Murakami en libertad y buscándome, el grado de conveniencia que tenía llevar un arma había cambiado de alguna manera.

Me pregunté si Tatsu lograría sacarle algo al tipo a quien yo le había roto la rodilla. Lo dudé. Murakami debía saber que Tatsu le seguía los pasos, y no haría nada de lo que se pudiera chivar aquel hombre bajo presión.

Yukiko podía poseer información valiosa. Murakami también debía de haber anticipado esa ruta, pero valía la pena intentarla. Sobre todo porque después de lo que le habían hecho a Harry, mi interés por ella ya era independiente del interés por su jefe.

Me la imaginé con sus largos cabellos y su distante confianza en sí misma. Después de lo de Harry, ella también debía de haber tomado precauciones. Murakami hasta le podía haber advertido de que tuviera cuidado. Pero no era un objetivo difícil. Yo podía llegar a ella. Y pensé que sabía cómo hacerlo.

Me dirigí a una tienda de objetos de espionaje en Shinjuku para comprar lo poco que necesitaría. La oferta de la tienda casi daba miedo: cámaras diminutas y micrófonos de escucha telefónica; revólveres de fogueo y gas lacrimógeno; taladros de diamante y lo necesario para abrir cerraduras. Todo disponible «sólo con finalidad académica», por supuesto. Me contenté con una porra ASP del servicio secreto, un feo tubo de acero negro de 23 centímetros que con un movimiento de muñeca se estiraba a más de 66 centímetros.

La siguiente parada fue en una tienda deportiva, donde compré un rollo de fuerte sedal de pesca de monofilamento, cinta adhesiva para deportistas, guantes, calzoncillos largos y un bolso de lona. La tercera parada fue en una tienda donde adquirí agua de colonia barata, una toalla de mano, un paquete de cigarrillos y cerillas. Luego fui a Gap, una tienda de ropa, donde me pude cambiar la indumentaria. A continuación, una tienda de disfraces para comprar un adefesio de peluca y un juego de dientes falsos con aspecto de podridos. Por último, en una tienda de embalajes compré un rollo de veinticinco metros de cinta adhesiva transparente. «*Shinjuku* —pensé como un aviso publicitario—, para todas sus necesidades de compras».

Me metí en otro hotel de viajantes, esta vez en Ueno. Puse la alarma a medianoche y me acosté.

Cuando la alarma me despertó, me puse los calzoncillos largos debajo de la ropa y me sujeté la porra a la muñeca con la cinta adhesiva. Mojé la toalla, la estrujé y la guardé junto con todo lo demás en la bolsa de lona; salí rumbo a

la estación en busca de una cabina telefónica. Aún tenía la tarjeta que me había llevado de mi primera noche en el Damask Rose. Llamé. Un hombre contestó al otro lado. Pudo haber sido el señor Rubicundo, pero no pude estar seguro de ello.

—*Hai*, aquí el Damask Rose —dijo la voz. Oí que en el fondo sonaba la música de J-Pop y me imaginé a las bailarinas en los dos escenarios gemelos.

—Hola —dije en japonés, levantando un poco la voz para disimularla—, ¿me podría decir qué chicas están esta noche?

La voz recitó media docena de nombres. Naomi estaba entre ellas. Yukiko, también.

—Estupendo —dije—. ¿Están todas hasta las tres?

—*Hai, so desu.* —Sí, así es.

—Muy bien —dije—. Hasta luego.

Colgué.

Tomé un taxi hasta Shibuya, luego hice a pie un reconocimiento de detección de vigilancia hasta Minami-Aoyama. Recordaba la dirección de Yukiko, de cuando había investigado sus antecedentes y los de Naomi en Osaka, y no tuve ningún problema en encontrar su edificio de apartamentos. La entrada principal estaba enfrente. Había un garaje subterráneo a un lado, sólo accesible por una puerta metálica de rejilla, que controlaba un lector de tarjeta magnética en una cabina central. No había otra forma de entrar o salir.

Pensé en el M3 blanco de Yukiko. Suponiendo que la noche que la vi en el coche lo estuviera utilizando como cualquier otra noche, entonces se trataba de su medio de transporte habitual. Esta noche no iría a casa de Harry, y como Murakami estaría por el momento en paradero desconocido o le habría dicho que no se le acercara, decidí que era muy probable que apareciera en algún momento después de las tres.

Cerca encontré un edificio al que sólo separaba una larga y estrecha callejuela. Me perdí en su oscuridad y abrí mi bolsa llena de Cosillas. Saqué la colonia y me apliqué una fuerte dosis en las aletas de la nariz. Luego cerré la bolsa y la escondí allí; caminé hasta el próximo Roppongi.

No tardé mucho en encontrar a un vagabundo que parecía tener la talla adecuada. Estaba sentado en un bloque de hormigón, a la sombra de uno de los metros elevados, junto a un refugio de cartones y lonas. Vestía unos pantalones marrones demasiado holgados y atados con un viejo cinturón, una roñosa camisa a cuadros y un hediondo chaquetón que hacía dos generaciones pudo haber sido rojo.

Me acerqué.

—¿*Fuku o kokan site karenai ka?* —pregunté señalándole el pecho. ¿Quiere que nos cambiemos la ropa?

Me miró un largo instante, como si no hubiera comprendido.

—¿*Nandatte?* —preguntó. ¿De qué demonios está hablando?

—Hablo en serio —dije en japonés—. Es la oportunidad de su vida.

Me quité la chaqueta y se la pasé. La cogió con expresión incrédula y entonces, sin decir palabra, empezó a quitarse la ropa.

Dos minutos más tarde, ya me había puesto su vestimenta. A pesar de la abundante colonia, el olor era espantoso. Le di las gracias y regresé a Aoyama.

De vuelta en el callejón, cogí la peluca y la aseguré con el gorro de lana; luego me coloqué los dientes postizos. Encendí un cigarrillo y lo dejé quemar; a renglón seguido me froté una mezcla de ceniza y saliva por la cara. Prendí una cerilla y me eché una mirada en el pequeño espejo dental que llevaba en el llavero. Apenas reconocí lo que vi, y sonreí con los podridos dientes postizos.

Me puse los guantes y caminé hasta la entrada del garaje del edificio de Yukiko. Saqué el sedal de pesca y la cinta translúcida, pero dejé el resto de las cosas en la callejuela. Había una cámara de seguridad montada justo encima de la puerta del garaje. Di un amplio rodeo a su alrededor, y luego volví a acercarme por el otro lado de la calle. La esquina del edificio sobresalía unos pocos centímetros, al parecer por razones estéticas. Me senté agachado, usando el saliente para esconderme mejor. Cualquiera persona que entrara o saliera no notaría mi presencia. Cualquiera supondría que era un pordiosero, probablemente borracho, que se había sentado allí. Mi indumentaria era una defensa contra una mínima posibilidad de que alguien llamara a la policía. Si aparecía uno de ellos a investigar, mi aspecto y mi olor serían un fuerte incentivo para decirme que me fuera de allí o para dejarme en paz.

Era tarde y poca gente entraba o salía. Casi una hora después, oí lo que había estado esperando: un coche se acercaba a la entrada del garaje.

Oí que se detenía ante la puerta, con el motor en marcha. Me imaginé a la conductora bajando la ventanilla e introduciendo la tarjeta magnética. Un momento después, oí el ruido mecánico de la puerta que se elevaba. Conté diez segundos antes de que el sonido se apagara. Oí que el coche entraba.

Volvió a oírse el ruido mecánico. Conté hasta cinco segundos, suponiendo que debido a la gravedad bajaría más rápido de lo que se había levantado. Entonces salí disparado de mi posición, corrí hasta la puerta, caí de lado y rodé por debajo.

Echado de espaldas para no llamar la atención, levanté la cabeza y miré en derredor. La estructura tenía forma de gran rectángulo. Había una hilera de coches estacionados delante de cada pared, y dos hileras dobles en medio del recinto. El coche que acababa de hacer acto de aparición entró en un espacio que quedaba en las hileras del medio. Me agazapé y, manteniéndome agachado, me escondí detrás de un coche cercano.

Los ascensores y una puerta con el letrero ESCALERAS estaban en el fondo del rectángulo, justo delante de la puerta por la que acababa de entrar. Una mujer salió del coche, se encaminó a los ascensores y apretó un botón. Un segundo después, se abrieron las puertas. Entró y las puertas se cerraron.

Miré a mi alrededor. Por todas partes había pilares de hormigón armado, dispuestos a pocos metros entre sí. No había ninguna rampa, de modo que supe que no tenía más pisos. Por el tamaño y la ubicación, supuse que sólo era para los residentes.

Idealmente, habría cogido a Yukiko en cuanto se apeara del coche; pero no tenía manera de saber cuál era su plaza, y seguramente me vería venir si me equivocaba de lugar. El único sitio posible para asaltarla eran los ascensores.

Miré si había cámaras. La única que vi era una gran instalación CCTV doble, montada en el techo justo delante de los ascensores y enfocada a éstos; la otra controlando el garaje. Salvo en instalaciones de alta seguridad, donde las CCTV son supervisadas en tiempo real por guardias, las cámaras de seguridad normalmente graban en cintas de veinticuatro horas de duración; lo hacen sin parar, salvo que algún incidente justifique revisarlas. En un sitio residencial como éste, era seguro que nadie vigilaba el garaje en aquel momento. Pero también era seguro que revisarían las cintas al día siguiente. Me alegré de ir disfrazado.

Había una barrera metálica de protección con forma de U alrededor de la entrada del ascensor, que tenía tres puertas de acceso. Daba la impresión de que su finalidad era obligar a los residentes a usar un ascensor de carga para llevar o sacar grandes pesos del edificio. A mí me haría un servicio distinto.

Saqué el sedal y lo até en el lado izquierdo de la U, a la altura de mis rodillas. Luego arrastré el sedal por el suelo hasta pasarlo alrededor del lado derecho de la U, de modo que cada acceso estuviera cubierto. Lo aseguré ligeramente en el suelo con la cinta translúcida, y me fui al pilar más cercano, dejando sedal a medida que caminaba.

En cuclillas, saqué el llavero y con una de las llaves corté el sedal. Guardé el carrete con la cinta adhesiva en un bolsillo del pantalón; tiré del sedal para

quitar el exceso de línea, y enrollé lo que sobraba en una mano enguantada. Puse el espejo dental en posición adecuada para poder ver la puerta del garaje sin tener que salir de detrás del pilar.

Esperé así durante una hora. Dos veces oí que se abría la puerta y miré por el espejo. La primera vez fue un Saab azul. La segunda, un Nissan negro. La tercera fue un coche blanco. Un Beemer. Un M3.

Me empezó a latir con fuerza el corazón. Respiré lentamente y agarré la punta del sedal. Oí que el coche se acercaba más y más. Le oí detenerse a un par de metros. Tenía un buen sitio de aparcamiento; probablemente pagaba más que los otros. Oí que la puerta se abría y se cerraba. Luego, el sonido de una cerradura automática. Miré al espejo para confirmar que se trataba de Yukiko y que estaba sola. Correcto en ambos casos.

Vestía una gabardina negra y llevaba tacones altos. Llevaba una cartera alrededor del cuello y encima de un brazo. No era la vestimenta ideal para resistirse o maniobrar. Pero le quedaba bien.

Vi que en la mano derecha llevaba un tubo pequeño. Pensé en gas para defensa personal o algo así. Una mujer sola, de noche, en un aparcamiento: quizá nada de esto era anormal para ella, pero tuve la corazonada de que pensaba en Harry y en mí. Bien.

Caminaba con paso enérgico. La observé mientras se acercaba al perímetro de la barrera de defensa. Me entraba y salía el aire por la nariz en ráfagas silenciosas. Uno. Dos. Tres.

Tiré con fuerza del sedal. Se elevó a la altura de la rodilla y oí su grito de sorpresa cuando se cayó. Podría haber recuperado el equilibrio, pero los tacones se lo impidieron. Salí de detrás del pilar a tiempo para ver cómo caía.

Guardé el llavero en el bolsillo y salí disparado hacia ella. Para cuando la alcancé, se había puesto a cuatro patas. Aún tenía el tubo en la mano. Le pisé la muñeca y pegó un grito. Me agaché y le arranqué lo que tenía en las manos. Le eché un rápido vistazo: resina de pimienta, diecisiete por ciento. Buen material. Me lo metí en el bolsillo y la arrastré al coche más próximo, fuera de las cámaras.

La empujé contra la puerta del acompañante. Parecía asustada, pero vi que no me reconocía. Tal como estaba disfrazado, debió de haber pensado que era un asaltante o un violador.

—¿No te acuerdas de mí, Yukiko? —pregunté—. Nos conocimos en el Damask Rose. Soy el amigo de Harry. Era su amigo.

Frunció un instante el entrecejo mientras trataba de encajar la evidencia que tenía ante los ojos con la que le llegaba a los oídos. Entonces lo vio.



Abrió la boca, pero no hizo el menor sonido.

—¿Dónde puedo encontrar a Murakami? —pregunté.

Cerró la boca. Respiraba rápidamente por la nariz, pero aparte de eso logró reprimir cualquier señal de pánico. Casi la admiré por su aplomo.

—Si deseas vivir, dime lo que quiero saber —dije.

Me miró a los ojos, pero no dijo nada.

Le lancé un gancho al estómago. Fue lo bastante fuerte como para hacerle daño, pero no demasiado. Necesitaba que hablara. Dio un grito ahogado y se dobló.

—La próxima será tu cara bonita —dije—. Cuando haya acabado con la nariz, los dientes y los ojos, tus días de baile habrán terminado. Sólo quiero saber una cosa. ¿Quién lo mató? ¿Fuiste tú o fue Murakami?

Me importaba una mierda su respuesta. Ciertamente no me iba a creer nada de lo que dijera, pero quise darle la oportunidad de alegar algo exculpatorio y creer que la dejaría vivir si me decía dónde estaba su jefe.

—Fue... fue él —dijo jadeando.

—Muy bien. Dime dónde lo puedo encontrar.

—No lo sé.

—Será mejor que pienses en algo.

—Resulta difícil de encontrar. No sé cómo ponerme en contacto con él. Simplemente, a veces aparece en el club.

Eché un mirada detrás de mí, hacia la puerta del garaje. Moví la cabeza.

—Sé lo que estás pensando —dije—. Si puedes alargar las cosas lo suficiente como para que llegue un coche, tendré que huir y dejarte ir. O quizá alguien vio lo que pasó a través de las cámaras, y tal vez ya esté viniendo. Si aparece alguien y tú no me has dicho lo que quiero oír, entonces será cuando te mate. ¿Dónde está?

Se negó a hablar, moviendo la cabeza.

—Se nos está acabando el tiempo —dije—. Te voy a dar una última oportunidad. Habla y vivirás. No hables y morirás. Aquí mismo.

Apretó las mandíbulas y me miró. Diablos, era dura. Tendría que haberlo sabido después de ver la manera en que manejaba a su jefe.

—Muy bien —dije—. Tú ganas.

Le pegué otro gancho en la boca del estómago, esta vez lo bastante fuerte como para hacerle daño de verdad. Se dobló echando el aire. Me puse detrás de ella, le cogí la cabeza con una mano y el mentón con la otra, y le rompí el cuello. Murió antes de llegar al suelo.

Nunca le había hecho algo semejante a una mujer. Durante una fracción de segundo, pensé en lo que yo le había dicho a Naomi sobre la corrupción y en lo que Midori me había dicho sobre la expiación. Pero aparte de una fría observación sobre la relativa facilidad de la maniobra, dada la mayor fragilidad de la masa de músculos, no sentí nada.

—Dale saludos a Harry —dije. Le cogí el bolso para hacer ver que había sido víctima de un robo, recogí el sedal y la cinta, y subí la escalera un piso. Salí a la planta baja, donde traspasé la puerta de entrada con la cabeza gacha, para evitar la cámara. Di la vuelta a la esquina y me interné en el callejón, en el que me quité el gorro y la peluca; hice lo mismo con los dientes postizos y me quité la ceniza de la cara con la toalla húmeda que llevaba. Me saqué la ropa del vagabundo y me puse las prendas compradas en Gap; luego lo guardé todo en la bolsa. Hice un recuento mental de todo lo que había en la bolsa, para asegurarme de que no me olvidaba de nada; entonces, para asegurarme de que no había peligro, eché una buena mirada al lugar. No había moros en la costa. Respiré hondo y volví caminando a Aoyama-dori.

Cuando estaba a pocas manzanas, me puse bajo una farola y miré rápidamente lo que había en el bolso de Yukiko. Nada de interés.

Bajé por Roppongi-dori, hasta que encontré una colonia apropiada de vagabundos. Dejé las dos bolsas cerca de ellos y, tras quitarme los guantes, seguí caminando. En algún otro sitio, me desprendería de los dientes. Estaba mi ADN en ellos, y no era el tipo de producto que usarían y transformarían las flotantes colonias de pordioseros.

En un callejón, probé el tubo de gas para confirmar que funcionaba. Decidí quedármelo. Cuando Murakami se enterara de lo que le había sucedido a Yukiko, me vendría bien una protección extra.

## Capítulo 19

La tarde siguiente hice una prueba de detección de vigilancia que acabó en la estación JR Harajuku. Salí y dejé que me llevara la riada de jóvenes *hip-hop* vestidos de una manera que enamoraría a un extraterrestre. Me condujeron al Takeshita-dori, la meca comercial de los adolescentes. Únicamente en Tokio podían coexistir las extravagancias de una calle como Takeshita-dori con las elegantes casas de té y de antigüedades de Brahms-nomichi, y ese marcado contraste es una de las razones por las que Harajuku siempre ha sido uno de mis barrios favoritos de Tokio.

Tatsu me había asegurado que Biddle no usaba guardaespaldas, pero no hay nada como una verificación independiente para que se me baje la presión sanguínea. Había gran cantidad de sitios desde donde podía aproximarme a los jardines de Luseine, y pasé de uno a otro probando, imaginándome dónde pondría vigilantes si yo tuviera que proteger a alguien en aquel restaurante. Caminé en círculos concéntricos cada vez más pequeños, hasta que estuve bien seguro de que allí no había nadie. Luego regresé a Takeshita-dori, donde crucé un callejón que corría paralelo al mismo restaurante.

Lo vi a través del inmenso ventanal del lado del callejón. Estaba sentado solo, leyendo un periódico y bebiendo algo de una taza de porcelana. El mismo que había visto en fotos, elegantemente vestido con un traje azul a rayas y chaleco, una camisa blanca y una corbata color borgoña. La impresión de conjunto era cargante, pero no demasiado. Tenía menos de norteamericano y más de británico; más de presidente de un consejo de administración que de un jefe de espionaje.

Estaba sentado a una mesa de la ventana, con el perfil dando al callejón: era impermeable al entorno; no comprendía que un cristal no protege de un francotirador, ni siquiera de un vulgar pistolero; pensaba como un ciudadano común, no como un espía. Lo observé un momento en silencio, imaginándome una poderosa inteligencia natural en la que se podía refugiar cuando se sentía incapacitado para las exigencias del mundo real. Seguramente había asistido a una buena escuela, y posiblemente tenía un título universitario gracias al cual podía haber aprendido mucho sobre despachos, pero nada sobre la calle; un matrimonio conveniente y

desapasionado con una mujer que le había dado los dos o tres hijos requeridos, mientras le seguía diligentemente de un destino profesional a otro y escondía su creciente desazón y su desesperación tras sonrisas de cóctel, refugiándose cada vez con mayor frecuencia en botellas refrigeradas de Chablis o Chardonnay para superar los largos silencios de sus lánguidos atardeceres.

Entré. La puerta se abrió y cerró con cierto ruido, pero Biddle no levantó la mirada para ver quién había entrado.

Avancé por el suelo de madera oscura, debajo de los candelabros *Art Déco*, a lo largo de mesas y sillas victorianas y junto a un gran piano. Sólo cuando estuve delante de él levantó la cabeza. Tardó medio segundo en reconocermé. Cuando lo hizo, se echó para atrás.

—¡Qué demonios! —tartamudeó.

Me senté delante de él. Empezó a ponerse de pie. Lo detuve poniéndole una mano firme sobre el hombro.

—Permanezca sentado —dije en voz baja—. Ponga las manos donde yo las pueda ver. Estoy aquí sólo para hablar. De haber querido acabar con usted, ya estaría muerto.

Se le salían los ojos de las órbitas.

—¡Qué demonios! —repitió.

—Cálmese —le dije—. Me ha estado buscando. Aquí estoy.

Exhaló todo el aire y respiró hondo.

—Lo siento —dijo—, pero no esperaba verlo así.

Esperé.

—Muy bien —dijo pasado un instante—. Lo primero que debo mencionar es que esto no tiene nada que ver con William Holtzer.

Seguí esperando.

—Quiero decir, no gozaba de gran simpatía. No se le echa de menos.

Dudé que a Holtzer le extrañara hasta su propia familia. Continuó mi espera.

—Por tanto, la razón por la que lo he buscado —siguió diciendo— es porque queremos que interfiera en las actividades de alguien.

«Otro eufemismo —pensé—. Estupendo.»

—¿Quién? —pregunté para hacerle saber que finalmente estaba en la buena dirección.

—Pues, un momento. Antes de hablar de eso, necesito saber una cosa. ¿Está usted interesado?

Lo miré.

—Señor Biddle, estoy seguro de que usted sabe que soy selectivo en materia de «interferencias». En consecuencia, sin saber quién, no le puedo decir si me interesa o no.

—Es un hombre. Un pez gordo.

Asentí.

—Bien.

—¿«Bien» quiere decir que le interesa?

—Significa que por el momento no me ha desinteresado.

Asintió.

—Usted conoce a la persona de la que le hablo. La conoció hace poco, cuando seguía a un conocido suyo.

Sólo una discreción largas veces practicada evitó que mostrara mi sorpresa.

—Adelante —dije.

—Kanezaki.

—¿Por qué?

Frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere decir con ese «por qué»?

—Digamos que mi triste historia con su organización obliga a una mayor información que la habitual.

—Lo siento, pero no puedo decirle nada más.

—Lo siento, pero debe hacerlo.

—¿O no aceptará el encargo?

—O le quitaré a usted la vida.

Empalideció, pero aparte de eso, no perdió la compostura.

—No creo que esta conversación requiera amenazas. Es una propuesta profesional.

—«Amenazas» —dije con tono reflexivo—. Hace tiempo que sobrevivo identificando y eliminando «amenazas», por precaución. Convéncame de que usted no representa una amenaza y no lo eliminaré.

—No le creo —dijo—. ¿Usted sabe quién soy yo?

—Dígamelo, así no me equivoco de lápida.

Me echó una mirada rabiosa. Al cabo de un momento, dijo:

—De acuerdo. Se lo diré, pero sólo porque tiene sentido contárselo, no por la amenaza. —Tomó un sorbo de té de la taza—. Kanezaki es un granuja. Ha estado dirigiendo un programa secreto que causaría sonrojos a ambos lados del Pacífico si llega a salir a la luz.

—¿Crepuscular? —pregunté.

Se quedó boquiabierto.

—Usted sabe... ¿Cómo es posible que usted conozca Crepuscular? ¿Por Kanezaki?

«Estúpido de mierda —pensé—. Me acabas de confirmar lo que ya sabía.»

—Señor Biddle, ¿cómo cree que he podido sobrevivir tanto tiempo con este trabajo? Es mi obligación conocer dónde me meto y si el pago vale la pena. Así conservo la vida y los clientes quedan satisfechos.

Esperé a que digiriera esta nueva idea.

—¿Qué más sabe de esto? —preguntó al instante, tratando de hacerse el astuto.

—Mucho. Ahora dígame por qué cree que Kanezaki se ha convertido en un peligro. Por lo que sé, hasta ahora ha sido su niño mimado.

Arrugó la nariz como si oliera algo hediondo.

—Eso sólo lo piensa él. Perdóneme, pero el mero hecho de tener sangre japonesa en las venas no proporciona ninguna visión especial de este país.

Hice un gesto con la cabeza para manifestarle que su comentario no me había ofendido.

—Comprender este país, cualquier país, lleva años de estudio, experiencia y sensibilidad —dijo—, pero este chico piensa que sabe lo suficiente como para diseñar y llevar a cabo su propia política internacional.

Asentí para mostrarle que estaba de acuerdo con su opinión, y él prosiguió hablando.

—Pues bien, usted sabe que existía el programa, pero éste fue suprimido hace seis meses. No tengo por qué estar de acuerdo con la interrupción, pero lo que yo piense es irrelevante. Lo que sí importa es que Kanezaki lo ha continuado por su propia cuenta.

—Puedo ver dónde eso podría ser un problema —dije.

—Pues sí, de alguna manera es una lástima. Él es apasionado y no carece de talento. Pero este asunto debe acabar antes de que estalle.

—¿Qué quiere que haga? —pregunté.

Me miró.

—Quiero que usted... mire, sé que usted puede arreglar las cosas de tal manera que parezca que él mismo lo hizo.

—Es verdad —dije; me di cuenta de que había empezado a hacer la propuesta hablando en primera persona del plural y ahora hablaba en primera persona del singular.

—Bueno, eso es lo que debe hacerse. ¿Hay una tarifa habitual?

—¿Por un agente de la CIA? El precio será alto.

—De acuerdo. ¿Cuánto es?

Se mostró tan interesado que casi me tentó a engañarle. Hazle pagar por adelantado. Luego, *sayonara*, imbécil.

Y quizá lo hiciera, pero aún tenía varias preguntas.

—Permítame preguntarle —dije frunciendo el entrecejo en soberbia imitación de Colombo—. ¿Cómo sabe de mí? ¿De mis servicios?

—La Agencia tiene todo un *dossier* sobre usted —dijo—. En buena medida fue recopilado gracias a los esfuerzos de Holtzer.

—Oh —exclamé—, por supuesto. Eso tiene sentido. Y cuando usted me empezó a buscar, ¿fue también para encargarme este trabajo?

No sabía que yo estaba al tanto de que él había ido con Kanezaki cuando fue a ver a Tatsu para conocer mi paradero. La pregunta era para hacerlo caer en una trampa.

Pero no cayó en ella.

—No —dijo—, la idea original fue que nos podía servir para Crepuscular, pero ahora el programa ha acabado, como ya le dije. Puede haber algún otro papel en el futuro, pero por el momento quiero que usted ate los cabos sueltos.

Asentí con la cabeza.

—Pero todo esto es raro. Quiero decir que usted puso a Kanezaki en mi búsqueda, ¿verdad?

—Sí —dijo con tono cauteloso, como si temiera lo que le iba a preguntar a continuación y quisiera pensarse una respuesta.

—Pues, eso es raro, ¿no? Dado que en realidad usted quería que yo «interfiriera» con él.

Zarandé la cabeza.

—Sólo debía dar con su paradero, no conocerlo. Yo iba a estar a cargo de la reunión.

Sonreí vislumbrando la verdad.

—Pues bien —dijo—. He leído su *dossier*. Pensé que era posible que, si se enteraba de que alguien lo estaba buscando, usted podía, tal como dijo, ver a esa persona como una amenaza y actuar en consecuencia.

Casi solté una risotada. Biddle había estado buscando un regalo.

—¿Y el tipo que le acompañaba en esa ocasión? —pregunté—. Kanezaki dijo que era de seguridad diplomática.

—Lo era. ¿Y qué?

—¿Por qué le dio un guardaespaldas a un sujeto que usted quería borrar del mapa?

Frunció los labios.

—Una vigilancia en solitario a una persona como usted es imposible. Kanezaki necesitaba un socio. Yo quería que no perteneciera a la Agencia, alguien que no se enterase de lo que realmente pasaba.

—Alguien prescindible.

—Si quiere verlo de ese modo.

—Señor Biddle —dije—, me está dando la impresión de que todo esto es una cuestión personal.

Se hizo un largo silencio, y luego me dijo:

—¿Y si así fuera?

Me encogí de hombros.

—A mí me da igual mientras usted pague. Pero esta relación no ha empezado nada bien. Me ha dicho que el problema con Kanezaki es que se trata de un granuja y que sus actividades pueden resultar perjudiciales a ambos lados del Pacífico. Suena como si el posible perjuicio pudiera ser más específico y local que todo eso.

Me miró.

—Lo que le conté no es mentira. Pero, sí, también tengo razones personales. ¿Qué cree que me va a pasar como supervisor directo de Kanezaki si son descubiertas sus actividades?

—Lo más posible, un desastre, pero no veo cómo el suicidio de Kanezaki puede resolverle ese problema. ¿No habrá documentos sobre sus actividades? ¿Recibos de pagos a colaboradores, cosas por el estilo?

Entrecerró los ojos.

—Yo me ocupo de ello —dijo.

—Seguro —dije—. Usted sabe lo que hace. Sólo lo mencionaba. Dicho sea de paso, ¿de dónde supone que Kanezaki conseguía el dinero para seguir con Crepuscular, después de que los responsables cerraran el grifo? Me imagino que hablamos de sumas significativas.

Miró a su derecha. La mirada decía: «Piensa en algo».

—No lo sé —contestó.

—Si me sigue mintiendo —dije con tono amable—, voy a empezar a considerarlo una amenaza.

Fijó sus ojos en mí largo rato. Por último, dijo:

—De acuerdo. Kanezaki ha recibido dinero de un hombre llamado Fumio Tanaka. Una persona con dinero heredado y afinidades políticas apropiadas.



No veo que esto tenga alguna relación con el trabajo entre manos.

Hice una pausa para pensar.

—Pues bien, incluso si Kanezaki desaparece, Tanaka aún estará por aquí. ¿Por qué no interferir también en sus actividades?

Sacudió la cabeza violentamente.

—No —dijo—, eso no será necesario. He solicitado sus servicios para un asunto específico y me gustaría una respuesta únicamente en relación con ese asunto concreto, por favor.

—Necesitaré una forma de ponerme en contacto con usted —dije.

Sacó una Mont Blanc Meisterstück, la desenroscó y garabateó un número en una servilleta.

—Puede encontrarme aquí —dijo.

—Ah, una cosa más —dije cogiendo la servilleta—. La persona que usaban para dar conmigo: Haruyoshi Fukasawa. Falleció hace poco.

Tragó saliva.

—Lo sé. Kanezaki me lo dijo.

—¿Qué piensa que le sucedió?

—Por lo que me dijo Kanezaki, supongo que fue un accidente.

Asentí.

—Lo que pasa es que Fukasawa era amigo mío. No bebía, pero al parecer estaba ebrio cuando se cayó de ese tejado. Extraño, ¿verdad?

—Si piensa que nosotros tuvimos algo que ver...

—Tal vez usted me pueda decir quién lo hizo.

Volvió a mirar a la derecha.

—No lo sé.

—Su gente seguía a Harry. Y sé que su muerte no fue un accidente. Si no puede mejorar lo que está diciendo, tendré que suponer que fue obra suya.

—Se lo estoy diciendo: no sé quién fue. Y eso, suponiendo que no se tratara de un accidente.

—¿Cómo averiguó dónde vivía Harry?

Repitió la historia de Kanezaki sobre la carta de Midori.

—Con esa poca información en mano, tendrá que haber utilizado recursos locales —sugerí.

Me miró.

—Usted parece saber mucho, pero no voy a empezar confirmándole o negándole la colaboración local. Si sospecha que esos colaboradores pueden haber estado involucrados en la muerte de su amigo, yo no le puedo ayudar. Como ya le dije, no lo sé.

No podría sacarle nada más en aquel sitio, y por un instante deseé estar a solas con él.

Me levanté para irme.

—Estaremos en contacto —dije.

Tatsu y yo habíamos quedado en vernos en el parque Yoyogi después del encuentro con Biddle. Ya estaba esperándome, sentado en un banco debajo de uno de los miles de arcos del parque, leyendo un periódico y con aspecto de ser uno más de los jubilados que paseaban ese día haciendo lo mismo.

—¿Cómo fue? —preguntó.

Le conté lo que Biddle me había dicho.

—Conozco a Tanaka —dijo cuando hube terminado—. En los años veinte su padre fundó una compañía electrónica que sobrevivió a la guerra y luego prosperó. Tanaka la vendió cuando su padre falleció y desde entonces ha vivido de las rentas. Se dice que tiene una inmensa libido, sobre todo para un hombre próximo a los setenta años. También se dice que es adicto a la codeína y otros narcóticos.

—¿Y qué ideas políticas tiene?

—Por lo que sé, ninguna.

—Entonces, ¿por qué quiere financiar un programa anticorrupción de la Agencia?

—Me gustaría que me ayudaras a averiguarlo.

—¿Por qué?

Me miró.

—Necesito un policía malo. Y puede ser que obtengamos alguna pista para dar con Murakami.

—¿Nada del tipo que tienes en custodia?

Sacudió la cabeza.

—El problema está en que le tiene mucho más miedo a su jefe que a mí; pero siempre me ha impresionado cuánto puede cambiar la actitud de un hombre tras cuarenta y ocho o setenta y dos horas de privación de sueño. Aún podremos sacarle algo.

Sacó el teléfono móvil y marcó un número. Hizo unas pocas preguntas. Escuchó. Dio instrucciones. Luego dijo:

—*So da. So da. So.* —Está bien. Está bien. Sí.

Colgó y se dirigió a mí.

—Uno de mis hombres nos pasará a buscar ahora. Nos llevará a la casa de Tanaka, que está en Shirokanedai.

Shirokanedai es posiblemente el barrio más elegante de Tokio. Con la excepción de Meguro-dori, su principal avenida, las calles estrechas de cuidadas casas y pisos unifamiliares son sorprendentemente silenciosas y tranquilas, como si el dinero de sus residentes hubiera podido comprar el tumulto de la ciudad y enviarlo a otro sitio. Hay una suerte de clase relajada en el lugar. Las mujeres, conocidas localmente como *shiroganeze*, parecen estar a gusto con sus abrigos de piel mientras pasean a sus perritos de juguete entre visitas a casas de té, tiendas y salones de belleza; los hombres se sienten seguros al volante de sus Beemer y Mercedes, que los transportan a sus altos cargos; los hijos, relajados, despreocupados, ni siquiera son conscientes de que su barrio es una excepción y no la norma de la vida de Tokio y de todos los demás sitios.

El hombre de Tatsu nos recogió tal como habían acordado y nos condujo durante diez minutos hasta Shirokanedai.

Tanaka vivía en una casa de dos pisos demasiado grande, en Shirokanedai 4-chome, delante de la embajada de Sri Lanka. Sus características más distinguidas, aparte el tamaño, eran los coches aparcados a la entrada: un Porsche 911 GT blanco con un alerón inmenso y un Ferrari Modena rojo vivo. Los dos relucían, y me pregunté si realmente Tanaka los conducía o simplemente los exhibía como trofeos.

La propiedad tenía una puerta enrejada y la casa se elevaba en un promontorio, lo cual le daba una imagen de castillo que domina las viviendas más bajas del entorno. Tatsu y yo nos apeamos del coche y atravesamos la reja, que estaba abierta. Él tocó un timbre que había a un lado de las dos puertas de madera, y oí una serie de campanillas en el interior.

Un momento después, apareció una joven. Era bonita y parecía del sudeste asiático, quizá filipina, e iba vestida con el clásico uniforme blanco y negro de criada y una especie de cofia de encaje blanco encima del peinado. El atuendo tendía a lo que un pervertido de clase media podía solicitar en cualquier «club de imagen» de Tokio, donde a los clientes se les pueden servir muchachas vestidas de estudiantes, de enfermeras o de cualquier otra profesión cuyo uniforme pueda servir de fetiche. Me pregunté cuáles serían las obligaciones que tenía la joven en aquella casa.

—¿En qué les puedo ayudar? —preguntó mirando primero a Tatsu y luego a mí.

—Soy Ishikura Tatsuhiko, jefe del Departamento de Keisatsucho —dijo Tatsu mostrando su identificación—. Estoy aquí para hablar con Tanaka-san. ¿Se lo podría decir?

—¿Le espera el señor Tanaka? —preguntó ella.

—No creo —dijo Tatsu—, pero estoy seguro de que estará encantado de verme.

—Un momento, por favor. —Cerró la puerta y esperamos.

Un minuto después, volvió a abrirse la puerta; esta vez apareció un hombre. Lo reconocí al instante: el tipo que yo había visto en el Damask Rose, con un aspecto juvenil química y quirúrgicamente conservado.

—Soy Tanaka —dijo el hombre—. ¿En qué les puedo ayudar?

Tatsu volvió a mostrar su identificación.

—Me gustaría hacerle unas pocas preguntas. Por el momento, mi interés es tangencial y nada oficial. Su cooperación o no determinará si cambia mi interés.

La expresión de Tanaka permaneció impasible, pero la tensión de su cuerpo y el ángulo de su cabeza me dijeron que Tatsu tenía toda su atención. Pese a todos los abogados que sin duda tenía a su servicio, pese al probable séquito de aduladores y empleados, aquel era un hombre al que le asustaban los problemas reales, el tipo de problemas que acababa de ver reflejado en los ojos de Tatsu.

—Por favor, pasen —nos dijo. Nos quitamos los zapatos y le seguimos por un vestíbulo semicircular con suelo de baldosas de mármol blancas y negras. Al fondo, había una escalera con una gran curva; a los lados, reproducciones de algún tipo de estatuas griegas. Entramos en una sala con paredes de caoba y bibliotecas hasta el techo. Al igual que los coches de la entrada, parecía que los libros se limpiaban con frecuencia, pero jamás se leían.

Tatsu y yo nos sentamos en un sofá de cuero color vino. Tanaka tomó asiento delante de nosotros, en un sillón que hacía juego. Nos preguntó si deseábamos tomar o comer algo. Declinamos la invitación.

—No sé cómo se llama su acompañante —dijo Tanaka mirándome.

—Su presencia aquí, como la mía, por el momento no es oficial —dijo Tatsu—. Espero que podamos dejarlo así.

—Por supuesto —dijo Tanaka, pasando por alto, dado su nerviosismo, el hecho de que Tatsu había ignorado su pregunta—. Por supuesto. Ahora díganme lo que necesitan.

—Alguien está intentando implicarlo en un programa americano que financia a ciertos políticos japoneses —dijo Tatsu—. Aunque yo estoy convencido de que usted está involucrado en el programa, no creo que sea el responsable. Pero es preciso que me convenza de que estoy en lo correcto.

Tanaka empalideció debajo del bronceado.

—Me parece que... sería mejor consultar con mi asesor jurídico.

Lo miré, imaginándome cómo lo mataría para que me lo viera reflejado en los ojos.

—Eso no sería muy cooperador de su parte —dije.

Tanaka me echó una mirada, y luego se dirigió a Tatsu.

—El dinero ni siquiera es mío. No sé de dónde proviene.

Tatsu dijo:

—Muy bien. Cuénteme más.

Tanaka se humedeció los labios.

—¿La conversación seguirá siendo extraoficial? —preguntó—. Si alguien se entera, lo pasaré muy mal.

—Mientras coopere —dijo Tatsu—, no tiene nada que temer.

Tanaka me miró buscando confirmación. Le sonreí de una manera que daba a entender que en el fondo, yo esperaba que no cooperase para poder lanzarme contra él.

Tanaka tragó saliva.

—Muy bien. Hace seis meses me dijeron que me pusiera en contacto con alguien de la embajada norteamericana. Un hombre llamado Biddle. Me dijeron que Biddle representaba a ciertos grupos que querían asegurar la financiación de una campaña destinada a apoyar a los políticos reformistas.

—¿Quién se lo dijo? —preguntó Tatsu.

Tanaka miró a Tatsu; luego bajó la mirada.

—La misma persona que proporciona el dinero. Tatsu lo miró.

—Por favor, sea más específico.

—Yamaoto —susurró Tanaka—. Por favor, estoy cooperando. Esta conversación debe seguir siendo confidencial.

Tatsu asintió.

—Prosiga, por favor.

—Me reuní con Biddle y le expliqué, tal como se me había dicho, que creía que Japón necesitaba una profunda reforma política y que yo podía ayudar. Desde entonces, le he proporcionado a Biddle unos cien millones de yenes para distribuir entre los políticos.

—Esa gente está siendo engañada —dijo Tatsu—. Quiero saber cómo.

Tanaka lo miró.

—Yo sólo seguía instrucciones —dijo—. No estoy involucrado de verdad.

—Comprendo —dijo Tatsu—. Lo está haciendo bien. Ahora, cuénteme.

—Durante tres meses, le estuve dando dinero en efectivo a Biddle sin pedirle ningún recibo. Luego simulé estar preocupado de que me estuviera engañando. «¿A quién va realmente este dinero? —le pregunté—. Dígamelo o le corto los fondos.» Al principio, se resistió. Luego, me dijo que yo conocía a esa gente, que probablemente podía saber de quiénes se trataba con sólo leer los periódicos. Entonces, me dio nombres. Simulé quedar satisfecho y le di más dinero. Más tarde volví a actuar de forma paranoica. Le dije que se lo inventaba todo y le pedí que me probara que realmente daba el dinero a la gente que lo necesitaba y que él no se lo quedaba. Una vez más, al principio, se negó, pero con el tiempo acordó decirme cuándo y dónde tendría lugar una reunión. Y luego otra y otra.

«Dios santo», pensé.

—¿De cuántas reuniones le informó Biddle? —preguntó Tatsu.

—De cuatro.

—¿Y qué hizo usted con esa información?

—Se la pasé... a la persona que proporciona los fondos, tal como se me ordenó.

Tatsu asintió.

—Dígame los nombres de los participantes y las fechas de esas cuatro reuniones.

—No recuerdo las fechas exactas —respondió Tanaka.

Sonreí y me empecé a poner de pie. Tanaka se estremeció. Tatsu levantó una mano para detenerme y dijo:

—Sea lo más exacto que pueda.

Tanaka recitó cuatro nombres. Y las fechas aproximadas de cada reunión. Volví a sentarme.

—Ahora dé todos los nombres que le haya mencionado Biddle —dijo Tatsu.

Tanaka lo hizo. Tatsu no tomó ninguna nota; me di cuenta de que conocía bien a esa gente.

—Muy bien —dijo cuando Tanaka hubo terminado—. Ha cooperado estupendamente y no veo ninguna razón para que nadie se entere de que esta conversación ha tenido lugar. Por supuesto, si necesito más información, puede ser que lo vuelva a visitar. Con la misma discreción.

Tanaka asintió. Parecía un poco enfermo.

La criada nos acompañó hasta la puerta. El coche nos esperaba. Entramos y partimos. Les dije que me dejaran en la cercana estación de JR Meguro. El hombre de Tatsu nos condujo hasta la estación y esperó en el coche mientras Tatsu y yo intercambiábamos opiniones.

—¿Qué opinas? —le pregunté.

—Está diciendo la verdad —dijo Tatsu.

—Quizá, pero ¿quién le puso en contacto con Biddle?

Se encogió de hombros.

—Probablemente uno de los colaboradores externos de la Agencia, alguien relacionado con Yamaoto. Si Biddle estuvo sondeando a los colaboradores para tratar de encontrar apoyo para Crepuscular, es posible que a Yamaoto le haya llegado la información.

—Y Yamaoto habrá vislumbrado la oportunidad de que el programa sirviera a sus propios fines.

Asintió y añadió:

—¿Qué crees que hizo Yamaoto en esas cuatro ocasiones en que supo dónde y cuándo Kanezaki tendría esas reuniones?

Me encogí de hombros.

—Habría enviado observadores con micrófonos parabólicos, lentes de telefotos y vídeos de baja frecuencia.

—De acuerdo. Ahora supongamos que Yamaoto dispone de grabaciones de audio y vídeo de las reuniones. ¿Qué valor puede tener ese material para él?

Pensé.

—Para chantajes, sobre todo. «*Haga lo que le digo o entrego las fotos a los medios*».

—Sí, ése es el método preferido de Yamaoto. Y es extraordinariamente efectivo cuando se trata de fotos de encuentros extramatrimoniales, de la relación con un jovencita o de cualquier otro comportamiento socialmente inaceptable. Pero ¿en este caso?

Volví a pensar.

—¿No crees que la grabación en audio y vídeo de reuniones con Kanezaki no hará ya bastante daño?

Se encogió de hombros.

—El audio podría hacerlo si la conversación grabada fuera lo bastante comprometedor, pero el vídeo no tendría tanta importancia: un político que charla con un hombre, al parecer japonés, en un lugar público.

—Porque nadie sabe quién es Kanezaki —dije, empezando a comprender.

Me miró, a la espera de que atara cabos.

—Necesitan una manera de dar a conocer a Kanezaki —dije—. Sacar su foto en los periódicos. Eso le da valor a las fotos.

Asintió.

—¿Y cómo se hace eso? —preguntó.

—Que me parta un rayo —dije—. Yamaoto ha hecho caer en la trampa a Biddle. Éste ha convertido a Kanezaki en víctima propiciatoria, dándole toda la responsabilidad de Crepuscular; de modo que si el asunto salía a la luz, ese «granuja» recibiría todos los palos. Pero ahora, si Kanezaki sale a la luz como la estrella de los tejemanajes de la CIA, los políticos fotografiados con él también caerán en desgracia.

—Correcto. Biddle ya no puede quemar a Kanezaki sin quemar a todos los reformistas a los que supuestamente debía proteger.

—Por eso lo quiere muerto —dije—. Un oportuno y bonito suicidio para prevenir el escándalo.

—Mientras tanto, Biddle destruye los recibos y cualquier otra prueba de la existencia de Crepuscular.

Lo pensé un momento.

—Sin embargo, queda algo suelto.

—¿Sí?

—Biddle es un burócrata. Cuando las cosas van normales, no es un tipo que recurra al asesinato. Tiene que sentirse desesperado.

—Exactamente. ¿Y qué causa la desesperación?

Lo miré, dándome cuenta de lo que él acababa de cuadrar.

—Razones personales, no institucionales.

—Así es. Por tanto, la cuestión es qué se juega personalmente Biddle en todo esto.

Lo consideré.

—¿Disgustos profesionales? ¿Problemas en su carrera, si Kanezaki se quema y se arma un escándalo con la delegación de la CIA en Tokio?

—Todo eso, pero algo más específico.

Sacudí la cabeza, incapaz de verlo.

—¿Qué crees que precipitó el pedido de recibos de Biddle y su petición de que tú llevaras a cabo el «suicidio» de Kanezaki?

Volví a sacudir la cabeza.

—No lo sé.

Me miró, quizá desilusionado de que no hubiera sido capaz de seguirle el razonamiento.



—Yamaoto hizo con Biddle lo mismo que había hecho con Holtzer —dijo—. Creó colaboradores que Biddle y Holtzer creyeron que eran de verdad. Cayeron en la trampa por culpa de la gloriosa información que proporcionaban los «colaboradores». Luego, cuando creyó que el momento era el propicio, Yamaoto les reveló en privado que los había engañado.

Me imaginé la conversación de Yamaoto con Biddle: «Si se llega a saber que sus “colaboradores” son todos de nuestro bando, su carrera ha acabado. Sin embargo, trabaje conmigo y aquí no pasará nada. Hasta incluso me aseguraré de que consigue más colaboradores y más información, de tal modo que siga brillando su buena estrella».

—Comprendo —dije—, pero esta vez Yamaoto cometió un desliz, ya que Biddle cree que tiene una escapatoria: eliminar a Kanezaki y destruir todas las pruebas de la existencia de Crepuscular.

Asintió.

—Sí, ¿y eso qué nos dice?

Lo pensé.

—Que Crepuscular tiene una lista desacostumbradamente corta de involucrados. Que Langley no sabe nada, porque de hacerlo, Biddle no podría prevenir el escándalo eliminando a Kanezaki y destruyendo las pruebas.

—De modo que parece que el señor Biddle ha estado dirigiendo Crepuscular por su propia iniciativa. A ti te dijo que el programa había sido dado por finiquitado hace seis meses, ¿no es así?

Asentí.

—Y Kanezaki me dijo que había descubierto el tráfico de mensajes que así lo decían.

—La historia de Biddle es que Kanezaki ha dirigido un programa fantasma desde entonces. Dado que Tanaka sólo ha tratado con Biddle, parece que el único granuja es Biddle, que ha usado a Kanezaki como cabeza de turco involuntario.

—Yamaoto no debe de saber que Crepuscular fue cancelado —dije—. Habrá supuesto que los superiores de Langley conocían el programa. Pero todo indica que, con la excepción de Biddle y Kanezaki, nadie lo conocía en el bando americano.

Bajó la cabeza como reconocimiento a los valientes esfuerzos de un estudiante lento por demostrar su progreso.

—Y por esa razón, Yamaoto no vio la posibilidad de que Biddle tramara la desaparición de Kanezaki como una solución a su chantaje.

—En realidad, el razonamiento de Biddle es correcto —dije mirándolo fijamente—. Con Kanezaki fuera de escena, las pruebas de Yamaoto para el chantaje perderían casi todo su valor. Y eso significa que tu red de reformistas estaría mucho más segura si Kanezaki desapareciera.

Gruñó y me di cuenta de que disfrutaba viéndolo luchar con lo que para él era un dilema moral.

—¿Y los reformistas con quienes Kanezaki se ha estado reuniendo? —pregunté—. Si él queda expuesto, correrán peligro.

—Puede ser que varios de ellos.

—¿Un número aceptablemente reducido?

Me miró; sabía adónde quería ir yo a parar. De todas maneras, lo dije:

—¿Qué harías si fueran cinco? ¿O diez?

Puso mala cara.

—Son decisiones que debo tomar caso por caso.

—Yamaoto no toma decisiones caso por caso —dije, aún presionando—. Sabe lo que debe hacer y lo hace. Te enfrentas a eso. ¿Estás seguro de estar a su altura?

Entrecerró ligeramente los ojos.

—¿Piensas que deseo estar a la altura de ese hombre? Yamaoto no tiene en cuenta que esos políticos son los únicos culpables de lo que les pasa. Ni que los motivos de Kanezaki son esencialmente buenos. O que presumiblemente ese joven tiene unos padres a los que su desaparición les arruinaría la vida.

Bajé la cabeza, reconociendo su opinión y la convicción que la motivaba.

—¿Esos hombres están acabados? —pregunté.

Asintió.

—Debo suponer que Yamaoto ya los tiene en sus garras, y pueden servir de advertencia a los demás.

—¿Y Kanezaki?

—Le informaré de nuestra reunión con Biddle y Tanaka.

—¿Le dirás que su jefe le ha puesto precio a su cabeza?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no? El joven ya se siente en deuda conmigo. Ese sentimiento puede sernos útil en el futuro. No hará ningún daño reforzarlo en este momento.

—¿Y Murakami?

—Como te dije, seguiremos interrogando al hombre que cogimos. Puede darnos algo útil.

—Ponte en contacto conmigo tan pronto tengas algo. Quiero estar presente cuando suceda.

—Yo también —dijo.

## Capítulo 20

**D**esde una cabina pública llamé a mi número en el Imperial. Una voz femenina de máquina me comunicó que tenía un mensaje. Traté de no hacerme ilusiones, pero la intentona no dio mucho resultado. La voz femenina me ordenó que presionara el uno si quería oír el mensaje. Lo hice.

—Hola, Jun, soy yo —oí que decía Midori. Se produjo una pausa—. No sé si estás realmente en el hotel y ni siquiera sé si recibirás este mensaje. — Otra pausa—. Me gustaría verte esta noche. Estaré a las ocho en el Body and Soul. Espero que vengas. Adiós.

La voz femenina me dijo que el mensaje había tenido lugar a las 14:28 y que debía marcar el uno si quería volver a oírlo. Apreté. Y otra vez más.

Había algo demasiado natural en el modo en que me llamaba Jun, el diminutivo de Junichi. Nadie me llamaba Jun. Nadie sabía el nombre. Había usado Junichi, mi nombre verdadero, de forma selectiva antes de abandonar Tokio, pero a partir de entonces lo había descartado por completo.

«Hola, Jun, soy yo.» Un mensaje tan normal. A la mayoría de la gente probablemente le llegan mensajes semejantes a diario.

Sentí como si el suelo que pisaba hubiera obtenido de alguna parte una gravedad adicional.

Habló la parte del cerebro que me había servido tan bien durante largo tiempo: «Hora y lugar. Puede ser una trampa».

No de ella. Era imposible.

«¿Quién más puede haber oído el mensaje?»

Lo pensé. Para interceptar el mensaje, alguien tendría que haber sabido dónde me hospedaba, y bajo qué nombre ficticio, para poder engañar al sistema telefónico de mensajes. Aparte de Tatsu, quien por el momento no era ninguna amenaza, no había muchas más posibilidades.

«Sin embargo, había una posibilidad.» Mi reacción fue: «Al diablo con todo». Fui a verla.

Di muchas vueltas, avanzando casi siempre a pie y observando cómo anohecía a mi alrededor. Hay algo vital en el Tokio nocturno, algo lleno de posibilidades. Ciertamente, de día, con sus zigzagueantes hileras de transeúntes, trenes ruidosos, ajetreo y ruido y tráfico, ésa parece ser la única

melodía ciudadana. Pero cada tarde, la ciudad también parece repleta de clamor cotidiano, y luego, casi aliviada de poder entrar en el crepúsculo y poner a un lado el peso del día. La noche quita lo superfluo y las distracciones. Uno se mueve de noche por Tokio y siente que está a punto de obtener lo que siempre ha deseado. De noche, se puede oír la respiración de la ciudad.

Me detuve en un locutorio y averigüé quién actuaba esa noche en el Body and Soul. Era Toku, un joven vocalista y saxofonista que se había dado a conocer por su sonido enternecedor a los veintinueve años. Yo tenía dos de sus discos, pero nunca lo había visto actuar.

Era posible que Yamaoto se hubiera enterado de que Midori estaba en Tokio por la agencia de detectives que ella había contratado. De ser así, cabía la posibilidad de que la vigilaran, tal vez el mismo Murakami. Hice una meticulosa comprobación de todos los sitios posibles en las cercanías del club. Todo estaba limpio.

Entré alrededor de las 20:30. El sitio estaba lleno, pero el portero me dejó entrar cuando le dije que era amigo de Kawamura Midori, que había venido a ver la actuación de Toku.

—Oh, sí —me dijo—, Kawamura Midori mencionó que quizá viniera alguien. Pase, por favor.

Estaba sentada al final de una de las dos largas mesas que corrían paralelas a las paredes del local y lo dominaban; era donde se reunían los músicos. Miré a todas partes pero no vi ninguna amenaza potencial. De hecho, el público estaba compuesto por jóvenes, chicas en su mayoría, que obviamente habían ido a escuchar a Toku, quien junto a su quinteto, los cautivaba con su elegiaco «*Autumn Winds*».

La vestimenta de la banda me hizo sonreír: camisetas, vaqueros y zapatillas. Todos tenían el pelo largo y teñido de marrón *chapatsu*. Sus contemporáneos creían que estaban en la onda. Pero para mí, sólo eran jóvenes.

Me abrí paso hasta donde estaba Midori. Me vio acercarme, pero no dio muestras de querer saludarme.

Vestía un suéter negro de cuello alto ajustado y sin mangas que parecía de cachemir ligero; en contraste, su rostro y los brazos parecían iluminados. Se reclinó en la silla y vi unos pantalones de cuero, blandos por el uso, y botas de tacón. Aparte de unos aretes de diamantes, no llevaba ningún otro adorno. Siempre me había gustado que no exagerara el maquillaje ni las joyas. No lo necesitaba.

—Realmente no te esperaba —dijo.

Me acerqué para que pudiera oírme por encima de la música.

—¿Pensaste que no recibiría el mensaje?

Levantó una ceja.

—Creí que no vendrías por haber propuesto yo la hora y el lugar.

Era rápida. Me encogí de hombros.

—Pues aquí estoy.

No había más sillas libres, de modo que se levantó y nos apoyamos en la pared, con los hombros casi tocándose. Se trajo su copa.

—¿Qué tomas? —pregunté.

—Un Ardborg. Tú me lo diste a conocer, ¿recuerdas? Tiene sabor a ti —dijo ella.

—Me sorprende que te guste.

Me miró de lado.

—Es un sabor agridulce —dijo.

Vino una camarera y pedí un Ardborg. Escuchamos a Toku cantar sobre la pena, la soledad y el arrepentimiento. Al público le encantaba. Cuando terminó y se acallaron los aplausos, Midori se dirigió a mí. Me sorprendió ver preocupación en su rostro, incluso simpatía. Entonces supe por qué.

—Debes... haberte enterado de lo de Harry —dijo.

Dije que sí con la cabeza.

—Lo siento.

Esperé un segundo, y entonces dije:

—Lo mataron, ¿sabes? Los detectives que contrataste informaron sobre dónde estaba a la gente equivocada.

Abrió la boca.

—¿Sabes?... me dijeron que había sido un accidente.

—Y una mierda.

—¿Cómo lo sabes?

—Circunstancias. Por un momento, creyeron que me tenían y pensaron que ya no lo necesitaban. Además, tenía el estómago lleno de alcohol, y Harry no bebía.

—Oh, dios mío —exclamó, llevándose una mano a la boca.

La miré.

—La próxima vez, contrata una agencia que se tome más en serio sus obligaciones de confidencialidad.

Sacudió la cabeza, con la mano aún sobre la boca.

—Lo siento —dijo bajando la mirada—. No fue justo. Sólo quienes lo hicieron tienen la culpa. Y Harry, por no haber sabido evitarlo. —Le conté una historia mejorada de cómo le habían hecho caer en una trampa y cómo se había negado a escucharme.

—Me caía bien —dijo cuando hube terminado—. Me pregunté si no me mentía cuando me dijo que habías muerto. Por eso contraté a esa gente. Pero él parecía buena persona. Era listo y tímido, y me di cuenta de que te admiraba.

Sonreí lánguidamente. El panegírico de Harry.

—Si yo fuera tú —dije—, tendría cuidado en Tokio. Me perdieron de vista, pero estarán buscándome. Si se enteran de que estás aquí, podrían interesarse. Como hicieron con Harry.

Se produjo un largo silencio. Luego ella dijo:

—De cualquier manera, mañana vuelvo a Nueva York. Asentí lentamente con la cabeza, sabiendo lo que pasaría.

—Después de esto, no volveré a verte —dijo ella.

—¿Sí?

Asintió.

—Al principio, creí que quería vengarme. Pensaba en cómo hacerte daño, causarte un dolor como el que tú me causaste.

No me sorprendió.

—Y te detestaba por ello —prosiguió—, porque siempre he pensado que el odio es una emoción miserable. Débil, e inútil en última instancia.

Me maravilló por un instante la vida que tendría alguien que, con esa filosofía, pudiera salir creíble e intacta; por un segundo, la adoré por ello.

Tomó un sorbo de su Ardborg.

—Pero verte el otro día lo cambió todo. En parte, porque me di cuenta de que realmente trataste de devolver ese disco y acabar lo que mi padre había empezado. En parte, por saber que trataste de protegerme de la gente que buscaba el disco.

—¿De veras?

Miró hacia donde había tocado la banda, y luego se volvió a mí.

—Comprendí lo que eres. No formas parte del mundo real. Al menos, no de mi mundo real. Eres como un fantasma, como una criatura obligada a vivir en las tinieblas. Y me di cuenta de que alguien así no merece que se le tenga odio.

Si yo me merecía su odio y si ella me odiaba no eran la misma cosa. Me pregunté si lo sabía.

—¿Lástima, en cambio? —pregunté.

Asintió.

—Tal vez.

—Me parece que preferiría que me odiaras —dije. Traté de hacerme el gracioso, pero no se rió. Me miró.

—Por tanto, sólo nos queda esta noche.

Casi dije que no. Casi le dije que me dolería demasiado. Luego decidí que tendría que lidiar con el dolor más tarde. Como siempre ha sido.

Fuimos al Park Hyatt de Shinjuku. Ella se hospedaba en el Occura, pero volver juntos allí hubiera sido demasiado peligroso. Cogimos un taxi hasta el hotel. Nos miramos durante el viaje, pero ninguno dijo ni pío. Ya dentro, la registré y me registré, y cuando llegamos a la habitación, dejamos las luces apagadas. Fue normal que nos acercáramos al inmenso ventanal, desde donde contemplamos la masa urbana de Shinjuku, que centelleaba en la luz violeta que nos rodeaba.

Miré la ciudad desde las alturas y pensé en todos los acontecimientos que habían conducido a este preciso instante, este momento que había imaginado y deseado tan ridículamente y que ahora trataba de saborear, incluso mientras sentía que llegaría inexorablemente a su fin.

En algún momento, sentí que me miraba. Me di la vuelta y estiré una mano; toqué el contorno de su cara y de sus hombros con la punta de los dedos, tratando de guardar todos los detalles en la cabeza, queriendo tenerlos conmigo cuando ella se hubiera ido. Me encontré diciendo su nombre en voz baja una y otra vez, tal como hago cuando estoy solo y pienso en ella. Entonces se me acercó y me abrazó con fuerza inusitada.

Olía a como la recordaba, a limpio, con una pizca del perfume que sigue siendo un misterio para mí, y pensé en un vino al que esperas y esperas antes de decantarlo y luego vacilas antes de bebértelo porque sabes que se acabará.

Nos besamos largo rato, suavemente, sin prisas, de pie delante de la ventana, y en algún momento me olvidé de lo que nos había juntado y de por qué tendríamos que partir solos.

Nos quitamos la ropa del mismo modo que lo habíamos hecho la primera vez, rápido, casi con furia. Me quité la porra que llevaba pegada con cinta en el antebrazo y la puse en el suelo. Ella no me preguntó nada. Cuando estuvimos desnudos, aún besándonos, me empujó y tuve que caminar de espaldas hacia la enorme cama. La golpeé con las piernas y me senté en el borde. Se estiró hacia delante, con una mano sobre la cama y la otra en mi pecho, y me empujó hasta que quedé tendido. Se arrodilló a horcajadas sobre



mí, la mano aún en mi pecho y lo bastante firme como para dolerme. Luego, mirándome a los ojos pero sin pronunciar palabra, me hizo penetrarla.

Al principio, nos movimos lentamente, con cautela, como dos personas inseguras de las motivaciones del otro. Mis manos cubrieron el paisaje de su cuerpo, moviéndose o deteniéndose en respuesta al ritmo de su respiración o al tono de su voz. Me puso ambas manos sobre los hombros, inmovilizándome con su peso, y empezó a cabalgarme con mayor fuerza. Observé su rostro, destacado contra el reflejo de la luz de la ventana, y sentí que algo intangible, como calor o corriente, surgía de nuestros cuerpos. Estiré los pies y sentí que la penetraba más profundamente. Su respiración se acortó y aceleró. Traté de aguantar, sin querer correrme antes que ella, pero ella se movió más rápido, con mayor urgencia, y empecé a dar el paso definitivo. De su garganta salió un sonido, mitad gruñido, mitad susurro; se echó hacia delante de modo que su cara casi tocaba la mía; me miró a los ojos mientras yo sentía que se corría, y cuando yo lo hacía, me susurró:

—Te odio. —Y vi que estaba llorando.

Luego se irguió, pero con las manos aún en mis hombros. Echó la cara para delante y las sombras se la oscurecieron. No dijo nada más, pero sentí que sus lágrimas caían en mi pecho y en mi cuello.

No supe qué decir, ni si debía tocarla, y así permanecimos largo rato. Luego ella se separó y se fue en silencio al lavabo. Me senté y esperé. Pocos minutos después, salió con una de las batas blancas de toalla del hotel. Me miró, pero no dijo nada.

—¿Quieres que me vaya? —pregunté.

Cerró los ojos y dijo que sí con la cabeza.

—De acuerdo. —Me levanté y empecé a vestirme. Cuando terminé, me dirigí a ella.

—Sé que te va bien en Nueva York —dije—. *Ganbatte*. —Sigue así.

Me miró.

—¿Qué vas a hacer?

Me encogí de hombros.

—Ya sabes cómo somos las aves nocturnas. Debo encontrar una roca para esconderme debajo antes de que salga el sol.

Hizo una sonrisa forzada.

—Después de eso.

Sacudí la cabeza, pensando.

—No estoy seguro.

Se hizo una pausa.

—Deberías trabajar con tu amigo —dijo—. Es lo único que te queda.

—Qué gracia, él siempre dice lo mismo. Por suerte, no creo en conspiraciones.

Reapareció su sonrisa, un poco menos forzada esta vez.

—Probablemente, sus motivos son egoístas. Los míos, no.

La miré a los ojos.

—No estoy seguro de poder confiar en tus motivaciones después de lo que me has dicho.

Bajó la mirada.

—Lo siento.

—No, está bien. Eres honesta, aunque creo que nadie ha sido honesto conmigo de ese modo. Al menos, hasta ahora.

Otra sonrisa. Era triste, pero dio la impresión de ser genuina.

—Ahora soy honesta.

Necesité poner punto final. Me acerqué a ella lo suficiente como para oler su pelo y sentir el calor de su piel. Me quedé allí un momento, con los ojos cerrados. Respiré hondo. Exhalé lentamente.

Hablé en inglés para evitar el tono concluyente de *sayonara*.

—Adiós, Midori.

Me dirigí a la puerta y, como siempre hacía, miré por la cerradura. El pasillo estaba vacío. Me marché sin mirar atrás.

Una voz habló en mi interior, apagada pero insistente. «Es lo mejor», decía.

## Capítulo 21

**A**vancé por las callejuelas de Shinjuku en dirección este, decidiendo dónde quería pasar la noche y lo que haría cuando me despertara al día siguiente. Traté de no pensar en nada más.

Era tarde, pero aún había pequeños grupos de gente que se movían como mortecinas constelaciones en los espacios vacíos: vagabundos y pordioseros, prostitutas y proxenetas, los desgraciados, los privados de derechos, los desposeídos.

Sentía dolor, pero no se me ocurrió ninguna forma de hacerlo desaparecer.

Sonó mi busca. Por supuesto, pensé: «Midori». Pero sabía que no era ella: no tenía el número. Aunque lo hubiera tenido, no lo habría usado. Miré la pantalla y no reconocí el número. Encontré una cabina y lo marqué. Sonó de inmediato; una voz de mujer contestó en inglés.

—¿Sí?

Era Naomi.

—Hola —dije—, casi me había olvidado de que tenías este número.

—Espero que no te importe que lo haya usado.

—Para nada. Solamente me ha sorprendido. —Lo estaba. Mi sentido de alerta se disparó.

Se hizo una pausa.

—Bueno, esta noche no había mucho trabajo en el club y salí un poco temprano. Me preguntaba si querrías pasar por aquí.

Resultaba difícil imaginarse una noche sin mucho trabajo en el Damask Rose, pero quizá era verdad. Aún así, esperaba que ella quisiera ir a algún sitio primero, una cena, un trago. No el vulgar revolcón en su apartamento. Se me agudizó el recelo.

—Claro que sí —dije—. Salvo que estés cansada.

—De ninguna manera. Me encantaría verte.

Esta última palabra la pronunció de una forma extraña. Hablaba de un modo que no tenía nada que ver con su habitual acento portugués. ¿Un mensaje? ¿Una advertencia?

Miré la hora. Era casi la una y media.

—Estaré allí dentro de una hora.

—Te espero.

Oí que colgaba el aparato.

Había algo raro. No supe a ciencia cierta de qué trataba. Estaba lo extraño de que se hubiera puesto en contacto conmigo. Y la historia de haberse ido temprano a casa, aunque supuse que lo primero podía explicar lo segundo. Su tono parecía bastante normal, pero estaba esa palabra peculiarmente pronunciada.

La cuestión era: qué haría si sabía que se trataba de una emboscada. No lo que haría si lo sospechaba, sino qué haría si lo sabía.

Fui a otra cabina y llamé a Tatsu. Di con su contestador automático. Lo volví a intentar. Nada de nada. Debía estar en una operación de vigilancia, o algo por el estilo.

«Tiene un trabajo diurno», pensé. Pero mierda.

Lo seguro, lo inteligente, hubiera sido quedarme quieto hasta poder ir con apoyos. Pero podía ser una oportunidad y no quise perderla.

Tomé un taxi hasta el comienzo de Azabu Juban. Por supuesto, conocía bien la seguridad del exterior del apartamento de Naomi, tras haberla estudiado y utilizado la noche que la había esperado bajo la lluvia. El edificio en la calle lateral, con el espacio para los contenedores de basura, era el sitio ideal. Si alguien me esperaba, seguro que estaba allí. Tal como yo había esperado a Naomi.

Me dirigía al final de la calle que llevaba a la parte de atrás del edificio cuando oí el traqueteo de una moto de dos tiempos que se acercaba. Era una escúter de reparto de *pizzas* con un calentador portátil atado y un letrero que anunciaba a la tienda. Lo miré con detenimiento, para ver si había algo anormal. No, nada más que un joven tratando de ganarse unos yenes extras con un trabajo nocturno. Pude oler la *pizza* dentro del calentador.

Se me ocurrió una idea.

Le hice señas para que parara. Se detuvo a mi lado.

—¿Me podría hacer un favor? —le pregunté en japonés—. Por diez mil yenes.

Abrió los ojos.

—Seguro —dijo—. ¿De qué se trata?

—Hay un edificio al final de la calle, a la derecha cuando se va en esta dirección. Tiene un sitio lleno de contenedores de basura a un lado. Creo que un amigo mío me está esperando allí, pero quiero darle una sorpresa. ¿Podrías pasar en la dirección contraria, echar un buen vistazo y decirme si hay alguien allí?

Abrió aún más los ojos.

—¿Por diez mil yenes? Sí, puedo hacerlo.

Saqué la billetera y saqué un billete de cinco mil yenes.

—Ahora, la mitad; lo demás, en cuanto vuelvas.

Cogió el dinero y salió disparado. A los tres minutos, ya estaba de regreso.

—Está allí —dijo—. Justo donde usted me dijo.

—Gracias —dije—. Un buen favor. —Le entregué los otros cinco mil yenes. Los miró con cierta incredulidad. Entonces, sonrió abiertamente.

—¡Gracias! —dijo—. ¡Estupendo! ¿Necesita algo más?

Sonreí y sacudí la cabeza.

—Esta noche, no.

Pareció un poco decepcionado, pero luego volvió a sonreír como dándose cuenta de que esperaba demasiado.

—¡Gracias, otra vez! —dijo. Puso en marcha el motor y se fue.

Me despegué la porra del brazo y me la puse en la mano derecha. Cogí el tubo de gas de Yukiko y lo retuve con la izquierda. Me moví con el sigilo que había aprendido hacía tanto tiempo en las patrullas de reconocimiento en Vietnam, abrazado a los edificios que pasaba, verificando cada esquina, cada sitio con probabilidades de peligro, confirmando que estaba vacío antes de seguir avanzando.

Tardé casi media hora en llegar al lugar de la emboscada. Cuando estuve a tres metros de distancia, la cobertura proporcionada por los contenedores había desaparecido, lo cual no me permitía seguir adelante. Me agaché a la espera.

Pasaron cinco minutos. Oí el ruido de una cerilla; luego vi una nube de humo, justo detrás de los contenedores. No podía ser Murakami. Jamás habría hecho algo tan estúpido.

Guardé el tubo de gas en el bolsillo y lentamente extendí al máximo la porra; le toqué la punta para verificar que los componentes estaban en posición, y la agarré con la mano derecha. Observé el humo que se elevaba delante de mí y cronometré las inhalaciones y exhalaciones. Esperé hasta saber que estaba inhalando y que tenía la atención un tanto distraída por el placer de la gustosa nicotina. Adentro, afuera, adentro...

Salté de donde estaba agachado y me lancé adelante, con la porra por detrás del cuello como si intentara rascarme el hombro opuesto, y la mano libre defendiendo la cara y la cabeza. Cubrí la distancia en un segundo y vi al hombre tan pronto como pasé los contenedores que había detrás de él. Era

uno de los guardaespaldas de Murakami, vestido con una chaqueta de cuero negra hasta la cintura, una gorra de lana y gafas oscuras. Había oído el súbito ruido de mi acometida y estaba a punto de dirigir la cabeza hacia mí cuando me abalancé sobre su posición.

Abrió la boca y el cigarrillo le colgó inútilmente de los labios. Metió la mano derecha en uno de los bolsillos de la chaqueta. Lo vi todo claramente y en cámara lenta.

Di un paso con el pie derecho y le crucé la porra por la cara. La cabeza le giró a la izquierda por la fuerza del golpe. Se le cayeron las gafas oscuras. El cigarrillo saltó de su boca, cayendo como un cartucho usado de rifle, seguido por una explosión de dientes y sangre. Retrocedió tambaleante hasta el edificio y empezó a deslizarse por la pared. Me acerqué y le puse el extremo de la porra bajo el mentón, deteniendo su caída.

—¿Dónde está Murakami? —pregunté.

Eché tosiendo una masa de sangre y materia dental. Lo palpé por si llevaba armas mientras hacía arcadas y trataba de recuperarse. Encontré un cuchillo Kershaw como el de Murakami en la chaqueta y un teléfono móvil en el cinturón. Me los guardé.

Lo apreté con la porra.

—¿Dónde está? —volví a preguntar.

Tosió y escupió.

—*Naka da* —dijo con las palabras deformadas por las lesiones. Dentro.

—¿Dónde está el otro hombre?

Gruñó y trató de alcanzarme la cara. Le apreté el cuello con la porra. Hizo una mueca y bajó los brazos.

—¿Dónde está el otro hombre? —repetí.

Tomó aire y gimió:

—*Omote da*. —Delante.

Tenía sentido. Era la cobertura que yo habría usado.

Bajé la porra y le clavé la punta en el plexo solar. Me puse detrás de él, le pasé la porra por la tráquea y le puse una rodilla sobre la espina dorsal. Me arqueé hacia atrás atrayéndolo con la porra y empujando hacia delante con la rodilla. Subió las manos al acero para aliviar la presión, pero ya era demasiado tarde. Tenía la laringe aplastada. Resistió en silencio medio minuto más y luego se desfondó.

Lo dejé caer al suelo y miré en derredor. Todo tranquilo. Le quité la gorra y la chaqueta y me las puse. Busqué en el suelo las gafas. Allí estaban. También me las puse.

Arrastré el cuerpo hasta la zona más oscura; luego recogí el cigarrillo aún encendido y me lo llevé a los labios. Golpeé la porra en el pavimento para cerrarla, la guardé en uno de los bolsillos de la chaqueta y me palpé el tubo de gas.

A diferencia de la parte trasera, la de delante no tenía calles perpendiculares y ofrecía menos posiciones estratégicas. Sabía que sólo había un buen sitio: el callejón a lo largo del edificio, que cruzaba directamente la calle.

Caminé hacia la parte delantera del edificio, con la gorra y las gafas puestas, y el cigarrillo en los labios. Mantuve la cabeza gacha y los ojos hacia delante, en la misma postura que usarían estos tipos para evitar los testigos y las cámaras.

Lo vi en la acera de enfrente tan pronto como doblé la esquina. Estaba vestido exactamente como su compañero recién fallecido. Fui directamente en su dirección, moviéndome rápido y con confianza. Las gafas que usábamos eran estupendas para que no nos reconocieran, pero no valían nada para la visión nocturna. Creyó que yo era su compañero. Salió de las sombras para saludarme, tal vez intranquilo de no saber por qué había abandonado mi posición.

Cuando estuve a tres metros, lo vi fruncir los labios con un gesto de confusión. A los dos metros, empezó a abrir la boca al tiempo que se daba cuenta de que algo no funcionaba bien. A un metro, todas sus dudas quedaron aclaradas por una bocanada de gas de pimienta.

Se llevó las manos a la cara mientras retrocedía. Escupí el cigarrillo, me puse el tubo en un bolsillo de la chaqueta y enarbolé la porra. La abrí y me puse detrás de él, dándole en la tráquea tal como había hecho con su compinche, pero esta vez con más fuerza, lo que le destrozó la carótida junto con la laringe. Clavó los dedos en el metal y movió los pies para ganar un momento más, pero para cuando llegamos a las sombras, estaba muerto. Lo palpé y encontré otro cuchillo Kershaw y otro móvil. Dejé el cuchillo; me llevé el móvil.

Me desplomé, guardé la porra y fui al final de la calle, donde encontré una cabina telefónica. No sabía si Naomi tenía servicio de identificador de llamadas automáticas, y no quise correr el riesgo de llamar desde uno de los móviles que acababa de adquirir.

La llamé. Contestó a la tercera llamada, con voz un poco vacilante.

—¿Hola?

—Hola, soy yo.

Una pausa.

—¿Dónde estás?

—No voy a poder ir esta noche. Lo siento.

Otra pausa.

—Está bien. No hay problema. —Su voz sonó aliviada.

—Sólo quería que lo supieras. Pronto me pondré en contacto, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Colgué y volví detrás del edificio. Me escondí entre las sombras, junto al cuerpo que había dejado allí. Justo entonces empezó a vibrar uno de los móviles. Lo saqué y abrí.

—*Hai* —dije.

Oí el gruñido con la firma de Murakami y sentí que la adrenalina me llenaba el sistema.

—No viene esta noche —dijo—. Bajo en un minuto. Llama a Yagi-san y estad preparados para partir.

Supuse que Yagi era el otro muerto.

—*Hai* —dije.

Colgó. Guardé el móvil en el bolsillo. Saqué la porra y la mantuve cerrada en la mano derecha. En la izquierda, tenía el tubo de gas. Me palpitaba con fuerza el corazón. Respiré hondo por la nariz, retuve el aire y lo dejé escapar.

La entrada trasera era menos fácil de descubrir y una opción con menos tráfico. Asimismo, carecía de cámara de seguridad. Sabía que saldría por ahí, tal como yo había hecho.

Permanecí en el límite de la luz difusa de una farola cercana, donde Murakami me vería, pero donde mi aspecto quedaría apagado por las sombras. Necesitaba que se acercara el máximo posible para optimizar el elemento sorpresa. La sorpresa sería la única ventaja de que yo dispondría.

Dos minutos después, salió por la puerta trasera. Me quedé justo entre las sombras, con las gafas puestas y la gorra para abajo. Había un perro con él, tirando de la correa. Tardé un segundo en reconocerlo sin el bozal. El *pitbull* blanco que estaba en el coche la noche de mi pelea con Adonis.

«Oh, mierda.»

Casi doy media vuelta y salgo disparado, pero una huida enciende los instintos más atávicos de todo perro, y había una gran probabilidad de que esa cosa me alcanzara y me derribara desde atrás. Tenía que afrontar la situación.

Al menos, el animal distraía la atención de Murakami. Éste me vio y levantó la cabeza en lacónico saludo, para luego bajar la mirada al perro, que



había empezado a gruñir.

«Buen perrito —pensé—. Buen perrito hijo de puta.»

Se acercaban. Murakami volvió a mirarme; luego, otra vez al perro. El maldito ahora gruñía de verdad, unos sonidos de *staccato* asesino que le salían del fondo del pecho.

Murakami no parecía preocupado. Supuse que un perro que ingería pólvora y esteroides con la comida, y supositorios de chiles jalapeños por el culo de postre, le gruñiría al mismísimo viento, y que Murakami estaría acostumbrado a ese comportamiento, o incluso le complacería.

Se acercaron aún más. El perro empezó a descontrolarse gruñendo y tirando de la correa. Murakami lo miró, y le oí decir:

—¿*Doushitanda*? —¿Qué demonios te pasa?

En ese momento, empezó a levantar la cabeza. No estaba todo lo cerca que me hubiera gustado, pero supe que con su siguiente mirada se daría cuenta de todo. Yo no podía esperar una mejor oportunidad. Salté hacia ellos y superé la distancia con dos largos pasos. Murakami reaccionó al instante, desprendiéndose de la correa y levantando las manos para protegerse la cara y la parte superior del cuerpo.

Fue una reacción bien entrenada que yo había esperado. Ignoré al perro, al que consideré la amenaza menor, me agaché, puse el brazo derecho hacia atrás y lo lancé hacia delante como un revés de tenis. La porra empezó a alargarse. Para cuando llegó al tobillo derecho de Murakami, ya había alcanzado sus 66 centímetros de largo. El impacto del acero contra el tobillo fue una de las mejores sensaciones de mi vida. De haber errado, habría muerto segundos después.

Pero no erré. Sentí que el acero hacía añicos el hueso y oí el aullido de Murakami. Un instante después, lo único que pude ver fue a un perro blanco que se abalanzaba contra mí como un misil de crucero. Logré levantar el brazo izquierdo y cubrirme la garganta. El perro saltó y lo mordió justo encima de la muñeca. Sentí una explosión de dolor. El impacto me echó hacia atrás.

Sabía que si me caía de espaldas con esa criatura encima de mí, me haría trizas todo el cuerpo. En parte por instinto, en parte por práctica de *judo*, dejé que el impacto me hiciera dar un salto mortal hacia atrás y caí de rodillas. El perro aún me mordía encima de la muñeca; gruñía, sacudía la cabeza y mordía con fuerza, según le habían enseñado en los entrenamientos. Yo ya no sentía nada en el brazo.

Traté de levantar la porra y darle en la testa, pero no pude. Las patas del perro rascaban el suelo en busca de algo a lo que agarrarse y apoyarse para poder voltearme.

Dejé caer la porra y estiré la mano buena para buscar sus testículos. La bestia se lanzó a un lado y luego al otro, sabiendo lo que yo buscaba. Se lo encontré de cualquier manera. Cogí el paquete canino y tiré para abajo con todas mis fuerzas. Abrió las mandíbulas y pude liberar el brazo.

Me puse de pie. El perro se retorció un momento, pero volvió a ponerse sobre las patas. Gruñó y me miró con los ojos inyectados en sangre.

Me miré la mano izquierda. Agarraba el tubo de gas con una determinación digna de un *rigor mortis*. Los tendones debían de haber quedado aplastados por la presión de las mandíbulas del animal.

Los músculos del perro se recuperaron. Abrí el tubo con la mano buena. El perro saltó. Dirigí el tubo hacia delante y apreté el disparador. Se produjo un satisfactorio sonido de escape de gas y una nube roja le dio a la bestia directamente en la jeta. El impulso le hizo llegar hasta mí y me echó hacia atrás, pero ahora se sacudía y babeaba, ajeno a cualquier ataque. Me libré de su cuerpo retorcido y rodé hasta ponerme de cuclillas.

El perro empezó a retorcerse en el suelo y a frotar el hocico frenéticamente contra el asfalto, como si tratara de quitarse la sustancia que le causaba el dolor. Le acerqué el bote. Cuando el perro dirigió la cara en mi dirección, apunté directamente a la nariz y la boca y apreté el disparador. Salió una nube espesa y al momento murió, casi al mismo tiempo que se terminaba el contenido del bote. Pero fue suficiente. El cuerpo del perro sufrió unos espasmos que convirtieron en juguetones los retorcimientos anteriores. El *spray* de oleorresina *capsicum* no suele ser letal, pero la dosis concentrada que acababa de recibir el perro probó ser la excepción.

Dirigí la mirada a Murakami. Estaba de pie, pero con todo el peso sobre el pie sano. Tenía la Kershaw en la mano derecha, cerca del cuerpo.

Miré abajo y vi la porra. La recogí con la mano derecha y me acerqué a él con el brazo izquierdo colgando inutilizado.

Lanzaba un gruñido desde lo más profundo del pecho, y el sonido no era distinto al de su perro.

Me moví a su alrededor con cautela, obligándole a cambiar de posición e intentado calcular su capacidad de movimiento. Sabía que el golpe en el tobillo había sido potente. También sabía que él podía tratar de exagerar el daño para cogerme desprevenido al intentar acabar con él demasiado deprisa.

Si podía arrebatarme la porra o penetrar de algún modo en mi guardia, su cuchillo y sus dos brazos poderosos serían decisivos.

Por tanto, me tomé mi tiempo. Amagué con la porra. A la izquierda, luego a la derecha. Me moví en círculos hacia la mano en que tenía la navaja, dificultándole asirse a algo con los dedos libres y haciéndole mover el tobillo.

Dejé que se acostumbrara a los amagos a izquierda y derecha. Luego le lancé uno por el centro que apuntó directamente a la cara y el cuello. Lo esquivó con la mano libre y trató de asir la porra, pero yo me había anticipado y la retiré a tiempo. Entonces, a toda velocidad, le di de revés en un lado del cráneo.

Cayó sobre una rodilla, pero no me apresuré. Algo me decía que estaba fingiendo, que una vez más trataba de engañarme para entrar en el cuerpo a cuerpo, donde podía neutralizar la mayor distancia que me brindaba la porra.

Le corría la sangre por un lado de la cabeza. Me miré y por una décima de segundo vi miedo en su cara. Sus amagos no habían funcionado y él lo sabía. Sabía que lo iba a cansar cuidadosa, metódicamente, que no iba a hacer nada estúpido que él pudiera aprovechar.

Su única posibilidad era hacer algo desesperado. Volví a hacer un círculo y lo esperé. Lo dejé acercarse un poco más, lo suficiente como para darle esperanzas. Amagué y esquivé, forzándole a mover el tobillo. Ahora jadeaba.

Con un grito sonoro, *kiai*, se abalanzó contra mí; estiraba la mano libre, esperando coger una manga de mi chaqueta y empujarme hacia su cuchillo.

Pero el tobillo lo frenó. Di un largo paso atrás y a un lado y le di con la porra en el antebrazo. Preferí la precisión a la fuerza, pero de cualquier modo fue un golpe sólido. Lanzó un grito de dolor y di unos pasos atrás para evaluar el daño. Puso el brazo lesionado contra el cuerpo y me miró. Sonrió.

—Vamos —dijo—. Estoy aquí. Acaba conmigo. No tengas miedo.

Volví a moverme en círculo. Sus palabras no significaban nada para mí.

—Tu amigo gritó mientras caía —dijo—. Él...

Acorté la distancia con un solo paso y le pegué en la garganta. Levantó el brazo herido para tratar de agarrar la porra, pero yo ya la había retirado. En el mismo movimiento, me agaché y le volví a dar con la porra en la pierna. Pegó un grito y cayó de rodillas. Me puse a sus espaldas, lejos de cualquier posibilidad de que se me abalanzara.

—¿Sonaba así? —rugí, y le di en la cabeza como con un hacha.

Se echó a un lado; luego se esforzó por recuperar el equilibrio. Volví a darle con la porra. Una y otra vez. Le manaba la sangre del cuero cabelludo. Me di cuenta de que yo estaba gritando. No sé qué.

Dejé caer una lluvia de golpes hasta que me dolieron el brazo y los hombros. Luego di un largo paso hacia atrás y caí de rodillas, buscando aire. Eché una mirada al perro. Estaba inmóvil.

Esperé unos segundos para recuperar el aliento. Traté de cerrar la porra, pero no pude. La miré y vi por qué. El acero rectilíneo se había abollado con los golpes dados a Murakami.

Dios santo. Me levanté y arrastré su cuerpo hasta las sombras, donde estaba lo que había quedado de su compinche. Me costó arrastrar el cadáver con un solo brazo, pero lo logré. El perro resultó más fácil. Saqué los teléfonos móviles, los limpié y los tiré a un lado. Lo mismo con las gafas. Lo último fue la porra. No quería que me encontraran caminando con una porra de 66 centímetros con la forma del cráneo de una de las víctimas. Me saqué la chaqueta de cuero que había cogido y la eché sobre el montón.

Algunos de los contenedores tenían agua de lluvia. La utilicé para lavar el suelo y diluir un poco la sangre. Cuando terminé, los limpié de cualquier huella digital que pudieran tener.

La última parada fue delante del edificio, donde encontré el cigarrillo que había escupido antes de vérmelas con el segundo individuo. Lo recogí y me guardé la colilla en el bolsillo.

Fui al edificio de Naomi y toqué el timbre de su apartamento. Un instante después, oí su voz. El tono era de susto.

—¿Quién es? —preguntó.

Por un momento, no pude recordar ni el nombre que le había dado cuando la conocí en el club. Entonces, lo recordé: mi verdadero nombre.

—Soy yo —dije—. John.

Oí su respiración.

—¿Estás solo? —preguntó.

—Sí.

—Bien. Entonces, sube. Date prisa.

La puerta sonó y la abrí. Mantuve la cabeza gacha para que quien revisara más tarde las cintas de seguridad del edificio no pudiera identificarme. Subí las escaleras hasta el quinto piso y golpeé muy suavemente la puerta al llegar. Por la mirilla, vi que no había luz. Entonces se abrió la puerta. Abrió la boca de par en par en cuanto me vio.

—*Oh, meu deus* —dijo—, *meu deus*, ¿qué ha pasado?

—Me tropecé con ellos cuando salieron.

Sacudió la cabeza y parpadeó.

—Entra, entra. —Entré en el *genkan* y ella cerró la puerta.

—No puedo quedarme —dije—. Pronto alguien los va a encontrar allí fuera y cuando eso suceda, habrá una invasión de policías en todo el barrio.

—Encontrarlos —dijo con un gesto de reconocimiento en sus facciones—. Tú... los has matado. —Sacudió la cabeza como si no pudiera creerlo—. *Oh, merda.*

—Dime qué pasó.

Me miró.

—Esta noche pasaron a buscarme por el club. Me dijeron que tenía que ir con ellos, pero no me dieron ninguna razón. Me asusté mucho. Hicieron que los trajera aquí, a mi apartamento. Murakami tenía un perro. Me dijo que me destrozaría si no hacía exactamente lo que quería.

Me miró como temerosa de lo que yo pudiera estar pensando.

—Está bien —dije—. Sigue.

—Me dijo que sabía que yo te había visto fuera del club y que tenía un modo de ponerme en contacto contigo. Me dijo que te llamara y te pidiera que vinieras.

—Probablemente se echó un farol —dije—. Quizá los micrófonos pescaron cuando me diste tu correo electrónico la primera noche. O tal vez Yukiko presintió algo y se lo dijo. No importa.

Asintió con la cabeza.

—Me preguntó en qué idioma hablábamos cuando estábamos juntos. Le dije que casi siempre en inglés. Su inglés no es muy bueno, pero me dijo que si algo iba mal, si algo sonaba a peligro, me echaría el perro encima. Se puso a mi lado para escuchar. Temí que si intentaba avisarte, me podías contestar algo que lo pusiera sobre aviso. Pero intenté decírtelo de un modo que no lo notaras o comentases en el acto. ¿Te diste cuenta?

Asentí.

—Me encantaría verte —dije imitando su pronunciación.

—*Sim.* Lamento no haber podido hacer nada más. Tenía demasiado miedo. Se habría dado cuenta.

Sonreí.

—Fue perfecto —dije—. Buena idea. *Obrigado.*

Me acaricié la muñeca y ella la miró.

—¿Qué te ha pasado en el brazo? —preguntó.

—El perro de Murakami.

—¡Dios santo! ¿Estás bien?

Me miré el antebrazo. La chaqueta de cuero no había dejado que los dientes del animal me desgarraran la piel, pero la zona estaba violácea y muy

hinchada. Pensé que podía haber algo roto.

—Se curará —dije—. Ahora lo que me preocupa eres tú. Acaba de haber un triple asesinato en la puerta de tu edificio. Tan pronto como alguien descubra los cadáveres, lo que no será difícil que ocurra, la policía requisará todas las cintas de seguridad de los edificios vecinos. Te verán escoltada por un sujeto con un perro blanco, que ahora mismo se está enfriando junto a su amo, a pocos metros de tu edificio. Vas a tener que contestar un montón de preguntas.

Me miró.

—¿Qué hago?

—Si te detienen, di la verdad. No menciones que acabas de abrir la puerta; te haría parecer cómplice. Pero no niegues que alguien subió y trató de entrar. Me van a ver en las cintas de seguridad, aunque tuve el cuidado de que no se me viera la cara.

Asintió.

—De acuerdo.

—Pero la policía no es tu verdadero problema. Tu verdadero problema serán los compinches de quienes vinieron aquí esta noche. Van a venir a por ti por venganza o como medio de llegar a mí, o ambas cosas.

Su piel color caramelo empalideció.

—Me hubiera matado esta noche, ¿verdad? —dijo.

Lo admití.

—De haber venido yo como él esperaba, me habrían matado y luego te habrían eliminado para no dejar un cabo suelto o un testigo potencial. El que no viniera te hizo menos peligrosa. Para su mentalidad, matarte no valía la pena. Así de simple.

—*Meu deus* —dijo tragando saliva. Su palidez aumentó.

—Haz la maleta —dije—. Hazla ahora mismo. Toma un taxi a Shinjuku o Shibuya, cualquier sitio donde aún haya gente en la calle. Allí tomas otro taxi. Vete a un hotel por horas, cualquier sitio con registro automático. Usa efectivo, nada de tarjetas. A primera hora de la mañana, te vas en tren a Nagoya u Osaka, un lugar con un aeropuerto internacional. Vete en el primer vuelo. No importa adónde. Una vez fuera del país, estarás a salvo. Desde allí, puedes llegar a tu casa.

—¿Mi casa?

Asentí.

—Brasil.

Guardó un largo silencio. Luego me cogió la mano buena con sus dos manos. Me miró.

—Ven conmigo —dijo.

Al mirar esos ojos verdes, estuve a punto de decir que sí. Pero no lo hice.

—Ven conmigo —repitió—. Tú también corres peligro.

Y entonces, en aquel instante, me di cuenta de que había creado un nuevo nexo, otro Harry u otra Midori, que un perseguidor decidido, como Yamaoto o la Agencia, podía seguir como forma de dar conmigo. Y este nexo se iba directamente a Brasil. Donde Yamada-san, mi *alter ego*, había planeado establecerse.

Me parece que sonreí un poco ante la ironía, ante las bromas que le gusta gastar al destino, porque ella dijo:

—¿Qué?

Sacudí la cabeza.

—Ahora no puedo viajar. Aunque pudiera, sería muy peligroso que viajaras conmigo. Simplemente márchate. Encontraré una manera de ponerme en contacto contigo en Salvador una vez estés allí.

—¿Lo harás?

—Sí.

Se produjo un largo silencio. Entonces, me miró.

—No creo que vengas. Está bien. Pero ponte en contacto conmigo y dímelo. No me hagas esperar sin saber nada. No me hagas eso.

Asentí pensando en Midori, en la forma que ella había dicho: «Veamos entonces cómo te sienta la incertidumbre».

—Me pondré en contacto —dije.

—No sé dónde estaré exactamente, pero puedes hacerlo a través de mi padre. David Leonardo Nascimento. Sabrá dónde encontrarme.

—Vete —dije—. No te queda mucho tiempo.

Me di la vuelta para irme, pero ella se interpuso. Me cogió la cara con ambas manos y me dio un fuerte beso.

—Te estaré esperando —dijo.

## Capítulo 22

M

e fui de la zona a pie. No quise ser visto ni por un taxista anónimo.

Me lavé en una sauna abierta toda la noche; luego me detuve en una tienda nocturna y compré un ibuprofeno contra el dolor. Me tomé en seco media docena de pastillas. Sentía un dolor punzante en el brazo.

Por último, encontré un hotelito en Shibuya y me hundí en un sueño comatoso.

Me despertó el zumbido del busca. Lo oí en sueños como una puerta automática de garaje, luego como la vibración de un teléfono móvil, finalmente por lo que era en el mundo de la vigilia. Vi la pantalla: era Tatsu. Ya era hora. Salí, encontré un teléfono público y lo llamé. Ya era mediodía.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó. Debía de haberse enterado de la carnicería.

—Ni un policía cerca cuando se los necesita —le dije.

—Perdóname por eso.

—Si me hubieran matado, no te lo perdonaría. Sin embargo, en estas circunstancias, me siento magnánimo. Podría ver a un médico para un brazo herido.

—Encontraré a alguien. ¿Podemos quedar ya mismo?

—Sí.

—Donde nos vimos por última vez.

—De acuerdo.

Colgué.

Realicé una detección de vigilancia que me llevó a la estación Meguro. Tatsu y Kanazaki estaban al lado de la puerta.

«Oh, dios santo —pensé—. Como si estuviera para sorpresas.»

Me acerqué. Tatsu me llevó a un lado.

—La teoría es que se está llevando a cabo una guerra de bandas —me dijo—. Un conflicto interno entre *yakuza*. Pasará pronto.

Lo miré.

—Entonces, te has enterado.

Asintió.

—Pues bien —dije—, ¿acaso tus padres no te enseñaron a dar las gracias?



Se le formó una sonrisa en el rostro y hasta me dio una palmada en la espalda.

—Gracias —dijo. Me miró el brazo, que colgaba anormalmente próximo al cuerpo—. Conozco a alguien que puede echarle un vistazo, pero creo que antes querrás escuchar a Kanezaki.

Los tres cruzamos la calle rumbo a una cafetería. Tan pronto nos sentamos y pedimos, Kanezaki dijo:

—Me enteré de algo sobre la muerte de tu amigo. No es mucho, pero como tú me ayudaste, tal como habías prometido, te lo contaré.

—Muy bien —dije.

Kanezaki echó una mirada a Tatsu.

—Ishikura me informó de sus reuniones con Biddle y Tanaka. Me dijo que Biddle te había pedido que me matara. —Hizo una pausa—. Gracias por no haber aceptado el encargo.

—*Doitashimashite* —dije sacudiendo lentamente la cabeza. De nada.

—Tras nuestra última reunión —continuó diciendo—, quise más información. Para ir por delante de Biddle, era necesario que él supiera que yo tenía algo contra él, por si decidía intentarlo otra vez.

«Aprende rápido», pensé.

—¿Qué hiciste?

—Le coloqué micrófonos ocultos en el despacho.

Lo miré medio sorprendido, medio impresionado por su audacia incuestionable.

—¿Pusiste micrófonos en el despacho del jefe de la delegación?

Se sonrió de un modo juvenil y lleno de autosatisfacción que por un momento me recordó a Harry.

—Lo hice. En su oficina se hace una comprobación cada 24 horas y a intervalos regulares. En el cuartel general, hice un curso de cerrajería, por tanto, no tuve mayor dificultad para entrar en el despacho a colocar los micrófonos.

—Impresionante sistema de seguridad —comenté.

Se encogió de hombros.

—Por lo general, la seguridad es efectiva contra amenazas externas, pero no está creada teniendo en mente amenazas internas. De cualquier modo, puedo entrar y salir casi todas las veces que quiero; activé el micrófono para escuchar y luego lo retiré para evitar que lo encontraran.

—Oíste algo sobre Harry —dije.

Asintió.

—Ayer, el jefe estuvo al teléfono con alguien. Yo sólo pude oír su parte de la conversación, pero sé que hablaba con alguien importante porque había muchos «sí, señor» y «no, señor».

—¿Qué dijo?

—Dijo: «No se preocupe. El hilo conductor que seguíamos para dar con Rain ha sido cortado. No hay más cabos sueltos».

—No es mucho.

Se encogió de hombros.

—A mí me sonó como un reconocimiento de que la muerte de tu amigo no fue un accidente, sino un asesinato.

Lo miré y lo que vio en mis ojos le hizo parpadear.

—Kanezaki —dije—, si me mientes en lo más mínimo para que actúe contra tu jefe, será el peor error que jamás hayas cometido.

Empalideció un poco, pero mantuvo la compostura.

—Lo entiendo. Pero no te estoy mintiendo ni trato de manipularte. Prometí decirte lo que supiera sobre tu amigo si me ayudabas. Lo has hecho y yo cumplo.

Mantuve la vista fija en él.

—¿Nada más acerca de quién cortó «*el hilo conductor*»?

Dijo que no con la cabeza.

—Nada explícito, pero el tema de la conversación era Yamaoto, con lo que me parece que podemos hacer deducciones.

—Muy bien, deduce.

Tatsu interrumpió.

—Parece que la relación de Biddle con Yamaoto no es lo que yo pensaba. En ciertos aspectos puntuales, parecen ser colaboradores, no antagonistas.

—¿Qué tiene que ver esto con Harry? —pregunté.

—Una de las cosas que oí —dijo Kanezaki— es que Biddle piensa darle los recibos a Yamaoto.

La camarera nos trajo los cafés y se retiró.

—No lo entiendo —dije—. Creí que todos estábamos de acuerdo en que el Departamento de Estado quería ayudar para que Japón se reformara, mientras que para Yamaoto la reforma es anatema.

—Es verdad —dijo Kanezaki.

—Pero ahora parecen trabajar juntos.

—Por lo que oí, así es.

—Si eso es verdad, entonces Biddle podría haber estado implicado en la muerte de Harry. Pero ¿por qué?

—No estoy seguro.

Miré a Tatsu.

—Si la Agencia trabaja con Yamaoto, sólo puede hacerlo para joder a los reformistas. Y ahora Biddle tiene todos esos recibos.

Tatsu asintió.

—Necesitamos recuperarlos. Antes de que se los entregue a Yamaoto.

—Pero no se trata sólo de los recibos —dije—. Por lo que nos contó Tanaka, debo creer que varias de las reuniones de Kanezaki han sido filmadas, con el sonido captado con micrófonos parabólicos. ¿Qué piensas hacer al respecto?

—No se puede hacer nada —dijo Tatsu—. Tal como dijimos, cualquier político pescado en una reunión con un miembro de la CIA queda comprometido, pero los implicados únicamente por los recibos aún pueden ser salvados.

—¿Cómo?

—Un pequeño porcentaje de políticos quedarán comprometidos por los recibos y las filmaciones. Sin duda, Yamaoto primero piensa quemar a esos desgraciados que salieron en las imágenes. Luego, en medio de la histeria de la prensa, saca a la luz los recibos. El hecho de que no haya pruebas de vídeo ni de audio que sostengan esta segunda oleada de revelaciones será algo que escapará al gran público.

—Por tanto, incluso si Yamaoto puede quemar al grupo que tiene filmado...

—Limitará sus esfuerzos a ese grupo, pero si recuperamos los recibos, podemos reducir el daño.

—De acuerdo. ¿Cómo vas a recuperarlos?

—Están en la caja de Biddle —dijo Kanezaki—. Se lo oí durante la conversación telefónica.

—Podrás abrir una cerradura, muchacho —dije—, pero una caja de seguridad es otra historia.

—No será necesario que la abra —dijo Tatsu—. Biddle le dará la combinación.

—¿Cómo? ¿Se la vais a pedir amablemente?

Tatsu sacudió la cabeza.

—Pensé que sería mejor que tú lo hicieras.

Me lo pensé un momento. Deseaba tener otra oportunidad de interrogar a Biddle acerca de Harry, en un sitio más privado que la última vez. En especial, si él y Yamaoto colaboraban de algún modo, ya que entonces

aumentaba la probabilidad de que hubiera estado implicado en el asesinato de Harry. De Murakami y Yukiko ya me había ocupado, pero ahora parecía que había algo más que debía cuadrar.

—Muy bien —dije—. Lo haré.

—Puedo ayudarte a preparar la encerrona —empezó a decir Kanezaki.

—No —dije, imaginándome cómo lo haría—. Puedo hacerlo por mi cuenta. Sólo asegúrate de poder tener acceso al despacho de Biddle en cuanto te lo diga.

—De acuerdo —dijo.

Lo miré.

—¿Por qué haces todo esto? Si la CIA te descubre, te tacharán de traidor.

Se rió.

—Resulta difícil asustarse de algo así justo después de saber que tu mismo jefe ha tratado de contratar a alguien para que te elimine. Además, Crepuscular no existe oficialmente, ¿recuerdas? Por lo que a mí concierne, Biddle es el traidor. Sólo trato de ajustar las cuentas.

Tatsu me llevó a un médico que conocía, un tipo llamado Eto. Tatsu me dijo que le debía un favor desde hacía bastantes años; por tanto, estaba en deuda con Tatsu y podía confiar en su discreción.

Eto no hizo ninguna pregunta. Me examinó el brazo, me dijo que tenía el cúbito fracturado y me dio una receta para un analgésico de codeína. La prescripción estaba escrita en un papel genérico del hospital Jikei. Miré la firma y vi que era ilegible. Nadie podría encontrar una pista que llevara a él.

Luego llamé a Biddle. Le dije que estaba dispuesto a aceptar su propuesta sobre Kanezaki. Acordé una reunión a las diez de esa noche para arreglar los detalles.

Fui a otra tienda de espionaje de Shinjuku. Esta vez compré un par de gafas nocturnas de alta definición con una función de aumento binocular. También elegí otra porra de acero. Le había cogido cierto cariño al objeto.

Luego me detuve en una tienda deportiva y compré un par de pantalones para hacer ejercicio y una sudadera que hacía juego, ambos de pesado algodón negro, y un par de zapatillas para correr. Me fue difícil encontrar el calzado apropiado; casi todo lo que había era chillón y multicolor, pero finalmente encontré un par que era lo bastante oscuro. Después de abandonar la tienda, les arranqué las cintas reflectantes que el fabricante había puesto en

los talones para hacer las zapatillas más visibles en la oscuridad. Que me atropellara un coche por no haberme visto no era mi principal preocupación.

Le había dicho a Biddle que debía entrar en el cementerio Aoyama Bochi de Kayanoki-dori por la entrada de Omotesando-dori. Que debía seguir el sendero unos cincuenta metros hasta llegar a un alto obelisco que se encontraba en la izquierda y que era la estructura más alta del cementerio. Debía esperarme allí.

A las ocho en punto, cuando estuvo convenientemente oscuro, entré en el cementerio por el lado de Gaiennishi, evitando las entradas regulares por las dudas de que alguien estuviera allí a mi espera. Un sitio nada usual para hacer *footing*, pero tampoco inaudito. Tan pronto estuve dentro, me puse las gafas. Podía ver cada lápida y cada arbusto en un verde brillante. Vi murciélagos volando entre los árboles y un gato que se ocultaba detrás de una piedra.

Me quedé cerca del obelisco, dentro de un monumento con forma de triple pagoda. Éste era un escondite excelente para mí y me brindaba una posición estratégica de 360 grados.

Biddle hizo acto de presencia a las diez en punto. Era tan puntual en el espionaje como para tomar el té. Lo observé mientras llegaba al obelisco. Vestía una gabardina abierta, y traje y corbata por debajo. Un típico producto de intriga y misterio. Durante diez minutos, examiné el perímetro del cementerio, utilizando las gafas como prismáticos de visión nocturna, hasta que me convencí de que estaba solo. Entonces, salí del escondite y avancé hacia donde él estaba. No me oyó hasta que estuve a un metro de distancia.

—Biddle —dije.

—¡Santo cielo! —exclamó sobresaltado, y giró para verme.

Vi que entrecerraba los ojos en la oscuridad. En el verde claro de las lentes, observé todos los detalles de su expresión.

El detector de Harry estaba inerte en mi bolsillo. Con el brazo bueno, saqué la porra del bolsillo del pantalón. Debido a la oscuridad, Biddle no se percató del movimiento.

—Hay un pequeño problema —anuncié.

—¿Cuál?

—Necesito que lo haga mejor para convencerme de que no tuvo nada que ver con la muerte de Haruyoshi Fukasawa.

Vi que fruncía el entrecejo.

—Mire, ya le dije... —comenzó a decir.

Blandí la porra y le di en la espinilla; controlé el golpe, ya que era demasiado temprano para romper nada. Chilló y cayó al suelo agarrándose la

pierna golpeada. Le di tiempo para que se recuperara mientras yo examinaba la zona. Salvo por Biddle, todo estaba en silencio.

—Basta de ruidos —le dije—. Guarde silencio, o se lo hago guardar yo.

Rechinó los dientes y miró hacia donde salía mi voz.

—Diablos, le he dicho todo lo que sé —dijo jadeando.

—No me dijo que trabajaba con Yamaoto. Que quien mantiene Crepuscular en funcionamiento es usted, no Kanezaki.

Abrió los ojos para buscarme en la oscuridad.

—Kanezaki le paga, ¿verdad? —gruñó.

Me pensé un momento la respuesta.

—No, nadie me paga. Por una vez, hago algo porque quiero. Aunque desde su perspectiva, yo no diría que es una buena noticia.

—Pues yo puedo pagarle. La Agencia puede. Estamos en un nuevo mundo, y ya le dije que queríamos que usted formara parte de él.

Me reí.

—Suena a aviso de reclutamiento. Ahora hábleme de Yamaoto.

—Hablo en serio. La Agencia necesita gente como usted. Por eso he estado buscándolo.

—Voy a hacerle la pregunta una vez más. Gratis. Si luego tengo que repetirla, el golpe que le ha hecho caer al suelo le parecerá una caricia.

Se produjo una larga pausa. Entonces dijo:

—De acuerdo. —Se puso de pie lentamente y sin cargar el peso en la pierna machacada—. Mire, Yamaoto tiene sus propios intereses; nosotros, los nuestros. Por el momento, sólo hay una colaboración. Una alianza de conveniencia.

—¿Con qué fin? Pensé que Crepuscular tenía la finalidad de ayudar a los reformistas.

Asintió.

—La reforma sería positiva a largo plazo para Estados Unidos, pero también crearía problemas. Mire, Japón es el mayor acreedor del mundo. Sólo en bonos del Tesoro, tiene más de trescientos mil millones de dólares invertidos. A corto plazo, la reforma significaría el cierre de bancos japoneses; el cierre de bancos significaría pánico bancario, y ese pánico obligaría a repatriar el capital en el extranjero para cubrir los depósitos. Si la reforma funciona pasado un tiempo y mejora la economía, los depósitos en yenes pueden resultar más atractivos y los bancos japoneses harían regresar sus capitales en dólares y en euros al país donde podrían obtener mejores beneficios.

Se había recuperado bastante bien. Tal vez yo le había menospreciado en exceso.

—En consecuencia, quien sea que manda en Exteriores prefiere el *statu quo*.

—Preferimos denominarlo «*estabilidad*» —dijo mientras ponía algo de peso en la pierna herida y hacía una mueca de dolor.

Miré en derredor. Todo en paz.

—Porque el *statu quo* mantiene esos miles de millones de yenes aparcados y a salvo en Estados Unidos, donde apuntalan la economía norteamericana.

—Así es. Para decirlo de forma cruda, América se ha hecho adicta a una afluencia continua de capital extranjero para sostener su exceso de gasto público, y obtiene el equilibrio de sus gastos fijos con el dinero japonés. Son elementos que el Departamento de Estado no quiere que cambien.

Meneé la cabeza.

—No está dicho cruda, sino amablemente. América es adicta al petróleo barato y apoya regímenes brutales en el Próximo Oriente para alimentar ese vicio. Si Exteriores apoya a elementos corruptos en Japón porque esos elementos garantizan un acceso continuo al capital japonés, el Tío Sam sólo está siendo coherente.

—Supongo que no es incorrecto exponerlo así, pero yo no formulo la política. Sólo la llevo a cabo.

—Por esa razón, Crepuscular recibió el acta de defunción hace seis meses —dije—. Alguna nueva facción en alza decidió que, después de todo, apoyar la reforma en Japón no servía a los mejores intereses del Tío Sam.

—El polo opuesto —dijo él, mientras empezaba a ponerse las manos en los bolsillos de la gabardina.

—Deje las manos donde pueda verlas —le dije tajante. Se sobresaltó.

—Lo siento, pero tengo un poco de frío. ¿Cómo puede ver a esa distancia? Esto parece una boca de lobo.

—¿Qué quiere decir con lo de «polo opuesto»?

—Crepuscular nunca tuvo la finalidad de apoyar la reforma. Desde el inicio se concibió como un modo de sobornar a los reformistas. Quien ordenó su defunción fue un partidario de la reforma. Pero ciertamente no un realista.

—Entonces, uno de los realistas sería usted.

Se irguió ligeramente.

—Correcto. Junto con algunas de las instituciones que formulan la política internacional de Estados Unidos; las que carecen de anteojeras o de la presión

de los distritos electorales. Mire, los políticos presionan a favor de la reforma en Japón porque realmente no entienden lo que sucede. Y lo que sucede es que en Japón la reforma es imposible. Tal vez hace diez o incluso cinco años, podía haber sido posible. Pero ahora ya no. Aquí las cosas han ido demasiado lejos. Los políticos americanos siempre hablan de «*hincar el diente en la bala*» o de «*dar fuertes medicinas*», pero no comprenden que si alguien intenta hincar el diente en la bala, el proyectil le atravesará la cabeza. No entienden que el paciente está tan débil que una operación podría matarlo. No hay esperanza de curación, y ya es hora de pasar a un tratamiento de control del dolor.

—Es una historia enternecedora, doctor Kevorkian, pero yo quiero oír el final.

—¿El final?

—Sí, la parte que dice: «Ésta es la combinación de mi caja fuerte».

—La combinación... oh, no. No, no, no —dijo con voz alarmada—. ¿Cómo le ha convencido de esto? ¿Qué le dijo? ¿Que los reformistas son unos héroes? Por todos los santos, son iguales a todos los demás políticos de este maldito país, igual de egoístas y corruptos. Kanezaki no sabe lo que hace.

Le volví a pegar con la porra en la pierna maltrecha. Pegó un grito y cayó al suelo.

—Silencio —dije—, o voy a por los brazos.

Rechinó los dientes y rodó de espaldas, con un brazo sosteniendo la pierna y el otro moviéndose de izquierda a derecha, delante de la cabeza, en un vano intento de protegerse del próximo ataque.

—Le advertí que no me obligara a preguntarle lo mismo dos veces —dije—. Ahora, dígalo. O ni siquiera podrán usar los archivos dentales para identificarlo.

Vi que movía la mandíbula en el verde resplandor. Gemía y se agarraba la pierna. Por último, dijo:

—Veintidós, dos veces a la izquierda; cuatro, una vez a la derecha, doce a la izquierda.

Cogí el móvil y llamé a Kanezaki.

—¿Hola? —le oí decir.

Repetí los números.

—Espere. —Pasaron unos segundos—. Ya estoy —oí que me decía.

—¿Has encontrado lo que buscabas? —Oí ruido de papeles.

—Bingo —dijo.

Colgué.



—Hay una lápida a un metro a su derecha —le dije—. Puede usarla para ponerse de pie.

Se arrastró en esa dirección y se levantó lentamente, usando la lápida como punto de apoyo. Se desplomó sobre ella jadeando y con el rostro sudoroso.

—Sabía lo que le harían a Harry —dije—. ¿Verdad?

Vi que lo negaba con la cabeza.

—No.

—Pero lo sospechaba.

—Sospecho de todo. Me pagan por sospechar. Y eso no es lo mismo que saber.

—¿Por qué me pidió que eliminara a Kanezaki?

—Me parece que usted ya lo sabe —dijo recuperando un poco el aliento—. Si esos recibos se usan, alguien tiene que cargar con la culpa. Lo mejor sería que esa persona no estuviera en posición de contar su versión de los hechos.

—¿Aún corre peligro?

Se rió entre dientes.

—Si esos recibos no entran más en juego, no.

—No parece muy impresionado.

Se encogió de hombros.

—Soy un profesional. Nada de esto es un asunto personal. Espero que lo mismo le suceda a usted.

—¿Qué pasó con Crepuscular?

Suspiró y dio la impresión de ponerse nostálgico.

—¿Crepuscular? Ha dejado de existir. Cerró hace seis meses.

Ya estaba recitando la historia oficial. No fue de extrañar que hubiera recuperado tan rápidamente la serenidad. Sabía que no tendría que afrontar ninguna repercusión profesional ni personal.

Lo miré largo rato. Pensé en Harry, en Tatsu y sobre todo en Midori. Finalmente, le dije:

—Voy a dejar que se vaya, Biddle. Lo inteligente sería matarlo. Eso significa que me debe un favor. Si me paga esa deuda tratando de volver a aparecer en mi vida, lo encontraré.

—Le creo —dijo.

—Cuando esta noche nos vayamos de aquí, tomaremos caminos distintos. ¿De acuerdo?

—Todavía lo necesitamos —contestó—. Hay un sitio para usted.

Esperé un momento en la oscuridad. Se dio cuenta de que no había respondido mi pregunta. Vi que se estremecía.

—De acuerdo —dijo en voz baja.

Di media vuelta y me marché. Él ya encontraría el camino de salida.

Al día siguiente me encontré con Tatsu en una soleada avenida bajo un arce del parque Yoyogi. Le conté lo que me había dicho Biddle.

—Kanezaki recuperó los recibos —me dijo—. Y los destruyó inmediatamente. Es como si nunca hubieran existido. Después de todo, Crepuscular se fue al limbo hace seis meses.

—Ese chico es un ingenuo, pero tiene huevos —dije.

Tatsu asintió con una mirada momentáneamente melancólica.

—Tiene buen corazón —dijo.

Sonreí. No era propio de Tatsu admitir que alguien tenía una buena cabeza.

—Tengo la sensación de que no ha sido la última vez que lo verás —dije.

Se encogió de hombros.

—Espero que no sea así. Recuperar esos recibos fue un golpe de suerte, pero tengo mucho más por hacer.

—Sólo puedes hacer hasta cierto punto, Tatsu. Recuérdalo.

—Pero aun así, debemos hacer algo, ¿ne? No te olvides, el Japón moderno nació de manos de samuráis de las provincias del sur, quienes conquistaron el palacio imperial en Kioto y restablecieron al emperador Meiji. Tal vez algo así puede volver a pasar. Tal vez un renacimiento democrático.

—Tal vez —dije.

Se volvió hacia mí.

—¿Qué harás, Rain-san?

Miré los árboles.

—Me lo estoy pensando.

—Trabaja conmigo.

—Pareces un disco rayado, Tatsu.

—Hablas como mi mujer.

Me reí.

—¿Cómo te sientes tras haber formado parte de algo más grande que tú mismo? —me preguntó.

Levanté el brazo vendado y enyesado.

—Como esto —dije.

Sonrió con tristeza.

—Eso sólo significa que estás vivo.

Me encogí de hombros.

—Admito que supera las alternativas.

—Si alguna vez necesitas algo, llámame —dijo.

Me levanté. Él hizo lo mismo. Nos hicimos una reverencia y nos estrechamos las manos. Me marché.

Anduve largo rato. Al este, a la estación de Tokio, hacia el tren bala que me llevaría a Osaka. Tatsu sabía dónde encontrarme, pero yo podía vivir con eso por el momento.

Me pregunté qué haría una vez llegara. Yamada, mi *alter ego*, estaba listo para la partida. Pero yo ya no sabía adónde enviarlo.

Necesitaba ponerme en contacto con Naomi. Quería ponerme en contacto con ella. No sabía qué le iba a decir.

Yamaoto aún andaba suelto. Tatsu le había propinado varios golpes duros, pero se mantenía en pie. Probablemente aún me buscaba. Y tal vez, la Agencia también.

Mientras caminaba, el cielo oscureció. Una ráfaga de viento sacudió las ramas de los contaminados árboles de la ciudad.

Tatsu se había mantenido optimista. Me pregunté qué pozo subterráneo alimentaba su optimismo. Deseé que lo pudiera compartir conmigo, pero yo era demasiado consciente de las imágenes de Harry estrellado en el suelo, de Midori perdida para siempre, de Naomi a la espera de una incierta respuesta.

Gordas gotas de lluvia empezaron a mojar la piel de cemento de la ciudad y los ventanales de cristal de sus ojos. Unos pocos abrieron los paraguas. El resto corrió a refugiarse.

Seguí caminando, ajeno a todo. Traté de pensar que se trataba de un bautizo, de un nuevo principio.

Tal vez lo era. Pero qué resurrección más solitaria.

## *Nota del autor*

*L*os lectores conocedores de Roppongi y Akasaka-Mitsuke, en Tokio, notarán que si bien varios bares de camareras y «*clubes de caballeros*» se parecen al Damask Rose, ninguno es su réplica exacta. Los demás locales de Tokio y Osaka que aparecen en este libro están descritos tal como los conocí.

## Agradecimientos

A un admirable equipo transatlántico de agentes y editores: mis agentes, Nat Sobel y Judith Weber, de Sobel Weber Associates (Nueva York), y Ken Mi, de Tuttle Mori (Tokio); y a mis editores, David Highfill, de Putnam (Nueva York), y Masaru Suzuki, de Sony's Village Books (Tokio), por su entusiasmo, conocimiento y apoyo continuados.

A mi querido amigo y *sensei* Koichiro Fukasawa, de Wasabi-Communications, por iluminarme tanto sobre Japón y los japoneses, y también por su gran página web.

A los doctores Evan Rosen y Peter Zimetbaum, de la Facultad de Medicina de Harvard, por superar con firmeza las náuseas que podían provocar mis preguntas sobre las implicaciones médicas de las técnicas de matar, por aceptar que el juramento hipocrático podía no ser aplicado en la ficción y por ayudar a John Rain en todos sus empeños mediante sus considerables facultades cognitivas e imaginativas.

A Lori Andreini, por sus ideas acerca de lo que podían vestir y pensar mujeres atractivas y refinadas como Midori y Naomi, y por sus útiles comentarios acerca del manuscrito.

A Ernie Tibaldi, un veterano de treinta y un años del FBI, por compartir generosamente sus amplias experiencias de vigilancia e investigación, por recomendarme muchos libros excelentes y otras fuentes de información, y por sus útiles comentarios sobre el manuscrito.

A Carla Mendes, por afianzar mi conocimiento de Brasil y los brasileños, y por refinar las intenciones en portugués de Rain.

A Marc *Animal* MacYoung y Peyton Quinn, filósofos guerreros ambos, por sus numerosos y excelentes libros y vídeos sobre la violencia y la etiqueta callejera. En especial, John Rain le debe a MacYoung su filosofía sobre la defensa desarmada contra una navaja, y a Quinn, la noción de ser «entrevistado» como víctima potencial.

A Masao Miyamoto, por su libro de humor negro, *Straitjacket Society*, algunas de cuyas ideas sobre el Gran Hermano en Japón ha utilizado Tatsu.

Al teniente coronel Dave Grossman, por su inquietante y original libro, *On Killing: The Psychological Cost of Learning to Kill in War and Society*, que proporcionó muchas ideas para los orígenes y la psicología de John Rain.

A Alex Kerr, por su libro *Dogs and Demons*, un texto meticulosamente investigado y argumentado sobre la corrupción japonesa y una insensata burocracia enloquecida, que proporcionó algunos de los temas centrales de la novela.

A Alan Eisler, Judy Eisler, Dan y Naomi Levin, Matthew Powers, Owen Rennert, David y Shari Rosenblatt, Ted Schlein, Hank Shiffman y Pete Wenzel, por sus útiles comentarios sobre el manuscrito y su multitud de valiosas sugerencias e ideas a lo largo del camino.

A Rick Kennedy y el personal de *Tokio Q*, por presentarle a John Rain varios de los bares y restaurantes de Tokio que aparecen en este libro.

A los propietarios de los siguientes locales, todos ellos sitios maravillosos y acogedores: el bar Satoh, en Miyakojimaku (Osaka); el café Borrone, en Menlo Park (California); Las Chicas, en Aoyama (Tokio); la biblioteca pública de Mountain View (California); These Library Lounge, en Nishi Azabu (Tokio).

Y más que a nadie, a una gran editora, a mi apoyo más sólido y mi mejor amiga, mi esposa Laura.



BARRY EISLER nació en 1964 en Nueva Jersey, Estados Unidos. Licenciado en Derecho por la Cornell Law School, trabajó para la CIA durante tres años y posteriormente ejerció como abogado especializado en tecnología antes de dedicarse exclusivamente a escribir.

Eisler saltó a la fama de la mano de su peculiar personaje John Rain, un asesino a sueldo de padre japonés y madre americana, protagonista de sus cuatro primeras novelas: *Rain Fall* (2003), *Hard Rain* (2004), *Rain Storm* (con la que ganó el Premio a la Mejor Novela de Suspense del Año 2005) y *Killing Rain* (2006). Fiel al género policíaco y de espionaje, en 2007 publicó *The Last Assassin* y en 2008 *Requiem For an Assassin*, publicadas en España con los títulos de *Sicario*, *Sicario: La venganza*, *Contrato para matar* y *Un último asesinato*.

Su libro *Fault Line*, publicado en España bajo el título *El agravio*, se situó en la lista de los más vendidos en EE.UU.

Sus novelas han sido traducidas a cerca de veinte idiomas y han sido escogidas para ser llevadas a la pantalla por Barrie Osborne, el oscarizado productor de la trilogía *El Señor de los anillos*.

Actualmente Eisler vive y trabaja entre la bahía de San Francisco y Tokio.

# *Notas*



[1] Concepto central de la literatura japonesa acuñado en el siglo xvii por M. Norinaga. Significa «la compasión por las cosas», pero va mucho más allá. Implica que todo forma parte de un ciclo, con un principio y un fin inevitables (*N. del Traductor*) <<



**SICARIO:**  
*la venganza*

**Barry Eisler**

«Lo tiene todo: un argumento deslumbrante, una inteligente caracterización y muchísima originalidad»

Lectulandia